

DON ENRIQUE SAIZ



**un carácter
una conversión
un martirio**

josé luis bastarrica





Excmo. y Rvdmo. Sr. Dr. D. Marcelino Olaechea,
salesiano, Arzobispo de Valencia.

JOSE LUIS BASTARRICA

SALESIANO

DON ENRIQUE SAIZ

- ***UN CARACTER***
- ***UNA CONVERSION***
- ***UN MARTIRIO***

ANNULLATO

Biblioteca ISS-DB

Roma

042292

MADRID

Alcalá, 164 - Apartado 9.134

NIHIL OBSTAT:
LUIS CHIANDOTTO FABRO
Salesiano, Censor

IMPRIMI POTES:
MAXIMILIANO FRANCOY PALACÍN
Inspector Provincial

IMPRIMATUR:
FR. FRANCISCO, O. P.
Obispo de Salamanca
Salamanca, 24 abril 1964.

Depósito Legal: M. 11.219-1965

E. G. Salesiana: Madrid-Atocha

DEDICATORIA

*A María Auxiliadora
con amor filial.*

EL AUTOR.

INDICE GENERAL

	<i>Pág.</i>
PRÓLOGO	9
INTRODUCCIÓN	15
SIGLAS	19
DOCUMENTACIÓN Y BIBLIOGRAFÍA	21
I.—Fuentes	21
II.—Bibliografía	26
CAPÍTULO I.—A la sombra de la ermita y del castillo	27
CAPÍTULO II.—En la casa de Don Bosco	33
CAPÍTULO III.—Su entrega definitiva al Señor	39
CAPÍTULO IV.—Hacia la meta del sacerdocio	49
CAPÍTULO V.—Consejero en Salamanca	61
CAPÍTULO VI.—Ante todo la Obediencia	83
CAPÍTULO VII.—Director en Salamanca	89
CAPÍTULO VIII.—Director en Carabanchel Alto	123
CAPÍTULO IX.—Director en Madrid, Ronda de Atocha	139
CAPÍTULO X.—Director de teólogos y aspirantes	159
CAPÍTULO XI.—Camino del martirio	191
CAPÍTULO XII.—El martirio	221
APÉNDICES	243

PROLOGO

Cuando la Biografía del Siervo de Dios, el sacerdote salesiano don Enrique Sáiz, se ponga en tus manos, no leerás en ella, amable lector, las, para mí, tan sabrosas palabras del ejemplar dactilografiado, que tengo ante los ojos: «Aquí dejamos un vacío que ha de llenarse con el testimonio de nuestro queridísimo don Marcelino».

Ciertamente no podía faltar ese testimonio.

Mis hermanos los Salesianos no sabrían naturalmente perdonarme a mí el que yo no lo consignara; pero yo tampoco sabría naturalmente perdonarles a ellos el que no me dieran la ocasión de cumplir con un tan grato e imprescindible deber.

Me la da el autor de la Biografía del Siervo de Dios, Rvdo. Sr. don José Luis Bastarrica, S. D. B., y me la da con las cariñosas palabras dichas arriba.

Las más expresivas gracias, José Luis, asegurándote que correspondo a tu bondad con el mismo participio y en el mismo grado.

Te felicito con todo entusiasmo, paisano y hermano en la Congregación Salesiana, por la verdad, la justicia y el acierto de tu trabajo.

Has tenido constantemente presente al redactarlo el decir la verdad y sólo la verdad; una verdad que como yo, rubricarán cuantos conocieron a don Enrique; una verdad que se prueba toda ella con los escritos de los testigos; una verdad que se meterá, por tanto, segura de salir airosa, en el crisol del proceso de Beatificación y Canonización del Siervo de Dios, mártir de la fe.

Sincero biógrafo, a quien «resultan extraordinariamente antipáticas esas biografías de santos, escritas con más buena voluntad que acierto, que presentan a sus héroes beatificables desde la niñez a través de todos los años de su corta o larga vida hasta la muerte», eres escritor pulcro, cuyas narraciones corren con la mayor fluidez, sin más lastre que el pre-

ciso, el impuesto a tan riguroso historiador por las palabras de los testigos.

Cercenas toda suerte de inútiles florituras, y citas «sin apaños ni acomodados».

No tienes que decirle a la historia las palabras del célebre poeta: «E tu perdona se intreccio fregi al ver—s'adorno in parte—d'altri diletti che dei tuoi le carte»; porque la verdad es que le cortas todos los flecos sobrantes al paño; y que los «diletti» que discurren por la biografía entran inevitablemente; entran por su propio derecho, en la vida de don Enrique Sáiz; y entran tan de pasadita que las breves palabras que consagras a los ejemplares salesianos con quienes he pasado tantos y los más felices años de la vida, son justas y verdaderas etopeyas.

Al rigor histórico, a la sobria belleza del estilo, unes otra cualidad que merece todo mi aplauso y merecerá el de todos los salesianos: la de ir desgranando al hablar del maestro, del asistente, del consejero de estudios, del catequista y del director de la casa, todo el rosario sin par de las «vivencias salesianas».

Gracias, queridísimo José Luis, por estos estímulos a tener los ojos siempre fijos en lo que es nuestro, en lo que quería Don Bosco de sus hijos; sin dejarnos ilusionar por nada ni por nadie que nos desvíe de nuestra manera de ser, viviendo alerta de novedades de voces y maestros.

“Nihil innovetur nisi quod traditum est”.

Este viejo salesiano que tantas cosas buenas ha visto en la vida, y con tantos apóstoles y hombres tan ilustres ha tratado, morirá D. v. en la persuasión de que tenemos los salesianos el mejor tesoro, mimo de Dios, puesto en nuestras manos, para la propia santidad y la santidad de las almas que El nos confía.

* * *

Fue don Enrique de mediana estatura, tendiendo a alta, «no tenía gallardía en el porte y era más bien un tanto inclinado de hombros».

Así le conocí yo.

Era de menos salud de la que aparecía; y no curtido al frío, a pesar de ser de las riberas del Ubierna; sufrió no poco el tormento de los sabañones que le mordían, sin piedad, manos y orejas.

Fue hombre de buena inteligencia, de finura de sentimiento y de noble y fuerte voluntad.

Yo le traté —y le traté íntimamente— después de la que llama el autor su «conversión» y seguro, con toda verdad, que tienes José Luis más razón que un santo cuando dices de él y de mí: «tengo la idea de que se apreciaban y entendían a maravilla».

Así es: a maravilla.

Por las referencias que yo tenía y por aquello que dice «Antón el de los Cantares que: los niños son hombres pequeñitos, y los hombres son niños grandecitos», yo me atrevería a rubricar las palabras del Doctor don R. Díaz de la Mora: «era el de don Enrique un carácter castellano, influido por el ambiente en que nació. Sus aficiones históricas y su educación religiosa se aunaban para darle un sentido de autenticidad y un no sé qué de misticismo en germen».

Tengo para mí que si don Enrique hubiera seguido la carrera de las armas, por su amor a la patria, bravura, tesón y nobleza de espíritu, hubiera demostrado a las claras que no por nada era paisano del Cid.

Si se hubiera hecho monje, hubiera sido un admirable asceta, un fino literato, un infatigable investigador de la historia medieval, un forjador de monjes... un gran abad de Silos.

Se hizo salesiano.

El dedo de Dios trazó a su vida esa sublime trayectoria; y el hombre «rígido que no sabía sonreír y con una sola mirada hacía temblar en la lectura de las notas; el que manejaba con harta frecuencia la mano y el palo» —negruras de sus mocedades— dobló su alma y la dobló del todo, a la dulzura salesiana; y llegando a ser, cuando yo le conocí, no sólo sacerdote ejemplar, sino modelo de los hijos de Don Bosco.

Quedaron por tanto atrás: «la seriedad, la tendencia al pesimismo y la crítica, el aire de preeminencia y el contar menos con sus superiores...»

La verdad es que las tintas fuertes que trae la Biografía del Siervo de Dios acerca de sus años de clérigo o «maestrillo» y aún de consejero de estudios, tienen no sólo una, sino varias atenuantes en el aire que tenía que respirar, aire ayuno, y no poco, de orden, de piedad y de verdadero salesianismo.

Se debió de batir muy solo.

Cuando yo le conocí, repito, todo quedaba atrás por la gracia de Dios y el esfuerzo del héroe.

Don Enrique. —dicen que ya de niño era un hombrecito— tenía la fortuna que canta el poeta: «dichoso el hombre que sabe —llegar al fin a ser hombre—. Era todo un hombre.

Alguien ha escrito que «ser hombre completo, equilibrado, es una empresa difícil, pero es la única que nos ha sido propuesta».

Don Enrique superó por entero la difícil empresa.

Tuvo por don de naturaleza una fuerza de voluntad indomable; y él la puso, con todo tesón, en superarse a sí mismo por el cultivo de la buena inteligencia y la robustez de la noble voluntad, en función de la trayectoria trazada por Dios a su vida de salesiano.

«Trabajo, trabajo, trabajo», fue la herencia dejada por Don Bosco a sus hijos, y don Enrique fue un dechado de trabajadores salesianos. Decía con las palabras y persuadía con las obras el: «Ya descansaremos en el cielo».

El trabajo incansable, con las muchas horas robadas al sueño, le hizo ser un ejemplar luminoso de los salesianos autodidactos de aquellas gloriosas kalendas. Le dio tal cultura en letras, historia y ciencias que se imponía, sin lugar a dudas, a colegas y alumnos.

Y gracia de Dios.

Yo le tuve como dice nuestro inolvidable don Felipe Alcántara —q. s. g. b.— por «experto en las lides del espíritu».

De las obras de los grandes maestros que le eran familiares, sacó el jugo que, digerido salesianamente, nutría su alma. Con ese jugo nutría él las almas de los otros.

Estaba al corriente de cuanto de vida espiritual, que valiera la pena iba apareciendo, para hacerlo suyo; y bien rumiado, rumiado «a la salesiana» repito, darlo a los demás.

Le tuve por hombre de sólida piedad, de gran vida interior; y confieso que sus consejos hacían una mella muy particular en mi alma.

Buscaba la gloria de Dios sin mimos ni miras terrenas; y la buscaba trazando paternamente para los otros los caminos más suaves.

Suscribo por cuanto yo sé, estas palabras de su misticismo de hombre maduro: «Sosegado, confiado, tranquilo, sin desequilibrios de alma, ni presiones antinaturales, ni repulsivas; sin perder jamás el estribo de la realidad, a la que siempre vivió muy asido».

Era, pues, el misticismo de don Enrique, como era toda su pedagogía, de la más pura ortodoxia salesiana; y las fuentes próximas que

tenía para sí y que metía en el alma de todos, eran la Vida y los escritos de Don Bosco.

«Cuando un hombre de la consideración de las cosas celestiales desciende a considerar las cosas humanas, hablará de éstas y las sentirá de una manera más alta y más noble».

Así comprobé yo que sentía don Enrique de las cosas humanas y así hablaba de ellas.

Este hombre de intensa oración y vida interior, enamorado de la Eucaristía y de María Auxiliadora, trabajador incansable, sufrido y penitente, apóstol de jóvenes, formador de sacerdotes, salesiano cien por cien, merecía rubricar con la sangre la ejemplaridad de su vida sacerdotal salesiana.

Dios le oyó. Fue traza Suya. Los verdugos no cuentan sino para el perdón.

No dudo de que su sangre generosa es y seguirá siendo semilla de centenares y centenares de grandes salesianos.

Hacia el fin de la Biografía se pregunta el autor: «Nuestro biografiado se propuso en serio hacerse santo. ¿Lo consiguió?».

Creemos que sí.

Yo también lo creo; y lo creo con certeza; sin que ni mis palabras, ni las del autor, prejuzguen el juicio infalible de nuestra Madre la Iglesia Católica.

Roguemos.

MARCELINO
Arzobispo de Valencia
S. D. B.

INTRODUCCION

El día primero de octubre de 1952, el P. Provincial, Don Emilio Corrales, nos encomendaba la preparación del Proceso Informativo de los cuarenta y dos salesianos muertos —in odium fidei— durante el dominio rojo dentro de los límites de la antigua Provincia Céltica. Comprendía ésta las actuales de Madrid, Zamora y Bilbao.

Hasta esa fecha, el imponente quehacer de la reconstrucción de la Inspección, tan maltratada durante los tres años de la guerra, en personas y cosas, había impedido todo trabajo de seria investigación sobre el hecho del martirio de los hermanos que sucumbieron por Cristo.

Tan sólo don Felipe Alcántara, provincial antes e inmediatamente después de la Cruzada, escribió un folleto de cuarenta páginas que tituló: «Laudemus Viros Gloriosos. Relación de los salesianos de la Inspección Céltica de Santiago el Mayor, que dieron su vida por Dios y por la Patria durante el glorioso Movimiento Nacional iniciado el 18 de julio de 1936».

A don Felipe le tocó vivir en Madrid, cárcel de Ventas, los meses más trágicos de la persecución roja, que fueron los de julio y siguientes del año 1936. Hasta el lugar de su cautividad iban llegando frecuentes noticias sobre detenciones y asesinatos de salesianos en Madrid y cercanías; noticias muchas veces imprecisas, como nacidas de fuentes misteriosas, oscuras; alteradas a través de una trasmisión oral nada tranquila y sosegada. El misterio y la oscuridad envolvían las actuaciones rojas.

Hemos de confesar con todo que el opúsculo de don Felipe, merced a consultas que hubo de hacer, terminada la guerra, a salesianos que más de cerca vivieron aquellos acontecimientos, no adolece de errores sustanciales, sí de inexactitudes.

Mérito grande el de este ilustre salesiano, pues su folleto sirvió de fundamento para ulteriores, más extensas y profundas investigaciones. Fruto de ellas será una obra que esperamos publicar en breve, con la

relación de las persecuciones y martirios de todos los hermanos de nuestra Inspectoría Céltica.

Mientras para la preparación del Proceso Informativo, recorriamos, en busca de datos y testigos, colegios, casas particulares, centros oficiales, cárceles y cementerios, iba adueñándose de nuestro pensamiento la figura cautivadora de don Enrique. Tanto nos cautivó, que, clausurado el Proceso diocesano el 27 de noviembre de 1958, nos entregamos de lleno a estudiar su vida, ya que antes los testigos sólo habían depuesto sobre el hecho del martirio.

En todo el contenido de esta biografía nos hemos ceñido a la más estrecha verdad histórica, cortando todo vuelo a la imaginación y a costa, no pocas veces, de una más esmerada y amena presentación literaria.

Ascienden a la cifra de ciento cincuenta y siete las declaraciones de personas fidedignas que nos han documentado. Noventa y ocho de ellas en diálogo directo, y las restantes mediante correspondencia epistolar y documentos firmados.

De los interrogados, setenta y ocho eran ya salesianos cuando vivía don Enrique; superiores, compañeros o alumnos suyos. Otros treinta y nueve, alumnos de colegios durante su profesorado o directorado. Los demás, aspirantes a la vida salesiana, Hijas de María Auxiliadora, familiares, compañeros de infancia, religiosos de otras Ordenes y Congregaciones, testigos de los últimos días o del martirio.

Nuestras entrevistas con cuantos habían conocido al Siervo de Dios se desarrollaron en un clima de sosiego y absoluta serenidad.

Las cartas y demás relaciones firmadas nos fueron llegando, previa petición y con ruego encarecido de ajustarse en todo a la verdad en lo favorable o adverso del Siervo de Dios, con promesa, por nuestra parte, de la guarda del secreto de ser ello conveniente o necesario.

Varios de los testigos habían depuesto bajo juramento en el Proceso Informativo «de la Causa de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios Enrique Sáiz Aparicio y otros cuarenta y un compañeros de la Congregación Salesiana muertos en las diócesis de Madrid, Sigüenza, Santander y Bilbao durante el dominio rojo (1936-39) por su condición de sacerdotes, religiosos o católicos.» (cfr. Articulado de la Causa, Madrid, 1956). Sus nombres son: doña Társila Flores Ruiz, Rvdo. don Tobías Hernández, S. D. B., doña Beatriz Ibarreche Rodríguez, Rvdo. don Joaquín Sáinz Crespo, sacerdote del clero secular, doña

Concepción Gallego Custodio, Rvdo. Juan Castaño Gabriel, S. D. B., doña Beatriz del Hierro López, Rvdo. don Alejandro Vicente, S. D. B., Rvdo. don Maximino Gallego Rodríguez, S. D. B., don José María Sabaté, S. D. B., don Francisco Echevarría Deba, S. D. B. Nosotros mismos actuamos en dicho proceso como primer testigo, relatando en varias sesiones y bajo diversos juramentos, todo cuanto habíamos oído y comprobado en nuestras investigaciones sobre el hecho del martirio de los cuarenta y dos presentados.

Allí entregamos en hojitas separadas impresas, con la respectiva fotografía, los datos biográficos de cada uno de los Siervos de Dios. Estas hojitas quedaron adjuntas a las demás actas del Proceso. Por lo cual, los testigos arriba enumerados depusieron, no tanto sobre la vida, como sobre antecedentes y hechos del martirio. No nos ha sido posible utilizar para éste nuestro trabajo —por hallarse bajo la jurisdicción de la Sagrada Congregación de Ritos— dichas Actas; pero, habiéndolas leído antes de su envío a Roma, constatamos que coinciden con los testimonios aquí aducidos.

No nos queda sino manifestar nuestro más sincero agradecimiento a cuantos nos han venido ayudando en la tarea que los superiores cargaron sobre nuestros débiles hombros. Dios conoce el amor que en su trabajo pusieron. El será su recompensa. Una especial gratitud a don José Mallo, nuestro constante, entusiasta y dinámico colaborador, a quien, en premio de su meritoria labor, recompense el Señor, dentro de breves meses, con largo y fecundo sacerdocio.

El autor

S I G L A S

Arch. I. M. A. . . .	Archivo del Colegio Instituto de María Auxiliadora de Salamanca.
Arch. C. C. A. . . .	Archivo del Colegio de Carabanchel Alto, Madrid.
A. S.	Archivo Central Salesiano de Turín.
Const., Regl. S. F. S. .	Constituciones y Reglamentos de la Sociedad de San Francisco de Sales.

NOTA.—Todas las citas de manuscritos (cartas o relaciones orales) que se mencionan en este libro, hacen relación al Archivo de la Inspectoría Salesiana de Madrid, sección Mártires.

DOCUMENTACION Y BIBLIOGRAFIA

I. Fuentes

A. Manuscritos

a) DE DON ENRIQUE SAIZ

Cartas a:

Pedro Cabrera, desde Salamanca, el 29-12-1925 (original).
Manuel Arconada, desde Madrid, el 23-5-1936 (fotocopia).

Obras teatrales:

1.—Dramas históricos:

El Cabo Noval.
La maldición de un padre.
Nobleza contra doblez.

2.—Escenas evangélicas:

Los juegos del Niño Jesús.
Jesús de Nazaret.
El juego del esconder.
Los pilluelos de Nazaret.
La mirada de Jesús. (Ven y sígueme.)
Bienaventurados los pobres.
La traición.
Divinos Misterios: Resurrección, Emaús, En el Cenáculo.
Sin madre. (Diálogo de Navidad.)

3.—Escenas salesianas:

Unas buenas noches de D. Bosco.
Por arte de magia.
D. Bosco sembrador.
En las fauces de la fiera.

b) DE OTRAS PERSONAS

Relaciones:

AGUILAR JOSE, Bilbao, 17-7-59.
ALONSO FRANCISCO, s/l, s/d.
APARICIO CIPRIANO, Ubierna (Burgos), s/d.
ARCE ANTONIO, Burgos, 7-7-59.
ARCE FLORENTINO, Burgos, 6-6-59.
ARCE JULIANA, Ubierna (Burgos), s/d.
ARCE MAURO, Ubierna (Burgos), s/d.
ARCE PERPETUO, Burgos, 6-6-59.
ARCE HIGINIO, Burgos, 7-7-59.
ARENAS RAMON, Salamanca, 20-8-59.
ARTEAGA JOSE, s/l, s/d.
BARCENA ALFREDO, Madrid, s/d.
BARCENA JESUS, La Coruña, 2-8-59.
BAZAL AUGUSTO, s/l, s/d.
CABEZAS JOSE, Salamanca, 24-7-59.
CARTOSIO LEON, s/l, s/d.
CASTAÑO JUAN, Barcelona, 20-4-52; Madrid, s/d.
CONDE LUIS, Madrid, 19-2-59.
CRESCENZI ANASTASIO, Madrid, s/d.
DIAZ LUIS, Salamanca, 19-8-59.
ECHEVARRIA FRANCISCO, Guadalajara, s/d.
ENCINAS RUFINO, Bilbao, 14-7-59.
ESPINO TEODULO, Burgos, 11-7-59.
FERNANDEZ ARSENIO, s/l, s/d.
FLORES TARSILA, Madrid, 24-6-52.
FERNANDEZ CLAUDIO, Ubierna, (Burgos), s/d.
GANCEDO EDUARDO, Madrid, enero-59.
GARCIA ANDRES, Mohernando (Guadalajara), marzo-59.
GARCIA ANTONIO, Astudillo (Palencia), 7-12-59.
GARCIA JEREMIAS, Salamanca, 8-8-59.
GARCIA LORENZO, Salamanca, 24-8-59.
GIL EMILIO, Salamanca, 9-8-59.
GIL FRANCISCO, Salamanca, 8-8-59.
GONZALEZ AGUSTIN, Madrid, 2-6-59.
GONZALEZ ARTURO, Zamora, 19-8-59.
HERNANDEZ TOBIAS, Madrid, s/d.
HERNANDEZ SANTIAGO, Salamanca, 8-8-59.
HIERRO BEATRIZ DEL, Madrid, s/d.
IBÁÑEZ EMILIA, Ubierna (Burgos), 9-7-59.
IBARRECHE BEATRIZ, Madrid, s/d.
LEDESMA RAMON, Salamanca, 9-8-59.
LEDESMA TOMAS, Salamanca, 21-8-59.
LIZARRALDE JOSE, Madrid, enero-59.
LOPEZ HERMINIO, s/l, s/d.
MANRIQUE ROSALIA, Madrid, s/d.
MATA FRANCISCO, Madrid, 16-5-59.
MATE FRANCISCO, Madrid, 12-1-59.

MATEO BASILIO, Valdelosa (Salamanca), 24-8-59.
 MARTIN HECTOR, Madrid, 6-7-53.
 MARTIN LORENZO, Ermua (Vizcaya), 14-7-59.
 MARTIN MANUEL, Madrid, 4-6-59.
 MERINO ADRIAN, La Arboleda, 16-7-59.
 MORO ISIDORO, Madrid, 5-1-59.
 MOYA MANUEL, Salamanca, 2-8-59.
 OCANA JULIAN, Salamanca, s/d.
 PANIAGUA VICENTE, Salamanca, s/d.
 PAZO LUIS, Vigo, 31-7-59.
 POLO GRACILIANO, Salamanca, 25-8-59.
 PRADA ANGEL, Salamanca, 9-8-59.
 QUEROL ANTONIO, s/l. s/d.
 QUILEZ FABIAN, Bilbao, 18-7-59.
 RIESCO JOSE, Madrid, 12-1-59.
 RIOS VICENTE, Burgos, 11-7-59.
 ROLDAN AGAPITO, Madrid, 4-6-59.
 RODRIGUEZ DAMASO, Ubierna (Burgos), 9-7-59.
 RODRIGUEZ INOCENCIO, Salamanca, 20-8-59; Salamanca, 23-7-59.
 RODRIGUEZ JOSE, Salamanca, 9-8-59.
 RODRIGUEZ JOSE MANUEL, s/l. s/d.
 RODRIGUEZ VENTURA, Vitigudino (Salamanca), 24-7-59.
 ROMERO ARISTIDES, Salamanca, 20-10-59.
 SABATE JOSE MARIA, Vigo, 30-7-59; Vigo, s/d.
 SABORIDO JOSE, Orense, agosto-59.
 SABORIDO SERGIO, Vigo, 30-7-59.
 SAIZ DANIEL, Burgos, 10-7-59.
 SAIZ JULIA, Burgos, 10-7-59.
 SAIZ LEANDRO, Madrid, s/d.
 SANCHEZ HIGINIO, La Coruña, s/d.
 SANCHEZ RUPERTO, La Coruña, 3-8-59.
 TALAVERA MARCELINO, Madrid, s/d.
 TORRE SACRAMENTO, Ciempozuelos-Madrid, 1-6-59.
 UBEDA ANTONIO, s/l. s/d.
 URGELLES JOAQUIN, Mohernando (Guadalajara), marzo-59.
 VALLE MARIANO, La Coruña, 2-8-59.
 VICENTE ALEJANDRO, Madrid, 7-7-59.
 VILLALVA JOSE, Madrid, s/d.
 VILLANUEVA MARIANO, Burgos, 7-7-59.
 VISO RAMON, Madrid, s/d.
 ANGELES MARIA REGINA DE LOS, Madrid, s/d.
 MERCEDES LUCIA DE LAS, Madrid, s/d.
 HERMANO MIGUEL, Barcelona, s/d.

Cartas:

ALCANTARA FELIPE, Barcelona, 10-1-59.
 ALONSO CIPRIANO, Salamanca, 28-11-59.
 ANTORAZ LUIS, Peñalver, 7-12-59.
 ARCE FILADELFO, Zamora, s/d.

ARMELLES ERNESTO, La Coruña, 27-6-59.
 BAEZ JOSE, Sevilla, 6-4-59.
 BARAUT PABLO, Pamplona, 4-7-59.
 BARREÑO SILVERIO, Badajoz, 17-4-59.
 BARS MANUEL, Assam (India), 13-4-59.
 BARTOLOME ANTONIO, Benavente (Zamora), 11-2-60.
 BELLIDO MARIA, Béjar (Salamanca), 11-2-62.
 BELTRAN MARIANO, Pamplona, 17-4-59.
 CABRERA PEDRO, Madrid, 20-8-59.
 CAMPOY JOSE MARIA, Puerto Real (Cádiz), 10-4-59.
 CARTOSIO LEON, Palencia, 19-2-59.
 CASTAÑO JUAN, Barcelona, 30-3-52.
 CERDA RAFAEL, Mataró (Barcelona), 9-6-59.
 CORBELLA JUAN, Sarriá (Barcelona), 18-4-59.
 CUTILLAS LUIS, Barcelona, 5-4-59.
 DIAZ DE LA MORA R., Garrovillas (Cáceres), 6-6-59.
 DIEZ FELIPE, Madrid, s/d.
 DIEZ IGNACIO, Vigo, 13-6-49.
 DOMINGUEZ GONZALO, Plegamans (Barcelona), 28-3-59.
 ESPINO TEODULO, Burgos, 29-12-52.
 ESTEVEZ TOMAS, Mohernando (Guadalajara), 6-3-59.
 GALLEGO MAXIMINO, Sevilla, 16-4-52; Sevilla, s/d.
 GALLO ANSELMO, Ubierna (Burgos), 22-10-52.
 GARCIA ANTONIO, Astudillo (Palencia), 21-3-50.
 GARCIA SERAFIN, Córdoba, 28-3-59.
 GARCIA DE LA SANTA TOMAS, Puertollano, 13-5-59.
 GIL ERNESTO, Madrid, 7-1-60.
 GIRONES RAMON, Barcelona, 22-6-59.
 GOMEZ GREGORIO, Portillo (Valladolid), 2-8-59.
 GONZALEZ FRANCISCO, Arévalo (Avila), s/d.
 HUMBRIA JUAN, Baracaldo (Vizcaya), 25-6-59.
 IGLESIAS FERNANDO, Huesca, 6-4-59.
 INFANTE RAFAEL, Sevilla, 12-4-59.
 LINARES VICENTE, s/l., s/d.
 LOPEZ HERMINIO, 21-5-59.
 LORENZO JOSE, León, 2-4-59; León, 16-4-59.
 MARTIN VICENTE, s/l., s/d.
 MENDEZ JOSE, Barbadillo (Salamanca), 8-7-60.
 MONEDERO ANTONIO, Madrid, 30-6-59.
 MONTERO JOSE, Fuenteguinaldo, 17-6-59.
 MORALEDA MIGUEL, Santa Cruz de Mudela, 2-7-59.
 MORALES ZAZO EDUARDO, Madrid, 27-5-59.
 NOTARIO DOMINGO, Vitigudino (Salamanca), 14-8-59.
 NOTARIO MANUEL, Córdoba, 23-4-59.
 OCAÑA JULIAN, Salamanca, 21-8-49.
 OTERO ELIAS, Santander, 1-4-59.
 OTERO ROMANA, Madrid, 25-2-62.
 OUTERIÑO DIGNO, Alicante, 18-4-59.
 PALAO MAXIMO, Valencia, s/d.
 PEREZ NICOMEDES, Madrid, 11-5-59.

PRADA ANGEL, Salamanca, 9-6-59.
 PUERTO EUFEMIO, Salamanca, 25-1-60.
 QUINTERO JOSE, La Coruña, 24-5-52; La Coruña, 12-4-59; La Coruña, 2-8-59
 La Coruña, 26-4-62.
 RODRIGUEZ ARTURO, Ledesma (Salamanca), 17-8-59.
 RODRIGUEZ JOAQUIN, Cabezón de la Sal (Santander), 27-9-59.
 RODRIGUEZ MANUEL, La Coruña, s/d.
 RODRIGUEZ ALONSO MANUEL, Lumbrales (Salamanca), 18-8-59.
 RODRIGUEZ PEDRO, León, 17-6-59.
 RODRIGUEZ VICENTE, Barcelona, 13-7-59.
 SABATE JOSE MARIA, Vigo, 12-4-59.
 SABORIDO SERGIO, Vigo, s/d.
 SAIZ FORTUNATO, Salamanca, 21-7-52; Orense, 19-10-56.
 SAIZ JULIA, Ubierna (Burgos), 27-7-49.
 SAINZ JOAQUIN, Madrid, 9-7-53.
 SANCHEZ PINEL ANICETO, Béjar, 18-12-59.
 SANCHEZ Y SANCHEZ BIENVENIDO, Salamanca, 17-8-59.
 SANSINFORIANO JOSE, Sanchotello (Salamanca), 14-8-59.
 SARDON ANTONIO, Sevilla, 24-4-59.
 TORMO RAFAEL, Utrera (Sevilla), 12-6-59.
 UREÑA ANTONIO, Las Palmas, 12-4-59.

Tarjetas:

AZPELETA FELIX, Salamanca, 30-1-59.
 MORIDO ALEJANDRO, Pamplona, 16-4-59.
 PRIETO ANTONIO, Córdoba, 13-5-59.

Otros trabajos:

AZPELETA FELIX, Resúmenes de conferencias dadas por D. Enrique Sáiz, (tomadas directamente.)
 Autor desconocido, conferencias dadas por D. Enrique Sáiz, (dactilografiadas.)

c) CRONICAS

Crónica del Instituto Salesiano de María Auxiliadora, Salamanca, (1909-1923.)
 Crónica de la Casa Salesiana de Carabanchel Alto, Madrid.

B. Impresas

a) DE DON ENRIQUE SAIZ

Horas Tristes de un Santo, Escuela Tipográfica Salesiana, Madrid, s/d.

b) DE OTRA PROCEDENCIA

Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios Enrique Sáiz Aparicio y otros 41 compañeros de la Congregación Salesiana, Madrid, 1956.

ALCANTARA FELIPE, *Laudemus Viros Gloriosos. Relación de los salesianos de la Inspectoría Céltica de Santiago el Mayor, que dieron su vida por Dios y por la Patria durante el Glorioso Movimiento Nacional, iniciado el 18 de julio de 1936*, Madrid, s/d.

Constituciones y Reglamentos de la Sociedad de San Francisco de Sales, SEI. Madrid, 1956.

Boletín Salesiano, Órgano de la Pía Unión de los Cooperadores Salesianos.

La Virgen de Don Bosco. Ecos de la Obra Salesiana en Madrid.

Memorias Escolares de los cursos académicos 1921-1926 del Colegio Salesiano de María Auxiliadora, Salamanca, Escuela Tipográfica Salesiana, Madrid.

II. Bibliografía

AZNAR MANUEL, *Historia Militar de la guerra de España*, Editora Nacional, Madrid, 1958.

BAYLE CONSTANTINO, *Sin Dios y contra Dios*, Madrid, 1938.

Causa General. *La Dominación roja en España*, Avance de la Información instruída por el Ministerio Público, Ministerio de Justicia, s/l, s/d.

Historia de la Cruzada, Editorial Española, S. A., s/l, s/d.

Hoy como ayer, La vocación del Hermano Cartujo, Editorial Bona Voluntat, Montalegre, 1960.

La Cartuja de Montalegre, Compendio Histórico, Editorial Políglota, Barcelona, año 1960.

LASAGA MIGUEL, *Don Ramón Zabalo*, SEI, Madrid, 1956.

MONTERO ANTONIO, *Historia de la persecución religiosa en España*, BAC, Madrid, 1961.

PLA JOSE, *Historia de la Segunda República Española*, Colección "Destino", Barcelona, 1941.



CAPITULO PRIMERO

A LA SOMBRA DE LA ERMITA Y DEL CASTILLO

Ubierna, pintoresco pueblo de la provincia de Burgos, a 17 kilómetros al norte de la capital, ofrece al espíritu del visitante el regalo de su serena quietud.

Su posición es pintoresca. A la margen derecha del río de su mismo nombre, posee una vega feraz de más de 5 kilómetros de extensión, entre el barrio de San Martín y Quintana Ortuño. Este y los otros pueblecillos de Mata, Gredilla la Polera, Peñahorada y Santibáñez le abrazan, mientras a su derecha avanza hacia el norte la carretera que conduce a Santander.

Pueblo netamente campesino, es tierra rica en cereales, ganado lanar, caballar y vacuno. Su lana fue en tiempos pretéritos muy famosa. De ella se surtía la capital para su floreciente comercio con Flandes.

Las construcciones son de piedra de sillería, pequeñas, bajitas y todas ellas provistas de una o más cuadras para el numeroso ganado, que constituye la principal riqueza del pueblo.

En tiempos pasados ceñían al núcleo principal de población barrios, hoy desaparecidos. De ellos tan sólo queda el de San Martín, a unos 1.500 metros de Ubierna, entre las Sierras Ciudad la Pedrosa, el Cano y el Sombrío (1).

Pero el tesoro más valioso de esta pintoresca localidad burgalesa es su sencilla y profunda religiosidad.

La iglesia de San Juan Bautista, obra de piedra de sillería del siglo XVII, la de San Martín y la devota ermita de Montes Claros alimentaron, a través de los siglos, la recia y tradicional piedad de sus sencillos vecinos.

En Ubierna, el 1 de diciembre de 1889, visitó Dios a los piadosos esposos Jerónimo y Juliana, llevándoles el regalo de un segundo hijo, Enrique Andrés (2). El primero, Daniel, frisaba en los tres años cuando

(1) Hergueta Martín Domingo, "Noticias Históricas de Ubierna", Burgos 1937.

(2) Los dos nombres figuran en el Registro Civil. El padre de Enrique, Jerónimo Sáiz González, era natural de Melgosa de Burgos, y su madre, Juliana Aparicio Díez, de Ubierna.

El enlace matrimonial se verificó en Ubierna, el 29 de mayo de 1884, llevando a él Juliana, anteriormente ya viuda, una hija llamada Victoriana.

Los ascendientes de Jerónimo fueron Miguel y Tecla; los de su esposa, Francisco y Cándida. Cfr. Registro Civil de Ubierna, L. 2, sec. 2.ª de Matrimonios, n.º 16, fol. 15, v.º y 16; Copia del Acta Matrimonial, Ms. 682.

nació Enrique. Federico y Máximo siguieron a éste con intervalos de cuatro años.

Al siguiente día, recibía el bautismo en la iglesia parroquial de San Juan Bautista. Figura inscrito en el registro con el número 742.

Fue ministro del sacramento el Rvdo don Vincente Fernández, cura propio de Las Rebolledas, delegado por el de la parroquia de Ubierna, don Tiburcio Cámara; y actuaron de padrino el abuelo materno del recién nacido, don Francisco, y de testigos don Facundo de Osma, sacristán, y Dña. Ursula de San Hilarión (3).

Era el 2 de diciembre de 1889.

Jerónimo y Juliana eran dos almas sencillas, oro de ley; de escasa cultura, pero de criterio seguro; sobre todo, profundamente religiosas.

Solía decir ella que el porte de la mujer debe ser en todo lugar digno y honesto, y que la distinción y delicadeza, para jamás ofender el pudor ajeno, deben llegar hasta el detalle familiar y casero, evitando, incluso en el propio hogar, toda manifestación de excesiva desenvoltura y libertad, impropia de una mujer cristiana. Conforme a este principio, sus costumbres se ajustaban siempre a una moral estricta (4).

Su salud siempre precaria, quedó notablemente quebrantada a consecuencia de una caída del carro que la conducía a sus quehaceres habituales. Se espantaron los bueyes, volcó el carro y la pobre Juliana cayó en tierra. Desde entonces los méritos de una cruz, llevada con fortaleza y cristiana resignación, hermosearon aún más su vida (5).

Jerónimo, hombre honrado y recto a carta cabal, amaba inmensamente a sus hijos, pero también sabía hacerse respetar de ellos. No toleraba el mínimo capricho o desobediencia: "Id a jugar a la calle, pero a las seis habéis de estar en casa." La inobservancia del mandato encontraba su correspondiente castigo (6).

Un día se quejaba Enrique en la mesa de que su madre le había servido escasa cantidad de chorizo.

—¿Sí le respondió, con naturalidad, su padre—? pues por hoy ya está bien—. Y le privó del trocito que se le había suministrado.

Constante preocupación de ambos esposos fue la educación cristiana de sus hijos (7).

Había sucedido a don Tiburcio Cámara, en el régimen parroquial de Ubierna, don Francisco Rodríguez, sacerdote ejemplar, de carácter vivo, lleno de celo por la gloria de Dios y el bien espiritual de sus feligreses.

Predicaba a todos, chicos y grandes, en domingos y fiestas, sobre todo a lo largo de la santa cuaresma.

(3) Cfr. Partida de Bautismo, L. 9, n.º 742, fol. 46; Ms. 683. Para más aclaraciones, Gallo Anselmo, Ms. 598.

(4) Ibáñez Emilia, Ms. 579, fol. 1.

(5) Aparicio Cipriano, Ms. 510, fol. 1.

(6) Relac. conj. de Aparicio Cipriano, Arce Juliana, Arce Mauro y Fernández Claudio, Ms. 510, folio 1.

(7) Saiz Daniel, Ms. 654, fol. 4.

Aprovechaba para la instrucción religiosa de sus feligreses toda ocasión propicia, no sólo el tiempo señalado por precepto eclesiástico al culto divino, sino el destinado en aquella parroquia, por insinuación del sacerdote y la devoción de los feligreses, al rezo del santo rosario.

No toleraba Jerónimo el que sus hijos descuidasen el nutrirse de la palabra divina. Por eso, todos los días les obligaba al rosario en la parroquia y cuidaba muy bien comprobar la asistencia.

—Enrique, ¿has estado en el rosario?

—...

—¿Con que sí? ¿Qué punto del Catecismo ha explicado el señor Cura?

Las infantiles mentiras encontraban pronta sanción paterna.

En la época de la trilla rezaba Jerónimo el santo rosario con sus hijos en el mismo campo de trabajo.

A pesar de que en tal época del año es muy dura la faena diaria que abruma al labrador, no descuidaba esa práctica mariana, que otros muchos remitían a las frías o lluviosas tardes invernales, cuando el trabajo escasea o falta.

Asimismo, todos los días, a mediodía, invitaba el cristiano padre a sus hijos a rezar juntos la salutación angélica. Se interrumpía entonces el trabajo de la siega; incorporábanse, padre e hijos y a la voz de mando de aquél: "A rezar el *Angelus*", de tono patriarcal, respondía la oración común, sencilla y recogida (8).

Caritativo, era todo para todos. No reparaba nunca en la condición del que llamaba a su puerta, puerta de casa pobre, pero acogedora, ni si la llamada era de noche o de día, oportuna o imprudente.

—Pase quien sea—respondía a la llamada.

—Soy un gitano, señor.

—Es lo mismo. Adelante.

Y daba a todos de lo que tenía.

Estaba dotado de cierta inclinación—rudimentaria, si se quiere, y pueblerina—al bello arte de la poesía.

Empleaba su modesta "vis poética" en componer versos a la Virgen, que luego los niños más despiertos del pueblo se encargarían de recitar, con ocasión de las grandes solemnidades religiosas de la parroquia (9).

Esta su natural afición a la poesía pasó a sus hijos. Enrique sabrá, a su tiempo, valerse, para sus elevados fines apostólicos, de las cualidades literarias que el Señor, en mayor o menor grado, le concedió.

No es ciertamente la abundancia de bienes materiales la que hace feliz un hogar, sino el amor mutuo, sacrificado y fiel, cimentado en el

(8) Ibid.

(9) Saiz Daniel, Ms. 654, fol. 11, 4 vº.

santo temor de Dios y alimentado por la práctica constante de las virtudes cristianas.

El hogar de Jerónimo era pobre: unas cuantas tierras en arriendo, labradas con el sudor de su frente, y el trabajo prematuro de sus hijos, constituían la única fuente del haber familiar.

Victoriana, fruto del primer matrimonio de Juliana, fue una mujercita hacendosa, óptima hermana de los niños y ayuda imprescindible en las labores domésticas. Cuando Federico y Enrique marcharon a estudiar humanidades, consagró también ella su vida al Señor, ingresando en un convento de clausura.

Otra prueba deparó Dios a tan excelente familia: la enfermedad del hijo menor, Máximo, el cual por dos veces se vio atacado de meningitis, viniendo a menos en las facultades mentales. Ello trajo constantes preocupaciones y ansiedades a los padres, quienes, lo mismo que los hermanitos mayores, no cesaron de mimarle con los cuidados más exquisitos (10).

No sabemos cuándo comenzó Enrique a frecuentar la escuela; creemos que a los seis años, pues estos eran considerados generalmente la edad escolar.

Don Felipe Santamaría, maestro de la localidad, fue un perfecto caballero y un buen profesor, aunque de no muy buen genio, y con métodos educativos propios de la época.

Enseñaba a perfección las cuatro operaciones y, sobre todo, el Catecismo y la Historia Sagrada, consideradas estas dos últimas como asignaturas principalísimas.

Como subsidios pedagógicos colgaban de las paredes en la escuela unas láminas con escenas del Antiguo y Nuevo Testamento. Los muchachos seguían con interés las explicaciones del maestro, y aún hoy recuerdan con cariño, los más viejos de Ubierna, la enseñanza religiosa recibida de don Felipe.

La escuela era mixta, instalada en una vieja casa del pueblo, con poca luz y muy escasa ventilación. Su alumnado coronaba el número de noventa, entre niños y niñas. Esto explica, en gran parte, el mal genio de don Felipe, hombre, por otra parte, de profundas convicciones religiosas, amigo de los sacerdotes y de las funciones de la iglesia, a las que obligaba a ir a todos los alumnos. ¡Ay de ellos si se descuidaban!

Dicen de Enrique sus antiguos camaradas que desde niño era de carácter varonil, afable, pacificador de contiendas infantiles, muy apreciado por todos a causa de su bondad. En casa, según el testimonio de los familiares, fue modelo de obediencia. Su abuelita solía afirmar de él que nunca fue niño, que siempre pensó y obró como un hombre,

(10) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 2 vº, 5.

debido a que, en temprana edad, quedó huérfano de padre, lo que le hizo sumamente reflexivo.

Confieso que me resultan extraordinariamente antipáticas esas biografías de santos—escritas con más buena voluntad que acierto—que presentan a sus héroes beatificables desde la niñez, a través de todos los años de una larga o corta vida, hasta su muerte. No es mi intento caer en semejante utopía, pero la objetividad histórica exige también que se respete y consigne toda la verdad. Así lo hago, incluso en los más insignificantes pormenores.

A Enrique le gustaba el juego. Eran sus diversiones ordinarias la tala, el marro y la pelota, juegos de su época. En primavera y verano el baño en el río hacía sus delicias. A los catorce años, no había un muchacho que le discutiera la primacía en los bolos.

No tuvo demasiado tiempo para holgar, pues la estrechez económica por que atravesaba su familia le forzó a reducir hasta el máximo sus expansiones y a emprender una vida de trabajo heroico. A pesar de todo, supo gozar plenamente de las sencillas y sanas alegrías que su pueblo le brindó.

Dicen que era uno de los más aventajados alumnos de don Felipe, si no el mejor. No sé por qué el maestro le distinguía con el apelativo de “pincel de Murillo”.

Con ocasión de las inspecciones, que de vez en cuando llegaban procedentes de la ciudad, el maestro echaba mano de los alumnos más vivos y espabilados con mayores cualidades artísticas, para la honrosa recepción que al Inspector convenía dispensar. Enrique era entonces de los escogidos para declamar un discursito o poesía de ocasión. Luego, los niños eran examinados en las diversas asignaturas y la cosa salía a las mil maravillas, pues a tiempo se encargaba el previsor y algún tanto pícaro maestro de avisar a los alumnos más atrasados para que no apareciesen por la escuela el día de la prueba, otorgándoles así una no muy merecida vacación.

Fue también Enrique monaguillo en la parroquia, y atestiguan que piadosillo y serio. Como tal, intervenía gustoso en la pintoresca romería que anualmente se encaminaba, y aún hoy se encamina, el 2 de julio, con motivo de la fiesta de San Juan de Ortega, a Quintana Ortuño, pueblecito que se gloria de haber dado a la Iglesia tan gran santo.

Era una fiesta esencialmente religiosa. Todos los pueblos vecinos tomaban parte en ella, cada cual con la cruz y la insignia de su respectiva parroquia.

Dos cruces y dos insignias correspondían a Ubierna: la parroquial de San Juan Bautista y la perteneciente a la iglesia de San Martín.

El programa se resumía en Misa, sermón del santo y procesión. Luego, el Ayuntamiento de Quintana Ortuño obsequiaba a todos los asistentes con vino, media cántara por Ayuntamiento, para rociar las provi-

siones que cada familia había llevado consigo. Por la tarde, Vísperas y veneración de la reliquia. En alguna ocasión terminaba la fiesta con un sencillo baile pueblerino, al compás de una pandereta más o menos diestramente manejada por una muchacha.

Don Felipe jamás permitía a sus alumnos acercarse al baile, so pena de unos buenos coscorrónes y la consiguiente reprimenda, en caso de infracción de tan severo mandato. Al anochecer, en caravanas, se regresaba al hogar (11).

¡Cuánto gozaba Enrique participando y actuando de monaguillo con su cerial, en estas sencillas fiestas populares!

Jamás olvidó, con el correr de los años, su niñez en Ubierna. Amó entrañablemente al pueblo y a sus habitantes. Ya sacerdote, les favoreció cuanto pudo. Sus paisanos le veneran como a padre, héroe y santo. Conservan todavía fresco el recuerdo de sus visitas veraniegas, breves pero imborrables. ¡Qué afable siempre, qué sencillo y cordial con todos!... Y aquellas sus predicaciones, llenas de unción, pedagógicas..., y aquella su labor de confesionario. El antiguo monaguillo se había trocado en celoso sacerdote.

Don Enrique, a su vez, gozaba lo indecible en Ubierna, durante los breves días de descanso que sus superiores le concedían, recorriendo de nuevo los lugares de su infancia, trabajada, pero feliz, en los cuales había germinado su vocación: aquella ermita de Montes Claros, que se eleva a unos 600 metros al oriente del pueblo, encima de la carretera de Burgos a Santander, con su Virgencita sentada, de madera, coronada y dorada; aquel castillo, ya en ruinas, cuya fundación se atribuye, según los anuales toledanos, al Conde Diego Rodríguez Porcelos, por los años del 862; aquellos riscos que cercan el pueblo, en los que apenas se cría la hierba; la Fuenfría, donde su padre tenía alquilada una finca; las Clarillas, la fuente de Casalejos, en el valle de Espinosa, de la cual manan aguas de virtud curativa. Aquellas tres cuevas de San Martín, a la izquierda del puente de la carretera de Santander, comunicadas entre sí, en la última de las cuales, según tradición popular, introdujeron un gallo que luego apareció en Güécemes.

A la sombra de la ermita y el castillo habían brotado la piedad y fortaleza de Enrique.

La marejada precursora del Levantamiento de julio de 1936 le encontraría en su pueblo natal; pero piadoso y fuerte, sabría desprenderse de los suyos, de sus más caras amistades, para volar, con admirable serenidad, al lado de sus hermanos en Congregación y de sus hijos de la comunidad de Carabanchel Alto, consciente de su deber, con los brazos abiertos a una muerte que él presentía...

(11) Saiz Daniel, Ms. 654, fol. 11-12. Relac. conj. de Arce Higinio, Arce Antonio, Crespo Segundo, Villanueva Mariano, Ms. 514, fol. 2-3.

CAPITULO II

EN LA CASA DE DON BOSCO

Enrique tuvo mucha devoción, durante toda su vida, a la Virgen de Montes Claros. “No había carta, dice su sobrina Julia, en la que no nos pidiera: “Encomendadme mucho a la Virgen de Montes Claros” (1).

Virgen de Montes Claros
Sacra y bendita,
Entre cuatro arbolillos
Tienes la ermita.

Así reza una copla. Y a la sombra de la ermita mariana creció la vocación religiosa de Enrique.

Poco antes de abandonar a los suyos para entregarse al Señor, perdió a su padre.

Jerónimo cayó gravemente enfermo. El médico diagnosticó un catarro intestinal. Seis meses de cama agotaron sus fuerzas. Sintiéndose morir, llamó a su esposa e hijos junto a su lecho, y les habló así: “Mis sufrimientos y mi larga enfermedad me advierten que Dios me llama. Quizás son días u horas los que me separan de la muerte. Os recomiendo, hijos míos, que siempre honréis nuestro apellido y jamás lo mancilléis. Sabed respetar a todos y portaos como buenos cristianos y honrados ciudadanos, pues esa es la voluntad de Dios.” Luego, invitándoles a arrodillarse, continuó: “No puedo más, hijos míos; hincaos de rodillas—alzó la diestra y les bendijo—. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.” Y con dulce paz, reflejada en su rostro de patriarca, descansó en el Señor.

Eran las ocho de la mañana del 14 de junio de 1903. Tenía Jerónimo cuarenta y ocho años.

No dejó bienes materiales a los suyos, pero sí el grato recuerdo de una vida cristiana y laboriosa, el fulgor de sus ejemplos y una formación sólida, austera, muy hecha al sacrificio.

(1) Saiz Julia, Ms. 658, fol. 1.

“El día en que dimos tierra a mi padre—cuenta Daniel, hermano de Enrique—, al alejarnos del cementerio, los tíos paternos y maternos pronosticaban de nosotros: “Estos, a pedir limosna habrán de ir.” Mi madre, enferma; Enrique, de once años; yo, de catorce, y Máximo, privado de sus facultades mentales. ¡Qué oscuro se presentaba nuestro porvenir!”

Daniel asumió las funciones de padre de familia: “Teníamos—dice—tierras en arrendamiento que daban trigo y cebada; pagábamos la renta por septiembre y nos quedábamos con los frutos recogidos. Victoriana suplía a la madre enferma en las faenas de la casa. Enrique trabajaba sin parar conmigo en la siega y en la trilla. Tanto me cansaba llevando los costales sobre mis hombros al desván para allí descargarlos, que al intentar desocuparlos caía sobre ellos, sin fuerzas y agotado. ¡Qué de esfuerzos había de hacer luego para viciarlos!”

Enrique probó, incluso, las asperezas de la vida pastoril.

“Recuerdo—termina Daniel—que en la última sementera ganó cinco duros, paga de mes y medio de fatigoso trabajo al servicio del señor Valentín Rodríguez, quien poseía unas pocas tierras que sembraba con un par de yuntas de bueyes (2).

Por fin, pudo secundar el llamamiento divino. Un tío suyo, Gregorio Aparicio en el siglo y José en la religión, cartujo de vida muy santa en Montalegre (Barcelona), le interesó por la Congregación Salesiana, creyendo que su sobrino sería incapaz de soportar los rigores de una cartuja.

Enrique no vaciló. Sin acompañamiento, emprendió el viaje hasta Gerona, donde, a la sazón, funcionaba un aspirantado salesiano. Y, de este modo, el 29 de agosto de 1905 hacía su ingreso en la casa de Don Bosco.

El año 1906, le encontramos de latinista en Sarriá. “Experimentó, nos refiere su condiscípulo don Digno Outeiriño, al comienzo de sus estudios, alguna dificultad a causa de su escasa preparación; pero bien pronto se superó y, debido a su talento natural y a un gran esfuerzo personal, llegó al final del curso escalando los primeros puestos.

Eramos treinta y tres alumnos, y Enrique sobresalía por su caridad. Amaba a todos y era amado de todos. Se le veía con frecuencia resolviendo las dificultades a los de vocación tardía, a los de la undécima hora que, por ser algunos de bastante edad (los había de más de treinta años), sufrían muchas humillaciones en clase.

Un día teníamos que leer el trabajo de una traducción del latín al español. Se trataba del pasaje en que Diógenes salió con el farolillo, en pleno día, por las calles de Atenas. Tocóle la mala suerte

(2) Los datos de la laboriosa infancia del biografiado se los debemos a su hermano Daniel, Ms. 654, fol. 1-5.

de ser el traductor a un tal B. F., y se defendió muy desgraciadamente, sobre todo cuando, al llegar a la frase “hominem quaero”, tradujo: “Busco a un hombre en cueros.” Risotada general premió los esfuerzos del pobre latinista, que quedó sumamente avergonzado.

Uno de los que no tomaron parte en ella fue Enrique, el cual después decía en el recreo que nunca debemos burlarnos de nadie, pues cada uno hace lo que puede y sabe, y muchos se desalientan y hasta pierden la vocación si, en vez de animarles, se les deprime con burlas y menosprecios” (3).

El año 1907, don Manuel Hermida, Inspector en aquel entonces de la Tarraconense—alma santa y bondadosa—, no pudiendo sufrir por más tiempo la condición excesivamente dura y sacrificada, a que se hallaban sujetos los aspirantes en Sarriá, y proponiéndose depararles una morada más propicia a su formación cultural y religiosa, abrió la Casa de Campello (Alicante), donde, si no escasearon las dificultades, abundaron también las alegrías.

Mucho ayudó en esta empresa al P. Hermida el diácono don Alejandro Battaini, salesiano cien por cien, de tanto genio y energía como bondad de corazón y espíritu de sacrificio. A éste encargó don Manuel Hermida la dirección del Aspirantado de Campello, que, en obra de medio siglo, preparó tantos sacerdotes para la conquista de las almas.

Pero dejemos nuevamente la palabra a don Digno:

“Sólo Dios sabe y sólo la juventud, animada de nobles ideales, puede soportar las pruebas que provienen de una fundación improvisada. Una gran finca, presidida por dos viejos caserones, nos recordaba la casita Pinardi (4). En ella no teníamos más riqueza que la juventud y el gran amor que todos nos profesábamos. A esa casa llegábamos la primera promoción, compuesta de unos sesenta muchachos y, entre ellos, el mártir Enrique Sáiz.

A los pocos días de la llegada, nos entregaron unos cuantos libros, que se debían distribuir entre varios. Lo propio se hizo con la ropa interior. A continuación, nos dieron una azada, que era todo un símbolo, pues allí habríamos de llevar la vida y paciencia benedictinas: rezar mucho, estudiar enormemente y cultivar la extensa finca, que, a la sazón, estaba llena de grama, pero que, con nuestro trabajo y sacrificio, se brindaba a alimentarnos.

Capitaneaba e impulsaba el general entusiasmo por el cumplimiento de este programa, a la vez salesiano y benedictino, Enrique Sáiz, que rezaba como un ángel, cavaba como un valiente y estudiaba, en el libro prestado, cuando le tocaba el turno.

Los cursos de latín eran tres, con la *secuela* correspondiente de

(3) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 1-2.

(4) El primer albergue pobre y desmantelado que Don Bosco adquirió para sus jovencitos en Turín.

las respectivas asignaturas. Tanto aprovechó Enrique en ellos que los superiores, vista su cultura, le perdonaron un año de Humanidades.

Mostró siempre máxima predilección por los ejercicios de redacción. Debíamos presentar uno por semana, con el contenido de cinco o seis páginas. Enrique llenaba cada vez un cuaderno con grandísimo acierto, tanto respecto al concepto como a la corrección de la frase.

Alma sensibilísima, sentía mucho que le corrigieran, especialmente en la clase. Cotizaba el valor de su personalidad y sufría cuando quedaba postergado. Espontáneamente su sufrimiento aparecía reflejado en el rostro; inclinaba la cabeza, e inmediatamente no sólo perdonaba, sino que olvidaba la humillación recibida.

Sin gallardía en el porte; era más bien un tanto inclinado de hombros, pero en las funciones litúrgicas, e incluso en las representaciones teatrales, lograba muchísimo éxito. Sabía disimular sus defectos físicos que, sin ser graves ni mucho menos, podían dar pie a algún envidiosillo para humillarle" (5).

Uno de sus asistentes en aquel entonces, don Antonio Querol, escribe de Enrique: "Era modelo en el estudio y en la fidelidad" (6).

Mientras esto ocurría en Campello, su hermano Daniel, en Ubierna, con incansable y pesadísimo trabajo, prolongado de sol a sol, continuaba sacando a flote a su familia de la estrechísima situación económica a que había quedado reducida con la muerte del padre.

La madre seguía delicada; Máximo, en su seminconsciencia; Federico abandonaba la casa paterna para seguir, en pos de Enrique, su vocación, y Victoriana se recluía en el convento concepcionista de Aillón (Segovia) para darse a una vida de intensa oración y penitencia.

En esta crítica situación, Daniel es llamado a filas.

No todos los incluídos en la edad militar debían prestar servicio, sino aquellos, y eran los más, que no resultaban exentos en el sorteo previo a la formación de la plantilla exigida por el Gobierno a cada Ayuntamiento.

"Mi casa se hundía, dice Daniel, pues era yo solo para sostener a mi madre enferma y a Máximo. Tres años de servicio militar hubieran constituido la ruína y la muerte de mi familia. Enrique conocía mi apuro y, días antes del sorteo, recibí carta suya, en la que me aconsejaba estuviere tranquilo, pues saldría favorecido por la suerte y no tendría que ausentarme de casa. Dios oyó las súplicas de mi hermano y su fe colmó de bendiciones a mi hogar" (7).

"Durante aquel curso de 1907, dice don Digno Outeiriño, la muerte visitó el colegio dos veces. En la primera se nos llevó a

(5) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 3-5.

(6) Querol Antonio, Ms. 632.

(7) Saiz Daniel, Ms. 654, fol. 3 v2.

nuestro querido Francisco Cosido, y en la segunda al inolvidable Federico Sáiz, hermano de Enrique, las primeras flores de santidad e inocencia del jardín salesiano de Campello, que proclaman a las generaciones futuras de jóvenes castos, candidatos al sacerdocio, que por la casa de Campello nadie debe pasar en balde, que es menester subir al sacerdocio con alma limpia y bien adornada, o al cielo para interceder por los que tal dignidad quieren alcanzar" (8).

Federico había sido un muchacho bueno y alegre, muy apreciado por superiores y condiscípulos. Enrique le quería extraordinariamente. Así se lo había recomendado su madre, que allá lejos, en Ubierna, enferma, con dolencias y achaques ininterrumpidos, seguía con amor la vida de sus hijos, a través de las cartas que éstos le iban enviando.

La que le llevó la fatal noticia destrozó su corazón. Juliana quedó anegada en la amargura de un inmenso dolor. Un gran vacío se hizo en su alma; la soledad la cercó. Ayer, Jerónimo, su esposo; hoy, Federico; los dos, más fuertes y robustos que ella, la abandonaban para irse al cielo.

Todavía contaba con Enrique, con Victoriana, con Máximo y con Daniel; pero los dos primeros también la habían dejado y vivían muy lejos, sólo para Dios. Máximo seguía muy enfermo. Sólo Daniel, el buen Daniel, quedaba muy cerquita de ella, entregado a una vida de intenso y duro trabajo. Trabajando día y noche, sostendría con sus brazos y su afecto a la madre enferma.

Allá lejos, en Campello y en Segovia, sus hijos ausentes elevarían ojos y corazones al Dios de todo consuelo para impetrar de El en su favor resignación y fortaleza cristianas.

¿Qué decir de la aflicción que aquella muerte causó en Enrique? "Su dolor y consternación—dice don León Cartosio, superior suyo en aquel entonces—no conocieron límites. Pero temple adamantino de castellano viejo, no buscó desahogos exteriores. En el silencio reconcentrado de su alma herida trató de beber con resignación el amargo cáliz, buscando en la fe y en la oración fuerza para sobrellevar el primer rudo golpe con el que el Señor quería acrisolar la virtud de aquella alma destinada al apostolado y al martirio" (9).

Y don Digno Outeiriño se expresa así: "La muerte del hermanito produjo una impresión muy grande en su ánimo, pues amaba mucho a Federico y acariciaba la ilusión de que algún día serían dos veces hermanos y compañeros en el campo del ministerio y de la enseñanza, al servicio de la Congregación Salesiana, tan necesitada entonces de personal. Venció también esta crisis y pensaba muy santa y sabiamente cuando decía: "Federico está en las manos de Dios, como estamos todos nosotros, y ahora, desde el cielo, pedirá por mí" (10).

(8) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 5-6.

(9) Cartosio León, Ms. 533, fol. 1 vº.

(10) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 6.

Monseñor Manuel Bars escribe desde Assam: "Le daré tan sólo un detalle, que demuestra el buen corazón de don Enrique, y es que él siempre me guardó profundo agradecimiento por todo lo que hice en Campello por su hermano menor, al que asistí durante toda su enfermedad, hasta que murió en mis manos" (11).

"Este fue—termina su relación don Digno Outeiriño—el tenor de vida que observó Enrique como aspirante: santificándose e instruyéndose, santificaba, instruía y edificaba a los demás" (12).

(11) Bars Manuel, Ms. 524, fol. 1.

(12) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 6.

CAPITULO III

SU ENTREGA DEFINITIVA AL SEÑOR

Sarriá es un antiguo municipio de la provincia de Barcelona, agregado hoy a la capital, pintorescamente situado a la falda de la sierra de Vallvidrera, al NO del centro de Barcelona.

En Sarriá fundaba la Congregación Salesiana, el año 1884, la segunda casa de España (1).

Esta ha venido realizando hasta hoy múltiple y valiosa actividad, sobre todo, por medio de las Escuelas Profesionales para aprendices pobres, de donde han salido para Barcelona y demás provincias de la nación obreros sólidamente formados, con principios religiosos bien arraigados, profunda y tierna devoción a María Auxiliadora y una cultura profesional nada común, que les han abierto de par en par las puertas de empresas, talleres y toda suerte de industrias. Efectos maravillosos éstos de la singular protección de San Juan Bosco a España y a la Ciudad Condal, a la cual visitó, ya anciano, realizando en ella multitud de prodigios, de los cuales pueden aún dar fe algunos testigos oculares.

En recuerdo del paso glorioso de su fundador por Barcelona, los Salesianos, con veneración y amor filiales, convirtieron en precioso relicario las estancias más íntimas que le albergaron.

En este lugar, santificado por la presencia del fundador, comenzó Enrique su Noviciado, el 12 de agosto de 1908.

No me resisto a la tentación de hacer siquiera una mínima referencia a tres grandes salesianos, que tanto hubieron de influir en la formación de nuestro siervo de Dios durante aquel su año de noviciado. Son éstos: Don Manuel Hermida, Inspector, con residencia en Sarriá; don Antonio Balzario, Maestro de Novicios y don León Cartosio, Asistente del Noviciado.

Don Manuel Hermida.—Los veteranos en la Congregación, españoles o no, que por aquellos años trabajaban en nuestras casas de Espa-

(1) La primera fue la de Utrera, Sevilla, fundada por Mons. Cagliero en el año 1881.

ña, jamás olvidarán la gran figura que se llamó el P. Hermida. Fue el primer salesiano sacerdote español.

Nacido en Morgadanes (Pontevedra), cursó los estudios sacerdotales en Tuy y Sevilla. Ecónomo de la parroquia de Santa Eulalia, fue nombrado posteriormente, tras brillantes oposiciones, párroco de San Cristóbal.

En todas las parcelas de su actividad sacerdotal fue dejando regueros de luz, de buen ejemplo, de afecto y simpatía extraordinarios.

El Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, entonces Provincial y posteriormente Rector Mayor de los Salesianos, le recibió en la Congregación, confiándole, después de su año de noviado, la dirección de la casa de Gerona y de la de Sarriá más tarde. En ambas se distinguió como experto superior, con excelentes dotes de guía de almas, poseído, además, de un amor entrañable a Don Bosco y a la Congregación.

Nombrado Inspector, pronto hizo sentir su benéfico influjo en todas las casas a él confiadas, particularmente en ésta de Sarriá.

Enrique tuvo la dicha de recibir de sus manos el hábito salesiano y, lo que constituyó aún mayor fortuna, de la inteligencia y corazón del gran apóstol, preciosa orientación y magníficos ejemplos de virtud. Y es que, por aquel entonces, la Congregación en España era aún muy reducida, y muy grande, por lo mismo, el contacto entre superiores mayores y súbditos, con las consiguientes ventajas para éstos, sobre todo en lo espiritual.

Don Antonio Balzario.—Fue uno de aquellos primeros salesianos italianos que trajeron a nuestra Patria el perfume de las virtudes del Fundador, un amor sin límites a María Auxiliadora, una sencillez encantadora en el trato y vivir cotidianos, un delicioso espíritu de familia.

Don Antonio Balzario, hombre de negocios antes de hacerse religioso, conocía bien a los hombres. Tampoco ignoraba los problemas que la vida presenta en todas partes, pues es la misma humanidad la que habita en el siglo que la que cobijan los muros de la religión, si bien con muy diversos matices espirituales. Esta ciencia práctica de la vida y de los hombres hizo del P. Balzario un gran Maestro de Novicios, de sentido práctico maravilloso, en el que se aunaban armoniosamente una gran dosis de fortaleza con otras no menores de bondad, comprensión y equilibrio.

Quería que sus novicios fueran piadosos, pero con una piedad sólida y sacrificada, sin alardes de alta y complicada espiritualidad: prácticas de piedad bien hechas, unión constante con Dios, mucho trabajo, mucho estudio y no menor alegría... y por otra parte, sana y suficiente alimentación, distracciones que relajaran los nervios, confortando el espíritu para las luchas de la vida de apostolado.

Cuidaba a sus novicios como una madre puede cuidar a sus hijos, sin regatearles comida, cariño ni medicinas.

En este año de 1908 el tifus hizo algunas víctimas en la casa de Sarrí: Una de ellas fue el coadjutor Alejandro Bergés. Además de este salesiano, pagaron también tributo a la muerte cuatro alumnos, dos de los cuales murieron en sus propias casas.

Alarmado el Gobernador por estas noticias, dispuso que se cerrara el Colegio, orden que no llegó a ejecutarse por la simpatía que la Obra de Don Bosco había llegado a despertar en las autoridades barcelonesas. Fue, eso sí, desalojado rápidamente, marchándose los alumnos eventualmente a sus casas, pero permaneciendo en ella, por excepción, además de los salesianos, los jóvenes huérfanos que difícilmente hubieran encontrado cobijo en parte alguna.

El P. Balzario exigía con suavidad el horario y la disciplina del Noviciado. Nunca omitía la conferencia diaria ni perdonaba el cumplimiento de las demás prácticas prescritas. Asistían sus novicios a las funciones teatrales que los muchachos del Colegio representaban en los días más grandes del curso, e incluso ellos mismos preparaban una buena obra artística para obsequiar, en justa y amable correspondencia, una vez al año, a los demás alumnos de la casa. Enrique tenía siempre parte activa en estas fiestas, sencillas y de familia, que halagaban y favorecían sus aficiones literarias.

El bondadoso P. Maestro organizaba también divertidas excursiones a lugares artísticos y pintorescos: al monasterio de Montalegre, donde Enrique tenía al tío cartujo; al monasterio de Monserrat, etc..., unas a pie, otras en tren, con vuelta en el día a casa, o con estancia prolongada por tres o cuatro días en el lugar de la meta prefijada. Y en estas fiestas, de sencillez y modesto turismo, todo estaba bien organizado, sin que faltara detalle alguno: buena y abundante comida, entretenidas sobremesas, una santa libertad y, sobre todo, la presencia siempre bondadosa y alegre del P. Maestro (2).

Don León Cartosio.—Italiano también, profesor competentísimo de muchísimas promociones de salesianos, algunos de los cuales han escalado las más altas dignidades eclesiásticas; hombre de voluntad férrea, de constancia impresionante; incansable trabajador, con un amor inmenso a la Congregación; piadoso, metódico, cultísimo, forjó su ciencia a base de constancia y de sacrificios incontables. Muy exigente consigo mismo y poco menos con los demás, algo temido, pero mucho más admirado por sus alumnos, pues no es posible dejar de admirar y de amar a un hombre que, a pesar de toda su apariencia de severidad exterior, ha derramado sobre sus discípulos, a manos llenas, los grandes tesoros de su ciencia y virtud, con la mira fija únicamente en Dios, en la Congregación y en las almas.

Don León Cartosio vive aún, si bien con una salud algo quebrantada, precisamente a causa de sus excesos en el trabajo.

(2) Cartosio León, Ms. 535, fol. 2-4.

Ya que he descrito a este gran salesiano, cite mos su testimonio sobre el estado de ánimo de Enrique durante el año de noviciado: "La muerte de su hermano Federico, sobre el que tantos sueños dorados había forjado Enrique, influyó hondamente en su vida, disponiéndole a una separación más radical de todo lo terreno y encauzándole por los caminos de la vida interior; pero, al mismo tiempo, aumentó en él cierta tendencia al pesimismo y a la crítica que, avanzado en años y experiencia, corrigió hasta ser modelo acabado de amable e indulgente paternidad" (3).

"Cierta tendencia al pesimismo y a la crítica". Aparece en este lugar inopinadamente el dato negativo, como tratando de manchar la limpieza de una vida casi angelical, en la que hasta ahora nada hemos descubierto de defectuoso ni desedificante.

¿Es exacta la afirmación del Asistente de Novicios? Nos reservamos por ahora la opinión, remitiéndola a uno de los capítulos posteriores.

Bástenos añadir a lo dicho que uno de los puntos de mayor interés en la vida de nuestro Siervo de Dios está precisamente en el trabajo interior que llegó a realizar sobre sí mismo en circunstancias poco propicias, puesta la mira en Dios y en las elevadas misiones que le fueron confiando los Superiores.

Don León habla de una «*tendencia*», que no debió ser grave y alarmante, y tal vez posterior en su manifestación a los años de Noviciado y Filosofía, pues añade, enfocando globalmente la conducta de su asistido: "Muy pobremente trajeado antes de vestir sotana, llevó siempre, después, con dignidad y amor entrañable la sagrada librea. Humildad y obediencia, amor al estudio y al trabajo fueron las notas dominantes en él. No recuerdo que jamás hiciera mala cara a los encargos y servicios que se le encomendaban, así fueran los más humildes y penosos y de mayor responsabilidad. Viniendo algo más crecido en años y en fuerzas que la mayoría de sus compañeros, tenía conciencia de esa responsabilidad y del deber de ayudar a todos y procurar el bien de la comunidad como si fuera el suyo. Su edificante piedad se distinguía por la perseverancia, desconocedora de desfallecimientos, en la fácil y casi, diría, connatural compostura exterior, fiel retrato de su recogimiento interior. Pero nada de floñas exterioridades. Unica manifestación exterior de su piedad era el espontáneo entusiasmo con que daba realce a las funciones eucarísticas en honor del Sagrado Corazón y a las veladas y fiestas religiosas, elevando el tono de las mismas con sus composiciones literarias, donde vertía su alma de poeta enamorado de la Santísima Eucaristía y de Nuestra Señora".

Y termina así su carta don León: "Pongo fin a esta breve relación, afirmando que en el año de Noviciado y en los dos de Estudiantado fi-

(3) Cartosio León, Ms. 533, fol. 1 v9.

losófico nunca dio motivo a corrección, siendo constante modelo de obediencia, piedad y aplicación al estudio" (4).

En el mismo tono se expresa don Alejandro Morido, compañero de noviciado de Enrique, hoy competente coadjutor salesiano, Jefe de la Librería Salesiana de San Juan Bosco de Pamplona: "Yo solamente le conocí en el año de noviciado y no recuerdo cosa especial que lo diferenciase de los demás. Ya sabe usted que en el noviciado todos somos fervorosos y deseamos aventajarnos en el trato, urbanidad, cortesía y caridad —todo lo cual vi en el buen don Enrique—. Desde luego, no recuerdo nada desagradable y conservo la grata impresión de que, cuantas veces tuve trato con él, me fue muy simpática y afable su compañía, pues hablaba siempre con gran caridad y dulzura (5).

Testimonios de un compañero y del Asistente de novicios, que coinciden fundamentalmente en las afirmaciones (6).

Poco más de un mes le separaba de la profesión religiosa, cuando estalló en Barcelona el movimiento anarquista, capitaneado por Francisco Ferrer, que recibió el nombre de "Semana Trágica". El terror imperó en la ciudad. Ardieron iglesias y conventos, no faltaron profanaciones de personas, templos y sepulturas, pero, sobre todo, saqueos e incendios.

De los Colegios Salesianos el que más daños sufrió fue el de San José, de la calle Rocafort, el cual quedó totalmente destruido por las llamas.

"Entrando por la iglesia, escribía don Rodolfo Fierro en el "Boletín Salesiano" de octubre de aquel año, puede el visitante recorrer seguidamente todo el edificio, cuan largo es, como quien recorre un salón corrido, pasando, eso sí, con cuidado para no lastimarse en los escombros". En ciento cincuenta mil se calculó el total de pérdidas; quedaron en la calle quinientos muchachos, aparte de otro número muy crecido que acudía al Oratorio Festivo; y los salesianos y sus ayudantes en la miseria.

La casa de Sarriá quedó intacta "por un gran milagro de María Auxiliadora —dice don Rodolfo— y por los amorosos cuidados del Excelentísimo Sr. Cónsul de Italia, don David Gaetani, el cual obtuvo del Capitán General, para los salesianos y para Sarriá, una compañía de Caballería".

Algunos salesianos, entre ellos el Director don Luis Costamagna y el santo coadjutor don José Recasens, fueron enterrando medallas de María Auxiliadora en las inmediaciones del Colegio.

La Virgen premió su fe (7). Las únicas pérdidas fueron colchones

(4) Cartosio León, Ms. 533, fol. 1-3.

(5) Morido Alejandro, Ms. 612. Encontrándose el libro en galeradas, nos llegó la noticia de la muerte de este benemérito coadjutor.

(6) He de advertir que habiendo sido yo durante varios años alumno de don León Cartosio, jamás calé en su perspicacia y profundo espíritu de observación como ahora que, entregado a la tarea de los trabajos de Vicepostuladuría, he podido leer y saborear sus relaciones sobre los diversos Mártires, algunos de ellos compañeros míos, etopeyas de una exactitud y profundidad admirables.

(7) Cartosio León, Ms. 535, fol. 3.

y vestidos, que incendiaron los revolucionarios cuando advirtieron que los jóvenes internos huían a Sant Vicens dels Horts, por creerlos allí más seguros los Superiores.

También el Colegio de Mataró salió ileso. Tan sólo ardieron las puertas, que los sublevados rociaron con petróleo.

El Colegio de María Auxiliadora y su pensionado para normalistas quedó destrozado por completo.

“Con trescientas mil pesetas —concluye don Rodolfo su artículo— no repararían los revolucionarios las pérdidas materiales que han ocasionado a la obra de Don Bosco.”

Don José María Sabaté, coadjutor salesiano, refiere que, al iniciarse los incendios de conventos e iglesias, los Superiores de Sarriá enviaron a los jóvenes a casa de sus padres o parientes, y los que no los tenían fueron repartidos por casas de bienhechores y cooperadores barceloneses.

Aún así, un centenar de aprendices y los novicios tuvieron que emprender, en caravanas, una triste peregrinación hasta el pueblo de San Vicente dels Horts (8).

“Iba yo —dice don León Cartosio— con dos novicios, uno de ellos, llamado Miret. Nos prendieron los revoltosos y nos condujeron a Cornellá de Llobregat. Gracias a Dios, la cosa no fue más adelante, pues el alcalde, buen católico, se enfrentó con los sublevados y consiguió librarnos de sus manos. Nos condujo a su casa, nos dio de comer y luego, por una puerta trasera, emprendimos el camino de San Vicente, donde ya habían acampado los demás.

Enrique, en aquella ocasión —continúa refiriendo su Asistente— mereció ser uno de los escogidos por los superiores para delicados encargos de mucha confianza y responsabilidad y, a la par, muy arriesgados, en orden al sustento y gobierno de la colonia evacuada.

Entre los heroicos sacrificios que se le pidieron, merece especial mención la misión de exploración que a él y a José Puertas, futuro Inspector de Chile, confió la Dirección de la Colonia.

Cuando recibieron noticias de estar dominada la revuelta y asegurada la vigilancia y defensa de la casa de Sarriá, se trataba de averiguar el estado de seguridad que ofrecían durante la noche los caminos desde San Vicente, en donde estábamos refugiados, hasta Sarriá, pues se juzgó necesario hacer de noche el viaje de vuelta de la Colonia.

Se necesitaba verdadero valor para aquella travesía, en plena oscuridad, por caminos que ofrecían serios peligros, ya por parte de la guardia civil, que podía sospechar de dos mozos, casi en edad militar y mal trajeados, sin documentación de identidad personal, ya de parte de las bandas de revolucionarios, que merodeaban por aquellos contornos, dispuestos a todo.

(8) Sabaté José María, Ms. 650, fol. 4. Fierro Torres Rodolfo, «De entre las ruinas de los templos», en «Boletín Salesiano», octubre (1909).

Nuestros dos pioneros no opusieron la menor dificultad y, entre bromas y veras, se echaron a la buena ventura, confiados en la protección del cielo, que nunca abandona, sino que da la victoria al varón obediente.

Y así fue en efecto, pues cumplieron a la perfección la arriesgada misión, aureolada con el constante sacrificio que suponían las privaciones de toda clase." Hasta aquí, don León Cartosio (9).

El ejército reprimió la rebelión. El 13 de octubre era fusilado, en un foso de Montjuit, Francisco Ferrer Guardia, el jefe de los sublevados, agente de la masonería y fundador de una "Escuela Moderna" de formación de anarquistas prácticos donde se enseñaba que Dios no existe y que la bandera de la Patria no es más que "un trapo a la punta de un palo".

Al mes de los episodios que acabamos de relatar, en la paz de la Casa de Sarriá, coronaba Enrique su año de noviciado con la profesión temporal.

Era el 5 de septiembre de 1909.

Después cursó en Campello la Filosofía.

La vida de los salesianos en Campello por aquella época era austera: levantarse a las 5, trabajo agotador, comida parca y descanso a hora tardía.

Los estudios no estaban aún bien organizados. La promulgación posterior del Código de Derecho Canónico, las sapientísimas disposiciones pontificias, que le siguieron y, sobre todo, la recentísima Constitución Apostólica "Sedes Sapientiae" han dado un impulso colosal a los estudios sagrados en toda la Iglesia y, por tanto, también en nuestra Congregación.

En aquel entonces, nuestros hermanos, los veteranos de hoy en la España salesiana, con menores subsidios didácticos y escaso profesorado con título, tenían que prestar un mayor concurso personal al trabajo de su formación sacerdotal, esfuerzo que Dios bendecía abundantemente, como hemos podido comprobar los más jóvenes a través de las ingentes obras de apostolado que ellos, con fe y entusiasmo admirables fueron llevando a cabo.

Era director de los estudiantes de Filosofía el ya antes citado don Alejandro Battaini, hombre de muy vasta cultura eclesiástica. Aficionado a la Sagrada Liturgia, quería que sus filósofos desplegaran, sobre todo con ocasión de las grandes solemnidades, las galas de la máxima magnificencia en las funciones del culto divino, en las cuales él mismo oficiaba, "cuasi pontificaba", pues tal era la majestad que a ellas, instintivamente, pero con sentida piedad, imprimía.

Mucha alegría y un poquito de desorganización tampoco faltaban en aquella comunidad feliz.

(9) Cartosio León, Ms. 535, fol. 3; Ms. 533, fol. 2.

Enrique trasplantó a Campello su ejemplaridad del año de Noviciado (10).

Cuando terminó los cursos filosóficos, los superiores le destinaron, a Salamanca.

El 9 de octubre de 1909, al mes de haber dado él su nombre a la Congregación Salesiana, se abría el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, al cual tan ligados habrían de estar la vida y el apostolado del Siervo de Dios.

La Crónica de esa casa refiere que, a las 5 de la tarde de dicho día, el Obispo de la diócesis, Fr. Francisco Valdés y Noriega, con la asistencia del Gobernador de la Provincia, del Provincial de los Salesianos, don Ramón Zabalo, y otras ilustres personalidades, bendijo la nueva iglesia (11).

Fue nombrado Director de la Casa don Juan Tagliabue, varón de Dios, providencialista cien por cien, y afanado en todo momento por buscar la gloria de Dios.

La Crónica del Colegio, escrita precisamente por él, respira honda y tierna piedad y, sobre todo, una devoción eucarística y mariana, que impresiona.

Al paternal cuidado de don Tagliabue confió el entonces Inspector, don José María Manfredini, nuestro don Enrique, el cual había decaído

(10) Cartosio León, Ms. 535, fol. 1-4. Cerdá Rafael, Ms. 539.

(11) Crónica, Arch. I. M. A. Está contenida en tres libros. El primero abarca desde 1909 a 1917; el segundo, el curso 1917-18; el tercero, el 1918-19.

a) Cursos 1909-1917: Cuaderno de 21 x 15, rayado simple, encuadernado en cartón; tapas de color rojo con cenefa negra y lomo de tela roja. En el recuadro interior, escrito a mano, se lee Crónica, en un remarco impreso en negro. En la parte inferior hay un dibujo.

En la hoja primera se lee, en manuscrito, Crónica del Instituto Salesiano de María Auxiliadora, 1909. La Crónica empieza en la página 5. La segunda hoja está arrancada, así como las que siguen a las páginas 120 y 192. De la página 123 a la 136, todas en blanco; ídem desde la página 158 a la 172, y de la 187 a la 192.

Unas líneas marginales al relato de los sucesos del 22 de abril de 1912, pág. 46, de autor desconocido, nos revelan al cronista de los cuatro primeros años. Se trata de don Juan Tagliabue, director del colegio. En sus relaciones se muestra como hombre de fe, providencialista. Su crónica, sin ser extensa, abunda en detalles; respira hondo y primitivo salesianismo, piedad sencilla y espontánea.

El 7 de octubre de 1916, una mano nueva, que no nos ha sido posible identificar, comienza su contenido dando la noticia de la elección del nuevo director del colegio en la persona de don Juan de la Torre. La crónica, a pesar de que abarca menos de un año (hasta el 1 de agosto), es muy estimable. Revela un alma piadosa, amante de la verdad, espontánea; nada ingenua, enjuicia hechos y personas, siempre con afán constructivo.

Otros cronistas se suceden en breves intervalos (desde pág. 89-122; pág. 137-147; 147-155; 155-175; 175-186), que no ofrecen interés especial.

b) Curso 1917-18: Cuaderno ordinario de escritura, 21 x 15, papel rayado simple, de 54 hojas. En la pasta se lee, en manuscrito, Crónica del Instituto de María Auxiliadora, Salamanca. A imprenta: Librería de Calón. Salamanca.

La primera hoja tiene escrito el año 1917. La relación de la crónica comienza en la página 3, con el texto: Enero 1917. A partir de la página 27 se encuentra el cuaderno en blanco.

c) Curso 1918-19: Cuaderno rayado de 15 x 21, con pasta de cartón, cubierta azul-negra, lomo rojo. En la guarda hay un sello rojo: "Librería Cervantes. Dr. Riesco, 29 — Salamanca."

En la primera hoja comienza, en manuscrito: "Crónica del Colegio de María Auxiliadora, Curso 1918-19. Salamanca, 1 octubre 1918." En la página siguiente comienza la crónica.

Por los rasgos de la letra se adivina como autor de ella al propio don Enrique. Desde la página 13 a la 16, en blanco. Ninguna noticia de los meses de febrero, marzo y abril. En la página 17, breve reseña de los dos días primeros de mayo, y nada lo restante del curso.

Al comienzo del curso 1921-22, el nuevo cronista hace esta observación: "Según afirmaciones de don Enrique Saiz, durante los años 1919 y 1920 no se llevó la crónica del Colegio. Todas las noticias del curso 1921-22 están contenidas en cuatro hojas." Del mes de mayo en adelante, hojas vacías, desde la página 30 hasta la 156, con la que termina el cuaderno.

do un poco en su salud, debido tal vez al mucho trabajo y escasa alimentación de Campello.

Su nuevo director le prodigó mimos y solicitudes de padre, llegando así a salvar una vocación preciosa, que parece llegó a peligrar, pues Enrique, viéndose tan débil y sin fuerzas, pensó alguna vez en la conveniencia de abandonar la Congregación, por no ser una carga para ella (12).

“Padeció de una afección al pecho y se sentía muy fatigado —dice su compañero de profesorado don Sergio Saburido— yo pensé que no llegaría a vivir mucho tiempo” (13).

Según los *Reglamentos* de la Congregación (14), debe el salesiano, después de haber cursado sus estudios filosóficos y antes de iniciar la Sagrada Teología, hacer un trienio práctico de magisterio en una de nuestras casas.

Son estos sus pasos primeros en el apostolado de la juventud, bajo el control paternal del director y la ayuda caritativa de los hermanos más experimentados, que le dan la conveniente madurez para sacar mejor fruto de la ciencia sagrada, sobre todo por lo que respecta a sus aplicaciones pastorales, y le preparan para desplegar una más ponderada y certera actividad en el misterio sacerdotal.

A pesar de su escasa salud, comenzó también Enrique con decisión este período de su trienio práctico: “Era —dice don Sergio— perfecto religioso, sin que en ninguna ocasión llegara a faltar lo más mínimo a sus deberes. Si yo supiera algún defecto suyo de aquella época lo manifestaría, pues me doy cuenta de la grave obligación que me incumbe en esta ocasión de informar con exactitud, sin faltar a la verdad. Afirmino que Enrique fue siempre cumplidor” (15).

Además de una matrícula de niños externos que nos es desconocida, albergaba el Colegio a una treintena de internos, patrocinados por doña Gonzala Santana, vulgarmente “La Pollita de Oro”, muy conocida en Salamanca por su acomodada posición social y más aún por sus virtudes y las obras de caridad que practicaba.

“La señora, —reza la Crónica— paga 1,75 pesetas, (¡año 1909!) por cada niño. Todos los gastos de manutención son a cargo de la casa. La señora dará algo, cuando se trate de repuesto de ropa. Tiene también la señora a cuenta suya a quince niños pobres, en calidad de mediopensionistas; para ésto paga una peseta diaria por cada uno. Se les da comida, que consta de sopa, cocido y postre. A la merienda, un bollo. Que María Auxiliadora recompense a la caritativa señora” (16).

No estuvo Enrique ocioso, a pesar de la enfermedad, en su primer

(12) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 3.

(13) Saburido Sergio, Ms. 653.

(14) Regl. S. F. S., art. 51.

(15) Saburido Sergio, Ms. 652 y 653.

(16) Crónica, Arch. I. M. A.

año de estancia en Salamanca. Incluso llegó a cultivar sus aficiones literarias con ocasión de las grandes solemnidades o conmemoraciones.

Dice la Crónica: 25 de febrero 1912: "Este día fue señalado para conmemorar el XVI Centenario (17) del edicto de Constantino, concediendo la libertad a los cristianos. Para solemnizar el acto y que los niños comprendieran algo, se prepararon con anticipación varias composiciones, cánticos y un drama en dos ¿...?, ¿tres? actos (letra ininteligible), escrito ex profeso por el salesiano don Enrique Sáiz. Al acto asistió mucha gente" (18).

El curso terminó con unos exámenes brillantísimos en el Instituto. Dice la Crónica: Día 15 de julio: "Es el último día de exámenes. Por ser el primer año en que se presenta al Instituto a los niños del Colegio salesiano de María Auxiliadora para examinarse como libres, llamaron mucho la atención de los mismos profesores por lo bien preparados que iban. Hubo muchos sobresalientes, notables y algún aprobado. Todos quedaron muy contentos del éxito obtenido. Sea todo a la mayor gloria de Dios y de María Auxiliadora, pues Ella es la que arregló todo" (19).

Damos fin a la narración de este primer año de apostolado del Siervo de Dios en Salamanca, anotando una fecha importante en su vida.

Vencidas las dificultades de orden sanitario, emitió Enrique la profesión perpetua el 17 de septiembre de 1912.

(17) Hemos corregido en el texto la errata del cronista que escribe "aniversario".

(18) Crónica, Arch. I. M. A.

(19) Ibid.

CAPITULO IV

HACIA LA META DEL SACERDOCIO

Carabanchel Alto era, por aquellos años que estamos historiando, un pueblecito de la provincia de Madrid, de escasos habitantes, lugar tranquilo y ameno, que hacía las delicias de los veraneantes, incluso de la nobleza.

Muy cerca de la Plaza, rodeada de espeso arbolado, se alzaba la casa de veraneo, propiedad de los marqueses de Jarayabo, que don Guillermo Gil, archivero de la Biblioteca Nacional, adquirió por veinte mil duros y donó a la Congregación, haciéndose él mismo más tarde salesiano.

El lugar de recreo y descanso quedó transformado en centro de oración y estudio, pues el año 1904 se erigió en él el Seminario Filosófico de las tres Inspectorías españolas y el Noviciado de la Céltica, bajo la dirección de don Anastasio Crescenzi (1), forjador de una legión de jóvenes salesianos, hoy sacerdotes, que en su escuela aprendieron a amar intensamente a la Congregación, a María Auxiliadora y a don Bosco.

A esta casa de Carabanchel llegó destinado, como asistente, Enrique, en el verano del año 1912. Fue su director, don Andrés Tranier. Don Antonio Balzario era el Padre Maestro.

Cada Inspectoría tenía ya su Filosofado y Carabanchel era tan sólo Noviciado.

Un año de gracia para Enrique. ¡Qué lecciones de auténtico salesianismo aprendió de aquel experto maestro de espíritu, su antiguo P. Maestro!

Don León Cartosio dice que los novicios estaban entusiasmados con su asistente (2).

En efecto, refiere el coadjutor salesiano, don Andrés García, novicio asistido suyo, que Enrique “tenía un carácter muy agradable; era muy comprensivo, de modo que, sin esfuerzo, conquistaba la confianza

(1) Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 7.

(2) Cartosio León, Ms. 535, fol. 4. García Andrés, Ms. 560, fol. 1.

de los súbditos". Le agradaban las sencillas funciones teatrales que éstos solían alguna vez representar, en las cuales él mismo quería intervenir, en papeles graciosos" (3), animándoles así a huir del miedo y la cobardía que las tablas inspiran a tantos por la presencia, si no demasiado exigente, sí atenta al menor detalle, de los curiosos espectadores; complejo que, por otra parte, impide un más amplio y humano desarrollo de la propia personalidad.

Nos cuenta, a continuación, don Andrés García un episodio de su año de Noviciado: "El día en que nos anunciaron a cada uno individualmente nuestra admisión a la profesión religiosa, me llamó don Enrique aparte y me dijo: —He hablado con el Sr. Inspector y le he dicho que tú no puedes profesar.

—¿Que no? y, ¿por qué razón? Mire, Sr. Asistente, aquí en el Noviciado, nada he perdido, y en cambio, he ganado mucho, pues conozco más a Dios.

Don Enrique, al verme tan decidido, me dio un abrazo diciéndome: "No tomes en serio mis palabras, pues no se cumplirán".

Aún con esto, no quedé del todo tranquilo, y, al día siguiente, me presenté a don José María Manfredini, que era el Inspector: —Si ustedes creen, le dije, que no debo profesar, díganmelo, pues el señor Asistente me dijo ayer que no me hallaba suficientemente preparado.

Don Manfredini se rió de buena gana: —Ya sabes tú, me contestó, que existen las pruebas del noviciado. Esa es una de ellas. Vete tranquilo.

¡Cuántas veces, pasados ya muchos años desde esta escena, me la recordó con cariño don Enrique!" (4).

En el verano del año 1913, los superiores le concedieron unos días de estancia con la familia en Ubierna. Su gozo no tuvo límites, pues podía estrechar nuevamente entre sus brazos, después de tanto tiempo, a la madre enferma, a los hermanos Daniel y Máximo y demás familiares.

Volvió Enrique a revivir recuerdos lejanos de la infancia, felices unos, muy tristes otros... Saludó con efusión a sus antiguos amigos.

No poseemos dato alguno sobre esa estancia de Enrique en la casa paterna, fuera de una relación que nos envía don Felipe Díez, salesiano, paisano del mártir: "Acababa yo de rechazar, dice, las óptimas proposiciones que me hicieron la Maestra y un P. Marianista, a quien serví en el altar en el fausto día de su Primera Misa, cuando tuve noticia de la Congregación Salesiana, por medio de Daniel Sáiz, hermano de don Enrique.

En el verano del año 1913, éste vino a Ubierna para visitar a su madre y hermanos.

(3) García Andrés, Ms. 560, fol. 1.

(4) Ibid.

Yo bajé de Castrillo para hablar con él de mi vocación. Noté que aquel seminarista, vestido con su sotanita, me infundía mucho respeto y confianza. Me habló, entre otras cosas, del Colegio de Carabanchel Alto y de la huerta ubérrima del Estudiantado de Campello, y me la pintó con tan vivos colores, que yo me la hube de imaginar cual una nueva tierra de promisión.

Hacía tiempo que fluctuaba en la duda de emprender la carrera de maestro o hacer el ingreso en el Seminario, pero la conversación con aquel salesiano me conquistó por completo, y quedamos en que, el próximo mes de septiembre, me esperaba en el Seminario de Carabanchel.

El hablar bien de todo acarrea preciosos frutos, y yo sé que su conversación entusiasta fue la que me decidió a entrar en las filas salesianas".

Y, a continuación, bajo el epígrafe: "Sostenedor de mi vocación a distancia" escribe: "El 24 de septiembre de 1913, fiesta de la Virgen de la Merced, tuve la dicha de entrar en el Seminario de Carabanchel, y cuando esperaba encontrarme con aquel medio curita salesiano que había visto en Ubierna por primera vez, tuve la desilusión de saber que había sido trasladado al Colegio de Bachillerato de Salamanca, pero, en su ausencia, dejó encargado de animarme al simpático burgalés don Crescenciano Miguel, bondadosísimo; al señor Catequista, don Anastasio Crescenzi, tan entusiasta; al joven maestro de música, don Félix González (5), quien, en su primera clase de canto, nos amenazó, irritadísimo, con echarnos el armonio sobre nuestras cabezas, lo que yo me creí a pies juntillas, retirándome atrás, por si acaso.

Don Enrique me escribía siempre optimista, animándome en los estudios, y prometiéndome asistir a mi Primera Misa y predicar en ella" (6).

Efectivamente, como afirma don Felipe Díez, Enrique, después de haber sido Asistente de Novicios durante un año, fue nuevamente trasladado por la obediencia al Colegio de María Auxiliadora de Salamanca. Larga será ya su permanencia en esta casa. En ella, superadas las pruebas teológicas, arribará a la meta feliz de su sacerdocio.

Para conocer algo de las actividades apostólicas del biografiado, durante estos años preparatorios de su sacerdocio, hemos acudido a testimonios de superiores, compañeros y alumnos suyos.

Don Elías Otero, salesiano de primera hora, escribe: "Le conocí de clérigo (7) en Salamanca. Era piadoso y cumplidor. Los chicos le tenían en gran estima porque se preparaba muy bien las clases y las daba con gran competencia.

(5) Don Félix González era un alma bondadosísima; de mucho genio, pero hombre de Dios. Siempre dispuesto a confesar su fe, murió mártir en Madrid el 24 de agosto de 1936.

(6) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 1-3.

(7) En el vocabulario salesiano español, "clérigo" es el aspirante al sacerdocio que se encuentra en el período de los tres años de Magisterio que precede a los estudios teológicos.

Leía todas las obras de consulta que encontraba a mano, para adquirir una mayor cultura en relación con las asignaturas que explicaba. Y así, pidió al Sr. Cura de S. Martín una hermosa colección de revistas que traían abundantes fotografías de Arte, con templos y pagodas de la India, Tibet, Japón, etc. Muchas veces las admiramos, ponderamos y discutimos los dos juntos, y recuerdo que una vez, al decirle yo: "¡Qué obras tan hermosas y qué riquezas de arquitectura!", él asintió: "Es cierto, grandiosas obras. ¡Lástima que estén dedicadas al diablo y no al verdadero Dios!"

Era también muy patriota y tenía embelesados horas enteras a los chicos con el relato de episodios de la Historia patria. Por aquel tiempo se estrenaron en nuestro teatro varios dramas escritos o adaptados por él, como "Guzmán el Bueno" y "El Cabo Noval" héroe de la guerra de Africa (8).

Dice la Crónica de la casa, que el día 8 de diciembre del año 1913 se puso en escena "El Cabo Noval", que enardeció al elemento infantil y que arrancó de éste delirantes aplausos (9).

"Le gustaba mucho, —continúa don Elías— la literatura, y así leía y comentaba con los alumnos las mejores obras literarias. Se preocupaba de anotar frases y períodos para luego emplearlos en sus escritos, ya en prosa, ya en verso.

Solíamos ir juntos de paseo con los mayores, y nuestra conversación era casi siempre sobre Arte y Literatura.

En cierta ocasión acertaron a pasar cerca de nosotros dos hombres, y a uno de ellos se les escapó una frase que nos llamó poderosamente la atención. Don Enrique la cogió al vuelo y exclamó: ¡Qué frase más bonita en boca de esa pobre gente de pueblo! Merecería anotarse".

Y termina esta relación con otro dato: "Era muy sufrido. Un tumor le tuvo postrado, en cierta ocasión, como un par de meses, en cama. Nunca le oí quejarse, ni de la enfermedad, ni de las dolorosas curas que diariamente hubo de soportar. Lo que más le afligía era no poder dar clase" (10).

Según la Crónica de la casa, surgió, en este curso de 1913 al 1914, un problemilla colegial que preocupó seriamente al personal docente.

Pareció bien a los superiores, por el bien espiritual de sus educandos, suprimir las vacaciones de Navidad, que en años anteriores venían disfrutando, no sólo los externos, sino también los alumnos internos del Colegio.

Con una gran dosis de buena voluntad, y otra no menor de espíritu de sacrificio, los superiores se encargarían de buscarles distracciones, pero dentro de las paredes del Colegio, hasta el día 29, fecha en la que comenzarían nuevamente las clases.

(8) Otero Elías, Ms. 620, fol. 1-2. Beltrán Mariano, Ms. 528.

(9) Crónica, Arch. I. M. A.

(10) Otero Elías, Ms. 620, fol. 3.

La reacción de los jóvenes fue adversa a la decisión de sus educadores. La Crónica de la casa se expresa así: "Día 29 de diciembre. Empiezan las clases regularmente. Los niños piden, por escrito, al Sr. Director más vacaciones, e intentan, con gritería, protestar, pero ¡inútil!" (11).

La oposición, por parte de los alumnos, e incluso de los familiares, a la supresión de las vacaciones navideñas continuó durante los años sucesivos, y tanto creció que don José Binelli, Inspector provincial, se vio obligado a mitigar la severa disciplina, dejando constancia de su voluntad en el tercer punto del Acta de la Visita Inspectorial, que hizo a la Casa de María Auxiliadora de Salamanca, del 22 al 27 de marzo de 1918: "Dadas las circunstancias particulares del Colegio de internos, se permiten las vacaciones de Navidad, desde el 23 de diciembre al 28" (12).

Hemos anotado estas particularidades porque don Enrique, buen conocedor de las circunstancias especiales de su Colegio, a las que alude el Acta de la Visita Inspectorial, fue siempre defensor de dichas vacaciones en familia. Las miras del Siervo de Dios eran elevadas. Nadie pudo jamás acusarle de falta de espíritu de trabajo o de afán desmedido de innovaciones. Captaba el ambiente humano.

El día 16 de abril tuvo lugar una excursión a "La Flecha", rincón ameno, a pocos kilómetros de la capital, célebre por la bella poesía que allí compuso Fray Luis de León, ensalzando la vida retirada.

Dejó recuerdo este paseo, pues siete muchachos estuvieron a punto de perecer, cuando alegremente se divertían en una barquichuela.

Un testigo presencial, entonces alumno y hoy médico, describe así el suceso: "Hallándonos de excursión en "La Flecha", don Enrique y otros cuatro o cinco conmigo trepamos a un cerro desde el que contemplábamos el bonito paisaje del Tormes y sus contornos. Vimos cómo varios compañeros de excursión ocuparon una barca que se hallaba amarrada, y cómo, liberada ésta, internábase en el río con su humana carga, y, sin remos y sin gobierno, a merced de la corriente, se precipitaba hacia la pesquera.

Horrorizados, empezamos todos a gritar, mezclándose nuestras voces con las que, en demanda de auxilio, lanzaban las presuntas víctimas. Otros corrían hasta la aceña de al lado, en busca de un práctico que levantara la compuerta con miras a achicar la corriente. Los momentos eran angustiosos, pues la barca avanzó hasta asomarse al precipicio.

Ocurrió todo en menos tiempo que tarda en contarse.

Mientras tanto, don Enrique, que estaba con nosotros sentado, se puso de rodillas, y, santiguándose, invocó a María Auxiliadora.

Ni siquiera nos invitó a que rezáramos, si bien lo hicimos todos

(11) Crónica, Arch. I. M. A.

(12) Ibid.

automáticamente, inducidos más bien, yo creo, por el influjo de su fervor que por la emotividad del momento.

La barca se detuvo y terminó sin novedad el trance peligrosísimo.

El aspecto de don Enrique denotaba después satisfacción y gratitud: "Bueno, muchachos—nos dijo—, bajemos a darles la enhorabuena."

¿Suceso, milagro o prodigio? No soy quien para entrar en consideraciones." Hasta aquí el testigo (13).

El cronista de la Casa no aporta estos detalles, pero anota: "Afirmaban los molineros que hasta entonces nadie se había salvado" (14).

Protección singular de María Auxiliadora, decimos nosotros, debida a las oraciones fervorosas de sus hijos.

"El niño Martín Sánchez, sigue la Crónica, durante el peligro, sobresalto y apuro para prestar socorro a los imprudente marinos, no dejó de rezar salves ante una imagen de la Virgen" (15).

El curso terminó con éxito rotundo en los exámenes oficiales. Algún catedrático llegó a afirmar que el Colegio Salesiano era el que mejor enseñanza impartía a sus alumnos. Tan sólo hubo siete suspensos y fueron unos cuatrocientos los exámenes sufridos.

Y escribe el cronista: "El señor Director cree que dos suspensos se hubieran podido evitar" (16).

Del curso 1914-1915 ninguna noticia hemos recogido digna de mención.

El 20 de septiembre de 1915 asumía la dirección del Colegio don Rafael Tormo, hasta entonces prefecto de Utrera (Sevilla) (17). Un año escaso duró su gobierno, en el que dio buenas pruebas de virtud y espíritu de sacrificio.

Atendiendo a su petición, los superiores le exoneraron de aquella responsabilidad, nombrando a don Germán Lampe para sucederle en el cargo (18).

Era don Germán hombre de vasta cultura teológica. De él dice textualmente la Crónica: "Tras unos ejercicios muy brillantes, tomó el grado de doctor en Sagrada Teología con la calificación de "nemine discrepante" en el Seminario Pontificio" (19).

Y don José Montero, entonces alumno: "Era don Germán oriundo de Alemania, alma y vida de aquella generación heroica de los comienzos de la Institución Salesiana de Salamanca y que, secundado por un magnífico plantel de superiores, nos llevó, de triunfo en triunfo, al

(13) Méndez Polo José. Ms. 606.

(14) Crónica, Arch. I. M. A.

(15) Ibid.

(16) Ibid.

(17) Ibid. Acta de su elección firmada por don Pablo Albera, Rector Mayor de la Congregación, el 24 de agosto de 1915, Arch. I. M. A.

(18) El acta de la elección aparece firmada por don Pablo Albera el 1 de agosto de 1916, Arch. I. M. A.

(19) Crónica, Arch. I. M. A.

éxito final de unos expedientes académicos cuajados de las máximas calificaciones" (20).

Don José Montero continúa así el relato: "Enjuiciando serena y objetivamente, con mirada retrospectiva, aquellos tiempos, no es posible dejar de rendir un sincero elogio a aquellos varones prudentes, a nuestros superiores, que inculcaron en nuestras almas un sentido religioso sin fariseísmos, y en nuestra voluntad una constante y decidida entrega al trabajo.

Entre ellos destacó, con relieve extraordinario, nuestro querido y malogrado don Enrique Sáiz, a quien la infinita misericordia de Dios habrá acogido entre sus elegidos. ¡Por bueno y por mártir!

Siendo don Enrique nuestro profesor de Filosofía, Mineralogía, Botánica y Zoología, me parece recordar que de los diecinueve que integrábamos el curso, apenas si hubo algún aprobado, ya que las matrículas de honor, los sobresalientes y notables eran las calificaciones normales en esas asignaturas. De ello pueden dar fe mis compañeros supervivientes.

Siempre fue su tónica la cordialidad, y nunca recuerdo haberle visto emplear la violencia para corregir nuestras frecuentes indisciplinadas acciones.

Con esto pongo punto final a los recuerdos felices de aquella época de mi vida, en cuya formación dejó huella indeleble nuestro muy llorado don Enrique Sáiz" (21).

Las Crónicas, por otra parte, hablan de las pruebas por él superadas en las ciencias sagradas: "Verificados los exámenes de Teología por los estudiantes Ramón Goicoechea y Enrique Sáiz sobre los tratados "De Deo Uno", "De Deo Trino" y "De Deo Creatore" ambos obtienen la nota "diez" en los tres tratados; y en los de Moral: "De Iustitia et iure" y "De restitutione", Ramón Goicoechea, 10 en el primero y 9 en el segundo; Enrique Sáiz, 10 en ambos" (22).

Exito semejante, en pleno curso, con la carga excesiva de trabajo que pesaba sobre ellos, compensaba el sacrificio de muchas noches de intenso estudio y de escasas horas de descanso.

Imitaban a los primeros salesianos, formados en la escuela de Don Bosco, los cuales confiaban a la noche lo que el día no les daba de sí.

Llegados a este punto, es menester confesar que no todos los superiores de Enrique estaban satisfechos de su conducta. Con discreción y finura lo da a entender don Felipe Alcántara cuando escribe: "En esta fecha no todo fueron rosas en su camino; por esto es más de

(20) Montero José, Ms. 609.

(21) Ibid.

(22) Crónica, Arch. I. M. A.; el diez significaba la máxima calificación de sobresaliente; el nueve equivallía a notable.

admirar y alabar la total transformación que en él se obró desde el momento en que cantó su Primera Misa" (23).

Las palabras que acabo de copiar, escritas por quien con Enrique convivió varios años, nos hacen reflexionar y preguntarnos: ¿Hubo algún bache serio en la espiritualidad o en la conducta externa del Siervo de Dios durante este período?

Ya en otro lugar dejamos anotado el testimonio de don León Cartosio, quien afirma que su alumno y asistido, a raíz de la muerte de su hermano Federico, adquirió una cierta "tendencia al pesimismo y a la crítica" (24).

A partir del segundo año de trienio, algunos testimonios señalan deficiencias en el modo de ser y actuar del Siervo de Dios.

"Le conocí—dice uno de ellos—desde el año 1916 hasta el 1926. Sé que cuando pidió las órdenes tuvo algún voto en contra, pero se ordenó. Mi opinión sobre don Enrique es que era un salesiano corriente, ni malo, ni santo; creo que era algún tanto parcial. El personal, en general, no le tenía simpatía. A los chicos, en cambio, creo que les tenía contentos, y era dueño de la situación. No quisiera ir en mi juicio más allá de la realidad. Contesto a las preguntas que se me hacen, tan sólo porque creo que éste es mi deber. Quiero, sin embargo, hacer constar que posteriormente me enteré del cambio efectuado en él" (25).

El que fue prefecto de la Casa de Salamanca por aquellos años afirma que en materia de moralidad fue intachable. Le parece, en cambio, haber observado en él cierto afán de preeminencia que le hacía olvidarse de los superiores y tratar más con los muchachos. "Recuerdo—añade—que en el teatro y en las Compañías (26) logró conquistar el aprecio de los alumnos. Los defectos antes anotados son los que yo observé en él. Luego me enteré de su transformación" (27).

El Capítulo de la casa, casi en su totalidad, opinaba que Enrique no debía ordenarse. En efecto, el acta del Consejo celebrado para la admisión del candidato a las Ordenes dice textualmente: "15 de julio de 1916. Se reúne el Capítulo únicamente para tratar de la admisión a las Ordenes Menores del clérigo don Enrique Sáiz y a la del Subdiaconado del minorista don Ramón Goicoechea. El señor Director informa sobre las condiciones de los candidatos.

Los capitulares exponen sus observaciones y pareceres, y después de un maduro examen y de reflexión seria, se procedió a la votación se-

(23) Alcántara Felipe, "Laudemus Viros Gloriosos", Industrias Gráficas, Madrid, s/d, pág. 18. Escribió este folleto el P. Alcántara siendo Provincial de la Inspectoría Céltica, a raíz de la terminación de nuestra Cruzada, el año 1939. En brevísima síntesis expone la vida y martirio de los salesianos de su Inspectoría, así como las vicisitudes sufridas por casas y hermanos, que sucumbieron en los frentes o retaguardia de la zona roja.

(24) Cfr. Supra, pág. 42.

(25) Conde Luis, Ms. 540, fol. 1, 4 vº.

(26) Asociaciones Religiosas de los colegios, cuyos afiliados se proponen ser fermento en la masa y valiosos auxiliares de los superiores en el apostolado.

(27) Urgellés Joaquín, Ms. 674.

creta, que tuvo los siguientes resultados: don Enrique Sáiz, afirmativos uno; negativos, tres..." (28).

Sin embargo, el 1 de octubre de 1916, es decir, a los dos meses y quince días de la votación desfavorable, recibía Enrique la tonsura y las cuatro órdenes menores (29).

Desconocemos las razones de la negativa y la rápida subsiguiente ordenación (30).

Don Rafael Tormo, Director suyo en aquel entonces, escribe: "Todo lo que queda en mi memoria es que (Enrique) fue un salesiano ejemplar, laborioso hasta el extremo, asistente y maestro completamente salesiano. Se entregaba totalmente a los alumnos, aún siendo simple clérigo. Nunca me dio motivos para tener que llamarle la atención por la más mínima falta en su conducta ni en el cumplimiento de la Santa

(28) "Reuniones mensuales tenidas por los capitulares de la Casa Instituto de María Auxiliadora de Salamanca", Arch. I. M. A.; Firma el acta del 15 de julio de 1916, arriba transcrita, Germán Lampe, con el V.º B.º del Director, Rafael Tormo.

Libro encuadernado en cartón, de 21 x 15, cubierta verde-cetrina, con cenefa en negro y cuadro central; lomo de tela verde.

En la primera página, sin rayar, se lee, en manuscrito, Reuniones mensuales tenidas por los capitulares de la Casa Instituto María Auxiliadora de Salamanca. Hay en la misma página un sello. Dos hojas arrancadas después de la página 62; otras dos después de la 142. En blanco las páginas 20 y 30; de la 44 a la 48, 61 y 62, 81 y 82, 84 y 142; y desde la 154 al final, página 190.

Las Actas comienzan en el mes de septiembre de 1910 y llegan hasta el 9 de febrero de 1922, firmadas por el Director y, ordinariamente, también por el redactor o secretario. Algunas sesiones no llevan firma.

En general, no se observa tanto descuido como en las Crónicas del Colegio.

(29) El Ministro ordenante fue el Obispo de Salamanca, Excmo. y Rvdmo. Dr. don Juan de Diego y García Alcolea, en la capilla del Palacio Episcopal. Cfr. Arch. Dioc., Libro de las Ordenaciones II, fol. 45.

(30) Pudo ocurrir que el voto consultivo del Capítulo de la casa no se viera confirmado por el deliberativo del Consejo Inspectorial.

Habiendo desaparecido durante los años del dominio rojo en Madrid (1936-39) los Archivos Provinciales, hubimos de acudir al A. S. de Turín en demanda de información. Nos la remitieron; pero tan sólo sobre el Subdiaconado y Presbiterado del Siervo de Dios; nada sobre Tonsura y Órdenes Menores, por no existir allí documentación al efecto.

Don Elías Otero, clérigo también en Salamanca entonces, nos escribe: "Efectivamente, en ese año formaban el Capítulo de la casa don Rafael Tormo, como Director, don Germán Lampe, que murió en la cárcel, o a consecuencia de estar en la cárcel en el período hitleriano, Prefecto, don José Saburido, Catequista, y don Manuel L. Cabada, Consejero Escolástico.

Pensando un poco sobre aquellos tiempos y sobre los personajes del Capítulo, no tengo la menor idea de que don Enrique tuviese ningún conflicto personal con ninguno de ellos. Al menos ni yo me di cuenta de ello ni él me habló nunca de dificultades o encuentros con alguno de ellos, y eso que, como solíamos ir siempre juntos de paseo con los mayores y la ocasión era propicia para comentarios y confidencias, nunca, como digo, me hizo la menor indicación, que yo recuerde, de tener alguna queja, disgusto o malentendido con el Capítulo de la casa.

A lo mejor, pudiera ser que la votación adversa fuese porque como don Enrique era muy aficionado a la literatura y estaba encargado del teatro, arreglaba y escribía comedias y las ensayaba, el Capítulo creyese que era algo exagerada esta su afición y que por ello abandonase o desatendiese otras obligaciones, aunque, a mi entender, nunca dejó de cumplir sus obligaciones, ya sea de piedad, preparación para las clases o de asistencia por cuestiones de teatro.

Es fácil que, si ésta fue la causa de la votación adversa, el Capítulo Inspectorial y, sobre todo, don José Binelli, no diese a esas cosas la importancia que el Capítulo de la casa le había dado y por eso le diesen las Órdenes, a pesar del voto en contra del Capítulo de la casa.

Esto es cuanto a mí se me alcanza." (Ms. 620, b. fol. 1-2.)

Otro compañero del Siervo de Dios, don Mariano Beltrán, escribe: "Me propone una interrogante difícil de contestar, a primera vista; pero cuya solución puede ser sencilla. Sin tratar de enjuiciar de ningún modo a los Capitulares por usted citados, a quienes más bien considero cabeza y brazos unidos en un solo corazón... le recordaré solamente que por aquel entonces andaba don Enrique cojeando (enfermo), que se hablaba de tuberculosis ósea... y, en este caso, la divergencia de pareceres en el Capítulo de la casa no es de extrañar fuese corregida por el dictamen del Inspectorial, a quien tocaba resolver en definitiva.

No se me ocurre otra cosa." (Ms. 528, b.)

Regla. Su labor como maestro y asistente, eficacísima, llenando de satisfacción a su Director en aquel curso de prueba, que nunca olvidaré. Que desde el cielo pida por el que fue su Director" (31).

No hubo nuevos entorpecimientos en la carrera ascensional de Enrique a las sagradas órdenes. El 24 de agosto de 1917 recibía en la misma capilla del Colegio el Subdiaconado; el 23 de febrero, el diaconado, y, finalmente, el 28 de julio del mismo año le consagraba sacerdote el doctor don Julián de Diego y García Alcolea, obispo de Salamanca (32).

Son interesantes las observaciones de los capitulares de la casa y del P. Provincial en las admisiones del candidato al Subdiaconado y Presbiterado. Pudieran incluso arrojar alguna luz sobre los resultados de la votación anterior a la tonsura y Ordenes Menores.

"Subdiaconado: Observaciones del capítulo de la casa. Los capitulares hacen constar que el candidato trabaja mucho y cumple bien sus prácticas de piedad, pero, sin embargo, es muy aferrado a su propio parecer.

Observaciones particulares del Inspector: Es de muy buen espíritu religioso, piadoso, de buenas dotes, tanto por su ingenio, ya por su manera de dar clase; tiene dotes de escritor.

Presbiterado: Casa de Salamanca. Observaciones, ninguna.

Observaciones particulares del Inspector: El interesado es un joven de muy buen espíritu religioso, muy sacrificado, piedad ejemplar (fue asistente de novicios) y de variadas dotes para la enseñanza, la literatura, exigencia de la disciplina. Será un buen Consejero eclesiástico y, si Dios le conserva, algo más" (33).

(31) Tormo Rafael, Ms. 670.

(32) Todas las Ordenes le fueron conferidas por el señor Obispo de Salamanca. El Subdiaconado se halla registrado en el Libro de Ordenaciones, II, fol. 47; el Diaconado en el Libro de Ordenaciones, II, fol. 48, y el Sacerdocio en el Libro de Ordenaciones, II, fol. 50. (Arch. Dioc.) El Diaconado y el Presbiterado los recibió en la capilla del Palacio Episcopal.

(33) Subdiaconado: Casa de Salamanca. Osservazioni del Capitolo della casa: "I capitolari fanno costare ch'il candidato lavora molto e compie bene le sue pratiche di pietá, ma pure é molto attaccato al suo propio parere."

Firman: Sac. Ermanno Lampe; Gioachino Urgellés; Gioachino Pérez; Sabino Hernández. Votación: afirm. 4; negat. nessuno.

Data: 17 maggio 1917.

Capitolo ispett. Votación: afirm. 3; negat. zero.

Data: 29 maggio 1917.

Firman: Sac. G. Binelli; G. M. Manfredini; Onorato Zoccola.

Osservazioni particolari dell'Ispettore: "E' di spirito religioso molto buono, pio, e di buone attitudini sia per ingegno sia per il modo di insegnare; ha pure attitudini a scrivere."

Presbiterado: Casa de Salamanca — Data 26-III-1918. Observaciones, ninguna. Votación: afirmativas, 5; negativas, 1.

Firman: Sac. Ermanno Lampe; Joaquín Pérez; Sabino Hernández; Manuel Bars; José M. Peyteado; Luis Conde.

Cap. Inspectorial. Data: 2-IV-1918. Votación, afirm. 3; negat. zero.

Firman: Sac. G. Binelli; G. M. Manfredini; Ant. Castilla.

Osservazioni particolari dell'Ispettore: "L'interessato é un giovane di molto buon spirito religioso, di grande sacrificio, pietá esemplare (fu asistente dei novizi), e di variate attitudini per l'insegnamento, la letteratura, tener disciplina. Sarà un buon consigliere scolastico e si Dio lo conserva, qualche cosa di più. Mancano gli ultimi trattati, dei quali si esaminerá durante el prossimo aprile." (A. S.)

Su primera Misa la celebró el 4 de agosto en la capilla del Colegio, rodeado de superiores y alumnos. El lema que estampó en el recordatorio de tan fausto día reza así: *Et consummatus factus est omnibus... causa salutis aeternae.* (Ad Hebraeos, V, 9) (34).

Este será el programa constante de su vida sacerdotal.

(34) Estampa de su primera Misa.

CAPITULO V

CONSEJERO EN SALAMANCA

(1918-1922)

El Consejero en los Colegios Salesianos es el responsable de la buena marcha de las clases y de la disciplina. A él incumbe, asimismo, la organización y dirección de todos aquellos recursos pedagógicos, imprescindibles en todo centro educativo, que vienen a ser como el lubricante del monótono y trabajoso vivir cotidiano del estudiante, como son los espectáculos, las excursiones, los deportes y demás diversiones.

Es el Consejero el hombre de la constante exigencia, que prodiga avisos, correcciones y hasta castigos; que, si premia a los diligentes, ha de enfrentarse no pocas veces con los ligeros, indolentes, díscolos o desaprensivos, con aquellos para quienes el estudio resulta insoportable carga y que defraudan, si no se les aguijonea, las esperanzas que en ellos tienen depositadas sus padres, a costa, no pocas veces, de notables sacrificios económicos.

Para que el Director de la casa pueda ampliamente ejercer su paternidad, abriendo de par en par las puertas del corazón, indulgente y comprensivo, a la confianza de sus educandos mirando el bien espiritual de los mismos, asume el Consejero, delante de los alumnos, la responsabilidad de todo aquello que, en la marcha del curso, pueda surgir de odioso o desagradable.

En constante trato con los jóvenes, con sus padres y familiares; al frente de los estudios, que constituyen el punto base de interés en unos y otros, adquiere el Consejero en los Colegios una importancia relevante. De este prestigio le es dado valerse, en gran escala, para ejercer precioso, aunque no fácil ni visible, apostolado entre sus subordinados.

Apenas ordenado sacerdote, don Enrique fue nombrado Consejero del importante Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, al cual pertenecía ya desde hacía años. Su competencia en la labor docente, su serenidad y espíritu de sacrificio, su sentido de responsabilidad, movieron a los superiores a confiarle tan honroso como difícil cargo.

El curso de 1918-19 no comenzó, como otros, en octubre. Lo impidió la gripe, que rápidamente fue extendiéndose por la capital y pueblos de la provincia.

Hasta el 4 de noviembre no tuvo efecto el acto inaugural. Se celebró en el salón teatro del Colegio. "Cantado el himno, el nuevo Consejero leyó—dice la Crónica—un discurso, dando la bienvenida a los alumnos" (1). Fue su autopresentación en el cargo. Desde aquel día se entregó en cuerpo y alma a cumplirlo. ¿Con acierto?

Para enjuiciar la actuación de don Enrique en este difícil campo de la actividad salesiana interesa hacer constar, en primer lugar, sus desviaciones, más o menos disculpables, pero reales, del auténtico espíritu salesiano en los métodos de exigencia de la disciplina; y en segundo lugar, sus grandes aciertos pedagógicos y sacerdotales.

La atenta consideración de ambos hechos nos llevará al conocimiento de la personalidad del Siervo de Dios durante este período de su vida; conocimiento indispensable para comprender el importante trabajo de dominio de sí mismo que realizó posteriormente hasta llegar a ser el religioso perfecto según el corazón de Dios.

El Sistema Preventivo de San Juan Bosco consiste "en dar a conocer la prescripción y reglamentos del Instituto y vigilar después, de manera que los alumnos tengan siempre sobre sí el ojo vigilante del Director o de los asistentes, los cuales, como padres amorosos, hablen, sirvan de guía en toda circunstancia, den consejos y corrijan con amabilidad... Este sistema descansa por entero en la razón, en la religión y en la amabilidad; excluye, por consiguiente, todo castigo violento y procura alejar aún los suaves" (2). Así habla Don Bosco, y añade: "El pegar, de cualquier modo que sea, poner de rodillas en posición dolorosa... y otros castigos semejantes, se deben absolutamente evitar" (3).

Hemos de conceder que resultaba difícil la aplicación de este sistema de paterna suavidad en el Colegio de Salamanca por aquellos años. Los alumnos eran rebeldes: hubo un muchacho que arrojó el tintero contra su profesor en un acto de grosera insubordinación; había quienes llevaban habitualmente en el bolsillo un trozo de hierro para herir al adversario en las frecuentes riñas y peleas que entre ellos se suscitaban, con las consiguientes contusiones y heridas. Un desplante a la autoridad era acogido por muchos con admiración y catalogado como acto de valentía. Entre el oro de conductas angelicales abundaba la escoria de comportamientos rastreros por parte de jóvenes sin culitvo alguno en materia de educación. Y, si a lo dicho se añade la poca virtud y seguridad moral de algún educador, los celos, envidias y banderías entre los mismos que debían brillar con la luz del buen ejemplo, y, para colmo, las dificultades creadas a la misma persona del Consejero por

(1) Crónica, Arch. I. M. A.

(2) Regl. S. F. S., art. 88 y 89.

(3) Regl. S. F. S., art. 101, 4.º.

algún hermano envidioso de las dotes relevantes de aquél, resulta fácil comprender las dificultades que hubo de sortear Enrique en el desempeño de su misión (4).

Los mismos alumnos las adivinaron. “Sin duda—escribe uno de ellos—, el temperamento fuerte de don Enrique pudo alguna vez chocar con otros temperamentos distintos, dentro de una colectividad que no deja de ser humana, aunque se trate de hombres dados a una vocación y a una disciplina. Cuando uno lee, por ejemplo, la que le armaron a San Juan de la Cruz los Calzados de Toledo y a qué vejaciones le sometieron encarcelándole, no puede extrañarse de que la rastra del pecado original saque sus garras aún entre los santos” (5).

Enrique, hombre austero, con un concepto rígido del deber, orientó su labor de Consejero hacia una meta elevada de perfección humana, pero con un desvío notable del espíritu salesiano, que admiró y aceptó sin discutir en la teoría y la práctica general, pero cuya actuación juzgó irrealizable en las circunstancias concretas, donde le tocó desenvolverse.

Aún ahora, salesianos de mérito y virtud, conocedores del ambiente colegial de aquellos años, se muestran indulgentes con el estilo de severa exigencia del Consejero novel.

Oigamos a sus alumnos.

“No se separaba de la campanilla, que manejaba—para llamar al orden— con un golpe seco y autoritario. El mango de madera de la misma solía estar medio desarticulado y casi desprendido, porque no era raro que propinase con el mismo algún que otro “capón” al charlatán de las filas o al “mayorcito” que intentaba esconderse en lugares poco accesibles para fumar a escondidas.

Un vistazo al patio durante los recreos le bastaba para echar de menos a uno sólo que faltase, y su privilegiado olfato para denunciar al fumador.

En las horas de estudio solía pasear por el claustro, a donde se abrían todas las clases, y observaba, sin ser visto, al alumnado. Desde allí se daba cuenta en seguida de quién estudiaba, de quién perdía tiempo “mirando a las Batuecas”, como él decía, o quién se encontraba absorto leyendo a escondidas alguna novelita (privaban “Dick Turpin”, “Búfalo Bill”, “Nik Carter”, o el inmortal “T. B. O.”), y causaba verdadera inquietud en toda el aula, creo que incluso al mismo asistente que nos vigilaba, verle entrar sigilosamente, pasear por entre los pupitres—quizá el mismo nerviosismo de los culpables les denunciaba—y llegarse calladamente al lado de algún apasionado lector.

Al entrar con todo sigilo, corría inmediatamente de pupitre en pupitre el aviso, musitado con el mayor secreto, como un alerta “sotto

(4) Ledesma Ramón, Ms. 587.; Maté Francisco, Ms. 599, fol. 1-2.; Riesco José, Ms. 634, fol. 1.; Cabezas José, Ms. 530, fol. 1.

(5) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 2 vº.

voce": "El Consejero, el Consejero." Si se acercaba a alguien y le decía: "Déme usted (con un usted muy recalcado) lo que está leyendo" y éste le entregaba lealmente lo que fuese, novelucha, T. B. O. o novela de más altos vuelos literarios, sin oponer resistencia, no pasaba nada, fuera de la mala nota de conducta o del pequeño castigo de algún recreo pegado a la columna mientras los demás jugaban; pero si el lector intentaba hacer creer, mintiendo, "que estaba estudiando", entonces el castigo era inmediato y contundente: dos sonoras bofetadas que no había manera de esquivar, porque, por muy cerrada que fuera la guardia del culpable, siempre encontraba hueco para asestar el cachete. Se solía poner un poco rojo el rostro de don Enrique—la mentira le sacaba de quicio—, pero jamás se descomponía ni se dejaba llevar de la ira.

Con la sonora bofetada acababa todo" (6).

"Era inflexible en materia de disciplina. A veces se le pedía dispensa de escolaridad por fiesta de familia u otra circunstancia parecida, y no la concedía" (7).

"Uno de los primeros días del curso—escribe don Eufemio Puerto—nos correspondió la lección de los montes de Asia. El primer día nadie contestó. Don Enrique se levantó muy serio y dijo, a modo de despedida: "Para mañana, los montes de Asia." Al día siguiente, llamó a cuatro o cinco juntos. Como ninguno contestara, porque decían que eran nombres muy difíciles, los "recompuso" a chuleta por cabeza y añadió: "Para mañana, los montes de Asia..." Y ¡cómo los estudiaríamos que yo todavía no los he olvidado...!" (8).

"Un hijo del marqués del Llen, mediopensionista, acostumbraba sistemáticamente a llegar tarde al estudio, y tenía la costumbre de abrir el pupitre y apoyar la tapa en la cabeza. Estaba yo encargado del teatro como tramoyista con otro compañero. Un día, haciendo limpieza, cazamos un ratón, y, sin más consideraciones, lo metimos vivo en el pupitre de nuestro amigo. Llegó éste al estudio, abrió la tapadera y ¡zás! El ratón salió corriendo. El se sobresaltó. Se armó el escándalo padre. Llegó el hecho a oídos del Consejero, nos llamó, nos dio unos capones retorcidos (que hacían daño) y nos castigó a soportar un desfile de todos los alumnos ante nosotros con el ratón colgado de la mano. Además, por espacio de un mes, a dar vueltas al patio, en fila india, con otros castigados" (9).

"Era una mañana de estallante sol primaveral—cuenta don José Sansinforiano—. A Julián Sánchez le habían comprado sus padres una bicicleta; y, con ánimo de aprender, éste, Cardenal, Laporta y algún otro, que no recuerdo, nos "fumamos" la Misa.

La Alamedilla se constituyó en pista para nuestro deporte. Pasamos unas horas estupendas.

(6) Gómez Fraile Juan Gregorio, Ms. 570, fol. 1. vº.

(7) Romero Arístides, Ms. 648.

(8) Puerto Eufemio, Ms. 631.

(9) Polo Graciliano, Ms. 627.

Al ir al Colegio, a las 9, para empezar las clases, nos dijo el portero que el Consejero nos esperaba en su cuarto... Nos dio un recorrido más que regular, pues cuando estaba enfadado sabía dar, y aquel día fue a placer. Pasados los años (él era ya director), estudiando yo sexto de bachillerato, y siendo buen estudiante, gracias a sus consejos y estímulos, me recordó varias veces aquella paliza y me dijo, y lo creo firmemente, que al salirnos de su cuarto, hizo lo propio consigo mismo y que lloró y sufrió más que nosotros (10).

Cada semana se reunían los Superiores para dar las notas de conducta, aplicación y urbanidad a los alumnos.

"Nosotros estábamos deseando que llegase el sábado por la noche. Mientras se celebraba dicha reunión, nos asistían en el estudio los coadjutores, y ello nos permitía charlar más. El domingo, después de la segunda Misa, recorría el Consejero, con un cuaderno en la mano, los estudios.

Desde la mesa del profesor leía en público las calificaciones de cada uno: el *diez con punto* equivalía a una pequeña observación sobre la conducta de la semana; más gravedad encerraba el *diez menos*; y la calificación más seria era del *nueve más*, que traía consigo, como castigo, el tener que permanecer en una columna todos los recreos de la semana o del medio mes.

Por descontado que uno de estos fallos de conducta traía consigo la privación de la función de cine o teatro del domingo siguiente. Llegados al salón, cuando nos habíamos sentado, leía el Consejero los nombres de los castigados, y éstos iban dejando su sitio vacío.

Si nos tocaba un asistente bondadoso, nos permitía oír la función (verla no podíamos), pues la clase, a la que nos conducían, tenía un faldete que comunicaba con el teatro" (11).

"Cuando, al leer las notas de conducta, miraba por encima de las gafas montadas sobre la nariz, los chicos temblaban. Si a uno le decía: "Pase usted luego por mi despacho", ese chico se moría de miedo" (12).

Nos resultaba enojoso—cuenta don José Quintero—en los días de convocatoria el tener que permanecer todos en el aula del Instituto hasta haber verificado cada uno su examen. Ello dio lugar en cierta ocasión a este episodio, que jamás olvidaré.

Uno de mis compañeros, cansado de esperar su turno, calculó el momento en que, según la lista presentada, sería llamado, y sin que don Enrique se diera cuenta, se escabulló a respirar el aire de la calle.

Pero fallaron sus cálculos y, cuando aún estaba ausente, fue nombrado. Silencio en el aula. Uno de los alumnos se levanta y se decide a salir. Don Enrique le pregunta:

—¿A dónde vas?

(10) Sansinforiano José, Ms. 665.

(11) Cabezas José, Ms. 530, fol. 1. vº.

(12) Quintero José, Ms. 583, fol. 1.; Notario Domingo, Ms. 615.

—A buscar a...

—Deja, que ya le buscaré yo.

El muchacho volvía ya al aula. Don Enrique le vio desde la ventana. Ya ante él, el Consejero le miró como solía, con las gafas puestas sobre la punta de la nariz, y le dijo tan sólo estas palabras: "Al llegar al Colegio, después del examen, pase usted por midespacho."

El joven, impresionado por la actitud del Consejero, entró en el aula atolondrado, y se acercó al tribunal.

El catedrático, don Teodoro Marcos, le formuló la pregunta antes de que hubiese tenido tiempo de tomar asiento:

—Dígame usted, ¿cómo se llama el Hijo de Dios hecho Hombre?

Y el pobre examinado, en cuyos oídos resonaban todavía las palabras del Consejero, contestó nervioso:

—Manuel Tardáguila Marcos, para servir a Dios y a usted.

Una carcajada general acogió la respuesta del examinado, el cual, después se explicaba: "En aquel momento yo tan sólo pensaba en don Enrique y en la orden que me había dado" (13).

Hemos dicho cómo el despacho del Consejero era temido. "Cuando llamaba a uno al despacho, era como llamarle al patíbulo. Se temía a don Enrique, sobre todo cuando hacía el gesto de llamada con el dedo. El aludido se echaba a temblar" (14).

Había en el Colegio, cuenta don José Quintero, un muchacho muy gordo y bastante estafalario. En invierno andaba en mangas de camisa y en verano se cargaba de ropa.

Al llegar los días de exámenes, se le ocurrió nada menos que pedir a un compañero le hiciera la coronilla. Este se la hizo muy bien. Los demás alumnos ignoraban la ocurrencia.

Llegó el momento de su examen de matemáticas. Estando ya sentado ante el tribunal, repararon sus compañeros en la lucida coronilla recién hecha, que adornaba su redonda cabeza. Comenzaron las sonrisas, las comunicaciones, bisbiseos y risas veladas... Por fin estalló una sonora y común carcajada.

Un muchacho llevó el parte al Consejero, el cual paseaba fuera, en el claustro. No dando crédito a lo que oía, entró en el aula para cerciorarse. Desde la misma puerta asistió al examen del improvisado "clérigo". Terminado aquél, el chico, al bajar del estrado, se percató de la presencia de don Enrique, que, serio, desde la puerta, le contemplaba y esperaba. Instintivamente se llevó la mano a la coronilla y se quedó como clavado en el sitio. Todos los demás hicieron silencio completo. Don Enrique, con el gesto característico de su dedo, le mandó acercarse, mientras el tribunal nombraba al siguiente.

El muchacho se acercó, arrastrando los pies. El Consejero seguía mirando de hito en hito, midiéndole con la mirada de arriba abajo y

(13) Quintero José, Ms. 583, fol. 1.

(14) Sánchez Fuentes Higinio, Ms. 663, fol. 1.

de abajo arriba. Allí mismo le largó un bofetón, ante la extrañeza de catedráticos y alumnos. Le mandó marchar directamente al Colegio, advirtiéndole: "Procura que durante el camino te vuelva a crecer el pelo." El muchacho no fue de vacaciones hasta que le desapareció la coronilla" (15).

Un testimonio, tan sincero como interesante (el nombre del autor lo omitimos por discreción), nos da a conocer, a la par que la severidad del Consejero, la audacia de aquellos alumnos.

"Don Enrique me pegó mucho. Por eso, cuando me enteré de que le iban a hacer santo, me dije: "Estoy por escribir al Papa para que no le eleven al honor de los altares." Pero conste que, aún así, no guardo mal recuerdo de él. Tan sólo que me pegó. Por ello soy lo que soy; por él y por mi padre, pues, como mis estudios iban tan mal y las notas eran tan bajas, al regresar del Colegio, en casa seguía la segunda edición de tortas, aumentada y corregida.

Don Enrique me llamaba semanalmente a su despacho porque semanalmente sacaba nueve de aplicación. Allí me hacía reflexiones educativas... acompañadas de tortas, claro está. Nunca se me concedía ver cine los domingos y fiestas; me privaban de salir de paseo los jueves y domingos con mis compañeros, me conocía todas las columnas del Colegio.

En cierta ocasión se fueron todos a pasar un día de excursión. Quedé yo solo castigado. Entonces hice una de las gordas: Sabiendo que, a su regreso, iban a tener función de cine, estropecé la película, cortándola en trocitos.

En otra ocasión pedí permiso al Director, don Germán Lampe, para no ir al Colegio con motivo de una fiesta familiar. Me lo negó. Yo, entonces, salté por la ventana y me escapé. Era viernes de Cuaresma. Cuando acabó la fiesta, volví al Colegio, me presenté al director y le dije: "Me he escapado y he comido chorizo."

Ahora, hombre maduro, ningún mal recuerdo tengo de don Enrique y sí una viva gratitud al Colegio" (16).

Quedaría desfigurada la verdad histórica si, al lado de los hechos que acabamos de relatar, no fuéramos acumulando otros, ciertamente de índole muy diversa; pues si los primeros manifiestan la parte defectuosa en la personalidad del biografiado, revelan, en cambio, los segundos su pujante espíritu de entrega a la labor pedagógica y sacerdotal.

A pesar de sus desviaciones del Sistema Preventivo, es cosa certísima que don Enrique amó sólidamente a los jóvenes; se entregó, con todas las energías de su alma, a la formación intelectual y moral de los mismos, y sus éxitos pedagógicos y sacerdotales le hicieron acreedor a un singular prestigio, acompañado de admiración y estima por parte

(15) Quintero José, Ms. 583, fol. 2.

(16) Ms. 515, fol. 1-2.

de cuantos le trataron y sintieron, incluso, en alguna ocasión, los efectos de su rígida disciplina. Y es que unos ya entonces, y los otros con el correr de los años y la madurez que da la vida, comprendieron, hasta la evidencia, que el rigor y la severidad de su Consejero iban únicamente encauzados por el amor hacia el bien espiritual y la felicidad temporal de sus alumnos.

Por esta razón, los mismos que relatan los episodios antes copiados, y otros muchos condiscípulos suyos que a ellos unen su voz, reconocen otra faceta de auténtica nobleza humana, cristiana y sacerdotal en el carácter y actuación de don Enrique.

"Para mí, —asegura un inteligente alumno suyo—, don Enrique, a quien conocí en la intimidad más que otros muchos, fue un sacerdote extraordinario, un privilegiado, un santo. Puedo asegurar que es el salesiano que más me impresionó, no obstante haber tenido por aquellos mismos años, como catequista, a otro santo varón, don Manuel Bars, luego Mons. Bars y haber conocido como director a don Germán Lampe. Don Enrique fue una gran personalidad, hombre que sabía lo que traía entre manos." (17).

¿Serán exageradas estas afirmaciones?

Dejemos hablar a los alumnos de las cualidades naturales del Siervo de Dios, y luego de su labor docente, pedagógica y sacerdotal.

Unos rasgos o pinceladas bastarán para retratar su perfil humano.

Los testimonios se suceden en abundancia y en plan de sobria sinceridad.

"Era un hombre serio, pero a la vez amable y afectuoso." (18). Duro, pero sereno; tenía cierto aspecto de amargura, tal vez por lo fuerte, mas no dejaba de ser amable, por ejemplo en los recreos." (19). Disciplinado, serio, pero bondadoso, humano". (20).

Me pareció un hombre muy serio, muy entero, tenía una personalidad indiscutible" (21).

Era verdaderamente riguroso, pero dentro de su rigor, con un sentido ejemplar de la justicia. Jamás se dejó llevar de arrebatos, como los que presenciamos en algún otro superior, y un gesto de lealtad le desarmaba". (22).

"Exigía puntualidad y trabajo, pero se hacía amar de los alumnos por el gran ejemplo de trabajo que él mismo daba, por su imparcialidad y por el interés con que seguía a cada uno" (23).

Los chicos a veces burlaban la asistencia y se escondían para fumar; don Enrique lo sabía, pero lo que más le disgustaba era la falta de since-

(17) Gil Ernesto, Ms. 567, fol. 1.

(18) Moya Manuel, Ms. 614.

(19) Ms. 515, fol. 1.

(20) García Jeremías, Ms. 562.

(21) Ledesma Ramón, Ms. 587.

(22) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 1. vº.

(23) Bars Manuel, Ms. 524.

ridad. En alguna ocasión me dijo: "Si quieres fumar, fuma aquí, delante de mí", para indicarme la franqueza con que siempre debemos obrar (24).

"Fue serio y exigente, cosa que creo lleva consigo el cargo de Consejero, diametralmente opuesto al de Catequista, pero tuvo un espíritu de trabajo estupendo y fue cumplidor de su deber, como el que más, aunque desde luego todos los Salesianos del colegio eran trabajadores incansables" (25).

"Su carácter era fuerte, irascible, concentrado; nunca levantaba la voz; los enfados se los cocía por dentro" (26).

"No era un Consejero satírico y con sorna, que se riera de los chicos; era severo y exigente, pues en aquellos años los alumnos del Colegio eran muy indisciplinados" (27).

"Estudiaba mucho a los jóvenes y los vigilaba, sobre todo en orden a la moralidad; obraba con rigidez, pues tenía que llevar la disciplina en un ambiente menos selecto que el actual" (28).

Los factores que más influyeron en el prestigio de don Enrique fueron su gran cultura y el desempeño magnífico de su labor docente.

Leyó y estudió mucho. "Durante sus años de Consejero en Salamanca —dice don León Cartosio— cargadísimo de clases, hizo la carrera de Filosofía y Letras en Madrid; y como Salamanca no le prestaba paz y sosiego para el estudio, se iba en los veranos a la casa de Carabanchel, para allí prepararse a los exámenes" (29).

Afigenadísimo a la Historia y la Literatura, hubo de contrariar de continuo su vocación explicando otras asignaturas bien diversas, cuya preparación le suponía muchas noches de vela sobre los libros.

Encontraba, eso sí, verdadero placer en la explicación de la Religión: "Aún recuerdo sus clases —cuenta don Ernesto Gil— pues eran insuperables; enforvorizaban en sumo grado. Explicaba temas y descubría facetas que nosotros ignorábamos o en las que no habíamos jamás reparado, y nos formaba en una rectitud moral seria y amable" (30).

Reseñemos las asignaturas que explicó y las opiniones de los alumnos sobre la eficiencia de su labor pedagógica en las mismas.

Geografía universal. La explicó en el curso 1920-21. "Para emulación de los alumnos fabricó un castillo y un león de cartón, de tamaño regular, dándoles los colores apropiados. Dividió la clase en dos grupos, según la aptitud para el estudio, castellanos y leoneses respectivamente.

El día que vencían los castellanos, el castillo estaba en pie y el león abatido sobre el listón superior del encerado, y viceversa si ocurría lo

(24) Moya Manuel, Ms. 614.

(25) Prada Angel, Ms. 628, fol. 1. vº.

(26) Conde Luis, Ms. 540, fol. 2.

(27) Riesco José, Ms. 634, fol. 1.; Paniagua Vicente, Ms. 624.

(28) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 1.

(29) Cartosio León, Ms. 535, fol. 6.

(30) Gil Ernesto, Ms. 567, fol. 2.

contrario. Supo hacer tan iguales los bandos que casi diariamente se alternaban en la victoria.

Como nuestra clase estaba situada al final de la galería, junto a la escalera de bajada a la capilla, y todos los alumnos sabían lo que ocurría, resultaba curioso ver cómo todas las miradas, al pasar, se dirigían hacia nuestra clase para ver si la victoria era de los castellanos o de los leoneses" (31).

Dice don Felipe Díez: "Vio la necesidad de tener un profesor de dibujo, salesiano; y él, hombre de férrea voluntad, sacrificó horas de sueño hasta llegar a dominar el dibujo geométrico, así como el artístico, en el que, de haberlo cultivado desde niño, hubiera llegado a ser una notabilidad, pues don Enrique estaba dotado de imaginación ardiente. En una dependencia del Colegio pude admirar el cuadro de un busto, trazado por él con una delicadeza de perfiles que reflejaban en el rostro divino una expresión de dolor y de martirio inenarrables" (32).

Consideramos exagerada esta ponderación de las cualidades artísticas del Siervo de Dios. Más exacto nos parece sobre este punto el juicio del Dr. Díaz de la Mora: "En cuanto al dibujo debemos confesar que sólo con su buena voluntad y esfuerzo lograba hacer copias más a menos exactas de los modelos en láminas. Le ayudé muchas veces a pintar troncos de árbol y a hacer el follaje a puro brochazo sobre el papel, que luego armábamos con maderas, o a pintar murallas de castillos y cosas semejantes, para nuestras funciones teatrales" (33).

"Su afán por la Historia de España, de la que extraía siempre el grano que alimentase el espíritu, era obsesivo. Cuando daba las "Buenas Noches" (34) ya nos anticipábamos, con travesura infantil, a pronunciar las que creíamos serían sus primeras palabras: "Dice la Historia", y casi siempre acertábamos" (35).

A los cursos superiores explicó las Ciencias Naturales. Para lograr una preparación más adecuada frecuentaba los museos, parques, etc... pues, en sus años de formación, por diversas circunstancias, no habían tenido estos estudios la altura que requerían su importancia y utilidad.

"El mismo, —dice don León Cartosio— me contaba las humillaciones que tuvo que sufrir por aquella su escasa preparación. Se veía obligado a presentar a sus alumnos ante catedráticos de mucha valía, a los que no resultaba difícil calar la competencia del profesor a través de las contestaciones de los alumnos" (36).

Sin embargo, con sacrificio y trabajo ininterrumpidos, lograba verdaderos éxitos. No se les pasa inadvertida a los jóvenes la mayor o menor cultura de sus profesores, sobre los cuales, cosa lógica, se posan

(31) Puerto Eufemio, Ms. 631.

(32) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 5.

(33) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 1 v9.

(34) Breve y piadosa exhortación que el Superior o, en su ausencia, otro sacerdote de la Comunidad dirige a los jóvenes y salesianos antes del descanso nocturno.

(35) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 2.; Mateo Basilio, Ms. 600.

(36) Cartosio León, Ms. 535, fol. 6.

de continuo sus miradas, en afán, muchas veces, de severa crítica. Pues bien, “como profesor, —anota Don Bienvenido Sánchez— era magnífico. Creo que de dieciséis que terminamos el Bachillerato hubo catorce o quince sobresalientes en sus asignaturas” (37). “Nos daba Historia Natural y era la asignatura que más nos gustaba” (38).

“La Historia Natural era la asignatura habitualmente explicada por don Enrique. Las ideas que nos hacía aprender eran siempre de gran claridad; y también aquí los dibujos, más o menos esquemáticos, se convertían en el mejor auxiliar para su labor docente. Durante muchos años conservé —lástima que se hayan extraviado al correr de los años— sus esquemas sobre la constitución del tallo y de la raíz de las plantas; otros acerca de las teorías volcánicas, de los glaciares, etc...” (39).

“En Fisiología e Historia Natural, —escribe el Dr. Díaz de la Mora—, teníamos al profesor excelente que, como en todo aquello a que se entregaba, ponía un entusiasmo contagioso, que obligaba al estudio. Porque no sólo sus explicaciones eran claras, repetidas, machaconas, dispuesto siempre fuera de las clases, en los recreos, en los paseos a resolver y aclarar cuestiones a quien se acercaba en demanda de ello, sino que daba a sus clases el necesario complemento práctico de que se podía disponer: los dibujos en color en el tablero, la confección de esquemas, la enseñanza de minerales mediante la observación de ejemplares, la recogida de muestras de éstos y, sobre todo, de plantas y flores en el paseo por el campo, que luego serían clasificadas en clase (si no lo habíamos ido haciendo al regreso) con arreglo a las fórmulas florales. El resultado fue que, cuando en preparatorio de Medicina estudiábamos la Historia Natural por el mismo clásico texto de Orestes Cendrero, puede decirse que no aprendimos nada nuevo, y apenas tuvimos que hacer esfuerzo para sacar incluso las mejores calificaciones con don Emiliano Rodríguez Risueño” (40).

No fue menos valiosa su labor de suplencia en la explicación de otras asignaturas: “Tuvo que hacerse cargo, —escribe otro—, de las clases de Álgebra y Trigonometría, ya bien entrado el curso, en vista de que nuestro aprovechamiento era muy escaso.

Abusábamos de la bondad del profesor anterior, débil de carácter, que no conseguía imponerse a los alumnos ni hacerles estudiar.

Llegó don Enrique y rápidamente cambió la tónica de la clase. La disciplina se restableció desde el primer día. No fueron necesarios los castigos; la sola presencia del Consejero, su seriedad, bastó para imponer el perdido respeto. El aprovechamiento fue cuestión de tiempo y de un trabajo verdaderamente intensivo. Hubo de comenzar por el principio, y, a marchas forzadas, hacernos aprender la asignatura a base de expli-

(37) Sánchez Bienvenido, Ms. 662.

(38) Rodríguez Arturo, Ms. 638.; Gil Emilio, Ms. 566.

(39) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 1. vº.

(40) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 1.

car claro, preguntar mucho, repasar casi semanalmente lo que habíamos visto y no cejar un solo día en la labor.

Nos dábamos cuenta los alumnos del trabajo que ello representaba para don Enrique, y, de grado o por fuerza, respondimos a su gigantesco sacrificio. El resultado de los exámenes fue plenamente satisfactorio.

Más adelante recuerdo haber oído comentar al Siervo de Dios los malos ratos que pasó y las horas que tuvo que robar al sueño para sacar a flote aquella asignatura" (41).

"En la explicación de asignaturas tan delicadas como la Fisiología e Higiene eran de admirar la pulcritud y prudencia exquisitas, debidas a su esmerada preparación anterior" (42). "Exponía las ideas con precisión, orden y claridad" (43).

"Era muy sistemático y ordenado" (44).

"Éramos muchachos de 16 ó 17 años. Al llegar la lección peligrosa, esperábamos con ansiedad y cierto nerviosismo su explicación. Don Enrique la daba maravillosamente" (45).

"Recuerdo con toda precisión, —añade otro discípulo suyo—, los magníficos dibujos de sus explicaciones. Me parece estar viendo aún la "célula" dibujada por él en la pizarra con tizas de colores y el esquema, también a todo color, de la estructura renal.

En mis estudios posteriores de Medicina, no recuerdo haber tenido nunca una idea tan clara como obtuve entonces del "glomérulo" y del "tubuli contorti", gracias a los dibujos de don Enrique.

La Agricultura fue otro hueso que le tocó a don Enrique ayudarnos a roer. Siempre había sido una asignatura un poco así "como de trámite", a pesar de que el catedrático del Instituto que nos examinaba —nos presentaba el Colegio siempre como libres— daba notas bien bajas.

Aquel año dicho catedrático tuvo la ocurrencia de editar un librito de Agricultura, famoso por su falta de dotes pedagógicas. Desde las primeras lecciones, lo principal de su contenido era a base de química biológica. Todo el librito, por fortuna no muy voluminoso, estaba plagado de fórmulas y más fórmulas y de reacciones de Química orgánica, que a los alumnos nos parecían como escritas en Chino.

Hay que tener en cuenta que en ese mismo curso iniciábamos los estudios de Química (profesor de esta asignatura era don Jesús de Corcuera y el libro de texto, muy bueno por cierto, del P. Vitoria) y, naturalmente, cuando empezábamos a estudiar los "halógenos", mal podíamos entender la para nosotros enrevesada química del "carbano".

Tuvo que ser don Enrique quien cargara sobre sus hombros el

(41) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 1.

(42) Cabezas José, Ms. 530, fol. 1.

(43) Ledesma Ramón, Ms. 587.

(44) García Jeremías, Ms. 562.

(45) Cabezas José, Ms. 530, fol. 1. v2.

difícil cometido. Me consta que tenía que aprenderse materialmente la lección que le tocaba explicar al día siguiente. Con su fuerza de voluntad y con un trabajo desmesurado consiguió meternos el dichoso librito. El resultado de los exámenes fue un verdadero éxito, pero abruma pensar lo que significaría para don Enrique —que probablemente no poseía conocimiento muy profundo de Química biológica— tener que entender primero, aprenderse después, y hacernos entender y aprender, dentro de lo posible, tan áridas materias. ¡Qué paciencia hubo de derrochar y cuánto tuvo que “machacar” las lecciones de la asignatura para salir adelante en tan difícil cometido. También esto se lo oí comentar, después, personalmente” (46).

Al margen de dichos estudios cultivaba sus aficiones literarias. Ocasión tendremos de hablar de sus composiciones teatrales. Ha llegado a nuestro poder una bella redacción. Se trata de un cuento en el que brillan una pulcritud y una delicadeza de conceptos que encantan.

Lo escribió para un alumno en apuros: “El profesor de Literatura nos había dado, como trabajo de clase, una composición con título libre. Me hallaba verdaderamente apurado. Enterado don Enrique me dijo: “No te preocupes, yo te la hago”. La redactó, y tanto agradó, que se publicó en la revista del Colegio” (47).

“Como poeta, escribe don Felipe Díez, me envió una bella poesía que compuso con ocasión de la Primera Misa de un salesiano. No la conservo, pues en el incendio de nuestro Colegio de la calle de Rocafort, de Barcelona, el 19 de julio de 1936, por las hordas rojas, fue abrasado con mis cuadernos y apuntes. Describía en sonoro metro lírico la figura del sacerdote “alter Christus” con símiles tiernos y delicados, tal como lo exigía el bello y poético título por él escogido *Deus charitas est* (48).

El estudio de don Enrique profesor nos lleva, como de la mano, a otro punto de no escasa importancia.

El joven, entregado a la dura disciplina diaria, necesita horas de esparcimiento y solaz. Sin ellas no se daría el desarrollo armónico de su personalidad, fruto del “mens sana in corpore sano” y sí, en cambio, un lamentable desequilibrio síquico con probables repercusiones serias en las épocas sucesivas de la vida.

Los Reglamentos salesianos asignan al Consejero el deber de preocuparse por las diversiones de los alumnos, las cuales les han de procurar descanso y bienestar, evitando los peligros físicos y morales.

En el sistema educativo salesiano juegan un papel muy importante las veladas, el teatro, las excursiones, los paseos semanales y los deportes. De tales recursos pedagógicos se sirve el educador para llegar a un contacto más íntimo con el alumno, haciéndose “niño con los

(46) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 1. vº.

(47) Cabezas José, Ms. 530, fol. 1.

(48) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 6.

niños", sin menoscabo de su prestigio y con las máximas garantías de éxito en la conquista del corazón del joven en orden a su formación cristiana y apostólica.

Don Enrique fomentaba la alegría entre sus colegiales con todos los medios a su alcance. "Son tantos los hechos que demuestran su caridad e interés por los niños y los jóvenes, —dice don Ernesto Gil—, que puede decirse que se entregó totalmente a ellos. Todo le parecía poco para estimular sus progresos en la conducta y en la aplicación. Obsequiaba con golosinas y con una gran variedad de juegos en los días de vacación, a los que figuraban en el Cuadro de Honor; organizaba campeonatos de fútbol con trofeos; formaba el cuadro artístico. Por él se hubieran ampliado los patios y el teatro, pero topaba con dificultades. El ambiente en que trabajaba no era quizá el más a propósito para el optimismo, pues es posible tuviera que luchar con quien no pensaba como él y quería dar más modernidad al Colegio, más elegancia, más verbenas, menos patio y menos juego. Don Enrique seguía en todo los pasos de Don Bosco, como hijo suyo que era" (49).

Le gustaba participar en los deportes: "Jugaba mucho a la pelota. Si perdía, se mantenía siempre sereno. Nunca se enfadaba (50). Cifrabá en el teatro las mejores ilusiones por considerarlo excelente medio de formación para los jóvenes. "Era incansable en la preparación de las funciones, algunas de las cuales compuso él mismo como "El Cabo Noval", que despedía un patriotismo contagioso (51). Lo vi representar varias veces —comenta don Angel Prada— y le acompañaba tal éxito, que siempre nos parecía presenciar el estreno.

Puede leerse en la Crónica de la casa el relato de una velada que tuvo lugar el día de la Inmaculada del año 1921, dedicada en la primera parte a España y a su valiente ejército, y la segunda al salmantino poeta Gabriel y Galán (52).

En el acto destacó la representación de la ya citada obra teatral de don Enrique.

Hablan también las Crónicas de una velada parecida, celebrada en obsequio de los familiares de los alumnos y amigos de la Obra Salesiana, el día 19 del mismo mes. "El Adelanto", diario de Salamanca, en su número del 20 de diciembre de 1921, se hace eco de la función ponderando las cualidades literarias del joven salesiano (53).

No carece de interés comparar los gustos artísticos de hace cuarenta años con los nuestros. No es ese nuestro intento, pero sabemos que a los alumnos de entonces, hombres maduros hoy, les resultan sabrosos

(49) Gil Ernesto, Ms. 567, fol. 2.

(50) García Andrés, Ms. 560, fol. 1. vº.; Rodríguez Ventura, Ms. 646. fol. 2. vº.

(51) Prada Angel, Ms. 628, fol. 1. vº.

(52) Crónica, Arch. I. M. A.

(53) Ibid.

estos relatos, pues no pocas veces tienen la virtud de despertar en ellos ideas fundamentales dormidas y hasta de calentar corazones yertos.

El siguiente testimonio se lo debemos al Dr. Gómez Fraile, y viene a aportar nuevos detalles sobre esta actividad artística del Siervo de Dios durante el período de su cargo de Consejero.

"Recuerdo haber participado, bajo su dirección, en la representación de diversas obras, casi todas de carácter dramático y preferentemente patriótico: el inolvidable "Puñal del Godo", "El Cabo Noval", "Guzmán el Bueno", una adaptación de "Fortunato", no recuerdo si de Arniches; otra que podríamos llamar de "gran espectáculo": "Al toque del Ave María", con profusión de truenos y relámpagos, lluvia y, como final, la caída de un rayo en escena sobre la cabeza del ladrón sacrilego, que se arrepiente a tiempo, gracias a la costumbre del rezo del *Ave María*, que hace huir a Luzbel entre llamaradas al infierno.

Cuidaba don Enrique mucho estos detalles, y su preparación nos llevaba no poco tiempo. Digo nos llevaba, porque durante los cursos quinto y sexto siempre contó conmigo para la preparación de la tramoya. Era su "secre", como él decía. Esto me hacía acudir con frecuencia a su despacho. Leíamos o me hacía leer la obra en preparación. Muchas veces me encargaba copiar los diversos papeles a máquina. Cuando en escena tenía que haber tiros, descargábamos cuidadosamente las balas, dejando en ellas solamente una pequeña carga de pólvora para ser disparada con carabina. El efecto belicoso y detonante se completaba con unas bombas de confección casera en el laboratorio de Química, que se lanzaban contra el frontón de pelota, y cuyas detonaciones, oídas desde el teatro, contribuían al efecto de batalla encarnizada.

Los ensayos eran siempre a base de paciencia, repitiéndose una y otra vez los ademanes y la dicción. Cuando los actores tardaban en aprender los papeles (que había que estudiar fuera de las horas de clase, en recreo o en filas), la amenaza de suspender la obra daba más resultado que cualquiera otra reconvencción (54).

Otra actividad de don Enrique, como Consejero, la constituyeron los deportes, ocupando la primacía, como es natural, el fútbol. Existían, como en todos nuestros colegios, equipos por cursos, que se disputaban una simbólica copa-trofeo.

"Fomentaba mucho los deportes, —dice uno de sus alumnos—. Organizaba frecuentes campeonatos de fútbol, cuyas reseñas aparecían, al día siguiente, mecanografiadas en una vitrina que, como tablón de anuncios o pequeño periódico mural, se colocaba en los pórticos. Recuerdo que, en mis primeros años de bachiller, organizaba también par-

(54) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 2.

tidos con equipos de fuera del Colegio, ya que entonces la que pudiéramos llamar "Selección Salesiana" era bastante potente" (55).

Naturalmente que esta imponente selección ganaba. Entonces el júbilo era general. También don Enrique participaba no poco de la alegría de la victoria: "Cuando nuestro equipo ganaba al de fuera, su entusiasmo era como el nuestro o mayor, pues gozaba como uno de nosotros" (56).

"Por los cursos de 1921 y 1922 había mucha afición a este deporte. En dura lid, los "salesianos" vencieron al "Helmántico", equipo que entonces representaba a Salamanca. Los nuestros volvieron al Colegio en unos "simones", donde fueron recibidos triunfalmente" (57).

Siendo Consejero don Enrique se celebró también una novillada en el Colegio: "Recuerdo asimismo una fiesta taurina, que se dio en el patio del Colegio, convenientemente acotado. Eran los lidiadores los alumnos de sexto. Abundaron los revolcones. Un alumno, Antero, popular en el Colegio por sus dotes de buen actor, salió con la cara llena de erosiones y así tuvo que comparecer por la noche en el escenario, pues representaba un papel de importancia, sin posible sustitución.

Don Enrique actuaba, tras la barrera, haciendo frecuentes quites; y en una escapada del becerro, que consiguió huir del ruedo, fue también el Consejero, quien, merced a una larga pértiga de madera y tras accidentada persecución, logró reducir y encerrar de nuevo al astado. Hubo el susto consiguiente y no se repitieron los festejos taurinos" (58).

Don Enrique sabía también sacar provecho de los paseos. Por su amor a la naturaleza prefería los paseos al campo. "La Flecha" constituía su lugar preferido. En alguna ocasión permitía a sus alumnos trasladarse allí, según los gustos, a caballo, en bicicleta, o andando. Profesor de Historia Natural, aprovechaba estos paseos para explicar a sus alumnos el terreno en sus estratos, la constitución de la flor. Les ejercitaba en el reconocimiento de los minerales, reservando para el gabinete los modelos más interesantes (59).

"Le entusiasmaba la naturaleza y, a través de sus maravillas, siempre nos hacía sentir a Dios, lo mismo en lo grande y majestuoso (tormentas, montañas, ríos...) que en lo recóndito de la vida microscópica (infusorios, bacterias...) Y en "La Flecha", al lado de la fuente famosa, en la ladera misma, nos recitaba la oda de Fray Luis de León: "¡Qué descansada vida!" Cuando terminaba su declamación, como contraste, parodiaba una de las estrofas: "¡Qué descansada vida —la del que hu-

(55) Ibid.

(56) Prada Angel, Ms. 628, fol. 1. vº.

(57) Puerto Eufemio, Ms. 631.

(58) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 2.

(59) Cabezas José, Ms. 530, fol. 2.

yendo del escolar cuidado,— sigue la trillada senda, —por do han marchado—, los muchos vagos que la vida ha dado”, o algo semejante.

También nos acompañó alguna vez, en nuestras visitas turísticas, a la ciudad: San Esteban, la Catedral vieja, donde siempre ensalzaba la grandeza de la Catedral de su Burgos y recordaba al famoso “Papa-moscas” (60).

Para completar el retrato de don Enrique Consejero, nos resta el estudio de su perfil más atrayente.

Rígido en la exigencia del deber, le vimos entregarse de lleno a su labor docente y, alternando con ella, al fomento de la alegría y las sanas expansiones de sus jóvenes. Pero don Enrique de Consejero, fue algo más que todo eso; pues, contrastando con su severidad, brilla en él una nota de afable humanidad, de serena comprensión, y ¿por qué no decirlo?, de profunda espiritualidad. ¿Paradojas? La síntesis del capítulo y la vida entera del Siervo de Dios nos convencerán de lo contrario.

“Le conocí desde el curso 1918 al 1923. Los tres o cuatro primeros años fue Consejero; luego, Catequista. Pero en realidad, por su temperamento y acción, a mi modo de ver, su labor era más de Catequista que de Consejero, aunque para nosotros este último nombre es el que no le sabríamos despegar, acaso por haber ejercido dicho cargo más años.” (61). “Le queríamos porque él, si nos portábamos bien, era verdadero padre. Cuando saltábamos los reglamentos, castigaba justamente, por lo cual le temblábamos. En la iglesia era un padre, en el patio un compañero más y en el teatro, un perfecto organizador de tantas obras como representábamos entonces” (62).

“En cierta ocasión, —narra don Ventura Rodríguez,— me entretenía con otros compañeros jugando a las bolas. La suerte me favorecía. Uno de los niños se puso a llorar porque perdía. Me dio pena y, al final del recreo, le regalé las canicas que había perdido. Don Enrique observaba la escena desde la iglesia. No tardó en llamarme: —Ventura—me dijo— has obrado muy bien. ¡Ojalá sigas practicando el bien toda tu vida!

En otra ocasión me ocurrió un caso bien distinto. Se destacaba de los demás muchachos del Colegio uno de sentimientos y educación inferiores, muy atrasado en los estudios, (ni llegó a terminar el bachillerato) que superaba a sus compañeros en la fuerza física, y de ella abusaba para imponerse a los demás con sus malos tratos. Era considerado como el “matón” del Colegio. Jugaba en los partidos de fútbol, pero nadie osaba acercarse a él por miedo a perder su integridad física. Si se le metía en su poca equilibrada mollera que un muchacho le tenía que regalar el postre, su deseo venía a ser pronta

(60) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 2.

(61) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 1.

(62) Sánchez Bienvenido, Ms. 662.

realidad por temor a males mayores, en caso de oposición de la víctima. Incluso, en ocasiones, llegó a amenazar a alguno con su navaja. Los superiores estaban decididos a alejarlo del Colegio, y creo que lo llevaron a efecto.

Un día, jugando como de costumbre al balón, tuve la osadía de acercarme a él, que actuaba de portero. Opuse mi fuerza a la suya y, sin reparos, me lancé de cabeza contra él, con el fin de derribarlo a tierra. Estaba ya harto de sus bravuconerías. El reaccionó fuertemente contra la violencia de que había sido víctima por primera vez, se levantó con rapidez y se lanzó en mi persecución.

Nos llamó a ambos don Enrique y nos castigó. Después quiso enterarse mejor de lo sucedido y me llamó nuevamente.

—¿Por qué has obrado así?

—Porque es un bruto, y no puedo soportar que un animal como él esté fastidiando a todo el Colegio.

—¿Lo volverás a hacer?

—Sí, señor; siempre que pueda...

Don Enrique calló. No creyó oportuno exacerbarme más. Comprendió que si yo no obraba bien, procediendo de aquella manera, tenía a mi favor causas excusantes; por lo pronto un odio mortal a la violencia y fanfarronería de aquel compañero. Don Enrique me comprendió. Bien sabía yo que él detestaba toda suerte de imposición por la fuerza, que siempre trataba de llegar al alma de los demás y llevarles al orden y rectitud por el camino de la razón (63).

Otro narra así su conversión de malo en óptimo estudiante: "Yo era el peor de los alumnos del Colegio en conducta y aplicación. Todos los finales de mes me encontraba con tres o cuatro suspensos. Además, durante un trimestre entero, me estuve escapando del Colegio a las 6,30, siendo así que todos los demás salían a las 8,30. Viví junto a don Enrique cinco cursos; y un curso tras otro, suspensos y más suspensos. Alguna vez me mandó llamar a mi padre y presentarme con él.

En una ocasión me dijo: "¿Por qué eres así?"

Y continuó haciéndome unas consideraciones que penetraron profundamente en mi alma. Me llegó a convencer. Del suspenso pasé al sobresaliente; de último, a primero. Don Enrique sabía persuadir. Su palabra cautivaba. Yo luché, y, a pesar de que es difícil para un muchacho, habituado a la negligencia y al mal comportamiento, romper el ambiente que, en torno a su propia persona, se ha creado ante profesores y alumnos, me rehabilité totalmente, pasando a la categoría de los mejores muchachos" (64).

El Consejero es educador, pero siempre y en todo sacerdote, y sa-

(63) Rodríguez Ventura, Ms. 646, fol. 1. 2.

(64) Gil Francisco, Ms. 568.

cerdotalmente ha de enfocar su labor, si quiere responder a los dictados de su vocación.

“Un aspecto muy suyo, que a veces temíamos y al mismo tiempo nos agradaba, era el ser llamado a su despacho. Nunca faltaban travesuras que fundamentaran la llamada. Más de una vez me tocó a mí. Y allí, a solas, sentado él a su mesa, sobre la que tenía un crucifijo, comenzaba por poner de relieve la falta cometida con un tono de severa gravedad, hasta conseguir, diríamos, un total asentimiento, tras de lo cual entraba en el camino de las consideraciones y consejos hasta arrancar la promesa de no reincidir.

De hecho se pasaba un mal rato, pero al mismo tiempo se quedaba uno tranquilo y confortado como al que le han arrancado una espina. Y luego, en recreo o en clase, nadie sentía el menor recelo ante su presencia. Tal era la naturalidad de su proceder ante todos, como si poco rato antes no hubiera ocurrido aquella reprensión privada, con las características tan peculiares suyas, que jamás ví en ningún otro superior; es decir, que llevaba su deber hasta la singularidad personal, cuando se trataba de enderezar a alguno por el buen camino” (65).

En la edad crítica, cuando las pasiones empiezan a agitar más fuertemente el alma del joven, necesita éste de orientación y consejo adecuados, que le sostenga y encaucen su existencia por los derroteros de una moral valiente, llena de luz, conquistadora.

El Siervo de Dios se daba cuenta de los peligros del joven dentro y fuera del Colegio, conocía el ambiente en que se desenvolvía la vida de sus alumnos; por eso, no descuidaba el proporcionarles los medios adecuados para su formación, sin excederse en su papel de Consejero sacerdote, ya que la dirección espiritual está reservada en nuestros colegios al Director de la casa y a los confesores (66).

Solía, por ejemplo, aconsejar algún libro de orientación en la práctica de la virtud a aquellos que necesitaban esa ayuda (67).

Los alumnos recuerdan sus “Buenas Noches”, en las que “procuraba alternar las normas de vida cristiana y consejos morales con otros de orden físico e higiénico” (68).

Sus palabras hacían mella en el alma de los jóvenes: “Algunas veces, cuando estaba descontento de nosotros, iba serio a dar las “Buenas Noches”, y era muy breve. Esto nos hacía pensar” (69).

“Para mí don Enrique, —relata Juan Gregorio Gómez Fraile,— fue algo más que Catequista, Consejero o Profesor. Fue mi verdadero orientador. Me hizo leer en los ratos de asueto “Hace falta un muchacho” de A. Cuyás. Más adelante, allá por los años de mi adolescen-

(65) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 2.

(66) Hoy día el Superior puede delegar esta misión en otros sacerdotes de la comunidad.

(67) Rodríguez Ventura, Ms. 646, fol. 1.

(68) Puerto Eufemio, Ms. 631.

(69) García Jeremías, Ms. 562.

cia, me dejó: "Lo que debe saber el niño", con la advertencia de que no lo leyera en el Colegio, sino a solas, en mi cuarto, en casa" (70).

Para animar a sus alumnos a una conducta noble y con alteza de miras, no descuidaba inculcar en ellos las virtudes naturales, como base y fundamento de las sobrenaturales. Le gustaba narrar hechos heroicos y hablar de los hombres más insígnies.

Ya vimos que en las representaciones teatrales prefería los temas patrióticos y aquellos otros que exaltaban los valores humanos y los sentimientos religiosos: "Nos hablaba del Cid; nos inculcaba la valentía, pero aborrecía la fuerza bruta. Con frecuencia evocaba la "Semana Trágica" de Barcelona. Gozaba contándonos estos sucesos históricos y religiosos, de modo que más de una vez he pensado si él, ya en aquel entonces, soñaba con ser mártir" (71).

"Aparte su manera de ser, que se veía siempre inclinada hacia algún alumno de más baja condición económica, sin perjuicio de la necesaria imparcialidad; aparte de la rectitud incompatible con nada que sonase a adulación, había una cosa a la que le llegaba un indudable sentido de responsabilidad social: inculcar en sus alumnos la caridad.

Todos los años hacíamos con él una visita al Hospicio Provincial, cuyo capellán era don Emilio Martín, confesor del Colegio. Veíamos todas las miserias y lacerías allí recogidas, que don Enrique nos ponía de relieve con sus palabras. Y aquella visita se completaba en fecha próxima con una función de teatro que los alumnos dábamos, armando el escenario en el rellano de la escalera de subida.

Nota al margen de la visita era aquel olfato y vista de don Enrique se atrofiaban y cegaban de tal manera durante la visita o la función de teatro, que ni veía cómo don Emilio nos daba un pitillo en su despacho al llegar, ni sorprendía a nadie fumando aquel pitillo que duraba las dos o tres horas de la visita; ni olía el aroma ni veía el humo. En aquel entonces, la verdad es que nosotros nos creíamos tan listos que éramos capaces de engañarle: una veintena de alumnos fumando detrás de él y él sin notarlo" (72).

Estos sentimientos de la visita al Hospicio los completa así otro alumno: "Todos los años organizaba una visita al Hospicio Provincial con los mayores. Era un penoso espectáculo que a mí personalmente siempre me impresionó. Llevábamos dulces a las ancianas y niños asilados, y tabaco para los viejecitos, que repartíamos nosotros mismos. Asistíamos al Rosario o hacíamos visita colectiva a la Capilla de aquel lóbrego caserón, y siempre se terminaba con una representación teatral, en la que se procuraba dominase lo cómico, para intentar alegrar un poco el ánimo de aquellos pobrecitos. Los vivos y aplausos entusiasmados de éstos eran el mejor premio, y siempre salíamos de allí se-

(70) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 2. vº.

(71) Rodríguez Ventura, Ms. 646, fol. 1.

(72) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 2. vº

rios y con los ojos brillantes de lágrimas reprimidas. Era algo que nos dejaba huella" (73).

Así formaba don Enrique a sus jóvenes. Es que la corteza exterior del severo Consejero ocultaba el oro de su corazón caritativo: "Como el cargo de Consejero lleva consigo algo así como el "poder ejecutivo"—continúa el mismo alumno cuyo testimonio acabamos de relatar—, don Enrique era el "coco" del Colegio. Y, sin embargo, ¡qué caudal enorme de ternura atesoraba en lo íntimo de su espíritu! Procuraba que no saliese al exterior. Siempre me dio la impresión de hallarse en guardia, vigilándose en sus sentimientos para que no se exteriorizasen, pero recuerdo que alguna vez, al recitarme "El Vaquerillo" o "La pedrada", asomaban lágrimas a sus ojos, que él intentaba reprimir. Lo mismo le ocurría a veces leyendo cosas del Romancero: "La mano tendida del Cid al leproso", o las escenas culminantes de alguna obra de teatro que proyectase representar" (74).

Cerramos el capítulo con el elogio más apetecible que pueda tributarse a un hijo de Don Bosco: Amaba entrañablemente a los pobres. He aquí un precioso y valiente testimonio: "Yo soy hijo de un basurero de doña Gonzala. Debo tanto a don Enrique que con gusto hubiese dado la vida por él. Era religioso ejemplar, sacerdote sacrificado y, sobre todo, amante del pobre. Cuando me enteré de la muerte trágica del Siervo de Dios, no pude menos de exclamar: "Le han dado lo que anhelaba". Con gusto me hubiera colocado delante de él para que la bala que le hirió, penetrando en mi cuerpo, hubiera respetado su vida" (75).

Y, como colofón, las palabras del tantas veces citado don R. Díaz de la Mora: "Indudablemente era un carácter castellano, influido por el ambiente en que nació. Sus aficiones históricas y su vocación religiosa se aunaban para darle un sentido de autenticidad y un no sé qué de misticismo en germen.

Sin duda su temperamento fuerte pudo alguna vez chocar con otros caracteres. Pero lo que quiero decir es que, cuando más tarde supe de su evolución espiritual, creo que después de unos Ejercicios Espirituales en la Trapa, me pareció la línea lógica de don Enrique. Y tuve la satisfacción de ver cómo algún profesor de los que en su época no le tenían simpatía, posteriormente se convirtió en verdadero admirador suyo.

Para mí que el ideal de santidad, al que tanto incitaba con su predicación, consejo y ejemplo, tenía que seguir aquella trayectoria espiritual y, como complemento lógico, había de desembocar para él en martirio, como la suprema aspiración de su intimidad con Dios" (76).

(73) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 2. vº.

(74) Gómez Fraile J. Gregorio, Ms. 570, fol. 1. vº.

(75) Rodríguez Ventura, Ms. 646, fol. 3.

(76) Díaz de la Mora Ramón, Ms. 545, fol. 2. vº.

CAPITULO VI

ANTE TODO LA OBEDIENCIA

CATEQUISTA EN SALAMANCA.

Comenzó el curso 1922-23. Por presiones ejercidas sobre el P. Provincial don José Binelli, dejó don Enrique de ser Consejero, cargo clave de la casa de Salamanca (1).

Lejos de nosotros el juzgar a nadie ni atribuir mala fe a miembro alguno de la comunidad. Desconocemos las causas que dieron lugar al cambio. ¿Fue oportuna la remoción? ¿Hubo quejas sobre su actuación en el cargo, o más bien hacía sombra a alguno?

La historia tiene también sus secretos, que es preciso respetar. Pasaron los días.

Más de uno se había preguntado: ¿Sabrá acomodarse don Enrique a su nuevo cargo? La mirada severa, su poco hablar, su exigencia ya proverbial, ¿podrán compaginarse con el ideal del perfecto Catequista?

“El Catequista —dicen las Constituciones Salesianas— cuidará de las cosas espirituales de la casa, tanto respecto a los socios como respecto a los demás” (2).

Toda su actuación ha de ir presidida por la serenidad y la bondad, que atraigan la confianza de los jóvenes y de los mismos salesianos. Ha de ser la ayuda más poderosa del Director en la labor de la formación de los alumnos, fiel a sus orientaciones y defensor constante de la autoridad paternal del Jefe de familia.

Su labor es tan delicada como importante.

¿Cómo la cumplió don Enrique? Oigamos uno de los numerosos testimonios: “Sinceramente y con toda verdad afirmo que para mí don Enrique era un hombre extraordinario. Qué equilibrio intelectual y moral. Catequista admirable, de sonrisa acogedora.

Nunca le vi excitado en su nuevo cargo. No tuvo nunca una amistad particular ni conmigo ni con nadie y, a pesar de ello, digo que fue

(1) Rodríguez Joaquín, Ms. 641.

(2) Const. S. F. S., art. 117.

el hombre, el salesiano más ejemplar y el más apreciado por mí. Y desde su muerte me he acostumbrado a invocarle, pues estoy seguro que goza de Dios en el cielo" (3).

Creemos sinceramente que este juicio sobre don Enrique Catequista responde a una convicción profunda del que lo emite.

No nos cabe duda tampoco de que el Siervo de Dios reflexionó seriamente sobre las exigencias de su nueva misión y procuró ajustarse a ellas; pero también es cierto que el triunfo sobre el propio carácter, con su consiguiente transformación, no es obra de un día. Triunfos parciales, pequeños, de cada día sobre sí mismo nos darán poco más tarde a un don Enrique bondadoso y paternal. Ello le llevó mucha oración y no menos sacrificios.

Lo que sí nos consta es que siguió cumpliendo su deber a rajatabla y sin contempORIZACIONES: "Todas las noches, a distintas horas, pasaba por los dormitorios. Los chicos le temían porque vigilaba mucho. Estaban en la persuasión de que, cuando menos lo esperaran, lo tenían a la vista" (4).

"De Consejero a Catequista varió algo, dice un alumno suyo; ya no era tan severo, pero vigilaba mucho" (5).

En cierta ocasión encontró a un muchacho muy distraído en la capilla durante el rezo de las oraciones. Jugaba doblando las hojas del librito "Prácticas de piedad". Se le acercó y le dijo: "Don Bosco nos regaló este libro para que le tratáramos bien". Y le dio un ligero cachete. Continúa la propia "víctima": "Seguramente que él intentó que nadie se diera cuenta, pero se oyó el golpe en toda la capilla. No guardo mal recuerdo del hecho, pues don Enrique sé cierto que no quiso pegarme. Lo que sí me consta, es que seguía de cerca la vida espiritual de los jóvenes, y, aún cuando no a todos nos diese clase, como continuamente estaba sobre nosotros, nos conocía individualmente" (6).

Otro de los alumnos recuerda: "En un recreo me dieron un balonazo y de rabia, tiré el pan al suelo. El paseaba por allí con las manos metidas en las mangas, según costumbre. Al terminar el recreo me llamó a su despacho; me hizo unas recomendaciones persuasivas, incluso lloré. Recuerdo todavía una de sus frases: "¡Cuántos no tendrán el pan que tú has tirado!" (7).

No podemos omitir otra de las facetas características del Siervo de Dios: Su predicación asidua, insistente. Como alguno de sus antiguos alumnos manifiesta, "exponía muy bien los temas religiosos" (8).

Entresacamos entre las Crónicas del año 1922-23: "Octubre. El

(3) Ledesma Tomás, Ms. 588.

(4) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 1-2.

(5) Díaz Martín Luis, Ms. 544.

(6) García Lorenzo, Ms. 563.

(7) Díaz Martín Luis, Ms. 544.

(8) Rodríguez José, Ms. 642.

curso está ya en marcha. Falta ponerlo bajo la protección de lo alto; a tal fin se enderezan los ejercicios de este triduo de apertura, y en que nos dirige la palabra, con oportunas y conmovedoras pláticas, nuestro señor Catequista don Enrique Sáiz" (9).

Sus homilias dominicales iban matizadas con ejemplos, que atraían la atención de todos. Su palabra era persuasiva y enfervorizadora.

No desperdiciaba ocasión de dar un buen consejo, una frase de aliento, con motivo de las diversas fiestas religiosas.

En las grandes solemnidades sabía estar a tono de las circunstancias. Una prueba de ello fue el fervorín pronunciado el 24 de mayo de aquel año, con motivo de las primeras comuniones. El periódico local hizo resaltar la fascinadora palabra de don Enrique (10).

También "El Adelanto" de 2 de mayo de 1923, reseñando la fiesta celebrada en honor del Superior de la casa, alude a su intervención en el programa recreativo: "Comenzó el acto el P. Enrique Sáiz, quien, con galanura de frases y alteza de conceptos, expresó el gran significado que encierran tales fiestas, en las que se aprende el respeto al superior y la veneración al Sacerdote".

Las compañías religiosas juveniles de nuestros colegios, todavía en ciernes, por lo que se refiere a su organización y funcionamiento, aquí en España, encontraron siempre en don Enrique un celoso colaborador y propagandista. "Las llevó a maravilla", afirma don Joaquín Rodríguez (11).

Existían en la casa de Salamanca las tradicionales del Santísimo y de San Luis Gonzaga. De entre los miembros de ambas hizo una selección, y formó el Pequeño Clero que tanto realce dió a las ceremonias sagradas.

Un exponente de la vitalidad de estas asociaciones fue el congresillo regional celebrado con ocasión de la fiesta de San Luis Gonzaga, precisamente en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca.

Llegaron congregantes de los Colegios de Béjar y S. Benito. Celebraron sus reuniones sin que faltaran tampoco los actos religiosos, la Misa cantada por el muy Rvdo. Sr. Inspector, ocupando la sagrada cátedra el ilustrísimo don José Artero, canónigo de la Catedral. La parte musical corrió a cargo de los congregantes de S. Benito... Continúa la crónica narrando los diversos acontecimientos del día. Destaca la impecable actuación de los Congregantes de don Enrique, representando el cuadro dramático "Luzbel" y la chispeante comedia "Zaragüeta". Como fin de fiestas no pudo faltar un simulacro de fuegos artificiales (12).

Un día corrieron voces de que, al igual que Don Bosco, sabía curar de modo extraño ciertas dolencias. He aquí un caso: "Algún chico se presentó a él, de noche, quejándose de un fuerte dolor de muelas. Don Enrique le dijo: "Mira, toma esto—y le dio, simplemente, un vaso de

(9) Crónica, Arch. I. M. A.

(10) Gaceta Regional, 24 de mayo de 1923.

(11) Rodríguez Joaquín, Ms. 641.

(12) Crónica, Arch. I. M. A.

agua—. Vete a la cama en seguida y se te pasará el dolor.” A los cinco minutos el muchacho dormía (13).

Poder de sugestión que don Enrique supo utilizar en varias ocasiones, como Don Bosco, pero con la diferencia de que éste jugó, además, divinamente, incluso con los milagros.

Y... pasó el curso. Un año sólo duró el Siervo de Dios en el cargo. La Providencia le exigía cada día más y así, cuando iba consiguiendo vencimientos notables sobre su carácter con las mayores facilidades que el puesto de Catequista le otorgaba, se vio obligado a abandonar cargo y ciudad.

Madrid le abrió sus puertas. Salida triste, angustia y malestar en su espíritu, nostalgia. Había calado muy hondo en él la ciudad de Salamanca. Sus horizontes sin límites, la religiosidad y nobleza de sus habitantes los llevaba prendidos en su mente y en su corazón.

Iba, sin embargo, dispuesto a cumplir, con tal entrega, la voluntad del Señor, manifestada por la nueva obediencia: Consejero en Carabanchel Alto.

Tenemos la impresión de que el traslado obedeció a que su carácter no encajaba del todo en el engranaje de los sentimientos y actuaciones de sus compañeros de trabajo. Lo da a entender la frase del mismo don Enrique, dicha en la intimidad, sin rencor ni resentimientos, al entonces clérigo don Mariano Valle: “Yo he salido; a ver cómo se las arreglan” (14).

El tiempo le dio la razón, pues, a los dos años, la obediencia le enviaba de nuevo a Salamanca, pero esta vez de Director.

CONSEJERO EN CARABANCHEL

Casa de Carabanchel. Allí había sido Enrique, en sus años de clérigo, asistente de los novicios, aunque por poco tiempo.

El cargo de Consejero de bachilleres, que ahora se le confiaba, no ofrecía dificultad para él. Una vez más, nos dicen los testigos, su sola presencia bastaba para imponer el orden entre los muchachos, madrileños en gran parte, inquietos y parlanchines, todo nervio y azogue, que no tenían la seriedad tan característica de los salmantinos, aunque sí un alma bondadosa y profundamente noble, transparentada en rostros alegres y vivos, miradas y ademanes, siempre espontáneos y acogedores.

“Fuerte y enérgico de carácter, impetuoso a veces, de mirada acerada y penetrante, los chicos le temían.

Aunque en Salamanca se le “fue la mano” con frecuencia—dice don

(13) Riesco José, Ms. 634, fol. 3.

(14) Valle Mariano, Ms. 675, fol. 1. vº.; cfr. también relac. de José Saburido, quien confirma que el Siervo de Dios fue desplazado por quienes no pensaban como él. (Ms. 653, fol. 2.)

Jesús Bárcena—, en Carabanchel, nunca. Con palabras persuasivas y convincentes llevó, a las mil maravillas, la disciplina” (15).

Digna es de tenerse en cuenta la relación de don Miguel Moraleda. He aquí sus palabras: “He conocido a don Enrique en sus dos funciones antagónicas de la vida salesiana, cuales son las de Director y Consejero. Como Consejero, todos recordamos su carácter duro; pero, a mi entender, esto es un “lugar común”, en que incidimos todos al juzgarle, pues más que dureza hay que ver en él un carácter seco y serio de castellano viejo, al servicio de un cargo que tiene por fin conservar el orden y la disciplina del colegio. Yo no creo que don Enrique tuviera un carácter “agriado”, que halla su mejor acoplamiento en el cargo de Consejero y luego se convierte en dulce y paternal al ascender a Director. Más bien creo lo contrario: que su fondo de inmensa caridad pudo desarrollarse a placer cuando fue Director, y tuvo que violentarse cuando de Consejero tenía que imponer la disciplina, ya que él era un enamorado del orden interior y exterior” (16).

Era Director de Carabanchel aquel año don Alejandro Battaini, cuya figura hemos expuesto en otra parte.

Su temperamento ofrecía notables contrastes con el de nuestro biografiado.

Si a éste le caracterizaba el sentido del orden y de la rígida exigencia, a don Alejandro le distinguía su amable paternidad, demasiado expuesta a veces a indulgentes concesiones. Sin embargo, ambos, al fin inteligentes y virtuosos, superaron deficiencias y dificultades, trabajando, en edificante unión, por el bien de los jóvenes a ellos confiados.

Don Alejandro depositó su confianza en el Consejero, y éste correspondió a la noble conducta de su Director (17).

Los que tuvieron que convivir con don Enrique, sobre todo los jóvenes religiosos, fueron objeto constante de sus delicadezas. Algunos de estos tenían ciertos prejuicios contra él, por haber oído comentar más de una vez su rigor y serenidad. El contacto con el Siervo de Dios deshizo todo reparo y dio lugar a la mutua confianza” (18).

Continuó aquí, como en Salamanca, organizando grandiosas funciones de teatro, excursiones a la Casa de Campo, Cerro de los Angeles, monasterio de “El Paular”; todos los pintorescos alrededores de Madrid se vieron visitados por la algarabía y bullicio de los chicos de Carabanchel (19).

¡Con qué placer se recuerdan, años más tarde, estos paseos de la juventud! Sanas expansiones que estrechaban los vínculos entre superiores y alumnos. Las pequeñas rencillas entre amigos y los recelos hacia

(15) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 1.

(16) Moraleda Miguel, Ms. 610, fol. 1.

(17) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 1.; Valle Mariano, Ms. 675, fol. 1. vº.; Pazó Luis, Ms. 625

(18) Valle Mariano, Ms. 675, fol. 1.

(19) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 1.

algún superior, un poco más “hueso”, desaparecían en la intimidad de estos momentos.

Don Enrique, en todos sus cargos, siempre recordó que estaba investido de la dignidad sacerdotal. La difícil misión de custodiar el nivel cultural del colegio, y su constante tarea en exigir orden y disciplina no impidieron la obra principal: un más directo apostolado con las almas juveniles.

Corregía en privado y persuadía con su palabra, llena de unción, aún a los más recalcitrantes; orientaba mediante libros adecuados a sus alumnos abriéndoles más dilatados horizontes y descubriéndoles las alturas de la virtud y de la santidad (20).

Los superiores, ponderando las aptitudes del Siervo de Dios y la labor realizada en sus años de sacerdocio, depositaron en él su confianza, entregándole la dirección del importante Colegio de María Auxiliadora de Salamanca.

Tenía entonces treinta y seis años.

(20) Baza! Augusto, Ms. 526.

CAPITULO VII

DIRECTOR DE SALAMANCA

(1925-1928)

CONVERSION

Sin embargo, don Enrique no era aún perfecto. Había en él mucho que podar y no menos que orientar.

Personalidad recia la suya, curtida desde la niñez en las privaciones de la pobreza y en el rigor del sacrificio; enfocada, sin desviaciones, al logro de realidades concretas sin excluir las espirituales, pero excesivamente austera, concentrada y exigente.

Y el Director salesiano no es eso. Las Constituciones y Reglamentos de la Congregación presuponen una figura revestida de paternidad. Es muy significativo, y sirva de ejemplo, el contenido del artículo 164 de los Reglamentos: "La parte odiosa y la corrección disciplinar confíeselas (el Director) a otro."

El Superior es el padre de la Comunidad, de la familia: pueden, en toda ocasión y con entera confianza, acudir a él Hermanos y jóvenes en demanda de consuelo, aliento u orientación.

Don Enrique era hombre de corazón muy sensible a las miserias y a toda suerte de indigencias ajenas—no son necesarios nuevos testimonios que lo demuestren—, pero también es cierto que sus largos años de Consejero, en ambiente difícil, no pasaron sin dejarle huella en el carácter y... en los muchachos miedo, reparo, hasta en muchos aversión a la persona del Consejero intransigente que, un día u otro, sin intermitencias ni concesiones, se empeñaba en llevarles por el carril estrecho del deber.

El Siervo de Dios se propuso moderar su carácter, su índole. Le exigía su nuevo cargo una transformación inmediata y en el mismo ambiente de su antigua labor; exigencia fuerte, rayana en lo heroico.

Por otra parte, la nueva misión le pedía una santidad de pura ley. Así lo pensaba él.

Midió, pues, las dificultades; contó con Dios y con su voluntad y

se lanzó al logro de ambos objetivos en el plazo más corto, sin contemplaciones ni inútiles vacilaciones.

A don Germán Lampe había sucedido como Director don Felipe Alcántara, el 15 de agosto de 1921. No figura en el archivo de la casa el nombramiento del sucesor de éste, don Tomás Bordas, que, por razones de salud, hubo de ausentarse de Salamanca a los pocos días de la toma de posesión para dirigirse a Barcelona. El Colegio quedó "sede vacante" durante casi un año (1).

El nombramiento de don Enrique lleva la firma de don Felipe Rinaldi, Rector Mayor entonces de la Congregación, y la fecha del 1 de agosto de 1925 (2).

El ambiente del Colegio, en materia disciplinar y moral, a la llegada del Siervo de Dios, no era edificante. Por una parte, bastantes jóvenes, mayores ya y carentes de educación, vivían en un tono de sostenida animosidad, e incluso de cierta hostilidad contra los superiores (3); por otra, resintiéndose la disciplina, en cualquier momento, corría peligro de naufragio incluso la moralidad. Por eso don Enrique temía y temblaba (4). Se hizo famosa entre el personal aquella frase suya: "Hay que separar los lobos de los corderos", con la que aludía a los muchachos mayores y pequeños, entre los cuales la más elemental norma de prudencia exige una adecuada división (5).

Constituía una especie de obsesión en él la de mantener, durante el mayor tiempo posible, la inocencia en el alma de sus educandos. Por eso vigilaba mucho, observaba de continuo y llegaba a detalles como el de colocar a los mayores en los primeros bancos lejos del público que, a las mismas horas que aquéllos, frecuentaban el templo (6).

En la misma comunidad no reinaba el espíritu religioso de nuestros días, sobre todo en materia de pobreza, lo cual contrastaba con la manera de pensar del nuevo Director. Bastaba entrar en su despacho para convencerse de su autoridad y su amor a la pobreza religiosa, que, con su ejemplo, quería inculcar, a toda costa, en sus hijos (7).

Era menester, pues, dar la batalla por la ortodoxia de una vida religiosa estrictamente salesiana, lo que requería tenacidad, prudencia y valentía. Creyó indispensable adquirir la santidad y crear en los otros un ambiente propicio a su persona, con el fin de, haciéndose todo para todos, para ganarles a todos para Cristo.

Dejemos hablar a don José Quintero, entonces alumno y luego salesiano.

"Cuando más íntimamente traté a don Enrique fue en su período

(1) Conde Luis, Ms. 540, fol. 4.

(2) Acta de elección, Arch. I. M. A.

(3) Bazal Augusto, Ms. 526.; Rodríguez Inocencio, Ms. 640, fol. 1.

(4) Quintero José, Ms. 583, fol. 3.

(5) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, b.; Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 1. v2.

(6) Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 2.

(7) *Ibid.*; cfr., también, Rodríguez Diéguez Manuel, Ms. 668, fol. 1.; Armelles Ernesto, Ms. 516, fol. 1.

de Director. Durante esos años tuve la oportunidad de hablar particularmente con él de distintos asuntos. Cursaba yo los últimos años de bachillerato y estaba, por razón de mi edad, un poquitín más en disposición de aquilatar su actuación, comparándola con el recuerdo, no grato, que de su período como Consejero había. Y una de las cosas que más me llamó la atención fue la gran transformación que en la recia personalidad de don Enrique se operó; el cambio de don Enrique Consejero a don Enrique Director.

En una ocasión, comentando esto mismo con él, me dijo: "Mira, Pepe, cuando me nombraron Director de Salamanca me di cuenta de lo difícil que me iba a ser ganar el afecto y, particularmente, el corazón de los jóvenes; comprendía que la sombra del Consejero rígido, que no sabía reír, que con una sola mirada en la lectura de notas hacía temblar, que manejaba la mano y el palo con harta frecuencia, iba a oscurecer mi labor como Director y, pensando en ello, me convenía de que sólo el Señor podía hacer el milagro de eliminar recelos y aunar voluntades.

Acepté en su nombre la obediencia y la primera noche la pasé junto al sagrario, puse mi genio a los pies de Jesús, estudié con El mi transformación, le pedí en ésta y en otras muchas noches me enseñase a ser padre bondadoso, guardián celoso, sin estridencias, que me ayudase a ganar para El vuestras almas... Las primeras semanas el esfuerzo fue ímprobo, el genio se rebelaba, veía que huíais de mí y que no acabábais de acercaros al Director... ¡Cuántas noches las pasé en oración y llorando! Por fin, después de dos meses de esfuerzos constantes, de vencimientos personales, de paciencia y caridad, logré que fuerais olvidándoos del Consejero del palo para empezar a ver al Director, todo corazón y todo comprensión."

Yo creo que todos cuantos entonces eran alumnos de Salamanca conservarán el grato recuerdo de aquellos tres años en que don Enrique fue el Superior, y todos notamos la radical transformación en su genio y en su modo de obrar. Nos costó entregarnos, pero con su caridad, con su oración, con su oportuna palabra, supo adueñarse de nuestro corazón" (8).

Nos encontramos aquí con un hecho transcendental en la vida de nuestro biografiado: el de su propia conversión, llevada a cabo con tenacidad y fuerza de voluntad admirables, sostenidas en todo momento eficazmente por la gracia de lo alto.

Es menester confesar que una tal transformación a los treinta y seis años de edad, cuando los hábitos se encuentran ya profundamente enraizados en nuestra viciada personalidad, resulta mucho más meritorio y ejemplar.

Creemos que los puntos que vamos a referir le impulsaron a la

(8) Quintero José, Ms. 584, fol. 1-2.

dura empresa de romper con los defectos del "homo peccati" y lanzarse, con plenitud de entrega, al Señor. En efecto, Dios lo tocó en lo más vivo de su ser con ocasión del hundimiento del tablado destinado a un grupo fotográfico de sus jóvenes, tras unos ejercicios espirituales que practicó en la Cartuja de Montealegre y, finalmente, por el ejercicio del ministerio de la dirección espiritual como sucesor, en un convento de religiosas de Salamanca, del célebre Padre Arintero.

Examinemos con más detalle cada uno de estos hechos, repetidos aldabonazos con que Dios fue llamando a su siervo a aquella santidad, que, años después, había de rematar en glorioso martirio.

Su serenidad e igualdad de ánimo se pusieron de relieve con el hundimiento de un tablado dispuesto para obtener un grupo fotográfico general del colegio.

En el patio, entre el cuerpo central del edificio y el actual teatro —antigua capilla—, se había construido un amplio graderío de madera con unos diez peldaños, el último de los cuales llegaba a la altura de la galería de estudios.

Llegado el momento, los muchachos se fueron colocando ordenadamente, mayores arriba y pequeños abajo.

Delante del tablado, don Enrique, con el fotógrafo al lado, presenciaba la operación.

Como siempre sucede en estas ocasiones, la colocación es parsimoniosa y cuidada, el fotógrafo enfoca repetidas veces ocultando la cabeza bajo el paño negro; se dan mil indicaciones, que son otros tantos compases de espera, y, al final, los muchachos se mueren de impaciencia.

En nuestro caso, los mayores de las gradas de arriba, con esa inconsciencia propia de los quince años y también con un poco de malicia, expresaron su impaciencia botando sobre el tablero, que se cimbreaaba al compás, de modo que, cuando el fotógrafo decía las palabras de rigor para atraer la atención, la parte central del tablado se hunde y allá van al suelo en un torbellino muchachos, tablas, trozos de vigas, etcétera (9).

La confusión de los primeros momentos fue enorme. Todos eran ayes, chillidos y lamentos, pues quien más y quien menos tenía alguna contusión. Gracias a Dios, fue más el ruido que las nueces, ya que no hubo que lamentar ninguna muerte, aunque se rompieron varias clavículas, brazos y piernas en cantidad, sin ser posible hoy precisar el número (10).

En éstas, el fotógrafo salió de "estampía" dando alarmantes voces por la ciudad.

¿Cuál fue la actitud de don Enrique en aquellos momentos? Según manifestó más tarde, apenas vio aquel total derrumbamiento, de lo

(9) Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 1. vº.

(10) Riesco José, Ms. 634, fol. 8-9.

más profundo de su corazón surgió, espontáneo, un "María Auxiliadora, sálvalos, y añaden varios testigos que "inmediatamente se fue a la capilla, donde, durante unos minutos, puso en manos de Jesús, con una entrega total a su divina voluntad, la terrible prueba a que era sometido el pobre superior. Poco a poco, su nerviosismo se fue calmando, los violentos latidos cesaron, notó que de toda su persona se apoderaba la tranquilidad y el sosiego, y salió de la capilla convencido de que la cosa no era grave (11).

Mientras, en la ciudad, se levantaba una enorme polvareda, ya que desde una casa vecina presenciaron algunos el aparatoso hundimiento, y la noticia corrió como un reguero de pólvora. Pronto comenzaron los bulos; los muertos eran elevados a redonda cifra de veinte y los heridos graves contados a montones.

Es de comprender que, al son de estas campanas, la portería del Colegio se viese llena de público, integrado por familiares de los chicos y curiosos ávidos de noticias.

Cuando don Enrique salió de la iglesia, era completamente dueño de sí mismo. Y mientras cundían por doquier la precipitación y el nerviosismo, incluso entre los fuertes, él, "con toda naturalidad, se dedicó a atender a los heridos y contusionados, a convencer a los padres de los externos de que nada grave había ocurrido y a conseguir que los periódicos no publicasen nada de lo ocurrido para que los familiares de los internos, al leer la noticia, no pasaran un mal rato (12).

Llegaron varios médicos para hacerse cargo de los que habían sufrido alguna lesión o fractura, y, poco a poco, se fue ordenando aquel caos.

Para terminar de ahuyentar los últimos nubarrones de la tormenta y hacer desaparecer por completo el ambiente de opresión y disgusto que podía crearse en la ciudad, el Director tuvo un detalle genial. Dijo a los muchachos: "Si sois capaces de recorrer la ciudad cantando, os prometo una excursión" (13).

Así fue cómo aquel tinglado roto acabó en algarabía, en ruidosa manifestación, bajo los arcos de la plaza mayor.

A fuer de hombre prudente, don Enrique sacó experiencia del hecho, y, para que no se volviese a repetir, dispuso que en lo sucesivo, los grupos fotográficos generales se obtuvieran en la escalinata de la catedral o en las gradas de la plaza de toros (14).

Este hecho —dice don León Cartosio— produjo enorme impresión en su alma. Quedó anonadado, y sólo se recobró a base de espíritu de fe, viendo en ello la voluntad de Dios, que le llamaba a más alta perfección. Desde aquel día se reconcentró en sí mismo y fue acariciando el pro-

(11) Quintero José, Ms. 584, fol. 4-5.; Rodríguez Diéguez Manuel, Ms. 668, fol. 1. vº.; Alonso Cipriano, Ms. 507, fol. 2.; Gironés Ramón, Ms. 569, fol. 1. vº.

(12) Quintero José, Ms. 584, fol. 5.

(13) Riesco José, Ms. 634, fol. 9.

(14) García Andrés, Ms. 560, fol. 2.

yecto de hacer unos Ejercicios Espirituales en un convento de Cartujos, por él bien conocido (15).

La Cartuja de Santa María de Montalegre, casa modelo de los hijos de san Bruno, fue fundada en 1415, como resultado de la fusión de dos cartujas más antiguas: la de Sant Pol del Mar y S. Jaime de Valeparadés.

Se conoce la lista completa de sus priores hasta nuestros días.

Su vida quedó interrumpida en la tristemente célebre exclaustración de 1835, que apagó 14 de las 15 cartujas existentes en España. De éstas, solamente tres, Miraflores, Aula Dei y Montalegre volvieron con el tiempo a resurgir, hasta que, en 1936 Montalegre sufrió un nuevo embate, por parte de las hordas rojas, que no se contentaron con expulsar a los monjes, sino que derramaron la sangre de seis mártires, la que hoy ha germinado en una estupenda floración de vocaciones.

Los cartujos de Montalegre viven de su trabajo, del cultivo de los campos, en los estipendios de misas y, sobre todo de la explotación del acreditado licor "Chartreuse" (Cartuja), de fama mundial.

La cartuja de Montalegre se levanta en el grupo montañoso de su nombre, a unos 220 metros sobre el nivel del mar. La separan de Barcelona 12 Km. en línea recta y 17 por carretera. Se pasa por Badalona, de la que dista 5'5 Km. de camino siempre ascendente. Ambas ciudades se divisan muy bien desde la tierra de la Cartuja—. A pesar de ello, el lugar es de lo más apacible y retirado. El mar forma primordialmente su horizonte, hasta el punto de poder decir que la Cartuja mira al mar, cuya orilla está a 3 Km. Los aires son templados, pues está resguardada de los fríos por la misma sierra en que se asienta. El paisaje es de serena belleza, poblado de encinas y pinos con su perenne verdor. Su nombre, Montalegre, es fiel reflejo de lo risueño del lugar, y, en su escudo, la parte principal la tiene el ciprés, símbolo heráldico de la alegría (16).

A este refugio de paz llegó un día Gregorio Aparicio, tío materno de don Enrique. Llevaba consigo la madurez de los cincuenta y un años. Vivía en Ubierna, donde era proverbial su fe al rezar el santo Rosario en casa, siempre de rodillas.

De su matrimonio tuvo una hija y, después de varios años, al casarse ésta, se retiró a Montalegre por el año 1898 (17).

Gregorio iba buscando a Dios, pues sentía que sólo El puede hacer la verdadera felicidad del hombre. Buscaba la soledad y el alejamiento del mundo, el clima mejor para oír y responder perfectamente a la voz de Dios.

Gregorio tomó el nombre de José, santo muy de su devoción. Después de varias y lentas pruebas, propias de la Orden, José Aparicio pro-

(15) Cartosio León, Ms. fol. 1.

(16) «La Cartuja de Santa María de Montalegre», Ed. Poliglota, Barcelona, 1960, pág. 27-28.

(17) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 5. vº9.

fesó el día de Reyes de 1908, uniendo sus Votos a la simbólica ofrenda de los Magos (18).

Desde que entró en la Cartuja, su trabajo, durante muchos años, consistió en el oficio de refitolero, bajo las órdenes del despensero (19). Brilló extraordinariamente en la humildad y en la obediencia, llegando en el Monasterio a tener fama de santo.

No podía consentir el demonio esta vida consagrada de lleno a Dios y le molestaba aun físicamente: —¡Ay, hijo mío!— confesaba el anciano lego a don Enrique, ¡qué tentaciones he tenido tan fuertes! El demonio me tiraba y no podía estar de rodillas, pero un día se me apareció San José, según estaba orando y me dijo: “Venciste, hijo, venciste “y desde entonces no me cansé de estar de rodillas” (20).

En una de las visitas que hizo don Enrique a la Cartuja se llevó con él a un compañero salesiano, provisto de máquina fotográfica. Ambos se pusieron de acuerdo para fotografiar a tío y sobrino en el momento en que hallaran a aquel más desapercibido. Se presentó la ocasión al recorrer el huerto y los jardines del convento. Don Enrique comentaba: “Qué hermoso es todo esto!” Y el hermano Aparicio respondía: “¡Sí, muy hermoso”. En este momento la máquina funcionó sin que el cartujo lo advirtiese. Cuando más tarde se lo dijeron se asustó porque la Regla le prohibía fotografiarse, pero don Enrique le tranquilizó “usted no ha faltado a la Regla. Si quiere, dígaselo al confesor, pero no le es necesario” (21).

Así era este religioso, humilde, obediente, dado a la oración, mortificado. A sus ochenta años ayunaba a pan y agua, dejando intacta la comida, que le llevaban a la ventanilla de la celda, pues los cartujos solamente en las grandes fiestas del año se reúnen para comer en comunidad.

Don Enrique conoció la santidad de su tío y, al sentir insistente en su propia alma la llamada de Dios a la perfección, pidió permiso a los superiores para hacer unos Ejercicios Espirituales en Montalegre, junto a su piadoso pariente.

Fueron para él días decisivos en el monasterio cartujano, esa “ciudad del silencio, feliz visión de paz”, su alma se sintió fuertemente apresada por el ambiente, penetrada por su espíritu. ¡Qué ansias de Dios en su corazón!... ¡Qué lejos quedaba el mundo con sus engaños y vanidades!... El mismo lo confesaría más tarde a don Digno Outeriño, con quien departía íntimamente: “No te puedes imaginar cómo me gustaban las charlas con mi tío; más que charlas, parecían verdaderos sermones. ¡Qué bien hablaba de la vida del alma, del paraíso, del amor de Dios! Créeme que, como me gustaban tanto estas cosas, me hubiera

(18) Para más detalles sobre los diversos noviciados y profesiones en la Cartuja, cfr. «Hoy como ayer, *La vocación del Hermano Cartujo*», Ed. Bona voluntat, Montalegre, 1960.

(19) Relac. del Hermano Miguel, Ms. 681.

(20) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 5. vº.

(21) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 6.

quedado con placer en la Cartuja, en la que reina la verdadera caridad y en la que se vive tan cerquita del cielo" (22).

"El hermano José moría, en olor de santidad, a los pocos años de la visita de su sobrino, el día 19 de octubre de 1929. Su vida la elogió el prior de Montalegre con estas significativas palabras "Su tío pequeño en la tierra, pero muy grande en el cielo" (23).

Don Enrique volvió de aquellos ejercicios resuelto a hacer vivir en su alma primero, y después en la de los demás, el amor y la práctica de la vida interior, como sólida base del verdadero y fructífero apostolado.

Y así lo cumplió. Aun en medio de las ocupaciones de la enseñanza de ciencias y letras profanas y de los cuidados y ajetreos de la dirección, se dio a la lectura y estudio de las mejores obras de ascética y a la práctica de una vida de fe y de unión con Dios, que se derramaba al exterior en una eficaz labor de formación de espíritus (24).

Mas antes de desarrollar este punto, pasemos a otra de las causas que se señalan de su transformación espiritual: fue el haber sucedido al padre Arintero, como confesor de monjas, en uno de los muchos conventos de Salamanca, confiados a la experimentada dirección del ilustre dominico, autor de "Cuestiones místicas", "El cantar de los cantares", "Las escalas de Amor" y "La verdadera perfección cristiana", y fundador de la revista "La vida sobrenatural".

Durante los últimos años de su vida, pasados en el convento de San Esteban de Salamanca, se dedicó el padre Arintero de lleno a la revista, a propagar millones de hojitas y folletos del "Amor misericordioso de Jesús" y a la dirección espiritual de muchas almas (25).

No es de extrañar que, ante tamaña figura, se sintiera don Enrique poco preparado para sucederle dignamente en una labor, que tanta sabiduría y santidad requiere. De ahí que se zambullera de lleno en el estudio de las obras de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa y demás autores místicos notables.

Reflexionó mucho, oró más, y ello le lanzó a una vida de total entrega a Dios, creando en él un misticismo sosegado, tranquilo, sin desequilibrios ni posiciones antinaturales y repulsivas, sin perder jamás el estribo de la realidad, a la que siempre vivió muy asido.

Y, como cosa natural, aquella su vida, inmersa en Dios, comenzó a transparentarse sensiblemente al exterior: "Muchas veces, al correr de los años —dice don José Quintero— me he detenido a considerar la figura del buenísimo don Enrique y su actuación como director, y ésta se agiganta en mi recuerdo. Pienso en su transformación, su venimiento, su igualdad de carácter... Más de una vez me he figurado la

(22) Outeiriño Digno, Ms. 622, fol. 7-8.

(23) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 5.

(24) Cartosio León, Ms. 534, fol. 1. vº.

(25) Cfr., otros datos interesantes sobre el P. Arintero, en «La Vida Sobrenatural», nº. 88, (1928) y nº. 98, (1929.)

gran batalla interna que tuvo que refir consigo mismo para lograr un dominio tan heroico sobre su carácter, para aparecer siempre afa-ble, sonriente..., y termino convenciéndome de que fue hombre de una oración profunda, de una continua unión con Dios, y que todos los acontecimientos los valuaba en la presencia divina. Fue él quien plantó en mí el primer granito de la vocación y lo cultivó. Por eso tuve con él muchos coloquios y me di cuenta de la gran batalla que diariamente riñó y ganó, y que todo lo logró junto al Sagrario" (26).

Es imposible la santidad sin el espíritu de mortificación. Don Enrique, desde este momento de su vida, deseó sufrir por Cristo, unir sus dolores a los del Redentor para con El salvar a la humanidad. Incluso parece ser que presintió o al menos anheló su futuro martirio.

El frío constituía una de sus grandes mortificaciones. Varios hermanos hablan de lo mucho que padecía a causa de los sabañones, sobre todo en las orejas, las cuales llevaba siempre medio comidas. Los inviernos en Salamanca son crudos y en aquellos tiempos no había calefacción en el Colegio. Para defenderse del frío, los muchachos llevaban una especie de bolsas, hechas con piel de oveja, donde introducían los pies durante las horas de estudio (27).

Nos consta que don Enrique, estando en Ubierna con ocasión de la muerte de su madre, se opuso a que le templaran la cama con botellas de agua caliente a pesar del intenso frío que hacía (28). "Toda la actuación del Siervo de Dios en sus múltiples actividades, continúa don José Quintero, estaba envuelta en una naturalidad muy humana y en una exquisita caridad, que le fueron conquistando los corazones, saturado todo de un halo de santidad sin estridencias ni ñoñeces. Era de criterio amplio y comprensivo, pero su espíritu de mortificación buscaba los menores detalles para ganar méritos.

Nos hablaba con mucha frecuencia sobre la forma de mortificarnos, haciendo bien todas las cosas y manteniendo continuamente en nosotros el pensamiento de la presencia de Dios, pues, para el que está convencido de esta verdad no existen cosas pequeñas en su servicio.

A los que formábamos parte de las Compañías religiosas nos invitaba a hacer sacrificios por otros compañeros o por alguna intención particular suya.

Una vez, hablando con él, le dije: —"No sé cómo aguanta usted esos sabañones de las orejas; le deben molestar mucho.

—Y ¿qué quieres?, ¡hijo mío! Si el Señor nos manda estas pequeñas cruces hemos de aceptarlas con total entrega; por otra parte ellas me ayudan a abrazarme con otras más pesadas de que está sembrada mi vida de Director".

Esta su santa obsesión de sufrir por Cristo me la confirmó más

(26) Quintero José, Ms. 584, fol. 3-4.

(27) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, fol. 1.

(28) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 8.

tarde, durante la República, siendo él Director en la casa de la Ronda de Atocha.

Yo estaba destinado a La Coruña y tuve que hacer un viaje a Madrid. Me hospedé en dicho colegio y un día le acompañé a Carabanchel Alto. Al regresar en el tranvía unos obreros empezaron a decir disparates sobre los curas. Don Enrique, sin inmutarse, continuó hablando conmigo, recordando tiempos pasados. Al llegar a la parada y bajarnos nos despidieron con el himno de Riego. Para colmo, un grupo de mozalbetes comenzó a graznar, por insulto, a manera de cuervos.

Yo me atreví a decir: "Don Enrique, ¿no le parece preferible, dado el ambiente hostil que se respira, salir a la calle vestido de paisano, y así evitar escenas como la que acabamos de presenciar?"

El me dejó decir y después, sonriendo, me respondió: "Mira, un buen soldado nunca se acobarda ante el peligro. Yo era sacerdote durante la monarquía, cuando el serlo no implicaba dificultad; ¿por qué no he de serlo ahora? Precisamente en estos tiempos es cuando debemos confesar con valentía nuestra condición sacerdotal, y si el Señor me encuentra digno de sufrir un poquito por El, ¡bendito sea! ¿Qué más puede desear un sacerdote que morir por confesar y defender sus creencias? ¡Ojalá yo fuera digno de ello!" (29).

En una plática que dio a las Hijas de María Auxiliadora en Salamanca durante el tiempo de su directorado en esta ciudad, sobre Monseñor Versiglia y el P. Caravario, ponderó la belleza del martirio. Su sobrina Julia, colegiala entonces, quedó impresionada y luego le preguntó aparte: "Pero, ¿es que piensa usted irse a las misiones a morir mártir?" La respuesta fue: "No es que vaya a ir, al menos por ahora, a tierras de Misiones, pero también aquí podría uno ser mártir... ¿quién sabe si algún día daré mi vida por Dios!" (30).

DAD A DIOS LO QUE ES DE DIOS

Don Enrique, sin advertirlo, iba preparándose al gran momento del sacrificio.

Siempre, pero más desde su nombramiento para superior, se sometió a una vida dura, tensa, sin negarse a nada que le pidiera la obediencia, a un trabajo hasta el agotamiento, espoleado por el temor de no tener tiempo para realizar todo el bien que Dios quería de él. Dormía poco. Muchos días, al levantarse, experimentaba una sensación agudísima de cansancio que le hacía pensar si no estaría ya inútil para la faena del día aún no comenzada; mas pronto se sobreponía. Sabemos que muchas noches las pasó ante el sagrario (31).

(29) Quintero José, Ms. 584, fol. 5-6.

(30) Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 4.

(31) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 7-9. vº.; Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 3.

Como es natural, el rico venero de su vida interior alimentaba toda su actividad, como profesor, educador y director. Lleno de Dios, llevaba a Dios las obras y frutos de su apostolado.

Dada su licenciatura en Filosofía y Letras, explicaba la Literatura Española y la Psicología en los cursos superiores. Además como añadidura, Religión y Filosofía.

Sabía aplicarse a sí mismo el consejo que, al término del magisterio, daba a su sobrina Julia: "No creas que la carrera de maestro es de comodidades, sino de preocupaciones por los niños. Si quieres que te respeten, comienza por respetarte a ti misma" (32).

Don Enrique preparaba bien las clases, pues habían de constituir precioso vehículo para su apostolado.

"De una vasta cultura, ponía siempre, al servicio de nuestra formación integral, los medios que sus conocimientos le deparaban. Sus explicaciones estaban siempre salpicadas de anécdotas, de detalles, que, al mismo tiempo que hacían la clase amena, ayudaban a la formación de nuestra personalidad.

Yo fui alumno suyo en las asignaturas de Literatura y Filosofía. Aún recuerdo su entusiasmo explicando el Siglo de Oro y su veneración por nuestros místicos; había hecho algo suyo a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz. Prudentísimo en las palabras, tenía mucho miedo de que pudieran ser interpretadas erróneamente. Así, por ejemplo, quiso que fuese un médico quien nos explicase un capítulo delicado de Fisiología. Al preguntarle el motivo, nos contestó: "La cosa no tiene importancia; no quiero que os quedéis con falsos conceptos. Yo no hubiera podido explicar esos puntos con el lujo de detalles que aportó el conferenciante. Pero, además, existe otra razón, y es que las palabras pueden ser interpretadas de una forma o de otra, y dichas por un sacerdote, siempre chocan más que pronunciadas por un seglar... Así que todos hemos salido ganando: vosotros quedásteis con los conceptos claros y yo me libré de algo que no me agradaba" (33).

"De la eficaz labor docente de don Enrique y demás profesores es testimonio el hecho de haber conseguido la entonces complicada reválida la totalidad, creo, de los alumnos" —dice don Antonio Bartolomé (34).

"Ya entonces me di cuenta, —relata el arquitecto don Ruperto Sánchez—, de que don Enrique estudiaba mucha Fisiología y es cierto que nos la explicaba muy bien. Nos hacía unos cuadros sinópticos tan bien pensados, que se aprendía la asignatura sin querer. Los dos mejores profesores que he tenido en mi vida, los que mejor me han formado intelectualmente han sido don Enrique y un ingeniero profesional de la escuela de Arquitectos. Con don Enrique aprendí yo a hacer apuntes, lo que me valió muchísimo en la Universidad" (35).

(32) Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 1.

(33) Quintero José, Ms. 584, fol. 3.

(34) Bartolomé Antonio, Ms. 525, fol. 1

(35) Sánchez Ruperto, Ms. 664.

Explicó también la Religión. Cada día esperaban los muchachos con alegría el momento de la clase. Cuando narraba la vida de Jesús, se emocionaba, y a veces hasta derramaba lágrimas (36). En algunas ocasiones daba conferencias que iba comentando. Le gustaban sobre todo las de la Pasión y, al explicarlas, se emocionaba; a veces se le cortaba la palabra, y los quinientos chicos, que llenaban el teatro, observaban un silencio respetuoso y tenso a la vez, en el que se hubiera oído el ruido de una mosca (37).

Una de las innovaciones en la vida colegial fueron las conferencias de arte, que él introdujo y que los muchachos esperaban también con gran avidez (38).

Ciertamente don Enrique, como profesor, tenía muchas bazas ganadas por su fecundo apostolado, por su carácter, por el ejercicio constante de dominio sobre sí mismo: "Su carácter —hablan los alumnos de entonces— era extraordinariamente concentrado y serio. Revelaba una intensa vida interior, y su porte, a cualquier hora del día en que se le observase, era el de un hombre preocupado por algo transcendental.

No resultaba esto incompatible con un halo de bondad ni con momentos de expansiva familiaridad. Pero, sobre todo, lo que realmente infundía respeto y admiración en todos hacia él era el profundo sentido de justicia en que inspiraba todos sus actos. En esto creo que todos estábamos de acuerdo: Don Enrique era "temible" (permítaseme el empleo de esta palabra en el mismo sentido de entonces, con la poca rigurosidad y exactitud de los años jóvenes) porque siempre tenía de su lado la mejor razón" (39).

"Don Enrique no tenía alumnos predilectos, lo eran todos. Era serio, pero en buen sentido, o sea no amargado ni de mal humor. Nunca le ví enfadarse ni pegar a un niño; nunca le oí expresiones hirientes. Todo lo llevaba sin estridencias, sin gritos, con una elegante serenidad" (40).

"Yo, cuando fui alcalde de Ubierna —nos dice su hermano Daniel— impresionado por el dominio que mi hermano había obtenido sobre su carácter, procuraba imitarle y hacer que los concejales le imitaran. "Nosotros, —les decía—, debemos dar ejemplo de serenidad: nada de gritos. El hombre que grita no tiene personalidad y, por más que sea, no vale nada" (41).

Nos cuenta don Inocencio Rodríguez que, cuando cursaba su tercer año de bachillerato, observaron los alumnos durante una semana entera mal comportamiento, recibiendo por ello malas notas de conducta.

Don Enrique tomó la cosa por su cuenta. Presentóse un día en la

(36) Hernández Santiago, Ms. 576.

(37) Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 1.

(38) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, b.

(39) Bartolomé Antonio, Ms. 525, fol. 1.

(40) Sánchez Ruperto, Ms. 664.

(41) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 11.

clase, hizo a todos unas serias consideraciones sobre la presencia de Dios, apeló a su honor, a la formación del carácter, terminando con esta frase: "Vamos a ver si sois capaces de portaros bien sin asistente".

Y sin asistente les dejó por algunos días, al final de los cuales fue a felicitarles por la estupenda conducta observada (42).

"La personalidad de don Enrique, —afirma otro alumno—, era única, diferente a docenas y docenas de salesianos que yo conocí.

El mejor recuerdo que guardo del colegio es el de la disciplina por autoconvicción. Aquello funcionaba maravillosamente aunque no hubiera superior; cientos de muchachos se movían sin que hubiera a la vista un mando" (43).

Lo dijimos: un trabajo constante sobre sí mismo llevó a don Enrique a la afabilidad, a una paternal comprensión (44).

Habíamos de añadir a todo esto que continuaron sus preferencias por los pobres (45).

Persona, trabajo y método en total y continuo servicio de Dios.

La educación es una obra conjunta que han de realizar el pedagogo y el alumno. La gran dificultad estaba en que ambos son no pocas veces mundos opuestos, que es necesario poner de acuerdo; dos rectas paralelas que sólo a base de acortar la distancia que las separan llegarán a unirse.

Para ello, una de dos: o asciende el muchacho o desciende el educador. Lo primero es a todas luces imposible; será el resultado final de la educación, conseguido a largo plazo, cuando las facultades todas, naturales y sobrenaturales del alumno, lleguen a una evolución cercana a la madurez. Queda, por tanto, lo segundo: que el educador descienda, se abaje, se ponga a nivel, para desde allí comenzar a educar, o sea, a subir con el muchacho. La confianza no se impone, se gana a base de comprensión.

En don Enrique del Consejero no quedaba nada. Tenemos, en cambio, detalles muy buenos de su espíritu de comprensión. Los interesados los recuerdan porque les llegaron al alma, quedándoles íntimamente grabados. Quizá era aquella la primera vez en su vida que se sentían tenidos en cuenta por alguien, por una persona de prestigio a sus ojos, que bajaba de insospechadas alturas para tenderles la mano. Veamos:

Antonio estudia Sexto de Bachillerato. Ese mismo año ha cambiado de plan, pasando, con quinto curso, del antiguo al nuevo, que esta vez le toca llamarse "Plan Callejo".

Como sucede en estos casos, el año de cambios es sencillo, con pocas asignaturas nuevas.

Por eso Antonio, interno en Salamanca, escribe a su padre y echa la carta sin someterla a control, valiéndose de un pequeño cómplice exter-

(42) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, b.

(43) Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 2. vº.

(44) Valle Mariano, Ms. 675, fol. 1.

(45) Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 2.

no. Ya está harto de colegio, le pesa el internado, quiere ser libre y, como el curso es fácil, desea hacerlo en su casa.

Dejemos hablar al protagonista: "A los pocos días se presentó mi padre para hablar con el Director y fui llamado a su despacho. Don Enrique y mi padre me esperaban allí; yo, al verlos, como sabía de lo que se trataba, me sentí avergonzado.

Mi padre, que tenía gran confianza en los métodos educativos del colegio, se limitó a decirme que había recibido mi carta y dejaba el asunto en manos del Director.

Le hubiera bastado a don Enrique decir lisa y llanamente que creía conveniente la permanencia en el colegio para que mi padre hubiera aceptado el dictamen sin más discusiones. Sin embargo, se limitó de momento a invitarnos a comer con él y, en el transcurso de la comida, nada se habló del asunto. Marchó mi padre aquel mismo día.

Al día siguiente, me llamo don Enrique y casi textualmente me dijo: "Después de tu padre, es posible que nadie te quiera como te queremos aquí. Eres un poco obra nuestra y queremos que sigas con nosotros. Pero también queremos que esto salga de tí".

Duró la charla largo tiempo, en la que me preguntó sobre mil detalles de la vida del colegio para indagar, sin duda, si tenía algún motivo especial de disgusto (que, desde luego, no lo había) y me despidió, dándome un plazo de dos días para decidir.

Las causas por las que yo quería abandonar el colegio no eran otras que las derivadas de la falta de libertad, y puedo decir que, después de la entrevista con el Director, todas mis dificultades desaparecieron como por encanto, y decidí continuar en el colegio. También he de decir que esta determinación fue para mí una verdadera satisfacción espiritual (46).

Julia, su sobrina, pasa de los trece años y le gusta presumir, ajustándose a las variables normas de la moda; y la moda, entonces, era que las chicas llevaran el pelo a lo "garson". Halla un obstáculo para la realización de su sueño y es que las monjas, bastante conservadoras exigen el permiso de los padres o encargados inmediatos.

Julia, con mucho miedo a una rotunda negativa, se atreve, tras muchas vacilaciones, a pedir a don Enrique el suspirado permiso. La cosa resultó muy sencilla:

—Con el pelo así, ¿vas a ser mejor o peor?

—Igual, tío; eso ¿qué importa? replica tímidamente la muchacha.

—Pues entonces, haz lo que quieras.

Al correr de los años, ella misma saca la consecuencia: "Tío Enrique era comprensivo" (47).

Sin salirnos del ámbito familiar vaya otro caso:

"Fuimos Federico y yo a Salamanca, de chiquillos. Federico era so-

(46) Bartolomé Antonio, Ms. 525, fol. 1.

(47) Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 1-2.

brino de don Enríque. Como muchachos que éramos, hicimos algunas trastadas: por ejemplo, un día al despensero, que ya tenía preparados los postres, le cogimos galletas, y en abundancia.

Nos vio el señor Ismael, el cocinero: "Ya veréis, ahora mismo voy al Director y se lo digo".

Efectivamente, fue a contárselo.

Don Enrique nos llamó y, sin inmutarse, nos dijo tan sólo estas palabras: "¿Pasáis hambre? ¿Necesitáis un plato más en la comida? Porque en ese caso no os faltará".

Bastó esto. ¡Qué buena reprensión fue para mí! Jamás volví a cometer fechoría semejante" (48).

Era también maestro en el arte de suavizar los pequeños roces que ocurren a veces, entre profesores y alumnos, en un régimen de continua convivencia, como es el del colegio.

"Cuando iba a su cuarto un muchacho quejándose de los "injustos castigos" de los superiores, don Enrique le acogía con afecto; después le hacía explicar la cosa, le convencía de que debía portarse mejor, haciéndole ver su parte de culpa, y terminaba aminorándole el castigo. Es decir, mantenía el principio de autoridad, persuadiendo al alumno de que los superiores castigaban con razón y, al mismo tiempo, disminuía la odiosidad de la corrección, logrando así que el joven saliese de la entrevista con firme propósito de enmienda, y a la vez satisfecho de haber obtenido un triunfillo con la rebaja de la pena" (49).

Las "Buenas Noches", a las que daba gran importancia, contribuían lo suyo a crear ese ambiente de confianza, que abre los corazones, y los dispone para una formación cristiana profunda.

Don Enrique, burgalés de pura cepa y como fruto de la lectura constante de los clásicos, manejaba con destreza y elocuencia el idioma castellano (50). De ahí que sus "Buenas Noches" fueran piezas maestras, cortitas, motivadas de ordinario por un acontecimiento del día, ya del colegio, ya de la vida local, pero siempre con aplicaciones muy prácticas (51).

"Cuando volvía de un viaje, ya se adivinaba la materia: siempre de una manera u otra, después de saludar a los muchachos, les decía que se había acordado mucho de ellos preguntándose con frecuencia: ¿qué harán mis jóvenes?" (52). Era esta una fina prueba de cariño e interés que por ellos sentía.

Uno de sus temas favoritos era la devoción a María Auxiliadora, sobre todo durante el mes de mayo (53). En muchos alumnos prendió viva esta llama de amor a la Madre, haciéndose más tarde fervorosos

(48) Espino Teódulo, Ms. 552.

(49) Rodríguez Alonso Manuel, Ms. 644.

(50) Cartosio León, Ms. 534, fol. 1. vº.

(51) Quintero José, Ms. 584, fol. 2. vº.

(52) Lorenzo José Ms. 594, Sánchez Higinio, Ms. 663, fol. 1. vº.

(53) Quintero José, Ms. 582, fol. 1.

apóstoles de la Virgen en los campos de batalla, durante la Guerra de Liberación (54).

Como Don Bosco, recordaba con frecuencia a sus jóvenes el pensamiento de la muerte, sobre todo con ocasión de algún caso ocurrido en el colegio, a fin de moverles a estar siempre en gracia de Dios. Y a los más impresionables les decía: "Pero, ¿por qué vais a tener miedo? ¿qué más da morir en la cama o de un rayo? El caso es estar siempre preparados" (55). Palabras que eran como un eco del *estote parati* de Cristo.

Le gustaba mucho comentar el "Dies irae" (56).

Su palabra tenía un gran poder de persuasión: era honda, sentida, calaba hasta el corazón, como la de Don Bosco (57).

A los de los cursos superiores les daba una serie de conferencias para prepararles a su futura vida, a una mayor libertad e independencia y, por tanto, más peligrosa fuera de los muros tutelares del colegio; magníficas conferencias, a juicio de los que las oyeron, hoy abogados, médicos, etc...

Un abogado nos dice que se le quedó muy grabado este pensamiento: "Dios nos ha concedido a todos un determinado patrimonio intelectual, que no hemos de frustrar con nuestros pecados contra la bella virtud" (58).

Don Enrique no se contentaba con estos medios generales de formación, aunque de por sí muy eficaces, sobre todo cuando se aplican a pequeños grupos diferenciados; todos ellos remataban en el contacto personal, individual.

Los salesianos jamás deben olvidar que, en el Oratorio, Don Bosco conocía personalmente a sus muchachos con medios naturales y también sobrenaturales. De ahí que fácilmente pudiera luego en el patio decir su palabrita al oído a quien lo hubiera menester.

Cuando llegaba un muchacho al Oratorio, Don Bosco decía:

—¿Me darás la llave?

¿Qué llave?

—La de tu alma.

Con esto iba derecho a la base, al contacto personal. Apenas Domingo Savio llega al Oratorio, se presenta a Don Bosco y le entrega toda su confianza, pone el alma en las manos de su educador "Ya entiendo; aquí se trata de un negocio de almas. Yo soy la tela y usted el sastre; haga de mí un hermoso traje para el Señor".

Con claridad meridiana está expresado este pensamiento en el sueño de la legión de jóvenes, capitaneados por Domingo Savio, esplendente de belleza: "He venido para hablarte. ¡Cuántas veces nos hemos

(54) Rodríguez Alonso Manuel, Ms. 644.

(55) Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 4.

(56) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, b.

(57) Antoraz Luis, Ms. 509.

(58) Ledesma Tomás, Ms. 588.

hablado, cuando aún vivía en la tierra!... ¿No recuerdas cuánto me amabas? Yo tenía mi alma en tus manos y depositaba en ti toda mi confianza.

Nadie duda de que en el Oratorio había un ambiente excelente, como posiblemente no se volverá a conseguir en una casa salesiana; pero uno de los elementos básicos de este ambiente era ciertamente el contacto personal, uno a uno, de los jóvenes con Don Bosco.

Vamos a ver cómo don Enrique entendió y llevó a la práctica esta idea fundamental en la educación. Nos limitaremos a reproducir documentos, fuera de toda elaboración personal que pudiera falsear un punto tan importante y delicado.

Un médico: "Conservo de él un recuerdo imborrable por ese respeto profundo y la confianza absoluta que nos inspiraba al abordarle en busca de solución a nuestros problemas" (59).

Un sacerdote: "Don Enrique llamaba a veces a algún muchacho a su despacho y le hablaba con el crucifijo en la mano. El chico salía convertido" (60).

Otro sacerdote: "Recuerdo haberle saludado más de una vez y me hizo siempre la más agradable impresión como hombre amable, afectuoso, servicial y muy caballero. Durante unos días que pasé en Salamanca, siendo él director, me llamó la atención su asiduidad en la asistencia a los niños, durante los recreos, llamando a uno y otro para darles atinados consejos, cosa muy peculiar en él" (61).

Un coadjutor salesiano: "Estoy plenamente convencido de que era un sacerdote de una actuante vida de fe, de oración y de presencia de Dios, y que todo su obrar era planeado ante el Sagrario.

Su gran preocupación era la formación espiritual de todos cuantos vivíamos en el colegio y para conseguirlo, no reparaba en fatigas ni sacrificios y aprovechaba todas cuantas oportunidades se le presentaban.

Con frecuencia llamaba a su despacho a los alumnos de los últimos cursos y se entretenía con nosotros charlando de un sin fin de cosas, de nuestros problemitas, estudios y dificultades, de nuestras ilusiones. Al final, nos daba las convenientes orientaciones" (62).

Conservamos de don Enrique una carta autógrafa, dirigida a un alumno de sexto curso, Pedro Cabrera, durante las vacaciones de Navidad del año 1925, en los primeros meses del directorado del Siervo de Dios.

Pedro era en el colegio un muchacho de prestigio. Sobresalía por su inteligencia y buenas dotes de orador y actor. La Memoria Escolar del curso 1925-26 nos habla con mucho encomio de sus actividades en la vida pública del colegio. El 8 de diciembre protagonizó con gran éxito "El Cabo Noval", el 28 de marzo de 1925 le correspondió el alto

(59) Antoraz Luis, Ms. 509.

(60) Riesco José, Ms. 634, fol. 1.

(61) Lorenzo José, Ms. 594.

(62) Quintero José, Ms. 584, fol. 2.

honor de saludar al Rector Mayor de la Congregación, don Felipe Rinaldi, en su visita a la casa de Salamanca, en nombre de todo el Colegio; el 24 de mayo, en la fiesta de despedida del sexto curso, le vemos de nuevo representar a sus compañeros en un fogoso y hermosísimo discurso de adiós a los superiores y demás alumnos.

Hoy don Pedro Cabrera es abogado con bufete en la Avenida Reina Victoria de Madrid.

¿Qué idea tiene este antiguo alumno de don Enrique?: “De él recuerdo, ante todo, su actuación como Consejero, que lo era de genio muy vivo y repartía bastantes “capones”, y si hago esta indicación, que entra, pudiéramos decir, en el capítulo de los defectos, es precisamente para hacer notar el impacto que hizo en mi alma el observar cómo fue dulcificando su carácter hasta el extremo de una verdadera edificación cuando le ví, siendo ya estudiante universitario, por última vez, en el colegio de Carabanchel Alto.

Es lo que yo siempre recuerdo a unos y otros compañeros de aquella época, cuando hablamos de él, poniéndoles de manifiesto que pude constatar de una manera palpable cómo don Enrique remontaba todas las dificultades, lo que indudablemente le permitió escribir la página más maravillosa de su vida” (63).

Vale la pena de transcribir aquí la carta, a la par que agradecemos a don Pedro el envío de tan preciosa reliquia. Dice así:

“Muy estimado Pedro:

En mi poder tu atenta, y por ella me doy cuenta de los nobles sentimientos y generosos impulsos de que te ves animado. Muy bien, debes convencerte de que la lucha es indispensable para obtener un puesto en ese inmenso y escalafonado festín, que la vida ofrece a todos los hombres, y sólo llegan a puestos honrosos y elevados los que dignamente han sabido conquistarlos con la perseverancia en el trabajo y el vigilante esfuerzo en el cumplimiento del deber.

Ten siempre muy presente que todos los fracasados en la lucha por un ideal, lo han sido antes moralmente y ante su conciencia. Es necesario persuadirnos de que lo podemos todo, repitiendo la hermosa frase de Carlos V, reveladora de su indomable carácter y férrea voluntad: “Dios y yo somos dos que lo podemos todo”. Es verdad; y como Dios siempre desea el bien y nos da los medios para alcanzarlo y pone todo lo que le corresponde, he aquí que, si nosotros tenemos bastante energía para cumplir como buenos, llegaremos a la cumbre del ideal, por alto y dificultoso que parezca.

Pon siempre tus pensamientos muy altos, sin hacer caso de los rebuznos de las almas pobres, como no hace caso el excursionista de auto, de las ranas que croan en el charco. Adelante, siempre adelante, persiguiendo tu ideal, que en la cumbre de todo, lo hallarás: Dios.

(63) Cabrera Pedro, Ms. 531.

Lee y relee muy detenidamente ese hermoso libro, y quiera el Señor, por medio de su lectura, hablar muy claro a tu noble y recto corazón, salvándote de tan ruines y bajas caídas, como avergüenzan a muchos jóvenes. ¡Ojalá su lectura te enseñe a despreciar la basura de los placeres para buscar sólo el diamante de las virtudes! Aprende a despreciar la sonrisa del dolor para saberte gozar en el dolor de la sonrisa.

Más: si tuvieres algún compañero, a quien la lectura de dicho libro sea útil, no vaciles en hacer el bien.

Te felicito las Pascuas y deseo hagas extensivo mis saludos a tus papás, augurándoles de mi parte un Año Nuevo feliz, rico en toda clase de bendiciones. Adiós, bien ves que el papel se acaba.

Sabes que te aprecia sinceramente en el Señor, tu afectísimo Enrique Sáiz" (64).

El fruto más precioso de este contacto particular de don Enrique con sus jóvenes fueron las vocaciones que se suscitaron siendo él director.

El Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, fundado, como ya dijimos, en el año 1909, llevaba diecinueve años estéril.

En 1928 brotaron las primeras: Don José Quintero, don Inocencio Rodríguez, don José Riesco, hoy día salesianos en edad madura.

Aprovechaba las ocasiones, que le prestaban sus diversas clases, para "barrer hacia dentro", dice el tantas veces citado don José Quintero, con alguna frasecita oportuna; recomendaba libros, como la "Imitación de Cristo"; hablaba sobre la grandeza y dignidad del sacerdocio, etc. No era cargante; más bien creaba el clima propicio para su germinación y desarrollo (65). Estudiaba a los muchachos, fijándose en los que denotaban mejor índole y cualidades; a éstos les seguía prudentemente, invitándoles a veces a actos de mayor alegría e intimidad salesiana, como, por ejemplo, la sobremesa de la cena de Navidad (66). Don Enrique en esto seguía la idea de Don Bosco, que los muchachos se sientan atraídos a la vida salesiana cuando ven la concordia y el amor reinar entre los hermanos.

Con las vocaciones, el Siervo de Dios era generoso y no reparaba en gastos (67).

En una reunión de directores que tuvo lugar el año 1926, se discutía la mensualidad que debían pagar los aspirantes; pues bien, don Enrique expuso que, con todo empeño, se había de evitar cualquier molestia a los padres de los aspirantes, la mayor parte de familia humilde que han hecho el gran sacrificio de desprenderse de sus hijos.

En la segunda sesión de esta misma reunión propuso también que la mejor obra, en el sentido de reclutamiento de vocaciones, es mantener en las casas algunos niños inteligentes, buenos y pobres, que se sien-

(64) Ms. 501.

(65) Quintero José, Ms. 583, fol. 3.

(66) Riesco José, Ms. 634, fol. 8.

(67) Riesco José, Ms. 634, fol. 3.

tan llamados a nuestra vida; niños que, provenientes de pueblos y familias cristianas, instruidos y dispuestos en las casas para el estudio del latín, den la mayor probabilidad de perseverancia. El señor Inspector (termina el acta) aplaude la idea (68).

"Se explica, dice don José Quintero, que en el colegio empezaran a germinar las vocaciones, tanto para la Congregación como para el Seminario y otras religiones, pues nuestros contactos con el Superior eran muy frecuentes. El nos dejaba hablar largo y tendido y, al final, casi siempre terminaba con la frase de San Ignacio de Loyola a San Francisco Javier: "¿Y después?...". palabras que, poco a poco, iban haciendo en nuestro interior el efecto de la gota de agua en la roca.

Yo nunca he olvidado el entusiasmo con que nos hablaba de la vocación salesiana, de un modo particular durante el mes de mayo, inculcándonos siempre que pidiéramos a María Auxiliadora nos ayudara a conocer nuestra vocación.

Yo mismo me sentí entonces llamado a la vida salesiana: ello fue fruto de sus conferencias y charlas particulares" (69).

El Rvdo. don Inocencio Rodríguez cuenta la interesante historia de su vocación: "Yo estuve en el Colegio desde el año 1924 al 1929.

Fue durante mi tercer curso de bachillerato cuando vino don Enrique de director a Salamanca.

La primera vez que intimé con él me dijo: "¿Quieres que yo sea tu ángel de la guarda?". Le contesté que sí y ahí quedó la cosa.

Pasó algún tiempo. Don Enrique me seguía pero indirectamente, pues nunca me habló en forma sobre mi vocación, ni más tarde permitió que le narrara el proceso de la misma. Se valía de José Quintero, quien a veces me hablaba de que él quería ser salesiano.

A mí me repugnaba hacerme salesiano, no quería ser sacerdote, y por ello tampoco quería oír hablar de vocación. No obstante, Dios iba haciendo su trabajo, urdiendo la malla.

Unos días antes de las vacaciones de Navidad, sucedió un hecho, que me impresionó profundamente: un muchacho del colegio murió a causa de un ataque de apendicitis. Con toda su vitalidad, después de una merienda fuerte de chorizo, sintió un dolor interior en el vientre; por la noche se le recrudeció, saltó de la cama y, gritando, enloquecido de dolor, subió a la terraza con la idea de tirarse abajo. Don Enrique llegó a tiempo, le sujetó y le llevó a su cama.

Al día siguiente vino el médico, don Paco Díez, y le operó en la misma enfermería. Pero se le declaró una peritonitis, y aquella misma noche moría con todos los Sacramentos recibidos.

(68) Acta de la Reunión de Directores, marzo 1962, celebrada en Carabanchel Alto, Madrid, Arch. I. M. A.

(69) Quintero José, Ms. 584, fol. 2. vº.; Ms. 582, fol. 1.

Don Enrique le asistió desde el primer momento hasta el último. El chico se agarraba a él diciendo: "No me deje sólo, por Dios".

En las Buenas Noches el Padre nos dijo que su mayor placer era asistir a los moribundos, pues le daba materia para meditar. Esto me impresionó mucho.

Casi todos los muchachos subieron a ver el cadáver; yo no quise porque me daba miedo. Don Jesús Corcuera, que era Consejero, me enseñó un apéndice guardado en frasco con alcohol, y me dijo que era el de aquel chico.

Me acometía un miedo horrible todos los días desde que anocheecía y, como don Enrique hablaba con mucha frecuencia en las Buenas Noches de muertes de chicos, recordando sueños y predicciones de Don Bosco en el Oratorio, me invadía una congoja terrible y pasaba desvelado la noche. Procuraba tranquilizarme repitiéndome: "¿Por qué he de temer la muerte? Estoy en Gracia, he comulgado hoy"... Pero a pesar de todo, no me quedaba tranquilo.

Aquellas Navidades las pasé en el colegio, pues los de Galicia no salíamos de vacaciones por la distancia que nos separaba de nuestra casa. Fue entonces cuando José Quintero me habló más claramente de sus aspiraciones, de su vocación, pero yo, aunque muy "trabajado" ya, seguía con los mismos sentimientos anteriores.

Así pasaron las vacaciones hasta que, al final, ocurrió algo inusitado: La noche del 5 de enero, nos "pusieron Reyes", cosa que nunca se había hecho. A mí me tocó recibir como regalo, el librito "Alegrías del Paraíso". En la página que sigue a la cubierta estaba la dedicatoria con la letra de don Enrique. Decía así:

«Toma y lee», dijo una voz a San Agustín.

Leyó y encontró su camino.

Lee...

Yo cogí el libro y cuando ví de lo que trataba, me entraron unas ganas locas de romperlo. Aquello era como querer cazarme a la fuerza. Por ahí no pasaba.

Por la mañana, Quintero y don Enrique me preguntaron: —¿Qué? ¿lo has leído? Respuesta: —No, todavía no...

"Y después de todo, pensé, ¿por qué lo voy a romper? Lo metí en el bolsillo. Allí se estaba estropeando con el roce, pero no lo quería leer.

Luego comencé a dudar y a intranquilizarme. Me respondía a mí mismo: "Pero, ¡es imposible! Yo... ¡Que voy a ser sacerdote!" Mi tío me costeaba los estudios superiores, en mi casa estaban ya en ello; todo eran dificultades para un cambio de tal envergadura. Por las noches éramos muy pocos en el dormitorio. Yo seguía con mi miedo y mis congojas. Sólo cuando me decía a mí mismo: "Seré salesiano", me quedaba tranquilo automáticamente.

En vista de esto fui poco a poco leyendo el libro y ¡cosa inesperada! me iba gustando cada vez más. Cuando llegué al capítulo "Bajo la bande-

ra de don Bosco“, me entusiasmé y decidí hacerme salesiano. Se lo dije a don Luis Conde, pariente mío, a la par que le exponía las dificultades antedichas. El redactó el borrador de una carta que escribí a mi tío, explicándole mi decisión, cosa que le disgustó muchísimo.

Entretanto, iba intimando más con don Enrique, afianzándose con ello mi vocación. Quise contarle todo lo que me había ocurrido, es decir, el proceso de la misma y ni entonces ni después en Carabanchel me lo permitió.

Llegó el verano, en mi casa no querían saber nada de vocación. Mis hermanos y familiares se oponían resueltamente. En esto, recibo una carta de don Enrique. Entre otras cosas, copiaba en ella la célebre frase de San Jerónimo: “Te ruego que te des prisa, y antes bien cortes que desates la cuerda que detiene la nave en la playa”. Al leerla mi hermano: “¡Aquí no hay nada que desatar...!” gritó. Ya por fin, cedieron y me dejaron ir a hacer los Ejercicios Espirituales a Carabanchel.

Más tarde fui al Noviciado directamente, empezándole, el 12 de octubre, yo solo.

En resumen, mi vocación la atribuyo a una serie de factores que me hicieron reflexionar, entre ellos la muerte del muchacho y el libro de don Enrique, sin la lectura del cual no me hubiera hecho salesiano.

La táctica de don Enrique en la búsqueda de vocaciones era fina, delicada, indirecta y prudentísima” (70).

Al lado de don José Quintero y don Inocencio, había otra pareja de amigos íntimos: José Riesco y Ruperto Sánchez. “Nos dio por la piedad —dice don Ruperto—y fuimos a manifestar al director que teníamos deseos de ser salesianos.

Don Enrique nos dio unas palmaditas en la espalda, pero nada más; luego nos observaba” (71).

Con el fin de estudiar mejor la solidez de estas vocaciones, don Enrique acompañó al grupo formado por José Quintero, Inocencio, Ruperto y José Riesco, a hacer Ejercicios a Carabanchel, uniéndolos a otros para quienes precisamente iba dirigida la tanda, de diez días de duración. Hubieran sido tales días extremadamente pesados y largos para aquellos muchachos si don Enrique, con su habitual comprensión, no se hubiera encargado de hacérselos llevaderos.

Así una de las tardes, los llevó a ver aviones a Cuatro Vientos; otra, una película en el colegio de Atocha, y todas les hacía convidar a un buen trago de leche que un coadjutor, el Sr. Codera, después mártir, introducía a diario, embotellada, en el pozo para que, a la hora convenida, estuviera bien fría.

Entregó una libreta a cada uno para que en ella anotaran el resumen de las meditaciones oídas, que luego él se encargaba de revisar.

(70) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, fol. 1-4.

(71) Sánchez Ruperto, Ms. 664, fol. 1.

Ruperto se sintió desanimado. Don Enrique le dijo: "Vas a ayudarme a Misa. Yo pediré por ti, y luego tu harás lo que creas más conveniente". Ruperto marchó y hoy día es arquitecto municipal de Lugo.

Aquellos Ejercicios terminaron con una merienda y con tres vocaciones firmes, probadas hasta nuestros días (72).

Así bendecía Dios su incansable apostolado.

Las meditaciones y propósitos del retiro en Montalegre cuajaban ya en sabrosos frutos, propios y ajenos, agradables al Señor.

"DAD AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR"

Hemos visto hasta ahora cómo don Enrique, en su labor de Director, trabajaba por conseguir el fin primario de la educación, que es la formación de buenos católicos.

Mas no se contentaba con eso: quería también que sus jóvenes fueran excelentes patriotas. El lo era cien por cien, con un amor a España auténtico y profundo. Vivía intensamente los acontecimientos nacionales y con ellos hacía vibrar a sus muchachos.

Ya vimos en otro lugar su preocupación por el teatro formativo. A pesar de sus múltiples ocupaciones, robaba tiempo al sueño para componer, traducir y adaptar obras, que luego serían representadas. Tenemos en nuestro poder varias carpetas en las que está recogido este trabajo.

Se observa una evolución en su gusto artístico creador. Durante los años de Consejero y primeros de Director, preparaba dramas de carácter histórico-patriótico; luego pasó a componer otras aún más formativas, como "Oro, oro, oro" (73), en las que animaba a los mayorcitos a aceptar los papeles principales, pues decía: "Además de formaros vosotros, me ayudáis a salvar almas de una manera amena" (74); y, finalmente, salieron de su pluma obras netamente religiosas, como los "Cuadros de la Vida y Pasión de Jesús", a base del Santo Evangelio, de las que nos ocuparemos en otro lugar.

Nos es grato recordar brevemente algunos acontecimientos patrióticos de aquellos años y exponer el entusiasmo y fervor que despertaron en don Enrique y su colegio.

Durante la segunda mitad de enero y primera de febrero de 1926, la prensa española dedicó muchas páginas a un suceso, en aquellos tiempos extraordinario.

Cuatro españoles, pilotando el hidroavión "Plus Ultra", cruzaron el Atlántico, haciendo el "raid" Palos-Buenos Aires. No fue de un salto, sino en etapas de unas cuantas horas de vuelo cada una. Salieron

(72) Ibid.; cfr., también, Riesco José, Ms. 634, fol. 3, 6-7.

(73) Rodríguez Inocencio, Ms. 640, b.

(74) Quintero José, Ms. 584, fol. 3. vº.

de Palos el 22 de febrero, cubriendo ese día la primera etapa del "raid", Palos-Canarias; el 26, Canarias-Cabo Verde; el 30, Cabo Verde-Per-nambuco, y de allí a Río de Janeiro y Montevideo, donde hicieron noche el 9 de febrero para entrar triunfalmente, la mañana del 10, en Buenos Aires.

En todas partes fueron entusiásticamente aclamados y festejados. Los felices tripulantes que llevaron la hazaña fueron el Comandante Franco, el Alférez de navío Durán, el Capitán de artillería Ruiz de Alda y el mecánico Pablo de Rada.

Franco era portador de un mensaje del Rey don Alfonso XIII para los presidentes de Brasil y Argentina, lo que dio un carácter oficial a la empresa y contribuyó a aumentar los agasajos oficiales, aunque sólo el fervor popular era ya para darse por satisfechos.

Estas gestas se vivieron con entusiasmo en el Colegio.

La Memoria Escolar del curso 1925-26, escrita, según se lee en ella, por uno de los muchachos, se expresa así:

"Febrero.—España entera está emocionada. Cuatro hijos suyos están escribiendo en el libro de la humanidad una página de gloria. Seguimos con afán las etapas del "raid" Palos-Buenos Aires, y empujamos las hélices del hidroavión con nuestras plegarias. "¡Santa María, detén el día!", clamaba un paladín español repartiendo mandobles a los agarenos: ¡Santa María, que lleguen con ventura!, repetimos nosotros al repasar las lecciones. Y llegaron entre los aplausos de los que esperaban y los vítores de los que les despedimos.

Febrero, 10.—A las cuatro de la tarde hay un repique de campanas, disparos de cohetes, aplausos, vítores y emoción. Franco y sus compañeros han caído en brazos de nuestros hermanos de Buenos Aires. Eso debe ser algo grande, algo heroico y algo nuestro, porque todos estamos contentos y aplaudimos y nos abrazamos... Y algunos... hasta lloran, llenos de emoción.

Febrero, 11.—Vacación. La más hermosa, la más gustada, la más hondamente sentida. Por la mañana asistimos, formados, al *Te Deum* en la catedral, organizado por las autoridades civiles y religiosas de la ciudad; nuestras plegarias eran fervientes, llenas de gratitud, acariciadoras de ilusiones, pletóricas de esperanzas. A las cinco, velada. Lo propicio de la ocasión, la disposición de los espíritus, lo escogido del programa, el numeroso y selecto público que nos acompañaba, hicieron del acto el más imperecedero recuerdo de mi vida colegial.

Presidió la velada el señor Gobernador Militar, General Navarro y Alonso de Celada, acompañado de los jefes y oficiales de la Plaza; el teniente Alcalde, señor Calama; el concejal, señor Méndez; el doctor, señor Cerezo; etc., etc., y en el espacioso salón, las familias de los colegiales.

Al correrse el telón, aparece una hermosa alegoría de S. M. el Rey, envuelto en la bandera española, cuyos pliegues cubren las banderas

americanas, que forman corona al escudo español, sostenido por dos leones a los pies del Monarca. Sobre su cabeza vuela, perdiéndose en la lejanía, camino de América, el hidroavión español. El piano deja escuchar sus notas y los seiscientos colegiales cantamos, con voz animada por el entusiasmo, el himno de la Raza, y las manos de todos se unen en nutrido y prolongado aplauso con vivas a España, al Rey y al Ejército. Muy bien los colegiales Elena y Novo, en sus respectivos números, y arrebatador don A. Rubio en su discurso de altos vuelos patrióticos, que finalizó en una inspirada poesía a las gestas de España. Don A. Calama une al homenaje del colegio a la Patria el homenaje de todos los padres de los alumnos, y pide al general Navarro haga llegar nuestra adhesión al Rey y al Ejército que lucha. El señor Gobernador Militar acepta la idea y promete realizarla. Finalizaron la velada unas palabras de nuestro Director, como suyas, sentidas, arrebatadoras: "Dios y la Patria—nos dijo—, sean vuestros amores. Ofrendad a Dios el triunfo de vuestra fe, a El dirigid vuestras plegarias, de El esperad los auxilios, a El sólo humillad vuestra frente y doblad vuestra rodilla, y para la Patria, vuestro cariño, vuestro trabajo de hombres honrados, vuestra inteligencia de hombres sabios, y si un día lo reclama, vuestra sangre y vuestra vida, que es muy dulce padecer y morir por España." Un aplauso, nutrido y prolongado, dijo muy a las claras que así pensábamos, que en aquel momento todos éramos héroes (75).

En esta ocasión escribió don Enrique un hermoso artículo que tituló "Alma de España" y que publicó el diario local de Salamanca "El Adelanto", con fecha de 11 de febrero.

Una de las fiestas patrióticas de más importancia era la de la Raza, hoy llamada, con más razón, la "Fiesta de la Hispanidad".

Dice así la Memoria Escolar: "Octubre, 12.—Fiesta de la Raza: Siguiendo la tradicional costumbre, tomamos parte en todos los actos con que Salamanca conmemora la epopeya del inmortal Colón. Por la mañana y, llevando al frente nuestra bandera, asistimos a la misa en la espaciosa iglesia de los PP. Dominicos. Hubo después procesión cívica al monumento de Colón; se pronunciaron discursos, se ofrecieron coronas, y se continuó hasta la Plaza Mayor, donde resultó emocionante el momento de izar las banderas de Castilla, España y Argentina, mientras los colegiales, acompañados por la banda de la Victoria, cantábamos con entusiasmo el Himno de la Raza, cuyas vibrantes notas arrancaron sentidos aplausos a la multitud, que llenaba la Plaza. Por la tarde tuvimos sesión de cine y en los momentos de descanso se declamaron hermosas y sentidas poesías a España, que fueron muy aplaudidas."

En la misma línea patriótica, sucedió un episodio simpático el curso siguiente. Fue en octubre de 1926.

(75) Memoria Escolar, curso 1925-26, Arch. I. M. A.

El General Primo de Rivera, durante su período de Dictadura, fue nombrado doctor "honoris causa" de la Universidad de Salamanca.

El periódico de Madrid "La Nación" le regaló, como acto de deferencia, toga, muceta y borla, y se vino a Salamanca para ser investido de estas prendas y recibir la medalla universitaria de manos del Rector, señor Esperabé.

A la llegada del tren, como la línea férrea lindaba con el Colegio, don Enrique hizo formar a todos los jóvenes en el patio con un abanderado al frente.

Ante aquel gesto tan simpático, Primo de Rivera se entusiasmó y agitó los brazos a través de la ventanilla.

Por la tarde, después de los actos oficiales, llegó al colegio un aviso: El General esperaba a don Enrique en el Ayuntamiento. Era para felicitarle y agradecerle aquella prueba y manifestación de patriotismo (76).

Un último detalle sobre el espíritu patriótico del Siervo de Dios. En las Actas de la reunión de directores, que tuvo lugar en Carabanchel el año 1927, consta esta propuesta del director de Salamanca: "que no deje de izarse la bandera nacional en las diversas fiestas que se celebren en casa. Así se acordó" (77).

SE HIZO TODO PARA TODOS

Podríamos hablar de su respeto y cordial afecto a las autoridades eclesiásticas.

El señor Obispo de Salamanca, el célebre orador doctor Frutos Viciente, hallaba a veces sus ratos de esparcimiento en el Colegio. Amaba a los salesianos, y éstos y sus alumnos le veneraban. Alguna vez se le obsequió de manera más oficial y solemne.

Sirva de ejemplo el relato que nos hace la Memoria Escolar del año 1926:

"Mayo, 7.—A las cinco de la tarde nos honra con su visita el señor Obispo. Le recibimos en la galería y besamos su pastoral anillo. Es cariñoso, afable, y la sonrisa, que juega siempre en sus labios, roba los corazones. Recorrió todas las dependencias del colegio y asistió en el presbiterio al mes de María; después, nos dio la "flor" para el día siguiente: Rezar tres Avemarías por los niños que no conocen a María Auxiliadora. Habló con tanta elocuencia, con tanta unción, que nos tenía embelesados.

A continuación, en el salón de actos, le dedicamos una velada. Hace el ofrecimiento el señor Director, diciendo que esta fecha será de imborrable recuerdo en los anales del Colegio y ofrece al buen Pastor los

(76) García Andrés, Ms. 560, fol. 3. vº.

(77) Acta de la Reunión de Directores, Arch. I. M. A.

corazones de sus corderitos. Elena tuvo un hermoso saludo en nombre de los bachilleres, pero el peso de la velada lo llevaron los “peques”, que estuvieron colosales.

Hicieron también el cuadro titulado “El nietecito” y el diálogo “El buen Pastor”, al cual el señor Obispo dedicó frases de sincero aplauso.

Al terminar la velada, conmovido y entusiasmado, el señor Obispo dio las gracias con su peculiar elocuencia a profesores y alumnos, por el agradable rato que le habían proporcionado, teniendo frases de sincero elogio para nuestros superiores, que así saben formar el corazón y la inteligencia de sus educandos, preparándoles tan perfectamente para las grandes luchas de la vida. Un nutrido y caluroso aplauso coronó sus palabras, prorrumpiendo los colegiales en entusiasmas vivas al señor Obispo.”

Otra faceta de don Enrique: Buen hijo de la Congregación, amaba y se desvivía por honrar a sus superiores.

Durante el primer año de su directorado, don Marcelino Olaechea, actual arzobispo de Valencia, fue elegido Inspector Provincial de la Célitica.

La Memoria Escolar se hace eco de la primera visita canónica realizada a los salesianos por el actual ilustre jerarca de la Iglesia: “Diciembre, 15 (1925).—A las tres y media recibimos la primera visita del nuevo señor Inspector, don Marcelino Olaechea. Es joven, alto, de amable presencia e inteligente mirada. Hubo saludo de bienvenida y unas palabras del visitante rezumando dulzura y cariño.”

A los pocos meses del citado nombramiento, honró con su visita nuestra Patria el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi, tercer sucesor de San Juan Bosco. Cerca de cuarenta años antes, don Rinaldi había trabajado mucho y bien en España. Enviado por el mismo Don Bosco en el año 1888, fue Director de la naciente casa de Sarriá y luego Provincial de España y Portugal. Las cualidades extraordinarias de exquisita amabilidad y suma prudencia le hicieron siempre y pronto dueño de los corazones.

El viaje del Rector Mayor fue una auténtica gira triunfal. Comenzó en Barcelona, a principios de febrero de 1926, siguiendo por Valencia, Alicante, Andalucía y Portugal, hasta Madrid, donde llegó el 21 de mayo. Su viaje aquí tuvo una espléndida apoteosis, sumándose al homenaje los más distinguidos miembros de la nobleza, los ministros de la corte, el Nuncio de Su Santidad y hasta S. M. el Rey don Alfonso XIII, que dio realce con su presencia a algunos actos, como la colocación de la primera piedra de la nueva Iglesia del colegio de la calle Francos Rodríguez (Estrecho). Se celebraron, en esta ocasión, también las Bodas de plata de la primera casa salesiana de Madrid, en la calle de Ronda de Atocha y el cuarto Congreso Nacional de los Antiguos Alumnos Salesianos.

Cuando don Felipe Rinaldi visitaba la casa de Astudillo (Palencia),

Su Majestad el Rey manifestó deseos de recibirle en Palacio el 27 de marzo. Se le observó respetuosamente que era imposible darle gusto en la fecha señalada, por lo cual se aplazó la audiencia hasta el 30. Esto obligó al Rector Mayor a precipitar sus visitas a Salamanca y Béjar.

El 28 de marzo, Domingo de Ramos, llegó al colegio María Auxiliadora.

La Memoria Escolar dice así: "Marzo, 28.—Procedente de Palencia ha llegado, a las nueve de la mañana, don Felipe Rinaldi. No pudimos salir a esperarle como deseábamos. Tenía anunciada su llegada a las ocho de la tarde del mismo día. Salamanca toda se preparaba a tributarle un honroso recibimiento; pero se vio obligado a adelantar su visita porque el Rey manifestó deseos de saludarle en Madrid.

Le recibimos los colegiales en la galería. Es alto, robusto; la nieve de los años y la experiencia coronan su frente ancha, reveladora de grandes ideales. Su mirada es bondadosa y atractiva; su ademán reposado y su sonrisa santa se ganan los corazones. Cantamos un himno; Cabrera leyó un saludo, y él, lleno de emoción, nos dijo unas palabras que caían en nuestra alma suaves y fecundas, como benéfica lluvia de mayo.

Estuvo muy poco entre nosotros, pero sí lo bastante para que se llevase nuestro afecto. El mismo día visitó la casa de San Benito y el floreciente internado de las HH. de María Auxiliadora. Aún tuvo tiempo de llegar inesperadamente a Béjar para saludar unos momentos a los Hermanos.

El lunes 29 se dio en el Colegio de María Auxiliadora una comida en su honor. Honraron la mesa el señor Obispo de la diócesis, doctor Frutos Valiente, quien saludó emocionado al Rector Mayor, besando su mano; el Excmo. señor Gobernador Militar, el señor Alcalde, el señor Presidente de la Diputación, el señor Director del Instituto, etcétera. "A las tres de la tarde salía para Madrid de nuevo, y al día siguiente departía íntimamente con S. M. el Rey en el Palacio de Oriente. Visitó aún algunas casas de Madrid y luego partió en seguida para Barcelona y Turín, finalizando así su viaje de dos meses (78).

Don Enrique fue el alma de los homenajes que autoridades y alumnos tributaron al Siervo de Dios. Su amor a la Congregación, su entusiasmo por el gran honor que el Rector Mayor le dispensaba visitando su colegio, no tuvieron límites ni conocieron fatigas.

Demos fin a este período de su vida, anotando algunas particularidades que nos relatan los testigos.

Funcionaba ya entonces el Colegio de las Salesianas en Salamanca. Hasta ellas extendió el Siervo de Dios su celo y caridad.

(78) «Boletín Salesiano», (1926), abril, pág., 117-118; mayo, pág., 148-158; junio, pág., 178-189.

Dice San Agustín: "Cuando se ama, no existe trabajo, y si existe, se ama el trabajo."

Don Enrique, a pesar de su fatigoso e ininterrumpido trabajo en el colegio, atendía bien a las Hermanas y niñas en sus necesidades espirituales.

Cuando iba a darles la bendición con S. D. M., les dirigía antes unas palabras, de más o menos extensión, según el tiempo de que dispusiera, pero era constante en esta práctica. Se reservó la conferencia mensual a las Hermanas con motivo de su día de retiro.

Dicen las que le conocieron que era bondadoso y lleno de celo por las almas. Su puntualidad era matemática; su paciencia no tenía límites. En cierta ocasión, dice una salesiana, después de haberle mortificado yo con palabras que le podían impacientar y hasta disgustar, él, con gracia y muy tranquilo, me soltó un "Vete a la gloria" (79).

Se preocupaba también de que las niñas estuvieran contentas y así, cuando en su colegio de María Auxiliadora había alguna función recreativa interesante, avisaba a la Hermana Directora para que mandase a salesianas y chicas internas a gozar un poco de la alegría de la fiesta.

En sus pláticas insistía mucho en estas ideas: "Estad alegres en el Señor y el demonio no se acercará a vosotras. Amad mucho a María Auxiliadora y veréis lo que son milagros; viviréis felices y no temeréis la muerte, pues esta Madre buena siempre está a nuestro lado" (80). "Trabajad siempre y sólo por la gloria de Dios y, después de haber hecho todo lo que estuviere en vuestras manos, decid: siervas inútiles somos; lo que debíamos hacer, hicimos."

Estas frases, comenta una Hermana, eran la expresión de su conducta (81).

En su propio colegio jamás descuidó la predicación de la palabra de Dios: triduo de apertura del curso escolar, novena de María Auxiliadora, pláticas dominicales, conferencias a los muchachos, alguna vez Ejercicios Espirituales (82).

Y esta formación espiritual la quería en un ambiente de serena expansión. Los Antiguos Alumnos jamás olvidarán, por ejemplo, los Carnavales, celebrados en el colegio el año 1925, saturados de espiritualidad y sana alegría; las excursiones, como la tenida el 10 de abril del mismo año, la cual dejó honda huella en los muchachos y también en los bejaranos, quienes fueron obsequiados por sus visitantes con una hermosa velada, que dio como fruto una recaudación de más de 200 pesetas para obras de beneficencia (83).

Extremaba sus atenciones con los forasteros. Después de una tanda de Ejercicios, preguntó a un respetable coadjutor: "¿Qué tal los Ejer-

(79) Otero Romana, Ms. 621, fol. -2.

(80) Bellido María, Ms. 527, fol. 1-2.

(81) Otero Romana, Ms. 621, fol. 1.

(82) Memoria Escolar, curso 1925-26, Arch. I. M. A.

(83) Ibid.

cicios?” Y éste, bromeando: “¡Estupendos! Unas chuletas así...”, contestó, señalando la largura y anchura de la mano extendida.

Y don Enrique: “¡Claro!, es natural. ¡Pobres hermanos, que se gastan en las Casas! A la par que reponen sus almas, es bueno que repongan también su cuerpo” (84).

“La tercera vez que tuve trato con él—dice un sacerdote—fue cuando, vuelto de Italia, hice mi último curso de Teología en el Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, cuyo Director era don Enrique. El me preparó próximamente al sacerdocio con acertada dirección. Siempre encontré en él a un padre bondadoso que supo solucionar mis dificultades y se desveló para que pudiera celebrar la fiesta de mi Primera Misa en Santander, donde residían mis padres; y después de las vacaciones de Navidad, organizó otra bien sonada en el colegio de Salamanca” (85).

Extendía semejantes atenciones también a los empleados. Acostumbraba hacerles un buen obsequio en las Navidades; era generoso en propinas con ocasión de fiestas y días de más intenso trabajo. Sobre todo les trataba con afecto. Confesaban ellos no haber pasado por allí otro Director que se le pudiera comparar en finura y delicadezas.

Sin embargo no todos correspondieron a su conducta tan noble.

Fue en las vacaciones de Navidad. Una noche quiso obsequiar a la comunidad con un buen plato de dulce. Llamó al Hermano despensero, le entregó la llave de su habitación con el encargo de bajar al comedor una hermosa tarta que tenía guardada en uno de los armarios.

Al poco tiempo llegaba el despensero, pero nervioso, sofocado: “¡Han robado, han robado!” Al ir a coger el dulce había advertido que los armarios estaban forzados y había desaparecido el dinero.

Subió don Enrique, y otros de la comunidad le siguieron, comprobando la realidad del suceso.

Sospechó en seguida de uno de los empleados, mas no pronunció palabra; prefirió culparse a sí mismo: “¿Veis?, abandono mío por no cerrar el armario. Bajad todos a cenar, que aquí no ha pasado nada.”

Al cabo de un mes, un criado se presenta en su despacho. Don Enrique piensa: “Este es”, pero guarda silencio.

—¿Qué deseas?

—Ya hace tiempo que no he ido a ver a mi familia; quisiera ir.

—Bien, me gusta, hijo, me gusta... La familia sobre todo. ¿Cuántos días quieres de permiso?

—Ocho.

Mientras el empleado se dirigía a la estación de ferrocarril, el Director llamó a la policía y dio las señas personales del individuo, indicando la hora del tren y la estación de destino.

(84) Quílez Fabián, Ms. 633, fol. 1.

(85) Rodríguez Joaquín, Ms. 641.

Fácilmente dieron con él sus perseguidores y, tras un pequeño registro, apareció el dinero robado.

En el colegio nadie se enteró del culpable ni de su captura. Así era de fino el Siervo de Dios y así velaba por la fama del prójimo (86).

Si con los criados era espléndido, no lo era menos con los padres. Un día se encontró, por los andenes de la estación, con una madre afligida, cuyos hijos jugaban, arrastrándose por el suelo. Trató conversación con ella y, tras unas preguntas generales, supo que, por falta de dinero, no podía reunirse con su marido, que trabajaba en Francia.

Con generosidad entregó a la pobre mujer el dinero que necesitaba para el ansiado billete (87).

La personalidad de don Enrique, de año en año se iba agigantando, hasta alcanzar, ante los salesianos de la Inspectoría, proporciones insospechadas.

Su voz era oída con respeto. Días antes de la visita de don Rinaldi a las Casas de Salamanca, se celebraron en esta ciudad unas reuniones de directores, bajo la presidencia de don Marcelino Olachea, Inspector.

En una de ellas se trataba de los asuntos de la Inspectoría y, sobre todo, de la formación del personal salesiano.

“El señor Director de Salamanca—dice la Crónica—propone la fiscalización de los estudios de los aspirantes, novicios y filósofos, haciendo que el tribunal de los exámenes no lo formen sólo los maestros, sino otros Hermanos, ajenos a la Casa de formación, poseídos de la asignatura e imparciales. Que se redacten los programas de cada asignatura y no se varíen al arbitrio de los profesores; que se sancionen de alguna manera los suspensos de los estudiantes de Filosofía, pues la falta de sanción ocasiona la negligencia, por costumbre, en todas o en alguna asignatura en particular. Es acogida la propuesta en todas sus partes, acordándose, respecto a la última, que no comiencen a computarse los años de trienio para ningún clérigo hasta que aprueben todas las asignaturas pendientes.”

En la misma ocasión, el señor Inspector hace notar las estrecheces por las que atraviesan las Casas de Noviciado y Filosofía; y don Enrique rubrica “que no se educa nuestro personal, reservándole lo peor en techo, capilla, cubiertos, etc... Que no se educan en la miseria y en la suciedad: sotanas rotas, libros sucios que corren por lustros de generación en generación, etc.” (88),

Dos años más tarde, en otra reunión semejante, habida el mes de abril de 1928: “A don Enrique, Director de Salamanca, se le encarga la compilación de una lista de libros de lectura para lograr una sólida

(86) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 6-7.

(87) Sáiz Julia, Ms. 658, fol. 2.

(88) Acta de la Reunión de Directores, Arch. I. M. A.

cultura religiosa de los Antiguos Alumnos y conseguir entre ellos la formación de grupos preparados para el apostolado seglar" (89).

Sin lugar a dudas, la mayor alegría del Padre Rinaldi durante su fecundo rectorado fue la beatificación de Don Bosco, acaecida el 2 de junio de 1929.

Intimamente unida a ella, se celebró en el colegio de Valsalice (Turín) el XII Capítulo General de la Congregación y, precediéndole, los Capítulos Provinciales en las respectivas Inspectorías. El de la Cética tuvo lugar en Salamanca, en el mes de abril de 1929.

Lo presidía don Marcelino Olaechea. El Consejo Inspectorial estaba formado por don Alejandro Battaini, don José Lasaga, don Enrique Sáiz y don Vicente Schiralli. A ellos se unieron, en Capítulo, los directores y delegados de las diversas Casas.

Fueron nombrados escrutadores don Pedro Olivazzo y don Vicente Schiralli, los más antiguos en profesión religiosa.

Uno de los asuntos más importantes allí tratados, si no el principal, fue la elección del Delegado Inspectorial, que había de acompañar a don Marcelino a Valsalice y, en esta ocasión, también a Roma, para asistir a las solemnes fiestas de la Beatificación del Fundador.

Los electores eran veintinueve.

Desde el principio, los votos se repartieron entre don Battaini y don Enrique. En el primer escrutinio, ninguno de los asistentes consiguió la mayoría absoluta requerida; los más favorecidos fueron don Battaini, que alcanzó siete votos, y don Enrique, que obtuvo cinco.

El segundo escrutinio arroja nueve votos a favor de don Battaini y ocho a favor de don Enrique. Se realizó el tercer escrutinio, en el que había de tenerse en cuenta la mayoría relativa, y es elegido don Enrique como Delegado, con nueve votos, quedándole ocho a don Battaini, que pasa a ser suplente.

Alguno de los temas allí tratados revistieron gran interés. Don Alejandro Battaini tuvo una ponencia sobre "Cómo cuidar de los Hermanos en el trienio práctico".

Dio mucha guerra a los Padres Capitulares una propuesta sobre las vacaciones navideñas, por las dificultades prácticas que el cumplimiento del artículo 123 de los Reglamentos Salesianos entrañaba en la disciplina de los colegios.

Mucho se discutió y, tras de haber ponderado públicamente los pros y los contras, el señor Inspector sometió a votos la siguiente proposición: "Pedir al Capítulo Superior la concesión de las vacaciones de Navidad para todos los internados..." Resultados: 20, sí; 7, no (90).

Fue precisamente a don Enrique a quien cupo la tarea de presentar esta propuesta al Capítulo General. Más tarde se lo contaría a su her-

(89) Ibid.

(90) Acta del Capítulo Inspectorial de la Inspectoría Cética, abril 1929, Arch. I. M. A.

mano Daniel: "Mira, Daniel; yo, pobrecillo, allí, entre personas tan graves... Me hicieron un honor muy grande, pero también me dieron un trabajo ímprobo: hablar delante de aquellos señores, hacer una propuesta que solucionaron con generosidad" (91).

El XII Capítulo General terminó con una audiencia concedida por Pío XI a los Capitulares. Don Enrique tuvo ocasión de cruzar unas palabras con el Santo Padre.

—¿Qué quieres de mí?

—Santidad, una bendición para mi pueblo.

—Concedida, con todas las gracias que yo puedo concederte.

Gozoso llevó el Siervo de Dios a Ubierna la buena nueva; reunió al pueblo en la iglesia; explicó el significado de la ceremonia y, con profunda emoción e incluso con lágrimas, recibieron aquellas gentes la bendición que el Padre común de los cristianos les enviaba desde Roma (92).

Durante su Directorado en Salamanca ocurrió también el fallecimiento de su querida madre (anciana y enferma hacía tiempo).

Dos veces acudió el hijo a su cabecera, la última de ellas justamente a cerrar aquellos ojos tan queridos y a cumplir los últimos piadosos deberes con la difunta.

La paz, la serenidad y la confianza se reflejaban en el corazón del sacerdote. Su madre acababa de remontar el vuelo hasta la visión de Dios.

El también iba desprendiéndose, día a día, de lo efímero y caduco y elevándose a lo trascendente y eterno.

Mucho había trabajado el Señor en su alma. El cooperaba.

Muy atrás quedaban sus años de Consejero. ¿Con errores? Errar es humano. El que nunca hace nada, no hay miedo de que cometa errores. Equivocarse no es un crimen. La tragedia está en no acertar en la corrección de los fallos propios.

Enrique está en plena madurez, pues se percata de que pertenece a Dios.

Esta verdad, bien abrazada y vivida, conduce a la santidad.

El se lanzó a lograrla, plenamente convencido de que sólo hay un error en la vida: *El no ser santo*.

(91) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 9.

(92) Ibid.; cfr., también, relac. conj. de Arce Higinio, Arce Antonio, Crespo Segundo y Villanueva Mariano, Ms. 514, fol. 3.

CAPITULO VIII

DIRECTOR DE CARABANCHEL ALTO

(1928-1931)

Salamanca y Carabanchel fueron los campos principales, casi exclusivos, de la actividad salesiana de don Enrique. En ambos repartió los años de trienio y el período, no corto, de los cargos de Consejero y Director.

La trayectoria que la obediencia le marcaba resultaba, al parecer, bien sencilla; dos ciudades, mejor, dos puntos claves del mapa geográfico de la Inspectoría Céltica. ¿Su labor? Repetir en Madrid lo practicado y experimentado con heroísmo y naturalidad en Salamanca.

Y la verdad es que los superiores acertaban en la elección y que la cosa resultaba a las mil maravillas, pero también es innegable que el secreto del éxito se ocultaba en el rico venero de espiritualidad y en el horno ardiente de amor a Jesús que bullía, sin agotarse ni apagarse, en el alma de don Enrique. Este tesoro de vida interior había brotado, pujante, durante su primer año de Directorado en Salamanca.

La patriarcal y solariega casa de Carabanchel albergaba, en el curso de 1928 al 1929, estudiantes de bachillerato y, provisionalmente, novicios, filósofos e incluso una "schola minor" de siete teólogos (1).

Allá llegó el Siervo de Dios, dispuesto a cumplir lo mejor posible la voluntad de sus superiores.

No escasearon las dificultades. Tres años de ausencia no habían borrado de la mente de muchos de aquellos jóvenes escolares el recuerdo del antiguo Consejero serio, inflexible en la exigencia del deber y de la disciplina.

Cierto que don Enrique había observado con ellos una pedagogía más benigna que la anteriormente practicada en Salamanca. Al menos no nos consta que en esta su segunda época de Consejero manejara el palo. Sin embargo, podemos asegurar que aun así los muchachos le

(1) Aguilar José, Ms. 504, fol. 1.

temían y huían de él: “Mira, decía el Siervo de Dios a un alumno ya de tiempo conocido, procura ayudarme lo que puedas; habla con tus amigos, invitándoles a que frecuenten mi despacho. ¿Cómo puedo hacerles el bien si no les tengo a mi alcance? Necesito que tengan confianza en mí.” Una vez ya en la habitación, les hablaba con afecto, les convidaba, les permitía oír la radio, pero sobre todo trabajaba incansablemente por su bien espiritual y temporal, con desinterés, puesta la mirada en Dios y en sus almas y... el triunfo era seguro (2).

No era la suya sin embargo, una blandura condescendiente y facilona. “De un amor que sea caridad teológica, —dice Ángel Grazioli—, brotan como de raíces las flores de mansedumbre, afabilidad, compasión y paciencia, que la caridad sabe conciliar muy bien con la severidad paternal y con la energía indispensable para la disciplina” (3).

Don Enrique, aun variando de táctica desde su primer nombramiento para el cargo de Director en el modo de la exigencia, jamás olvidó que la formación es el resultado de un continuo esfuerzo y vencimiento por parte del educador y del educando.

“Como educador y pedagogo, era para nosotros, los clérigos, el verdadero modelo que admirábamos constantemente, tanto por su celo y constancia en la corrección de los alumnos, como por la serenidad de ánimo y precisión de palabras con que lo hacía. A veces parecía un tanto severo, pero formaba caracteres fuertes y convencidos. Nunca llegaba a desconfiar de la eficacia de nuestro sistema educativo, aun con los alumnos más reacios” (4).

Nos interesa dejar constancia de un testimonio que juzgamos de alto valor humano.

A pesar del heroico esfuerzo que tuvo que derrochar en la obra de control de su impulsivo temperamento, como ya tuvimos ocasión de demostrar, no podía a veces evitar espontáneos escapes o desahogos del mismo, que procuraba inmediatamente cohibir con su potente voluntad, tan hecha a la lucha y al vencimiento de sí propio.

Consignemos el testimonio: “En su actuación afloraban algunas manifestaciones, quizá un poco bruscas, que dejaban translucir un fuerte carácter, infundiendo cierto respeto, pero inmediatamente trataba de dulcificar, exteriorizando su comprensión y cariño y, como consecuencia, infundían, de nuevo, en el ánimo de quien le escuchaba una gran confianza” (5).

“En una de mis cuentas de conciencia —refiere el salesiano don Jesús Bárcena— le dije que tenía bastante trabajo, siendo así que otros estaban bastante más desocupados que yo. El me respondió:

—Tú tienes salud, eres ágil.

(2) Riesco José, Ms. 634, fol. 2.

(3) Gracioli Ángel, *«Confesión de niños y jóvenes»*, Ed. Litúrgica Española, Barcelona, s/d.

(4) Rodríguez Pedro, Ms. 645.

(5) Morales Eduardo, Ms. 611.

—No tengo recreos ni puedo llegar con puntualidad a las prácticas de piedad.

—Queriendo, todo lo puedes hacer. Y si no te sientes con ánimo, pide la dispensa de los votos.

—No se trata de pedir dispensa. Lo que se debe hacer es verlo y comprenderlo todo.

—Tú piénsalo bien.

A los dos días me llamó: "Tienes razón, me dijo, a veces uno no llega a ver las cosas en detalle, sino demasiado superficialmente".

Y me descargó de algunas ocupaciones.

A mí me extraño esta actitud tan severa de don Enrique. ¿Quiso con ella castigar mi mal genio o, tal vez, inculcarme la necesidad del trabajo? Me inclino a esto último" (6).

El combate del hombre por alcanzar la perfección espiritual termina al fin de su vida. En la de don Enrique se advierte palmariamente el desarrollo victorioso de esta lucha a base de un trabajo constante, que fue ciertamente objeto de admiración de cuantos le conocieron.

"Era —dice don Agustín González Brañas— algo seco de presentación, pero afectuoso, con afecto eficiente; nada pamplínero. Era director y padre de todos, sin excepción. Hay un trato común, al cual tienen todos derecho y él a todos se lo concedía. Alentaba en la virtud, pero con arte y elegancia. Don Marcelino Olaechea y él eran considerados por todos como dos hombres de gran valía" (7).

En los comienzos de su mandato en Carabanchel, aun alguien dudaba de la sinceridad de su conversión, referida en el capítulo precedente.

Tanto se había hablado de la dureza de carácter del Siervo de Dios, que parecía a todas luces inverosímil una transformación sincera en plazo tan corto: "Cuando yo veía cómo trataba a los chicos, en un principio llegué a creer que aquello en él era algo ficticio; pronto llegué a convencerme de que el cambio había sido una realidad, fruto de su propio vencimiento y esfuerzo" (8).

Carabanchel no ofrecía ciertamente dificultades especiales en materia de piedad y disciplina. Procuró, sin embargo, inyectar en el ambiente colegial una más intensa corriente de espiritualidad. El fuego de la piedad, que ardía en él, iluminaba y calentaba inmediatamente en torno suyo.

Podríamos extendernos en citas y testimonios, que nos hablan del fervor que irradiaban sus predicaciones, sobre todo las Horas Santas, los sermones de la Semana Santa sobre el mandato del Señor el Jueves y la Pasión el Viernes, los cuales llegaban a conmover hasta las lágrimas a su atento auditorio (9).

Temblaba ante la posibilidad de que sus jóvenes pudieran ofender al Señor "Una noche —relata don Juan Humbría— no recuerdo si en la

(6) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 2.

(7) González Agustín, Ms. 571, fol. 2. vº.

(8) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 3.

(9) Bárcena Jesús, Ms. 522, fol. 2.

víspera de la festividad de la Inmaculada o de María Auxiliadora, hablando con él en su despacho, me impresionaron hondamente unas palabras suyas: "Mira, Juan, si muriéndome esta noche, lograra evitar un solo pecado mortal en el colegio, daría por ello muy gustoso mi vida" (10).

Por eso afirman los que con él convivieron: "Fue don Enrique un gran asceta, con la idea predominante, obsesiva, de amar a Dios y hacer que le amasen sus alumnos" (11). "Su alma mística gozaba de las sublimidades de Santa Teresa y procuraba formar a los demás a la misma altura espiritual" (12). "En sus conferencias a los novicios, los temas ascéticos y místicos afloraban con espontaneidad a sus labios. San Juan de la Cruz y Santa Teresa eran sus predilectos. Tenía la rara habilidad de hacer converger todas las ciencias al terreno de la Ascética" (13).

"Le gustaba hablar en público, en conferencias y pláticas. Solía hacerlo con cierta novedad y originalidad, y siempre daba doctrina sólida y profunda" (14). "En fervorines eucarísticos su elevado espíritu se conmovía fuertemente y llegaba hasta derramar lágrimas" (15).

No descuidó tampoco en Carabanchel la dirección espiritual individual de los alumnos. "Era verdaderamente convincente su palabra cuando hablaba a los jóvenes en su despacho, aconsejándoles la virtud y el horror al pecado. En aquel hombre se traslucía una vida que, en todos sus actos, tenía presente a Dios, y de manera infalible hacía brotar en sus oyentes o dirigidos el amor divino" (16).

Los alumnos deseaban estas entrevistas con su director: "Los niños, ganados a su confianza, le visitaban frecuentemente en el despacho, solicitando previamente la audiencia, mediante un papelito" (17).

Este ambiente de piedad era el más adecuado para el desarrollo de numerosas vocaciones. Transcribimos, a este propósito, un curioso diálogo entre el Siervo de Dios y don Elías Otero:

—¿Qué le parece, don Elías, de la piedad de nuestros muchachos?

—Yo creo que es buena.

—No sólo buena, sino, fías a Dios, muy buena. Figúrese que de los noventa y seis alumnos mayores del colegio, hay más de cuarenta con vocación religiosa.

—¿Y cuántos llegarán a la meta, don Enrique?

—Quizás ninguno, pero mientras abriguen estas ideas y deseos, se conservarán piadosos, que es lo principal. Luego, Dios dirá (18).

Y a otro salesiano le hacía parecido comentario: "Sé que los más

(10) Humbría Juan, Ms. 578.

(11) Moraleda Miguel, Ms. 610, fol. 2.

(12) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 3 v.º

(13) Martín Lorenzo, Ms. 602, fol. 1.

(14) González Agustín, Ms. 571, fol. 1-2.

(15) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 2.

(16) Moraleda Miguel, Ms. 610, fol. 1-2.

(17) Corbella Juan, Ms. 541.

(18) Otero Elías, Ms. 620, fol. 6.

no llegarán a dar el primer paso, pero yo, "a priori", jamás desaliento a ninguno: ellos embalsaman el ambiente y me tienen al corriente de la marcha de la casa" (19).

Diligente en despertar y cultivar vocaciones a vida más perfecta, no podía sufrir su apostólico corazón las deserciones y cobardías en el ideal ya abrazado.

"A uno que se empeñaba en abandonar el camino emprendido viendo que nada lograban sus palabras y razonamientos, mostrándole el Crucifijo, logró que perseverase con estas palabras: "¿No ves que es Cristo quien no te deja marchar?" "¿No quieres seguirle llevando su cruz?" (20).

Con su piedad, y aquilatando la robustez de la misma, corrían parejas su espíritu de sacrificio y su amor a los sufrimientos.

"Sabíamos que estaba enfermo, pero nunca se quejó. Permanecía muchas horas de rodillas, sin dar muestras de dolor ni de cansancio. Su posición en la oración era: juntas las manos y cruzados los dedos, como Don Bosco.

Predicando fervorines eucarísticos en las grandes solemnidades, recordaba siempre las catacumbas, a los mártires romanos, y ello le hacía derramar lágrimas. Ya esta circunstancia se había hecho notoria, tanto en la comunidad de los novicios como en la de los muchachos" (21).

En su comer se mostraba muy frugal. "Le serví —dice uno— varias veces a la mesa, y observé que era parco, indiferente a uno u otro manjar. Sin embargo quería que a los hermanos se sirviera la comida bien preparada. Siempre le vi sencillo, sin afectación en porte y vestimenta" (22).

Padebió molestias a causa de la excrecencia de un hueso en uno de los dedos de un pie. Por ello hubo de someterse a dolorosa operación.

—Padre, le decía el cirujano, hay que anestesiar el pie, porque de lo contrario los dolores serán muy agudos.

—No se preocupe por ello, doctor. Si Dios sufrió tanto por nosotros, bueno es que nosotros también suframos algo por su amor.

—Es que no podrá soportar los dolores.

—Animo, doctor, que Dios me ayudará

Se introdujo un pañuelo en la boca, y sin moverse ni quejarse lo más mínimo aguantó paciente la tremenda operación (23).

En una cuenta de conciencia aconsejaba a un salesiano: "Hemos de poner coto a veces incluso a las satisfacciones lícitas para así ejercitarnos en la virtud y llegar a una más elevada perfección. Y es que él era muy aficionado a las Ciencias Naturales; pero su espíritu de morti-

(19) Corbella Juan, Ms. 541.

(20) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 1 v.^o

(21) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 2.

(22) Bárcena Jesús, Ms. 521, fol. 3.

(23) Riesco José, Ms. 634, fol. 11; Sáiz Julia, Ms. 657.

ficación se extendía a todo cuanto de grato puede presentar la vida. Era el ascetismo practicado en todos sus detalles. Confirmaba el consejo con la autoridad de algún místico de su devoción" (24).

Severo hasta este punto consigo mismo, era todo caridad con los hermanos y alumnos. No esperaba a que los muchachos se presentasen para decirle que se encontraban enfermos. El mismo los observaba y se adelantaba:

—Esa tos no me gusta.

—Si no es nada...

—Que te vea el médico en seguida.

Y las prescripciones del médico eran para él órdenes tajantes. Luego, no dejaba pasar un día sin visitar a los enfermos (25).

En su rostro se advertía un signo de satisfacción cuando contemplaba los juegos de los muchachos, siempre animados y bulliciosos. Instaba a jugar a aquellos jóvenes que, más débiles o más cerebrales, no lo hacían con la frecuencia que él deseaba.

En más de una ocasión, partiendo los alumnos de vacaciones, llamó a alguno para regalarle un libro de gimnasia sueca, haciéndole prometer que, durante el verano, la practicaría diez o quince minutos al día (26).

"Cuando surgía una rencilla en la comunidad, no quedaba tranquilo hasta haberla solucionado. En este punto procedió alguna vez hasta con rigidez: Un joven maestro faltó al respeto a cierto superior suyo. Don Enrique mandó que el ofensor públicamente pidiera perdón al ofendido, puesto que la falta había sido pública. Intervino el Consejero a favor del ofensor, que se hallaba arrepentido.

—"Si se conforma el superior, perdonado; pero que las cosas queden arregladas. Y decía esto con sosiego y tranquilidad. Jamás le oí una palabra más alta que otra" (27).

No daba conferencia sin que al final pronunciase unas palabras sobre la virtud de la caridad (28).

Los ancianos dan una nota de simpatía en las casas religiosas.

Esto, que casi siempre es verdad, vino a ser hermosa realidad en el colegio de Carabanchel, que tuvo la fortuna de albergar, durante el curso 1929-30; al inolvidable don Ramón Zabalo, conocido por todos, entonces y ahora, con el sobrenombre cariñoso de "el abuelito" (29).

No es fácil que un hombre pueda acumular en sí tanta bondad, gracejo y simpatía, como anidaron en el alma, transparente y expansiva de don Ramón.

Muy curtido ya en las luchas de la vida (había sido Maestro Nacio-

(24) Valle Mariano, Ms. 675, fol. 2.

(25) Aguilar José, Ms. 504, fol. 3.

(26) Moraleda Miguel, Ms. 610, fol. 1 v.º

(27) Aguilar José, Ms. 504, fol. 2.

(28) Aguilar José, Ms. 504, fol. 1.

(29) Aguilar José, Ms. 504, fol. 3.

nal y comerciante en el mundo), con cuarenta y tres años se decidía a llamar a las puertas de la Congregación, ganado fuertemente por el espíritu de Don Bosco y por la persona del que había de ser uno de los sucesores de éste, el Siervo de Dios don Felipe Rinaldi.

Este le recibió con los brazos abiertos, confiándole muy pronto cargos de muy alta responsabilidad.

Llegado a la vejez, siempre ejemplar, esparció la alegría y el buen humor en las casas, a que le destinó la Obediencia.

Su destacada personalidad, recia y atrayente, le mereció una biografía, bien hilvanada por la ágil y elegante pluma de uno de sus admiradores, vasco como él, el mártir, don Miguel Lasaga, y cariñosamente prologada por don Marcelino Olaechea (30).

Don Enrique consideró la estancia del "abuelito" en su colegio como una bendición de Dios y un tesoro precioso para la casa. Le colmaba de atenciones, pues todas le parecían insuficientes; le mimaba, le llevaba a pasear por la granja y por los patios, contento de poder alegrar así la vejez de tan benemérito salesiano (31).

Y el abuelito caló a fondo en el corazón de don Enrique. Sus cansados ojos, cargados de experiencia, adivinaron la recia personalidad del que como hijo le cuidaba... Callaba el abuelito, agradecía, amaba... tanto que dos años más tarde, residiendo ya en el colegio del Paseo de Extremadura, al convencerse de que su partida a la eternidad se iba aproximando por momentos, quiso hacer su última confesión con su querido don Enrique, Director a la sazón de la casa de Ronda de Atocha. Mas dejemos a don Miguel Lasaga relatar la preciosa escena:

"Aunque, como ya hemos dicho, a pesar de sus ochenta años, no pensaba recibir tan pronto la visita de la "amiga muerte", sin embargo, los designios de Dios iban por otro lado.

Don Ramón, como el Siervo bueno, que se hizo todo manos para doblar el talento negociándolo, pudo responder con la tranquilidad de un justo a la voz de Dios: "Héme aquí, Señor".

El primer aldabonazo de la muerte lo oyó el 4 de noviembre, día de San Carlos, después de haber celebrado por su hermana Carolina la última Misa de su vida. Pensaba en lo contenta que estaría "la pequeña" al recibir su carta, y se gozaba en su interior imaginando lo feliz que hacía a su hermana mandándole sus noticias hasta entonces tan buenas y tan alegres. Pero sólo fue placer de unas horas porque, al atardecer, se sintió mal y pidió permiso al Superior para acostarse.

La enfermedad entretuvo a los que le rodeaban, haciéndoles creer que aquello no pasaría de un achuchón, muy explicable en un viejo, del que saldría con unos días de cama; pero el día 9 del mismo mes, el médico de cabecera que le visitó, diagnosticó tranquilamente y con impasividad justificable, que aquello no era más que un desmorona-

(30) Lasaga Miguel, "Don Ramón Zabalo", SEI, Madrid, 1946.

(31) Aguilar José, Ms. 504, fol. 3.

miento, sin más causa que los ochenta y tres años de vida que contaba don Ramón.

Volvió al día siguiente el médico y le dio por desahuciado. Nada se le dijo a don Ramón, pero leyó su gravedad en el rostro de los que le visitaban y en la frecuencia con que se repetían las visitas a su cuarto, tanto que no pudo resistir a la tentación de preguntar:

— ¿Qué dice el médico?

—Mire usted, abuelito, —así se le llamaba por cariño— es hora de decirle llanamente lo que hay sobre su caso: su enfermedad no tiene remedio. El médico no da ninguna esperanza de salida.

—Pues entonces —concluyó don Ramón— llámame a don Enrique Sáiz en seguida. Quiero arreglar bien todas mis cosas.

Largo se le hizo el tiempo que tardó en llegar don Enrique, y apenas le vio entrar exclamó:

—Le esperaba. Deseo que me ayude a entrar en el Cielo. Querido don Enrique, Dios me llama y quiere darme el galardón de lo poco bueno que he obrado en mi vida. Yo estaba dispuesto a seguir trabajando, pero no puede ser. Hágase la voluntad de Dios.

Tranquilo como un justo en la presencia de Dios, hablaba del último momento de su vida; hablaba de su entrada en el Cielo como de cosa hecha, y al decirle el confesor que, al entrar en la bienaventuranza, dirigiera un saludo de parte de sus hermanos, que quedaban en este mundo, a María Auxiliadora, a Don Bosco y a todos los salesianos que allí estuviesen, respondió.

—No uno, sino muchos.

Era un encanto conversar con él de cosas del Cielo.

—¿Se acordará usted de nosotros?—le preguntó don Enrique.

—Sí —respondió— mucho; y os haré muchas visitas, aunque vosotros no me veáis. Os encarezco que no os olvidéis de rezar por mí.

Prometió el sacerdote tenerlo presente todos los días durante la celebración del Santo Sacrificio, y el anciano dijo a su vez:

—Voy a pedir a María Auxiliadora una gracia especial para usted.

—¿Puedo saberla?

—No, es un secreto. Pero ante todo, ¿ha rezado usted el Breviario?

—Todavía no.

—Pues empiece, que yo me uniré a usted en la intención para pedir al Señor perdón de todos mis descuidos en el rezo del Oficio Divino durante mi vida sacerdotal. Será para mí el último rezo que haga del Oficio Litúrgico, y que el Señor me conceda una santa muerte.

Tras un rato de rezo, le interrumpió don Ramón:

—¿Ha llegado usted a Laudes?

—Me falta un poco.

—Avíseme al comenzar las Horas. Juntos rezaremos la oración final. El día 17, jueves, se le administró el Santo Viático.

Fueron ese día al colegio del Paseo de Extremadura los Directores de los cuatro colegios de Madrid, y le administró el Santo Viático don José Manfredini, Director del Teologado de Carabanchel Alto; años antes, desde 1911, sucesor de don Ramón en el gobierno de la Inspección.

Asistieron también a la ceremonia varios sacerdotes salesianos, numerosa representación del Teologado, los latinistas, vestidos de sotaña y roquete, y la clase superior de las Escuelas externas.

Mientras llegaba la hora de la ceremonia, don Enrique el cual había vuelto a la cabecera del enfermo al día siguiente muy temprano, hallábase conversando con él y leyendo la aparición de Domingo Savio a Don Bosco. Don Ramón le escuchaba con los ojos cerrados, tendido en el lecho, resignado a efectuar el sacrificio de su vida. Cuando don Enrique dejaba de leer, comentaba don Ramón en voz baja:

—Hermoso, hermoso. Pronto será para mí todo eso.

Acabada la lectura, comentó don Ramón:

—Todo esto merece dejar la tierra, y más ahora, según está España y lo que amenaza venir. Es un favor muy grande que Dios me lleve.

Recogióse unos momentos y recibió el Señor con gran fervor. Después de dar gracias, llamó de nuevo a don Enrique y al Director de la casa para decirles:

—El acto ha resultado muy solemne y muy hermoso.

Como la enfermedad siguiese avanzando, el domingo, día 20, se le administró la Extrema Unción. El enfermo estaba en sus cabales y conservaba todo su buen humor. No daba señales de padecer, y el que le hubiese visto tendido en cama, grueso, encendido el rostro por la fiebre, hubiera creído que no sentía el menor malestar; pero los médicos decían que los dolores tenían que ser horribles. Cuando le preguntaron si padecía mucho, respondió:

—Sufro horriblemente.

—El Señor padeció por nosotros en la Cruz —interpeló el otro— ofrézcale usted la suya.

—El me la ha dado y sabe por qué—contestó don Ramón.

Recomendaba a los que estaban a su lado que no dejaran de repetir jaculatorias y echarle bendiciones cuando le faltase el uso de la palabra.

La enfermedad siguió su curso hacia un desenlace triste e inevitable. La noche del 21 se encontraba postradísimo y sin fuerzas ni para abrir los ojos. Sólo con leves movimientos daba a entender que oía lo que se conversaba a su lado. A las nueve de la noche comenzó su agonia, manifestada en síntomas que infundían miedo.

Leyóse la recomendación del alma y se le aplicó la indulgencia "in artículo mortis" juntamente con la bendición de María Auxiliadora.

Santa Cecilia esperaba el tránsito de aquella alma candorosa, que

había alegrado a muchos corazones a la manera de una cuerda... en constante vibración de melodía.

Era el 22 de noviembre de 1932 (32).

La belleza y ternura exquisitas del cuadro nos conmueven. El abuelo pagó con amor el amor que don Enrique le profesó, y como premio, dejó caer de sus labios una promesa: "Voy a pedir a María Auxiliadora una gracia para usted".

Nos gustaría adivinar una ilación entre estas palabras y las pronunciadas a continuación: "Todo esto merece dejar la tierra, y más ahora, según está España y lo que amenaza venir. Es un favor muy grande que Dios me lleve". Mas sería muy aventurada tal conjetura: "No, es un secreto", dijo el abuelito, y el secreto bajó con él a la tumba. Pero también es muy probable que don Enrique tuviese con mucha frecuencia a flor de labios, frases delatadoras de sus anhelos de martirio.

Una pincelada más en el hermoso panorama de la vida íntima del Siervo de Dios: Su virtud de la fe daba vida y colorido a los actos más simpáticos de la vida colegial.

Ávila, la amurallada y recogida ciudad de Teresa y Juan de la Cruz, tenían para él un encanto particular. Alguna vez la tomó como meta de excursión para sus jóvenes. Ya planeada una y contratados todos los coches, el tiempo quiso jugar una mala partida a los moradores de la casa de Carabanchel, que se las prometían muy alegres y felices.

Por los diversos locales del colegio se podían advertir caras largas y mustias en la víspera del ansiado día. A través de los empañados cristales, muchos ojos ansiosos no se cansaban de contemplar y lamentar el cielo cerrado y el abundante y recio caer de la lluvia.

Don Enrique en las "Buenas Noches", con sencillez franciscana, aconsejó a todos pidiesen a María Auxiliadora el cese de la lluvia y un alegre amanecer para el feliz éxito de la excursión. "La Virgen nos quiere tanto —decía— que si tenemos fe no lloverá mañana. Antes de dormiros, rezad todos un *Avemaría* con esta intención".

Un siguiente día primaveral fue la respuesta a la fe sencilla. Al regreso del divertido paseo, ya en Carabanchel, la lluvia comenzó a caer de nuevo. Los muchachos creyeron ver en el hecho una muestra de amor maternal de María a sus devotos hijos" (33).

Piedad y estudio son los dos deberes principales y fundamentales de educadores y educandos.

Tenía don Enrique la convicción de que es necesario orientar a los hombres hacia aquella actividad o rama de las ciencias a que se sienten más fuertemente llamados. Por eso, no solo permitía, sino que impulsaba al estudio de las diversas especialidades, siempre que ello resultase compatible con el cumplimiento de los propios deberes. Entendía además, no ser posible la adquisición de la perfección espiritual sin el enri-

(32) Lasaga Miguel, o. c. , pág. 107-111.

(33) Riesco José, Ms. 634, fol. 10.

quecimiento correspondiente del patrimonio intelectual de la persona llamada a ella (34).

Era su deseo que los estudios se cursaran con seriedad, sin que faltase a profesores y alumnos el material didáctico imprescindible para la recta formación de los unos y de los otros, como buenos libros de consulta, laboratorios bien montados, gabinetes de física y química, buenos ejemplares de minerales, de biología marina, etc... (35).

"No dejaba pasar un mes sin premiar a los alumnos más aplicados, bien con excursiones, cines o teatros dignos de verse, sin peligro para su alma" (36). "A los filósofos y teólogos les orientaba sobre los libros que habían de leer. Les inició asimismo en la comprensión del arte sagrado. Su alma delicada y bien cultivada creía imprescindible este estudio" (37).

Mientras el Siervo de Dios desarrollaba tan fecundo apostolado en la serena paz de Carabanchel, malos vientos soplaban por ciudades y pueblos de España, repercutiendo, como es natural, en Madrid los más furiosos golpes del nefasto vendaval.

El 12 de abril de 1931 se celebraron las elecciones municipales en toda la nación. Los revolucionarios se movilizaron con la consigna de sacar de ellas proclamada la República.

Primero el Ayuntamiento de Eibar, a las 7 de la mañana del día 14 y a continuación Barcelona proclamaron el nuevo régimen. Y luego... toda España.

Inmediatamente quedó abolida la Monarquía y constituido un Gobierno republicano abiertamente antirreligioso. Los ministros de este Gobierno vinieron a ser casi todos de extrema izquierda. Lo confesaron abiertamente y no dudaron en azuzar a las turbas contra la Iglesia Católica. Salieron a relucir las banderas tricolores y matronas de gorro frigio, viejas alegorías de la República.

El Rey, mientras tanto, ultimaba los preparativos de su marcha. Entró en su alcoba, descolgó el Crucifijo y recogió dos banderas, la bicolor y la morada de un regimiento, guardándolas en su maletín. Luego abrió el balcón que da a la calle de Bailén, y desde la penumbra contempló a la muchedumbre que se encrespaba como un mar.

Al Vizconde de Casa Aguilar, que acababa de penetrar, le repitió lo que ya había dicho anteriormente: "No quiero que por mí se derrame una sola gota de sangre".

En aquel momento Madrid, y con Madrid la Nación entera, penetraba en la gran ilusión republicana. La corte se había convertido en la ciudad infernal. Unas hordas aborascadas, frenéticas, vinosas, jamás vistas, salían a bocanadas de todas las calles, para converger en la de

(34) González Agustín, Ms. 571, fol. 1.

(35) Otero Elías, Ms. 620, fol. 4-5.

(36) Otero Elías, Ms. 620, fol. 4.

(37) González Arturo, Ms. 572, fol. 1

Alcalá, en la Puerta del Sol, en la Plaza de Oriente. Turbas y más turbas, que se encaramaban en los tranvías, que asaltaban los "taxis", que desfilaban en camiones, provocadoras, cantaban coplas soeces, y atronaban los espacios con gritos, pidiendo cabezas y sangre.

¡"Abajo el clero, curas y frailes! ¡Abajo todos! ¡Queremos sangre!"

Aquí se cantaba la Marsellesa; allí sonaba el himno de Riego, la marcha oficial de aquel desenfreno; más allá, canciones de burdel.

Estos lamentables sucesos sorprendieron a don Enrique en la calle.

La ruina de la Patria le hirió en lo más profundo de su corazón. Triste, pero no abatido, llegó aquel día más tarde a casa. Le preguntaron si le había ocurrido algo desagradable: "No, nada, —respondió—; pero ¡qué blasfemias, qué palabrotas las que arroja de su boca esa pobre gente! (38).

Una llamada inesperada convocó a todo el colegio en la Capilla, y allí don Enrique dio a los alumnos la noticia de que en España era ya un hecho la proclamación de la República: "En breves palabras nos dijo que se trataba de un acontecimiento insólito, contrario a nuestra historia y nos pidió que rogáramos a Dios por la salvación de la Patria. Intuyó magistralmente, —termina el testigo—, la significación de aquel acontecimiento político" (39).

"La Gaceta" salía por aquellos días llena de Decretos: uno de ellos hacía saber que "interpretando el deseo inequívoco de la Nación, el Comité de fuerzas políticas coaligadas designaba a don Niceto Alcalá Zamora y Torres para el cargo de Presidente de Gobierno Provisional de la República". Además, se hacía constar que el Presidente del Gobierno "asumía la Jefatura del Estado".

Llegó el 10 de mayo. Apenas un mes de vida llevaba el nuevo Gobierno, cuando ya los revolucionarios se encontraron en plena ebullición. Los jefes comunistas de Madrid deliberaron y resolvieron plantear la huelga general, aprovecharse de cualquier manifestación para lanzar las consignas de los soviets y provocar el alzamiento contra el Gobierno provisional; además darían órdenes concretas a las células comunistas con respecto a determinados incendios que habían de verificarse en la Capital y provincias.

El programa empezó a realizarse desde las primeras horas del día 11. La ciudad amaneció agitada bajo el peso del miedo y la expectación. La huelga, iniciada de noche, fue general desde las primeras horas. Quedó paralizada la circulación. La Puerta del Sol empezó a llenarse de aullidos y puños crispados. Se repitieron los gritos de "¡Abajo los conventos!" "¡A la Gran Vía! ¡A la Flor!" "¡Mueran los Jesuitas!"

Algunos minutos después los manifestantes llegaban a la Residencia que los Padres de la Compañía tenían en el extremo de la Gran Vía, junto al cruce de la calle San Bernardo.

(38) Aguilar José, Ms. 504, fol. 2 v.2

(39) Moraleda Miguel, Ms. 610, fol. 2.

Las llamas lamían ya toda la fachada, cuando se presentaron algunas parejas de la Guardia Civil, pero se abstuvieron de actuar pese a la actitud insolente de la chusma, que los silbaba y apedreaba. Otro tanto sucedió a la llegada de los bomberos.

Los incendiarios cruzaban los corredores, revestidos sacrílegamente de estolas y casullas. Uno de ellos salió con un gran cuadro del Sagrado Corazón y, después de clavar un puñal en el corazón de la imagen, lo arrojó al fuego.

En las primeras horas de la tarde no quedaban más que los muros calcinados, y entre ellos un montón de escombros.

Del edificio de la Flor, un grupo de revoltosos se dirigió al monasterio cercano de las Vallecas, Religiosas Bernardas, que se habían instalado allí en el siglo XVI.

Después de vacilar un rato, las monjas se decidieron a abrir y, protegidas por los guardias cívicos, salieron a la calle, que algunas de ellas no habían pisado en cerca de medio siglo.

Iban llorosas y estupefactas, envueltas en la blanca cogulla de San Bernardo.

Cuando salió la última, una octogenaria a quien tuvieron que sacar en hombros, la turba infernal se había derramado ya por todo el monasterio para saquear, incendiar, jugar con vinajeras, cálices y copones.

Al poco tiempo el edificio era una inmensa hoguera.

Otra presa de la revolución fue Areneros, el admirable Instituto Católico de Artes e Industrias, que los Padres Jesuitas tenían en la calle de Alberto Aguilera, y del cual tantos beneficios recibían las clases trabajadoras. Crucifijos, imágenes y candelabros saltaban, al poco tiempo, sobre los adoquines y se hacían añicos; luego, la rapiña, el incendio.

A las tres de la tarde, Madrid se iluminó con otra hoguera, el colegio de Maravillas, que desde hacía cuarenta años dirigían los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Más de quinientos niños, hijos de obreros, recibían en él instrucción gratuita.

Hasta aquel día en todas las iglesias el Santísimo Sacramento había podido ser retirado antes de la invasión de las turbas; pero en ésta de Nuestra Señora de las Maravillas el asalto fue tan repentino que el Sagrario ardió con las especies sacramentales.

Doscientos metros más arriba de Maravillas, entre las calles de Tiziano y de Jaén, las Mercedarias de S. Fernando regentaban un colegio de trescientas niñas pobres. Allí llegaron también las turbas, al caer la tarde.

Al robo y al incendio se unió aquí una profanación macabra. Desenterrado el cadáver momificado de una religiosa fallecida en 1864, organizaron con ella la parodia de un entierro. Sobre la momia vertían, a modo de *asperges*, botellas de vino, sacadas de la sacristía del co-

legio. Exhumaron luego otras cuatro momias y un cadáver de quince días y, después de sacrílegas befas e insultos, los arrojaron al fuego.

Al mismo tiempo se levantaban otras dos llamaradas en dicho barrio. La una, de la iglesia parroquial de Bellas Vistas (Cuatro Caminos); la otra, del colegio de Hijas de María Auxiliadora, situado en Villamil, 22, donde todo ardió, menos lo que pudo llevarse el instinto de pillaje que animaba a la chusma tanto como el afán de destrucción.

En total, diez columnas de fuego se alzaban aquel lunes sobre la Capital de España.

Escenas semejantes de destrucción y bandidaje se repitieron en Valencia, Alicante, Málaga, Sevilla, Córdoba, Cádiz, y otras ciudades.

Las autoridades, hostiles a la Religión Católica, observaban una cínica pasividad: dejar hacer.

Los periódicos del Gobierno Español aprobaron con frases excitantes, calumnias contra las casas religiosas y contra la Iglesia lo hecho por los incendiarios (40). Hasta Carabanchel no llegó por fortuna la tea incendiaria. No faltaron sin embargo las intenciones de asalto y pillaje. En efecto, desde la Plaza Mayor se encaminaron los revolucionarios hacia el colegio Salesiano, mas, habiéndolo confundido con el Reformatorio de Santa Rita, sito en Carabanchel Bajo, se vieron rechazados de allí por la Guardia Civil, que custodiaba el edificio (41).

Don Enrique reunió a su comunidad y con extraordinaria serenidad, sin el menor nerviosismo, enfocó la situación, alentando a todos a mantener siempre con dignidad su condición de religiosos. Para tranquilidad de sus conciencias les recordó los deberes, más mitigados ciertamente, a que quedaban sometidos por la excomunión forzosa que en cualquier instante podía sobrevenirles (42).

Proveyó a todos los hermanos de traje seglar y dinero suficiente para afrontar las primeras necesidades por viajes u hospedaje. Repartió asimismo direcciones de antiguos alumnos y cooperadores, a cuyos domicilios pudieran con confianza acudir en caso necesario (43).

El colegio albergaba a más de doscientos alumnos internos, que en aquellas circunstancias constituían un grave problema para el Superior. Este se hizo al punto cargo de su responsabilidad. Encargó al Consejero, don José Aguilar, que se dirigiera al Cuartel de Ingenieros, en busca de agentes de Seguridad. Se hallaba el Cuartel a escasa distancia del colegio, cerca de los terrenos en que hoy está instalada la Escuela de Automovilismo.

No tenemos órdenes —fue la respuesta del Coronel— pero en cuanto se nos indique algo, iremos sin falta.

El viejo teatro de la Casa archivaba unos fusiles en buen uso. El

(40) «Historia de la Cruzada Española», Eds. Españolas, S. A., s/l., s/d, Vol. I, t. 1.º, pág. 241-275; t. 3.º, pág. 290-322.

(41) Aguilar José, Ms. 504, fol. 2 v.º

(42) Corbella Juan, Ms. 541.

(43) Otero Elías, Ms. 620, fol. 6-7.

Director autorizó a algunos salesianos su empleo para el caso extremo de que la defensa se hiciera imprescindible.

“Si a nosotros nos matan, ¡bendito sea Dios!, pero es menester salvar al menos a los niños” —fueron sus palabras.

Don Enrique no se acostó aquella noche.

A las cuatro de la madrugada llegaba del Cuartel de Ingenieros el esperado socorro.

Pasado el peligro, mandó enterrar los fusiles para evitar ulteriores complicaciones.

A los pocos días, recibía en su casa a dos salesianos procedentes del colegio de Campello (Alicante), a quienes las hordas habían incendiado el edificio, dejándoles en la calle.

Como llegaban muy mal trajeados, les vistió de pies a cabeza.

Luego se encaminó con don José Aguilar al Banco, sacó el dinero que allí había y lo depositó en manos del Provincial, don Marcelino Olaechea, para lo que en aquellas críticas circunstancias fuera menester (44).

Ante estos continuos sobresaltos, la prudencia le aconsejó enviar a los muchachos a su propia casa, donde ciertamente estarían más tranquilos.

Pasados los primeros revuelos, a fines de mayo, pudieron los alumnos regresar, reintegrándose inmediatamente a sus tareas escolares. El curso terminó con toda normalidad (45). Habían transcurrido tres años desde la llegada de don Enrique a Carabanchel como Director cuando la obediencia le destinó a regentar la compleja casa de Artes y Oficios y Escuelas Externas de la Ronda de Atocha, también en Madrid.

Mucho debió sentir la partida, pero aún más lo sintieron los hermanos. Uno de ellos no pudo reprimir su pena:

—Don Enrique, si usted se marcha, yo me marchó con usted.

—Mira, —le contestó suavemente el Siervo de Dios—, también a mí me gustaría quedarme aquí y tengo que irme. Tú y yo hemos de cumplir la obediencia” (46).

Y la cumplió como siempre, sin vacilaciones ni disculpas.

Marchó de Carabanchel dejando a hermanos y alumnos, cual rica herencia, el olor de sus virtudes religiosas y el tesoro de la formación por él impartida.

Uno de aquellos súbditos, a los veintiocho años de esta despedida, escribe con emoción: “¡Gran modelo de Directores! El caso más típico y brillante que he visto jamás!” (47).

(44) Aguilar José, Ms. 504, fol. 2.

(45) Ibid.

(46) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 10.

(47) Corbella Juan, Ms. 541.

CAPITULO IX

DIRECTOR DE MADRID, RONDA DE ATOCHA

(1931-1934)

Alguien dijo agudamente que “el genio es una larguísima paciencia”. No parece descabellado aplicar frase tan feliz a los santos. Nada tan admirable y digno de imitación como el empeño de estos hombres en moldear su pobre arcilla humana con eso de divino que Dios les prestó. Mas ¡qué cantidad de heroísmo y de vencimientos va en ello!

Don Enrique se percató bien pronto de que en su nuevo colegio no todo era “miel sobre hojuelas”.

Campo dilatado de apostolado de variadas y múltiples actividades, muchas de ellas nuevas y desconocidas para él, con serias dificultades, le deparaba la obediencia. Adivinaba, sin embargo, que con la ayuda de Dios y con su esfuerzo personal, toda dificultad sería vencida. No fue ciertamente la menor el recelo, desagrado y frialdad con que varios miembros de la comunidad le recibieron cuando tomó posesión de su cargo.

¡Qué hondamente había calado y qué impresa permanecía en la memoria de los hermanos de la Inspección la imagen severa del antiguo consejero de Salamanca!

“Le recibieron —dicen testigos— con recelos y prevenciones, por la fama que tenía de carácter fuerte” (1).

Uno de los coadjutores de la casa, que conocía a fondo a don Enrique por haber sido súbdito suyo en Salamanca y haber vivido de cerca la experiencia de su transformación espiritual, replicaba a los inquietos: “Veréis cómo tendremos en él a un padre” (2).

Y así fue, pues al poco tiempo, el Siervo de Dios se había conquis-

(1) Lizarralde José, Ms. 591, fol. 1. “Era una casa difícil en la unión de voluntades”, relación de Alejandro Vicente, Ms. 676; cfr. también, García Andrés, Ms. 560, fol. 2 vº: “Los coadjutores recibieron con miedo a don Enrique. Decían: “A que don Enrique no mete en vereda a X. Yo les decía: Ya veréis como sí, y además ese X querrá luego mucho a don Enrique. Y así fue.”

(2) García Andrés, Ms. 560, fol. 2-3.

tado el afecto y la confianza de toda su Comunidad. Los medios que para ello empleó fueron perenne serenidad, comprensión y caridad.

No perdía la serenidad por nada del mundo. Sonreía siempre amable y parecía siempre feliz, como si los acontecimientos de la vida, con su carga de alegría o de alarma, resbalasen sobre su sensibilidad. La suya era una fuerza de voluntad bien encauzada.

Don Marcelino Olaechea le soltó a bocajarro un día delante de la comunidad: "Pero... ¿usted nunca se enfada? Este hombre está ya por encima de lo común" (3).

Un clérigo salió cierto día a la calle sin permiso. Se enteró de ello don Enrique, mas guardó silencio. Luego, cuando el joven salesiano regresó a casa, le llamó. Le empezó a hablar de San Juan de la Cruz y de Santa Teresa y nada de la falta cometida. A la media hora salía el clérigo llorando del despacho del director, convencido y edificado: "Me ha conmovido, y mi desobediencia ni siquiera me la ha mentado" (4).

"Tuve un encuentro —dice otro— con un sacerdote. Don Enrique me habló con afecto y yo me eché a llorar. El calló" (5).

Sin embargo, "era exigente en el cumplimiento del deber y de la piedad; serio, pero suave" (6).

Comprensión y caridad siempre extendidas a los numerosos forasteros, que de continuo acudían en busca de hospedaje transitorio a la casa inspectorial.

Resultaba difícil, en las circunstancias de aquella estrechez económica y de locales por las que atravesaba la casa de Atocha, albergar y atender a tan gran número de huéspedes. Muchos se veían obligados a pernoctar fuera de la casa religiosa. Don Enrique llamó a su prefecto y le dijo: "Es necesario que seamos caritativos, aun a costa de sacrificios. Recibiremos y hospedaremos a cuantos hermanos vengan a llamar a nuestras puertas, lleguen cuando lleguen, en hora oportuna o inoportuna".

Habilitó en un edificio viejo, lindante con las Escuelas externas, ocho habitaciones; muy pobres eran, pero las preparó con cariño (7).

También sabía el buen director, cuando llegaba el caso, dormir en un sofá de la sala de recibir para que un forastero pudiera ocupar su cuarto (8). Los Provinciales, al enterarse del buen trato que a sus súbditos dispensaban los hermanos de Atocha, felicitaron al Superior y hubo quien le invitó a pasar unos días en su Inspectoría, obsequio que don Enrique declinó generosamente en su Prefecto (9).

(3) Roldán Agapito, Ms. 637, fol. 1; Sabaté José María, Ms. 650, fol. 3: "Era comprensivo, nos unía a todos; transigente en lo accidental; nunca se enfadaba."

(4) Roldán Agapito, Ms. 637, fol. 1-2.

(5) Merino Adrián, Ms. 607, fol. 1.

(6) Roldán Agapito, Ms. 637, fol. 1 vº.

(7) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 4.

(8) Medina Pacífico, Ms. 605, fol. 2 vº.

(9) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 4.

“Para todos era un verdadero padre, bondadoso, caritativo, que gozaba prestándonos los servicios más humildes” (10).

Concluyamos este punto con el valioso testimonio del don Alejandro Vicente, catequista entonces de la casa de Atocha y Provincial más tarde. “Era don Enrique un hombre espiritual, piadosísimo, de intensa unión con Dios. Los hermanos le querían mucho. Era muy paciente con todos, cosa difícil en un colegio tan complejo” (11).

Una iglesia espaciosa, frecuentada por numeroso público interno y externo, talleres de Artes y Oficios, Escuelas gratuitas para el poblado vecindario, un floreciente Oratorio Festivo, Organización de Antiguos Alumnos y Círculo de Domingo Savio, la Archicofradía de María Auxiliadora y, claro está, una numerosa comunidad de religiosos, objeto principal de las solicitudes de un buen director, todo esto vino a ser el campo de actividad apostólica del Siervo de Dios.

Como siempre, don Enrique estuvo a la altura de su misión. Veámoslo. “La Virgen de Don Bosco”, boletín que se imprime en las Escuelas de Artes y Oficios de Atocha, en su número de octubre de 1932, nos da una idea de aquel movimiento religioso.

Es el mismo director quien escribe: “Cuando las almas sufren vuelven sus ojos al cielo; por eso este año se ha visto más fervorosa la vida cristiana, nuestra capilla ha sido muy visitada, y prueba de la intensa vida espiritual que en ella se ha difundido son: las cuatro tandas de ejercicios espirituales que en ella se han predicado a caballeros, señoras, jóvenes y niños; las 80.000 (ochenta mil) comuniones que se han repartido durante el año con un promedio de 1.500 semanales, predicándose todos los Triduos y Novenas de las principales fiestas y cuatro veces el Evangelio todos los domingos, viéndose estas misas muy concurridas de fieles; y más se podría hacer, si más operarios hubiera” (12).

Acordes están varios testigos en afirmar que don Enrique se dio de lleno al ministerio de la confesión.

“Yo era sacristán, —dice don José María Sabaté—, y él me tenía dicho: “Cuando alguien pida confesión me llamas en seguida”. Jamás se excusaba alegando razones para no ir. Se desvelaba por las cosas de la iglesia” (13).

Prodigó asimismo sus cuidados a la Asociación de devotos de María Auxiliadora.

Estadísticas del año 1932 suponen la existencia de más de mil doscientos de estas Asociaciones agregadas a la Prima Primaria o Archicofradía de Turín, con varios millones de asociados, amantes de la Virgen, Auxilio de los cristianos.

(10) Sabaté José María, Ms. 649, fol. 2.

(11) Vicente Alejandro, Ms. 676.

(12) «La Virgen de Don Bosco». Ecos de la Obra Salesiana en Madrid, n.º 114, (1932).

(13) Sabaté José María, Ms. 650, fol. 5; Martín Manuel, Ms. 603, fol. 3; Maté Francisco, Ms. 599, fol. 5.

Su fin es promover la gloria de la Madre del Salvador para merecer su protección en vida y sobre todo en la hora de la muerte. Para ello se proponen los socios difundir la devoción a María Santísima y la adoración a Jesús Sacramentado (14).

La archicofradía en Atocha crecía año por año: "La admisión de nuevos socios —escribe nuestro biografiado— se ha verificado regularmente en la función de la tarde los 24 de cada mes, siendo los inscritos durante este año (1932) 231, y el total, 3.280.

Fundada la Asociación no hace mucho, se ha extendido por todo Madrid, alcanzando ya el hermoso número de 135 coros, más los 130 esparcidos por las provincias limítrofes" (15).

Pueblos de Madrid, Toledo y Cuenca sintieron el influjo del celo de don Enrique.

Cuando en una localidad ascendía a diez el número de capillas de la Visita domiciliaria, los salesianos de Atocha organizaban allí una fiestecita en honor de María Auxiliadora.

En dos autocares de la Empresa "La Numantina", banda, clero infantil y cantores llegaban gozosos al pueblo correspondiente. La Junta directiva de la Asociación local había encargado previamente de buscar alojamiento para chicos y salesianos. El recibimiento era triunfal.

Un pasacalle era el anuncio de la fiesta. A continuación tenía lugar una veladita recreativa en la que aquellos muchachos madrileños, verdaderos artistas, cautivaban la atención del sencillo auditorio con su obra teatral, drama o zarzuela.

Terminaba el día con el canto de la Salve en la iglesia parroquial y con las clásicas "Buenas Noches" salesianas, dadas por don Enrique a todo el pueblo.

Luego, entraba el Siervo de Dios en un confesionario, donde permanecía hasta que los fieles abandonaban la iglesia para continuar la misma labor al día siguiente, que era el de la fiesta.

Al amanecer la banda recorría nuevamente las calles. Se extasiaban aquellas gentes contemplando la unión fraternal que reinaba entre profesores y alumnos, compenetrados todos íntimamente entre sí y con el pueblo.

En la Misa mayor el panegírico correspondía siempre a don Enrique. Llamaban la atención y cautivaban al público su sencillez, su poder de persuasión y su piedad: "Así deberían ser —exclamaba alguno— todos los curas y frailes."

Antes de la comida, concierto. Por la tarde, una procesión de María Auxiliadora. En ella se paseaba por las calles la imagen que los salesianos regalaban al pueblo, acompañada de los vistosos estandartes de las Letanías lauretanas, que expresamente para este acto se llevaban desde Atocha.

(14) Martín Antonio M.ª S. D. B., *«Archicofradía de María Auxiliadora»*, Barcelona, 1932.

(15) "La Virgen de Don Bosco", n.º 114, (1932).

En alguna ocasión se calentaron un tantico los ánimos porque ciertos mozalbetes comunistas o comunistoides se empeñaban a toda costa en ser los portadores de las andas.

—¿Cómo vais a llevar vosotros a la Virgen, si no creéis en Dios?

—Pues queremos llevarla.

Y parece ser que no hubo modo de impedir el cumplimiento de aquel su extraño deseo, fruto, sin duda, del fondo de religiosidad, que, bajo tupida corteza de ignorancia, anidaba, latente, en sus almas.

Una noche más, salesianos y muchachos dormían en el pueblo y, a la mañana siguiente, cariñosamente despedidos, regresaban a su colegio (16).

La devoción a María Auxiliadora es sin duda una de las más difundidas y con más entusiasmo aceptadas por los fieles del mundo entero.

En Madrid, el exponente más significativo del arraigo de esta popular devoción en las mentes y los corazones de sus habitantes lo constituyen, aparte de las numerosísimas comuniones que en todas las iglesias y capillas salesianas se reparten los días 24 de cada mes, las solemnísimas y concurridas procesiones que el 24 de mayo salen de los diversos centros salesianos de la capital, cada una de las cuales constituye un auténtico triunfo de la Virgen de Don Bosco.

En los tiempos que reseñamos era única la procesión de María Auxiliadora y salía de la Ronda de Atocha.

En el periódico "El Debate", el número correspondiente al día 25 de mayo de 1934, último del directorado de don Enrique, reseña la fiesta de aquel año.

Muchos de nuestros lectores madrileños advertirán leyéndola el incremento numérico de los participantes en la procesión durante el periodo de la posguerra: aquellas largas aceras y los numerosos balcones atestados de devotos, que vitoreaban a María Auxiliadora y la cubrían de flores; escenas de devoción sencilla y profunda, que llegan al alma.

El triunfo de la Virgen ha sido constante y progresivo.

Yo he podido, durante varios años asistir a tan gran festividad allí; también, antes de nuestra Cruzada de Liberación, a la piadosa Vigilia nocturna, cuya celebración quedó interrumpida por la guerra y aún no ha sido restaurada, inolvidable por el fervor eucarístico y mariano que en ella reinaban.

A ella alude, aunque brevemente, la mencionada reseña que transcribo a continuación: "En su santuario de la Ronda de Atocha se celebró ayer con toda solemnidad la fiesta de María Auxiliadora, bajo cuya protección colocó San Juan Bosco la Pía Sociedad Salesiana. La fiesta, que había sido precedida de los cultos del mes de las Flores y de una novena, comenzó con una Vigilia extraordinaria de los salesianos, alumnos y exalumnos, que terminó a las dos de la madrugada con una Misa

(16) Quílez Fabián, Ms. 633, fol. 2-3; Sebáté José María, Ms. 650, fol. 3.

cantada por éstos últimos. Desde las tres de la mañana se dijeron misas hasta las diez y media, cada media hora, en las que comulgaron más de tres mil personas. Era tal la concurrencia de comulgantes que fue preciso que dos sacerdotes se dedicaran sin interrupción a distribuir la comunión a los fieles. Estos formaban en largas filas, a todo lo largo del templo, y tardaban alrededor de un cuarto de hora en llegar hasta el comulgatorio.

A las once de la mañana hubo una misa solemne... El panegírico de María Auxiliadora estuvo a cargo de don José Artero, canónigo de la Catedral de Salamanca.

Por la tarde, a las seis y media, se organizó la popular procesión por los patios del colegio. En ella, a más de los alumnos y exalumnos, asistieron la Tuna infantil de la "Mutua Escolar Cervantes", con vistosos trajecitos de pajes; un nutridísimo grupo formado por más de dos centenares de niños y niñas de primera comunión; el clero infantil de los Salesianos y unas cinco mil personas, devotas de la Virgen Auxiliadora, en su inmensa mayoría de las clases populares de Lavapiés, Atocha y Embajadores. Terminó el acto con una salve popular, cantada por todos los concurrentes... El besapié a la Virgen se prolongó hasta que fueron cerradas las puertas del templo, cerca ya de la media noche".

¡Hermosa manifestación de fe en tiempos difíciles!

Otra de las grandes actividades del colegio de Atocha: Las escuelas externas de primera enseñanza. En el año 1932 la matrícula ascendía a 460 niños, distribuidos en ocho clases.

A todos se les proporcionaba instrucción gratuita. Y ¡cuán solicitada era!

"El día 8 de septiembre —escribe el mismo director en "La Virgen de Don Bosco" correspondiente al mes de octubre de 1932— se abrió la matrícula. Desde las primeras horas de la mañana se vieron los patios invadidos por las mamás, temerosas de que sus pequeñitos se quedasen sin escuela...

Pasaban niños, crecían las listas, y a los tres días quedaba llena y abarrotada la matrícula, y en los patios esperando muchas madres con muchos niños.

¿Qué hacer? ¿Decirles que no hay más plazas? Eso fue mi primer pensamiento. ¡Salí! Se acercaron todas temerosas de oír la palabra fatal: "no hay sitio".

—Sr. Director, dice una, que tengo seis hijos y mi marido lleva ocho meses de más.

—Sr. Director, que éste mi hijo lleva viniendo tres años al Oratorio y tiene la cartilla llena de sellos.

—Sr. Director, que...

—Sr. Director, mire...

Me acordé del Señor cuando, al contemplar las multitudes, también pobres como éstas, que le seguían hambrientas, exclamó: *Misereor super*

turbas: "Tengo compasión de estas gentes"; e hizo el milagro de la multiplicación de los panes.

Confiado en la palabra de Cristo, *buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura*, dije a aquellas madres: "No tengo maestros, ni dinero con qué pagarlos, pero confiado en Dios, que no nos abandonará y en la generosidad de las almas buenas, vamos a poner este año dos clases más. Continúa la matrícula".

El júbilo de aquellas madres y de sus pequeñuelos no se puede describir.

Pero ¡ay!, también esas dos clases se han llenado, y las peticiones no acaban.

Otra escena conmovedora.

—Se presenta una madre con su pequeño en la mano. Los trabajos y privaciones han envejecido aquel rostro antes de tiempo, le han surcado las arrugas, le han dado expresión de honda tristeza.

El niño trae todos sus sellos: está, pues, en regla, pero es necesario que sepa un poco leer y escribir.

—¿Cuántos años tienes?

—Doce, contesta el niño.

—¿Sabes multiplicar?

—¡No, señor!

—¿Sabes leer?

—¡Tampoco!

—Pero... ni siquiera estas letras gordas.

—¡Nada!

—Señora, no puede entrar. Es necesario que al menos conozca las letras.

La pobre mujer calla, sus ojos se llenan de lágrimas, que ruedan por sus mejillas, acentuando en su rostro la expresión dolorosa.

—Míre, le digo: que vaya un par de meses a una escuela particular, aprenda las letras y para Navidad le recibimos.

La madre rompe el silencio y me dice:

—No puedo. Tengo seis hijos, mi marido lleva dieciocho meses parado y yo, para poder darles pan, he tenido que ponerme a vender papeles (periódicos).

—Pues en casa, alguno de los de casa; le compra usted una cartilla, le enseñan las letras y después viene.

—Es que en casa ninguno sabemos leer.

Lloraba la madre y lloraba el niño. Y yo le dije:

—Que venga el muchacho, aprenderá a leer.

Si no temiera cansaros, ¡cuántas escenas como ésta pudiera contar! Debemos añadir que su fe y caridad llevaron a don Enrique a preocuparse no sólo del espíritu, sino también de los cuerpos endebles y desnutridos de aquellos chiquillos de Lavapiés.

Fundó para ellos una cantina escolar.

Dirigiéndose a los Cooperadores de la casa, les descubre las ansias de su corazón: "Amados Cooperadores, para que no me riñáis antes de empezar este parrafito os recordaré las palabras de Cristo: *Pedid y recibiréis, al que llama se le abre, el que busca halla* y éstas otras: «*venid, benditos de mi padre, porque tuve hambre y me disteis de comer...*» Supongo que todos querréis escuchar un día estas palabras.

El año pasado hemos saciado el hambre de sesenta y cinco angelitos durante todo el invierno, y este año, ¿qué haremos?

¿Acaso este año no tienen hambre y necesidad los pobres de Cristo? ¿Podremos saborear nosotros gustosos nuestro regalo, sabiendo que hay muchos hermanos nuestros, niños inocentes, muertos de hambre? Yo sé que vuestro compasivo corazón no lo permite. Pasad revista a vuestros gastos, ya restringidos, y cercenad todavía un poco aquello menos necesario. Una visita en coche, un refresco, unos cigarrillos, una función de teatro, y con ello dad de comer a Cristo en sus pobres" (17).

Su corazón no podía sufrir el estado de abandono material, y sobre todo espiritual, en que vivían tantas familias.

Le aterrorizaban más que la miseria corporal, la escasez del alimento espiritual y el peligro de una educación enteramente laica: "Nuestro corazón de educadores salesianos se apena y ahoga de tristeza al vernos obligados a rechazar a tantos niños que piden pan, el pan de la doctrina cristiana, a nuestra puerta y nos vemos en la imposibilidad de dárselo, cumpliéndose sobre ellos, los niños de nuestros días, las palabras del profeta: *"Los niños pidieron pan y no había quien se lo diese."*

Y nos contrista más el corazón, la amenaza de esas pobres madres que, al ver negada su petición, nos dicen con despecho: "Pues bien, tendré que mandar mis hijos a la escuela laica, ya que ustedes no quieren enseñarles Catecismo..." Añadid a estos peligros de la escuela laica los aún más terribles de la prensa sectaria, de las hojas y papeles indecentes que llenan los quioscos..., y decidme si hoy, más que nunca, no hay motivo para gritar, lleno de fuego santo el corazón y arrasados en lágrimas los ojos: "Salvemos a la pobre juventud" (18).

En efecto, habían surgido desde los primeros tiempos de la República casas editoras que, al servicio del Partido Comunista, publicaron artículos y folletos que contenían peligrosas teorías sociales de diversos autores, desde Marx a Stalin, desde Korolenko hasta Trotski, esparciendo por doquiera su veneno mortal.

Al mismo tiempo, se empezaron a publicar periódicos ilustrados, que rezumaban odio contra Dios, Jesucristo y el Papa, la Iglesia y los sacerdotes, todos ellos plagados de inmoralidades, ateísmo y materialismo. Baste recordar los siguientes diarios, descaradamente propagadores del ateísmo y del odio contra la Religión: "Mirador", inspirado por Fran-

(17) «*La Virgen de Don Bosco*», 1. c. Otro capítulo precioso puede verse en la misma revista, n.º 116 (1932).

(18) «*La Virgen de Don Bosco*», n.º 109, (1932), dirigiéndose a los Cooperadores.

cisco Pujols; "La Rambla", dirigido por el librepensador Granier Barrera; "El Ateneo", "El diluvio", "Bibliofilia", nudista y ateo; "Vida y Trabajo", inmoral y sectario; "La Traca" y "Fray Lazo", órganos de la grosería plebeya y desvergonzada; "Biblia de los Sindios", que publicaba folletos con títulos como los siguientes: "Dios, Padre pedrusco", "Cristo no fue cristiano", "Jesucristo, mala persona", "Las santas garras de la Iglesia", "Origen nefando de los conventos", etc., etc. (19).

El 28 de junio de 1931 tuvieron lugar en la nación las elecciones de diputados, de las que debían salir las Cortes Constituyentes.

Los partidos de izquierda alcanzaron mayoría aplastante y de ahí que el proyecto de la Constitución, que al parecer se redactó en veinte días, estuviese todo él inspirado en el ideario socialista de la extrema izquierda. Los artículos que se refieren a la Iglesia quedaron de este modo:

"Artículo 3.º El Estado español no tiene religión oficial.

Art. 26. Todas las confesiones religiosas serán consideradas como asociaciones sometidas a una ley especial. El Estado, la Religión, las Provincias y los Municipios no mantendrán, favorecerán ni auxiliarán económicamente a la Iglesia, asociaciones e instituciones religiosas. Una ley especial regulará la total extinción, en un plazo máximo de dos años, del Presupuesto del Clero.

Quedan disueltas las Ordenes religiosas que estatutariamente impongan, además de los tres votos canónicos, otro especial de obediencia a autoridad distinta de la legítima del Estado. Sus bienes serán nacionalizados y afectados a fines benéficos y docentes. Las demás Ordenes religiosas se someterán a una ley especial votada por estas Cortes y ajustada a las siguientes bases.

a) Disolución de las que por sus actividades constituyen un peligro para la seguridad del Estado.

b) Inscripción de las que deben subsistir en un registro especial dependiente del Ministerio de Justicia.

c) Incapacidad de adquirir y conservar, por sí o por personas interpuestas, más bienes de los que, previa justificación, se destinen a su vivienda o al cumplimiento directo de sus fines privativos.

d) Prohibición de ejercer la industria, el comercio o la enseñanza.

e) Sumisión a todas las leyes tributarias del país.

f) Obligación de rendir anualmente cuentas al Estado de la inversión de sus bienes en relación con los fines de la Asociación.

g) Los bienes de las Ordenes religiosas serán nacionalizados.

Art. 27. Los cementerios estarán sometidos exclusivamente a la jurisdicción civil. No podrá haber en ellos separación de recintos por motivos religiosos. Todas las confesiones podrán ejercer sus cultos pri-

(19) Bayle Constantino, *«Sin Dios y contra Dios»*, Burgos, 1938.

vadamente. Las manifestaciones públicas del culto habrán de ser, en cada caso, autorizadas por el gobierno.

Art. 48. El servicio de la cultura es atribución esencial del Estado. La enseñanza será laica, hará del trabajo el eje de su actividad metodológica y se inspirará en ideales de solidaridad humana.

Se reconoce a la Iglesia el derecho, sujeta a la inspección del Estado, de enseñar sus respectivas doctrinas en sus propios establecimientos."

El primer semestre de 1932 fue, en este aspecto, uno de los más activos del quinquenio republicano.

Con fecha 24 de enero, la Gaceta publicó una ley firmada la víspera, por la que quedaba disuelta en España la Compañía de Jesús. A poco más de una semana, el 2 de febrero, se dictó la ley del divorcio, y cuatro días después la Gaceta insertaba un decreto que secularizaba todos los cementerios.

En esta misma fecha, el Director General de Primera Enseñanza, Rodolfo Llopis, dirigía una circular a los maestros españoles con la orden de retirar de las escuelas primarias todo signo religioso. La separación del Crucifijo en las aulas llevó hasta el colmo la irritación de las familias cristianas, que veían con ello pisoteadas sus creencias y amenazaba la fe de sus hijos.

Pero la ley que más polvareda levantó en la opinión católica fue la llamada de Confesiones y Asociaciones Religiosas, que publicó la Gaceta en su número de 3 de junio de 1933. En ella quedaba limitado el ejercicio del culto católico, se llevaban hasta extremas consecuencias las normas secularizadoras sobre bienes eclesiásticos, y se sancionaba la potestad del Estado de anular los nombramientos eclesiásticos. Las órdenes y Congregaciones Religiosas habían de ser sometidas a un régimen en su gobierno interior, en sus actividades y en su administración. Los centros de enseñanza a cargo de entidades religiosas sólo podrían enseñar disciplinas estrictamente religiosas.

El Arzobispo de Toledo, doctor Gomá, recién nombrado Primado de España, publicó un enérgico documento pastoral titulado "Horas Graves", fechado el 12 de junio de 1933. Su voz sintonizaba con la de muchísimos otros Prelados, cuyo eco conjunto cuajó en una pastoral colectiva de los Metropolitanos, en la que se condenaba como contraria a los derechos natural, público y privado, la política religiosa del Gobierno.

Abundando en idénticos conceptos. Su Santidad Pío XI escribía su Encíclica "Dilectissima nobis": "De todo esto parece, por desgracia, demasiado claro el designio con que se dictaron tales disposiciones, que no es otro sino educar a las nuevas generaciones, no ya en la indiferencia religiosa, sino con un espíritu abiertamente anticristiano; arrancar a las almas jóvenes los tradicionales sentimientos católicos, tan

profundamente arraigados en el buen pueblo español, y secularizar así toda la enseñanza, inspirada ahora en la religión y moral cristianas.

...Ante la amenaza de daños tan enormes, recomendamos de nuevo y vivamente a todos los católicos de España que, dejando a un lado lamentos y recriminaciones y subordinando al bien común de la Patria y de la Religión todo otro ideal, se unan todos, disciplinados, para alejar los peligros que amenazan a la misma sociedad civil" (20).

Por este cerco apretado del Gobierno a la Enseñanza religiosa, hubo de disimularse la condición jurídica de las Escuelas de Atocha.

De acuerdo con el entonces Provincial, don Marcelino Olaechea, reunió don Enrique un grupo de personas de arraigada fe católica, en su mayoría Antiguos Alumnos, y constituyó con ellos la "Mutua Escolar Cervantes".

Hechos los trámites legales, comenzaron las Escuelas a figurar como propiedad de dicha Asociación.

Se envió a los padres de los alumnos una circular, notificándoles el cambio y recomendándoles matriculasen a sus hijos en ella, pues se trataba de una Sociedad de Padres de Familia Católicos.

Fue nombrado Director de la Mutua don Agapito Roldán, coadjutor salesiano, y casi todos los profesores eran religiosos salesianos, clérigos vestidos de seglar.

La Sociedad debía cargar con gastos, por lo que fue preciso establecer una cuota. Pues bien, a pesar de lo elevado de la misma para aquel tiempo (cinco pesetas de matrícula y otras cinco mensuales) y no obstante haber sido colegio gratuito, se cubrieron todas las plazas.

Los Inspectores republicanos vigilaban, como es natural, la enseñanza. Como agentes del gobierno, intentaban, por los medios de su alcance, cerciorarse de si seguían, bajo algún disfraz, las Congregaciones religiosas impartiendo la educación religiosa.

"El Inspector de nuestra zona—refiere don Agapito—nos visitó alguna vez. Se le recibió con todos los honores: un canto patriótico a su llegada, formaciones correctas y rápidas, unas palabras de bienvenida, aplausos... Quedó gratamente impresionado, aunque hubo de disimular su contrariedad, al contemplar en las clases un Crucifijo bajo dosel" (21).

La Mutua llegó a ser Colegio modelo: disciplina suave, razonada, perfecta; altura en las clases, cultivo esmerado en la urbanidad, frecuencia de Sacramentos extraordinaria.

Subían los muchachos a la Capilla de los salesianos a oír la Santa Misa. A pesar de ser voluntaria la asistencia, no defraudaban ciertamente los deseos de sus educadores.

(20) Para más datos, cfr. Montero Antonio, *"Historia de la persecución religiosa en España"*, BAC, Madrid, 1961.

(21) Roldán Agapito, Ms. 637, fol. 3; Pérez Nicomedes, Ms. 626, fol. 1-7. En esta relación se detalla la Constitución, Junta, etc., de la M. E. C.

Cuenta don Daniel Sáiz un hecho que revela el gran aprecio que a la educación impartida en las Escuelas de Atocha tenían incluso personas de la alta sociedad: "Me refirió mi hermano que en los años del régimen republicano, siendo él Director de Atocha, le llamó un día el Gobernador por teléfono. Se hallaba Enrique ausente en Salamanca.

A los pocos días, éste, contrariando la voluntad del Gobernador, que quería personarse en el colegio, fue a su despacho. Mucha gente esperaba en turno de audiencia, pero le hicieron pasar el primero.

—“Un cura en el despacho del Gobernador—comentaban los que le vieron entrar— ¡Pobrecillo! Será que le irán a meter en la cárcel.”

El Gobernador, dirigiéndose amablemente al Siervo de Dios, le invitó a tomar asiento y le hizo, con vivo interés, esta súplica:

—Quisiera admitieran ustedes a mi sobrino en su colegio.

—Señor Gobernador, ya sabe que nosotros damos a nuestros muchachos educación católica.

—Conforme, y eso es lo que yo deseo.

—El caso es que por todas partes surgen impedimentos que obstaculizan el cumplimiento de nuestra misión.

—Padre, si alguna vez le vuelven a molestar, avíseme en seguida (22).

Igual solicitud mostraba don Enrique por el centenar de jóvenes internos que frecuentaban las Escuelas de Artes y Oficios. Estos jóvenes, por lo general, salían del colegio ya colocados en empresas que les solicitaban.

La obra más querida para el corazón de San Juan Bosco fue la de los Oratorios Festivos, que quiso figurasen en las Constituciones como la principal incumbencia de los salesianos.

En ella volcó ciertamente don Enrique sus solicitudes.

Afortunadamente, guardamos suficiente documentación para probar la vitalidad de esta Obra en la Casa de Atocha durante los años de su fecundo directorado.

“Consiste el Oratorio Festivo—habla a los Cooperadores—en reunir en nuestras escuelas a todos los niños de estas barriadas, enseñándoles a cumplir sus deberes para con Dios, explicarles el Catecismo y hacerles pasar las horas del día de fiesta, desde la mañana hasta la noche, alegremente entretenidos. Este año (1932) la matrícula ha llegado a la hermosa cifra de 1.834, con una asistencia media de 850 a 900 cada domingo. Distribuidos en 20 secciones, escuchan todas las tardes las explicaciones del Catecismo.

Si yo os contara los mil variados episodios y anécdotas hermosísimas que cada día presenciamos, veríais cómo la palabra de Dios obra en estos niños verdaderos prodigios.

Son los pilletes de Lavapiés, Delicias, Atocha y sus alrededores que, transformados por el espíritu de Don Bosco, se convierten en otros

(22) Sáiz Daniel, Ms. 654, fol. 10-11; López Herminio, Ms. 592, fol. 2.

tantos niños sanos de mente y corazón, alegres y juguetones que oyen piadosamente la Misa, rezan con devoción sus oraciones, frecuentan los Sacramentos, y durante el año se han preparado 140 a la primera Comunión.

Las vacaciones. Cuando se las recordaba a nuestro Bto. Padre, contestaba: "Las tomaremos en el cielo." Inspirados en esta máxima y estimulados por necesidad de Catecismo que tienen todos los niños de estas barriadas, hemos tenido Oratorio diario. Todas las tardes se abría el colegio. A centenares entraban los niños en nuestros patios, y después de jugar un rato, distribuidos en secciones, iban al Catecismo.

El anzuelo. Las excursiones. Difícil es pescar peces sin cebo, y no es más fácil atraer los niños al Catecismo sin el aliciente de alguna recompensa. Por eso, a más de los juegos, partidos de fútbol, ejercicios de gimnasia, cine, etc., se les ofrecía un día de campo cada semana, el jueves, a los que asistieran todos los días. Esto despertó un entusiasmo indescriptible. Los muchachos eran puntuales, y la primera semana llevamos al Pardo 500 excursionistas. A éstas sucedieron las demás, sin faltar una semana; se han recorrido todos los alrededores de Madrid, y hasta algunos más felices y dichosos fueron a la sierra.

Vedles subidos en uno de los Siete Picos..., fue un día verdaderamente feliz, y estos pobres niños, que por primera vez veían y gozaban la sierra, disfrutaron cuanto no podemos imaginar.

Los padres y madres venían a despedirlos por la mañana y juntos oían la Santa Misa, y a esperarlos por la tarde, rezando a los pies de María Auxiliadora la Salve en acción de gracias. Después, al despedirse de nosotros, con lágrimas en los ojos, besaban nuestras manos y repetían "¡Que Dios les pague el bien que hacen a nuestros hijos...!"

He aquí algo del fruto de vuestra caridad, amados bienhechores. Si tuviésemos más medios, ¡cuánto se podría hacer!" (23).

Don José María Sabaté nos facilita mayor número de detalles: "El Oratorio llegó a tener más de dos mil chicos.

A lo largo del curso, en fechas distintas, se preparaban de doscientas a trescientas Primeras Comuniones. Incluso a algunos se les acercaba, mediante instrucciones adecuadas, a la fuente bautismal, pues estaban aquellos barrios espiritualmente abandonados.

Los muchachos del Oratorio tenían su tanda de Ejercicios Espirituales y el retiro mensual del Ejercicio de la Buena Muerte el primer domingo de cada mes. Una selección formó la Compañía de la Inmaculada.

Durante las vacaciones, se organizaba el Oratorio diario, con gran sacrificio de los salesianos, cansados por las tareas abrumadoras del

(23) "La Virgen de Don Bosco", n.º 114 (1932).

curso transcurrido: Oraciones, Santa Misa, juegos, instrucción religiosa y excursiones: los jueves al Cerro de los Angeles, Aranjuez, Villaviciosa de Odón, el Pardo, Alcalá de Henares, al Cristo de Rivas, al río Jarama, los Siete Picos, etc.

Acompañaban a los chicos varios salesianos, abundando los coadjutores y escaseando las sotanas, pues eran aquellos tiempos muy adversos a la Religión. Estas excursiones eran gratuitas, pero cada chico llevaba su comida (24).

Intervine en algunas excursiones, y aseguro que tenían tanta vida, colorido y poesía, que jamás las he podido olvidar.

En las primeras horas de la mañana comenzaban los patios a bullir de gente menuda y alegre, que, con sus cantimploras y fardeles a la espalda, se preparaban a vivir un día de luz y alegría.

A las siete, a una señal convenida, los quinientos oratorianos premiados formaban en ordenadas filas a lo largo de los pórticos; al frente iban los doce banderines de las diversas secciones.

En la Iglesia, un torrente de armonías, de cantos y rezos.

A las ocho, los coches o tranvías, según la categoría de la excursión, estaban a la puerta del colegio.

El anchuroso paseo que corre ante la puerta se hallaba atestado de padres y madres, que habían venido a presenciar la felicidad radiante de sus hijos.

Se cruzaba la ciudad por la calle de Alcalá, Puerta del Sol y Preciados. Los niños atronaban el espacio con sus cantos y llenaban de admiración a las gentes que contemplaban a tantos muchachos juntos.

Al llegar, por ejemplo, a la Puerta de Hierro, descendían de los coches y se ponía la caravana en marcha, pasando por Fuentelareina, hasta llegar a un lugar denominado "Fuente de los Tunos". El sitio era fresco y apacible, cruzado por el río, en cuyas orillas crecían álamos y olmos en abundancia, que con sus copas defendían de los rayos del sol.

Como una bandada de palomas, se esparcían los chicos por la pradera: corrían, saltaban y rodaban por el suelo. El oxígeno y el sol encendían sus carnes de un vivo color rojo, color de salud, que los hacía más hermosos.

El tanto trajinar por aquellos valles abría a los peques un apetito tan formidable, que a las once no quedaba uno sin haber dado cuenta de sus viandas.

La tarde se la pasaban chapoteando en el agua del río, nada peligroso.

Hacia las seis de la tarde, el Director les obsequiaba con una espléndida merienda, y, cuando comenzaba a anochecer, emprendían la vuelta al colegio.

(24) Sabaté José María, Ms. 650, fol. 1-2.

Ya los padres de los niños estaban en ansiosa espera.

Entraban en la Iglesia, que parecía un ascua de luz.

Los niños entonaban una sentida copla a la Virgen y el Director subía al púlpito a invitar a todos a dar gracias a María Auxiliadora porque durante el viaje no había ocurrido ningún accidente desagradable (25).

No es extraño que los muchachos así tratados se aficionasen a la piedad y llegasen incluso a decisiones heroicas para su corta edad.

Escribe un cronista de la revista del colegio: "Nuestro buen amigo y celoso Cooperador don Saturnino Lamolla tiene gran interés en organizar la catequesis en el próximo pueblo de Villaverde.

—Buenos días, señor Director. He aquí el motivo de mi viaje: En ese pueblo los niños no se acercan al Catecismo ni por descuido, y vengo a pedirle ayuda. ¿Qué podríamos hacer?

—Pues muy sencillo: Llevar un grupo de nuestros pilluelos a la inauguración. Estos cantarán como jilguerillos, correrán por el pueblo sembrando la novedad y la alegría, irán a la Iglesia, donde se portarán como ángeles, y despertaremos así la curiosidad de los niños de Villaverde, que, como corderitos, entrarán en el redil.

Dicho y hecho. El domingo 6 de octubre se trasladó al vecino pueblo un grupito de nuestros oratorianos; con ellos fue la santa alegría, hermana de la piedad cristiana.

Un paseito por el pueblo despertó la curiosidad de los pequeños, que les llevó a la Iglesia; allí, canto, oraciones, música escogida. Los niños pueblerinos les miraban con la boca abierta, y, al salir, comentaban:

—Chacho, qué bonita es este año la Doctrina.

—¿Vas a venir?

—Yo todos los días, ¿y tú?

—Yo también, y se lo diré a los chicos de mi calle "pa" que vengán.

Los sacerdotes del pueblo, agradecidos, obsequiaron a nuestros oratorianos con una excelente comida en casa del antiguo y buen Cooperador don Leopoldo Alvarez, y por la tarde subieron al Cerro de los Angeles, para ofrecer al Sagrado Corazón de Jesús las primicias de su apostolado.

Eran las cuatro de la tarde.

El mismo autobús que les había llevado, les conducía a casa cuando se encontraron con un grupo de compañeros que, en actitud recogida, caminaban hacia el Monte Santo.

Muy sorprendido quedó el Catequista al verlos, y, parando el coche, les preguntó:

—¿Qué hacéis por aquí?

—Ibamos en peregrinación al Cerro.

(25) "La Virgen de Don Bosco", n.º 113 (1932).

—¿Y por qué?

—Hemos hecho la promesa al Sagrado Corazón de ir y volver a pie, rezando el Rosario, para que nos conceda la gracia de corregirnos de nuestros defectos.

El Catequista no sabía si reírse o enfadarse ante aquella imprudencia infantil.

—Pero, ¿no veis que son ya las cuatro y que se os hará de noche antes que subáis al Cerro?

—¡No importa!—gritaron todos.

—¿Y la vuelta?

—La haremos también a pie.

—Bueno, dejadlo para otro día, porque hoy ya es muy tarde. Subid como podáis al coche y vámonos a casa.

Un poco contrariados, obedecieron. Se acomodaron como pudieron, casi todos en la baca del coche, y, alegres y contentos, volvieron al Oratorio.

Cuando se lo contamos al señor Director, exclamó:

—¡Deo gratias! Ya sabía yo que nuestros trabajos no son inútiles (26).

Una palabra sobre las atenciones que prodigó don Enrique a las obras post-escolares del Círculo Domingo Savio y Antiguos Alumnos.

Quería que una sólida piedad informara la vida de tales asociaciones. Por eso, los domingos no se omitía, en la Misa de nueve, reservada a ellos, la explicación del santo Evangelio, ni cada mes el día de retiro. Celebraban con fervor las fiestas principales del año. Dejó recuerdo imperecedero la del Sagrado Corazón, preparada con una hermosa Hora Santa en la vigilia, Misa de campaña en el patio interior del colegio al día siguiente, juntamente con la procesión del Santísimo Sacramento, que se celebró solemnemente por la tarde, con asistencia de numerosísimo público (27).

Tenía el centro de los Antiguos Alumnos una hermosa biblioteca, conferencias semanales sobre cuestiones sociales y temas de actualidad. Una buena banda de música, dirigida por la prestigiosa batuta del señor Gandía, alegraba con frecuencia los patios y el teatro del colegio cuando no era solicitada su presencia en pueblos de Madrid, o de otras provincias.

Mas la actividad primordial de don Enrique con los Antiguos Alumnos fue la de los "Grupos del Evangelio".

"Cierta día—narra uno de los asiduos participantes a los mismos—nos reunió don Enrique a unos cuantos Antiguos Alumnos, padres de los niños y Cooperadores, y nos explicó lo que eran dichos grupos, que él había visto funcionar, floreciente, en Italia.

(26) *"La Virgen de Don Bosco"*, n.º 116 (1932).

(27) *"La Virgen de Don Bosco"*, n.º 114 (1932).

En la sesión siguiente nos regaló un tomo de los santos Evangelios, al cual había unido una estampa de la Cena del Señor con oraciones.

Desde entonces, y durante todo el tiempo que estuvo en Atocha, nos reuníamos los sábados en la sacristía, de la que pasábamos después a la capilla para hacer el piadoso ejercicio de la Sabatina.

El domingo, por la mañana, celebrábamos una reunión, en la que el ponente, después de haber escuchado todos en pie la lectura del pasaje evangélico, hacía un comentario preparado de antemano mediante consulta de libros adecuados. Los demás escuchábamos, ampliábamos, según nuestro saber y entender, el anterior comentario, y formulábamos objeciones, que encontraban pronta y clara solución. Con sabias exhortaciones de don Enrique y una colecta para fines benéficos, terminaba la sesión.

Una vez al mes teníamos la Comunión general. Ese día desayunábamos en el comedor de los salesianos (28).

Asegura don Andrés García: "Los tenía (don Enrique) encandilados. Salían aquellos hombres de los Círculos de estudio exclamando: ¡Cómo conoce don Enrique el Evangelio!" (29).

Fácilmente se echa de ver, por lo que hemos dicho, que la tarea diaria del Director era abrumadora: "Trabajaba de día y de noche—afirma don Adrián Merino. Decía él: "Si Don Bosco estuviera aquí, ¿descansaría los jueves y los domingos?" (30).

"Era el primero en sentarse en el confesonario—agrega don Francisco Maté—y el último en levantarse de él. Algunos días estaba confesando desde las tres de la tarde hasta las once de la noche, y por la mañana, desde las seis hasta las doce.

Aprovechaba el tiempo hasta el minuto. Visitaba con frecuencia la casa, los talleres, y estaba siempre al corriente de la marcha de la misma.

Nunca se entretenía en charlas inútiles. Madrugaba. A las cuatro o cinco de la mañana se levantaba y se duchaba. Era puntualísimo a todos los actos de la Comunidad" (31).

Y todo esto a pesar de su salud endeble: Sufría mucho. Apenas dormía de noche, y se le echaba de ver en la cara su sufrimiento (32).

"Me había encargado—dice don Nicomedes Pérez—de la parte administrativa de los Cooperadores, y tenía mi oficina en la habitación contigua a su despacho, por lo que fácilmente le podía observar.

En aquella habitación se pasaba el Siervo de Dios las tardes solucionando los asuntos y escribiendo mucho, sin calefacción alguna. La temperatura era insufrible, por lo que yo a veces me veía obligado a interrumpir mi trabajo. El continuaba la tarea sin interrupciones. Su

(28) Pérez Nicomedes, Ms. 626, fol. 8-9.

(29) García Andrés, Ms. 560, fol. 3.

(30) Merino Adrián, Ms. 607, fol. 1.

(31) Maté Francisco, Ms. 599, fol. 3, 5.

(32) González Francisco, Ms. 573.

único alivio lo constituían una manta vieja, que colocaba sobre sus piernas, y unos mitones, que resguardaban sus manos. Mi admiración hacia su persona crecía, comprobando en él estos actos de virtud, de los que yo me sentía incapaz" (33).

La explicación era, por demás, sencilla. Don Enrique "tenía un amor ardiente a Jesús Crucificado. Por eso brotaban de su corazón encendidas y conmovedoras frases que, al pronunciarlas, le transformaban en un serafín", dice don José María Sabaté. Era en él locura, añade, propagar las devociones a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora" (34).

Se celebró, por entonces, el Año Jubilar de la Redención. Para incrementar en los fieles la devoción a Cristo Crucificado, instruir al pueblo en la doctrina de los Santos Evangelios y obtener la conversión de los pecadores, se propuso don Enrique escenificar los diversos pasajes de la Pasión del Señor. En algún teatro de Madrid se representaban ya, con magnífico aparato escénico y por artistas de gran valía.

Acompañado de algunos coadjutores asistió a una de estas representaciones en el Teatro Español:

—¿Os atrevéis, los preguntó luego, a hacer en nuestro colegio algo parecido?

Y al oír nuestra respuesta afirmativa, —dice uno de ellos añadió:

—“Yo compraré los cuadros y vosotros los representaréis” (35).

Mucho tiempo le llevó la composición literaria de dichas piezas evangélicas, mas el bien obtenido compensó con creces los trabajos del autor y los no pequeños gastos económicos que originaron.

El mismo asistía a los ensayos y los dirigía. Al acercarse el día de la representación, oraba y se mortificaba y pedía a los demás oraran para conseguir de Dios la conversión de los malos e indiferentes.

El éxito era siempre rotundo: “Me agradan y me impresionan más estos cuadros aquí que en otro teatro, de la ciudad, pues los artistas salesianos ponen más alma y sentimiento que los profesionales en la ejecución,” comentaba alguno (36).

Aparte de esta hermosísima labor apostólica, se valía don Enrique de otros medios para inculcar en las mentes y corazones de los fieles el amor a Jesús Crucificado.

En “La Virgen de Don Bosco”, correspondiente al mes de abril de 1932, leemos: “Afortunadamente se va extendiendo mucho la devoción al Santo Crucifijo. Ya que se le destierra de los centros oficiales, en contraposición se le entroniza en muchísimos hogares...”

Surgió también en nuestras mentes que de los cuellos de los niños pendiese un Crucifijo y, gracias a la generosidad de piadosísimas personas, hemos podido llevar a la práctica este nuestro deseo.

(33) Pérez Nicomedes, Ms. 626, fol. 11.

(34) Sabaté José María, Ms. 649, fol. 1 vº.

(35) Martín Manuel, Ms. 603, fol. 2.

(36) Quílez Fabián, Ms. 633, fol. 3.

Para hacer el reparto de las Cruces con la solemnidad que merecía, se organizó una velada en honor de Jesús Crucificado el propio Viernes Santo por la tarde. El Sr. Director explicó ampliamente los momentos culminantes de la Pasión y Muerte del Señor, ilustrando su conferencia con la proyección de hermosas vistas fijas. Se cantaron diversos cantos religiosos y se recitaron poesías conmovedoras. Fue un acto que dejó a los niños dulcemente emocionados y animados a llevar con santa valentía en sus pechos la insignia del cristiano“.

Pocos meses antes de expirar el período de su Directorado en Atocha, hubo de entregarse de lleno a los preparativos de las Fiestas de la Canonización de Don Bosco, que en Madrid se celebraron con extraordinaria grandiosidad.

Hubo solemnes actos en la Catedral y en la Iglesia de María Auxiliadora de Atocha, con intervención de varios Srs. Obispos, que pontificaron y predicaron desde el púlpito las glorias del Santo en los días del Triduo.

No detallamos los actos emocionantes de tan feliz acontecimiento (37).

Una buena parte del éxito obtenido se debe sin duda al trabajo y entusiasmo del Director de Atocha. Fue también esta actividad la coronación de su magnífico trienio como Director de aquella casa.

Los superiores valoraban certeramente los crecientes méritos y aptitudes excepcionales de don Enrique. Por eso, pensaron en nombrarle, por segunda vez, director de Carabanchel Alto, erigido ya en Seminario Teológico Nacional y en aspirantado de la Provincia Céltica, cargo de enorme responsabilidad, que él aceptó con espíritu de fe y de edificante obediencia.

El día de su partida, repitiéronse las escenas de sentida despedida, parecidas a las que tres años antes habían tenido lugar en Carabanchel (38).

¿Y esto por qué?

“Fueron (los años de su directorado en Atocha) tres años de paz octaviana” (39), responde un salesiano.

Y un antiguo alumno añade: “Don Enrique pasó por este colegio dejando una estela de santidad, que me es imposible olvidar. Le sigo invocando en mis oraciones y espero verle un día en los altares” (40).

(37) Véase una descripción detallada de los mismos en “*La Virgen de Don Bosco*”, abril, 1934.

(38) Lizarralde José, Ms. 591, fol. 1.

(39) Quílez Fabián, Ms. 633, fol. 4.

(40) Monedero H. Ms. 608, fol. 1; cfr. también datos interesantes sobre diversas virtudes de don Enrique en Gironés Ramón, Ms. 569.

CAPITULO X

DIRECTOR DE TEOLOGOS Y ASPIRANTES

(1934-1936)

Para formar sacerdotes según el modelo de Cristo Sacerdote es menester que el director de almas tan privilegiadas sea hombre de intensa vida interior y reúna a la vez aquellas cualidades de celo, bondad, comprensión, cultura, entrega, conocimiento de personas y del mundo, que le hagan asequible a sus dirigidos.

¿Poseía el alma de don Enrique tanta riqueza de virtudes? ¿Se hallaba capacitado el Siervo de Dios para la alta misión que los superiores le acababan de confiar, director de próximos sacerdotes, en circunstancias extraordinariamente difíciles para la Religión en España?

Una inexplicable interrogación se abría de nuevo en la mente de algunos hermanos, que no acertaban a desprenderse de recuerdos ya lejanos, heroicamente superados por la férrea voluntad de nuestro biografiado desde el primer año de su directorado en Salamanca.

Nueve años de cargos de gran responsabilidad, con una actuación sin sombras, siempre cara a Dios, entregado totalmente a sus hijos, eran más que suficientes para disipar todo asomo de duda.

Y cierto que ninguna vacilación se daba en quienes habían tenido la suerte de experimentar y beneficiarse de su sabio y prudente gobierno.

“Se discutió —refiere un testigo— si valdría o no para director de Carabanchel, pero su ascética se imponía” (1).

Don Felipe Alcántara, Provincial entonces de la Inspectoría Céltica, en el opúsculo “*Laudemus viros gloriosos*”, anteriormente citado, antes de relatar el martirio del Siervo de Dios, escribe: “Enrique Sáiz, Director del Estudiantado, salesiano de recio temple, figura que con veneración recuerdan los que tuvieron la dicha de pasar por sus manos... (estaba) bien penetrado de los deberes que el estado sacerdotal impone... con su piedad profunda, un estudio detenido de la Ascética

(1) Valle Mariano, Ms. 675, fol. 2.

y de la Mística, un gran espíritu de sacrificio... Estos signos de espiritual madurez movieron a los superiores a encomendarle la dirección, primero del importante colegio de Segunda Enseñanza de Salamanca (2); posteriormente la de la casa Inspectorial de Ronda de Atocha (Madrid) y por último, la del Estudiantado Teológico de Carabanchel Alto. Experto ya en las lides del espíritu, atendió al cuidado de las vocaciones y a la formación de los futuros sacerdotes con un celo y una eficacia que prometía los más opimos frutos para el porvenir. La nefasta revolución vino a truncar una vida de tan fecundo apostolado" (3).

Testimonio éste de máximo valor por proceder del superior inmediato del mártir.

No nos ha sido posible averiguar la fecha de toma de posesión; sí, sus circunstancias: "Llega por la tarde el nuevo Sr. Director, don Enrique Sáiz, dice la Crónica de la casa. Le acompaña el Sr. Inspector y por no encontrarse bien de salud no se le hace recibimiento solemne en el teatro. Leída la carta de obediencia de los Superiores Mayores, el Sr. Inspector nos hace en breves palabras la presentación del nuevo Superior".

Nos inclinamos a creer que ocurría esto el 29 de septiembre de 1934. Pasa luego la Crónica a detallar el personal de la casa. El consejo está formado por el Rvdo. Don Juan Castaño, (Prefecto), don Lucas Pelaz, (Catequista) y don Vicente Martín, (Consejero). Don Anastasio Crescenzi es el Confesor. El número de teólogos asciende a sesenta y cinco, y a unos ciento treinta el de los aspirantes.

Hacía tiempo se había percatado el nuevo superior de que para repartir es preciso poseer. Gran acopio de teoría y, sobre todo, práctica de la espiritualidad es menester para dirigir las almas de una juventud que, decidida y ardientemente, marcha hacia su ideal sacerdotal.

Por eso don Enrique se entregó a un más serio y profundo estudio de la ciencia del espíritu, la vivió con creciente intensidad, la comunicó con pródiga generosidad y, finalmente, con ella gobernó prudente y santamente a su selecta comunidad.

SU ENTREGA AL ESTUDIO DE LAS CIENCIAS DEL ESPIRITU

"Su formación ascético-mística nos sorprendió desde el primer momento. Sus conferencias eran densas de doctrina, lo mismo que sus sermones. Preguntado cómo había logrado un caudal tan grande de ma-

(2) Varias veces tuvimos ocasión de confrontar nuestras impresiones sobre don Enrique con el llorado P. Alcántara. Nos parece que don Felipe no siguió a fondo el desarrollo de la espiritualidad del Siervo de Dios, aunque convivió con él durante varios años. Creemos a la luz de los testimonios citados en el capítulo VII, que la madurez de la vida interior la alcanzó nuestro biografiado siendo ya Director en Salamanca.

(3) Alcántara Felipe, o. c. pág. 18-19.

teria ascética, contestó: “Apenas canté Misa me hicieron confesor de monjas en Salamanca, y no tuve más remedio que leer mucho” (4).

“Me pareció, añade otro, que poseía una formación ascética profundísima, que acrecentaba de continuo con la lectura constante de libros espirituales...” (5). “Su despacho era como una capillita, libre de adornos, muy recogido, más sencillo y modesto de lo que hoy puede verse. Allí se le veía infaliblemente rodeado de libros, leyendo alguno de formación espiritual” (6).

Repetidas veces hemos aludido a sus predilecciones por San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús; también “conocía a fondo la doctrina de Santa Teresita del Niño Jesús” y aconsejaba a sus dirigidos “la infancia espiritual, el abandono en Dios” (7).

VIVIO CON INTENSIDAD CRECIENTE LA VIDA DE DIOS

Enseñaba lo que profundamente vivía.

Sin perder en ningún momento el contacto con la realidad del que-hacer diario, don Enrique se hallaba de continuo inmerso en una atmósfera de intensa espiritualidad: “Se distinguía, —dice don Manuel Notario—, por el espíritu de fe, que se reflejaba en sus prácticas de piedad y en la meditación de sus conferencias ante el sagrario, cosa que nos llamaba poderosamente la atención” (8).

Curioso y revelador el hecho que nos narra don Isidoro Moro. Lo relatamos sin comentarios.

“Ocurrió hace 25 años. Me hallaba de personal en el colegio Salesiano de La Coruña. Una mañana de junio sentí frío intensísimo en la médula espinal y me ví obligado a guardar cama. Imposibilitado para toda suerte de trabajos, fui trasladado a Madrid y quiso la Providencia que los Superiores me destinaran a nuestro colegio de Carabanchel Alto, en el que permanecí, bajo la dirección del inolvidable don Enrique Sáiz, desde fines de octubre de 1935 hasta el 31 de enero del año siguiente, fecha de mi traslado al Hospital Provincial.

Mi enfermedad resultó ser una parálisis total del sistema nervioso ascendente. En el Hospital me puse tan grave (bajé cincuenta kilos de peso) que pedí me llevaran a morir a un colegio Salesiano y que avisaran a mi familia.

Trasladado nuevamente al colegio de Carabanchel el 12 de febrero de 1936, me administraron los Santos Sacramentos, al tiempo que los estudiantes de Teología, por insinuación de su Director don Enrique,

(4) Medina Pacífico, Ms. 605, fol. 1. vº.

(5) Prieto Antonio, Ms. 630; Gallego Máximo, Ms. 557, fol. 1.

(6) García Antonio, Ms. 561, fol. 6.

(7) Riesco José, Ms. 634, fol. 4; Gancedo Eduardo, Ms. 559, fol. 3.

(8) Notario Manuel, Ms. 616.

comenzaban una novena al Siervo de Dios don Miguel Rúa, pidiendo mi curación.

El mismo día en que recibí el Santo Viático, llegaron de Salamanca mi madre y mi hermana, pero no les fue posible verme, debido a lo avanzado de la hora; por lo tanto hicieron noche en el Convento de las MM. Oblatas, a muy corta distancia de nuestro Seminario.

Amaneció el nuevo día, y mi postración era extrema. Muy de madrugada entró en la habitación don Enrique y, acercándose a mi lecho, me dijo sin más: "Anda, decídetе, ¿por qué no te levantas a decir misa? Vosotros los enfermos os acobardáis en seguida". Alentado por sus palabras, me decidí y bajé a la capilla y, si bien no pude celebrar, comulgué sin ayuda de nadie.

En esto, llegan mi madre y mi hermana, pidiendo verme al punto:

—Queremos ver a Isidoro.

—No pueden.

—¿Se ha muerto?

—Está comulgando en la capilla.

¡Qué inyección de optimismo para mi familia! Inmediatamente comencé a mejorar y desde entonces jamás he sido molestado lo más mínimo por aquella terrible enfermedad.

¿A qué se debe mi curación? ¿Sugestión? No lo creo, pues me encontraba del todo arruinado y me invadía una debilidad extrema. Tres meses llevaba sosteniéndome tan sólo con inyecciones, sin probar alimento alguno. Me habían reconocido médicos excelentes, como el Dr. Ratera y el Dr. Villaverde, todos ellos eminentes especialistas del sistema nervioso. Ninguno entendió ni puso remedio a mi enfermedad. Estaban plenamente convencidos de mi inminente muerte. Y, sin embargo, desde el feliz momento de la intervención decidida de don Enrique, olvidé a médicos y medicinas y curé totalmente.

¿Poder de la fe y de la oración? Pienso que sí, pues de continuo los estudiantes de teología elevaban sus preces al Señor, pidiendo mi curación por intercesión del Primer Sucesor de San Juan Bosco. A ello les había animado don Enrique, el cual creyó obtenida la gracia, como lo prueba el hecho que acabo de referir".

Hasta aquí el relato de don Isidoro Moro (9).

El espíritu y la virtud de la fe daban vida y calor a su piedad: "Todos estábamos persuadidos que don Enrique vivía habitualmente en la presencia de Dios con una intensidad extraordinaria. Si no hubiese llegado a morir mártir, su vida excepcional le hubiera igualmente colocado entre los salesianos de más eminente virtud" (10). "Conmovía verle hacer las prácticas de piedad: la visita al Santísimo, la meditación, la Santa Misa" (11). "Pude apreciar en don Enrique mucho espíritu

(9) Moro Isidoro, Ms. 613, fol. 1-3.

(10) Baraut Pablo, Ms. 320; Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 4; Riesco José, Ms. 634, fol. 5; Iglesias Fernando, Ms. 381, fol. 1.

(11) Ureña Antonio, Ms. 673.

de piedad, que irradiaba a los que con él convivían por medio de sus “Buenas Noches”, conversaciones, obras de teatro... Veía en todo la mano de Dios, que dirigía los acontecimientos” (12).

“Para don Enrique no consistía la piedad en juntar las manos apretadamente, torcer la cabeza o pasarse las horas muertas en la capilla, con detrimento de los deberes. Para don Enrique la piedad estaba formada por un complejo de compostura, ademanes, recogimiento de la persona, exacto cumplimiento del deber y oración, principalmente la mental” (13). Detestaba el sentimentalismo huero y vacío, hasta en el canto: “Le gustaban los cantos viriles, no los sentimentales” (14).

“Me parece verle en la iglesia de rodillas, con las manos juntas sobre el banco y la mirada fija en el sagrario, como un ángel” (15).

“Paseando un día con él durante el recreo —cuenta don José Campoy, entonces estudiante de teología— recayó la conversación en cómo los sacerdotes debemos tener, aun en medio del complicado ajetreo de nuestras ocupaciones, un definido programa de vida espiritual para vivir más en Dios. Nos traía como ejemplo la paz que él mismo experimentó en unos días que pasó en la Cartuja, donde a la sazón era monje un tío suyo, que murió en olor de santidad. Nos narraba cómo allí, apartado del mundo, se sintió muy cerca de Dios, y meditó en la necesidad de vivir más unido con El y despegado de los hombres. Nos explicó la vida íntima de la Cartuja, que debió conocer bien. Todas estas palabras suyas quedaron muy grabadas en mi memoria y me hicieron mucho bien espiritual. Es de notar que cuando sacaba a colación alguna escena edificante de su vida, no lo hacía con espíritu de vanagloria, sino con tal sencillez y naturalidad, que se veía bien a las claras que lo que con ello pretendía era tan sólo la gloria de Dios y el bien de los demás” (16).

“Sus visitas al Santísimo Sacramento no eran largas, pero sí muy afectuosas; bastaba para darse cuenta de ello, observar la expresión de su rostro” (17). Era muy grande su amor a Cristo Crucificado. Don Adrián Merino afirma: “En cierta ocasión, en una cuenta de conciencia, él y don Luis Soto platicaban sobre Jesús Crucificado, conmoviéndose ambos hasta derramar lágrimas” (18). “Durante media hora —dice don José Riesco— me estuvo hablando del crucifijo” (19). “Me impresionaba —añade un tercero— verle y oírle recitar los viernes de Cuaresma públicamente, en la capilla, el “Viacrucis”; inspiraba una gran

(12) Báez José, Ms. 519.

(13) García Antonio, Ms. 561, fol. 8.

(14) Lizarralde José, Ms. 591, fol. 5.

(15) Barreño Silverio, Ms. 523.

(16) Campoy José, Ms. 532, fol. 1.

(17) García Antonio, Ms. 561, fol. 8; García Tomás, Ms. 565.

(18) Merino Adrián, Ms. 607, fol. 1.

(19) Riesco José, Ms. 634, fol. 1.

piedad" (20). "Su unión con Dios se transparentaba incluso en las cartas que escribía" (21).

Cual preciada reliquia, conserva su destinatario una de las últimas. Es la dirigida a un ex-alumno del colegio de la Ronda de Atocha, seminarista entonces, prestigioso y celoso sacerdote hoy en la Archidiócesis de Madrid. Fechada el 23 de mayo de 1936, víspera de la Solemnidad de María Auxiliadora, dice así: "Muy recordado y querido Manolito: En mi poder tu amable carta, que paso a contestar con mucho agrado. No lo he hecho antes porque hemos estado muy atareados estos días con la ordenación de los Teólogos. Hemos aprovechado la venida de don Marcelino, Obispo de Pamplona, y ha ordenado a los estudiantes de este Seminario el día de la Ascensión. Han sido unos días verdaderamente hermosos. Si hubieras podido estar aquí, ¡cuánto hubieras gozado en este ambiente de fervor y en estas fiestas tan hermosas! Han sido días solemnes, tanto por las funciones de iglesia como por las veladas que se han celebrado. Todos han quedado entusiasmados.

Te supongo muy atareado con tus exámenes. No te olvides de María Auxiliadora, ahora que estamos en su mes y en la víspera de su fiesta. Mañana 24, bajaré a Atocha y allí pasaré el día, junto a tan buena y bondadosa Madre. Me acordaré de tí y pediré según tus intenciones" (22).

Añadamos a lo dicho que su piedad llevaba el cuño de la más probada autenticidad: el espíritu de sacrificio, el amor al sufrimiento, que se manifestaban en detalles, baladíes en apariencia, con una carga intensa de amor divino en la realidad.

Así lo entendían los teólogos, agudos observadores y finos críticos, al contemplar en el rostro y actitudes de su director una calma y dulzura perennes, a pesar de sus prolongados sufrimientos. "Me impresionaba su espíritu de mortificación, al contemplar su oreja roída por el sabañón y protegida, sin otro cuidado, por un simple esparadrapo" (23).

"Sus sabañones —dice otro— su oreja gastada por ellos de modo que parecía la de un leproso, sin ser por eso repugnante, movía a compasión. Era una predicación viva, vital, llevada a su máxima intensidad, sin la más mínima queja" (24). "Padecía mucho de sabañones —añade un tercero— pero no por eso perdía el buen humor" (25).

Interesante la confidencia que el mártir hacía un día a don José Campoy en el seno de la intimidad: "Yo sufro muchísimo por el picor de los sabañones en las orejas, pero ofrezco al Señor la terrible y molesta picazón por los pobres moribundos, que están en agonía, a fin de que

(20) Rodríguez José Miguel, Ms. 643.

(21) Fernández Arsenio, Ms. 554.

(22) Copia de la carta, Ms. 504.

(23) García Serrafín, Ms. 564.

(24) Corbella Juan, Ms. 541.

(25) Fernández Arsenio. 554; Cutillas Luis, Ms. 543.

logren una muerte santa" (26). "El *abneget semetipsum* del Evangelio —concluye don Silverio Barreño— lo vivía de continuo" (27). No faltan tampoco otros detalles de su espíritu de mortificación: "Llevaba su vista siempre recogida; era sobrio y mortificado en la comida" (28). "La sobriedad era su tema favorito. Nunca olvidaré aquella su sabia norma: En las fiestas hay gran peligro de faltar a la templanza; por eso en tales días se ha de comer menos que en los demás, pues se da más variedad y selección de alimentos" (29).

"Con motivo de la Semana Santa del año 1935, nos dio una conferencia religiosa sobre la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, ilustrada con proyecciones fijas, bien preparadas con tarjetas, recortes de revistas y diapositivas.

No recuerdo los detalles de dicha conferencia; sé que me gustó mucho por lo bien documentada. Lo que sí puedo asegurar es que quedó muy grabado en mi memoria el tono de emoción en la voz de don Enrique cuando proyectó y explicó el grabado de la Flagelación del Señor, y aquella su frase textual: "¡Cuánto bien hacen, especialmente en ciertas épocas del año y en ciertos momentos de la vida, unos golpecitos con disciplina sobre nuestro cuerpo..., aunque no los tengamos por Regla". Y de tal manera se expresaba, que resultaba fácil colegir la práctica en su persona de lo que a otros aconsejaba.

De temple austero, pero dulce y amable, era el tipo del salesiano de continua vida interior y alegre ascetismo" (30). Y esto a pesar de su salud delicada (31).

FORJADOR DE ALMAS SACERDOTALES

Es tal la riqueza de testigos que poseemos de este período de la vida de don Enrique, que tememos con ellos abrumar la atención de nuestros lectores; pero nos dolería en extremo, y jamás nos lo perdonarían los que tan a fondo le conocieron si por indebidas omisiones resultara mutilada la relevante personalidad de su antiguo y amado Director.

Trataremos, en lo posible, de orillar la dificultad, mas sin perder de vista el carácter del libro.

Los medios de que se valió el Siervo de Dios para la formación de sus teólogos y aspirantes fueron, sobre todo, la práctica de la cuenta de conciencia, la predicación, las conferencias y el teatro.

(26) Campoy José, Ms. 532, fol. 1.

(27) Barreño Silverio, Ms. 523.

(28) Ureña Antonio, Ms. 673.

(29) Corbella Juan, Ms. 541.

(30) Campoy José, Ms. 532, fol. 2 vº.

(31) Cree don Juan Castaño, entonces su Vicario, que el Siervo de Dios padecía del pecho o del corazón. (Ms. 538, fol. 2.)

A) *La cuenta de conciencia*: “Se recomienda encarecidamente a los directores, —escribe Don Bosco en la introducción a sus Constituciones—, que nunca dejen de recibir semejantes cuentas de conciencia. Sepa, desde luego, todo Hermano, que si las hace bien, con humildad y caridad perfecta, encontrará grande alivio para su corazón y un poderoso estímulo para adelantar en la virtud, y la Congregación reportará de esta práctica grandes ventajas” (32).

Las sabias leyes de la Iglesia, y concretamente el canon 530 del Código de Derecho Canónico, prohíbe terminantemente a todos los Superiores religiosos inducir de cualquier modo a sus súbditos a que les den cuenta de conciencia; pero advierten que no se les prohíbe a éstos acudir libre y espontáneamente y abrir su alma a los superiores; más aún, conviene que acudan a ellos con filial confianza, manifestándoles, si aquellos son sacerdotes, las dudas y congojas de su conciencia.

La sencillez, la humildad, la bondad y la singular competencia de don Enrique en la ciencia del espíritu invitaban, sin palabras ni exhortaciones, a la apertura más sincera y completa de la conciencia en orden a la propia formación: “Para cuantos hemos tenido la suerte de estar bajo su sabia dirección —escribe don Antonio García— fue don Enrique el Director ideal, según el espíritu de nuestras Constituciones porque, ante todo, fue un Padre, al cual se podía acudir en cualquier momento del día a manifestar las heridas del corazón, las intranquilidades y zozobras del espíritu, las luchas y combates con el enemigo, y también el *pondus diei et aestus* (33). “Sólo diré —escribe don Gonzalo Domínguez— que yo disfrutaba espiritualmente en las “cuentas de conciencia” durante los dos años que conviví con él. Me sorprendió su penetración de almas y el consuelo que sabía infundir cuando se le comunicaba alguna pena. ¡Cuánto bien me hizo en aquellos coloquios! Y ¡qué bien supo disipar las dudas que yo le planteé!” (34).

“Mensualmente los aspirantes y teólogos gozaban esta íntima comunicación con su superior” (35). “Cuando queríamos ir a hablar con él más a menudo, bastaba comunicárselo: en el mismo día nos mandaba llamar. Cuando se sentaba en su despacho, el reloj se paraba, esto es, el tiempo no corría para hablar con él. Y se daba el caso de un hermano que, no pudiendo acudir con toda regularidad a dar su “cuenta”, el día que lo hacía se pasaba dos y hasta tres horas hablando del alma con su Director. ¡Aquellas eran cuentas de conciencia! Allí había, ante todo, un padre, un hermano experimentado en las lides de la vida y ducho en cuestiones espirituales” (36).

“El tema preferido de tales coloquios era el del amor a Dios. Solía

(32) Const. S. F. S., Introducción, pág. 48.

(33) García Antonio, Ms. 561, fol. 9.

(34) Gonzalo Domínguez, Ms. 548, fol. 1.

(35) Alonso Francisco, Ms. 508, fol. 5; García Antonio, Ms. 561, fol. 6.

(36) García Antonio, Ms. 561, fol. 6.

aconsejar libros que nos encendieran en este amor" (37). "Insistía mucho en el estudio del propio carácter, en la práctica del examen de conciencia y de la lectura espiritual, en el arte de aprovecharse de los propios defectos, en la unión continua con Jesús Sacramentado y en el amor a la Congregación" (38).

"Lamento —escribe don José Campoy— haber roto las muchas libretas que conservaba con apuntes particulares, donde fui escribiendo, durante mis años de teología, los saludables consejos que don Enrique me daba en las cuentas de conciencia mensuales, los resúmenes de sus conferencias, sus charlas más atractivas. Hubiesen constituido un arsenal de datos confidenciales, pues en ellos estaba volcada su alma de director y apóstol. ¡Paciencia! Tengo todavía un sabor tan agradable de aquellas cuentas dadas a don Enrique, que con sinceridad afirmo no haber vuelto a experimentar tales consuelos en ninguna otra" (39).

De la eficacia de tales contactos espirituales entre un superior bondadoso y sus amados hijos, nos habla así uno de los aspirantes: "Desde la primera vez que hablé con él, se ganó toda mi confianza. Yo no tenía secretos para él. Lo que más eché de menos en el primer año de la Cruzada fue su dirección. Jamás olvidaré aquellos ratos de intimidad más que filial, pasados en su despacho. El resolvía todas mis dificultades y disipaba todas mis penas. Para mí y para mis compañeros, don Enrique era un santo, el salesiano ideal, otro Don Bosco" (40).

Y para más corroborar el testimonio aducido, he aquí las palabras de un salesiano, que formaba parte del personal de los aspirantes: "Me decía don Enrique: Cuando te sientas muy cansado y desganado, ven a mi despacho", y de allí se salía indefectiblemente con nuevos bríos y con deseos de sufrir por amor de Dios.

¡Cuánto consolaba saber que teníamos un padre cariñoso, atento, comprensivo, partícipe de nuestras penas y alegrías!" (41). "Para mí —concluye otro teólogo su exposición— fue don Enrique el mejor y máximo maestro de espíritu conocido dentro y fuera de la Congregación. Una frase suya era un reguero de luz... Siempre andaba con libros de espiritualidad y de formación de jóvenes. Me hizo leer varios, cuyo influjo ha sido definitivo en mi vida" (42).

Así era efectivamente don Enrique.

También nosotros tuvimos la incomparable dicha de experimentar, si bien por breve tiempo, en el colegio de la Ronda de Atocha (curso 1933-1934) los efectos benéficos de la sabia dirección del santo salesiano, y podemos con sinceridad afirmar que aún perdura en nuestro espíritu la unción de aquellas sus palabras, el calor espiritual que natural

(37) Infante Rafael, Ms. 586, fol. 2.

(38) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 4; Seraffín García, Ms. 564.

(39) Campoy José, Ms. 532, fol. 1.

(40) Hernández Tobías, Ms. 574, fol. 3.

(41) García Antonio, Ms. 561, fol. 9.

(42) Corbella Juan, Ms. 541.

y sencillamente irradiaba de su amable persona en aquellos coloquios inolvidables de la cuenta de conciencia.

B) *Su predicación*: Otro medio de formación para sus teólogos la encontró en la predicación. Es curioso observar cómo casi todas las páginas de la Crónica de la casa de Carabanchel, en estos años, se hallan salpicadas de referencias a los triduos, novenas, pláticas dominicales y sermones de fiestas predicadas por don Enrique.

No era éste orador en el sentido vulgar de la palabra; lo era en la realidad porque deleitando conquistaba. “Hablabla con naturalidad y corrección” (43), a la vez que con fuego y unción. Sembrar ideas de vida cristiana, religiosa y sacerdotal; pero además infundir en sus dirigidos un auténtico espíritu martirial, exigencia de los tiempos difíciles que corrían, fue la gran obra del futuro mártir.

Se hicieron famosas a este respecto las “Horas Santas” por él predicadas, las cuales tenían lugar los sábados (44), en reparación de las injurias y ultrajes inferidos a Nuestro Señor por los enemigos de la fe en aquellos años de desenfreno ateo e inmoral, así como para robustecer y preparar los ánimos de sus salesianos y aspirantes a las grandes pruebas, que amagaban ya de cerca y que habían de culminar en gloriosos martirios. “¿Quién podrá olvidar —nos dicen los testigos— aquellas Horas Santas, dedicadas a aplacar la ira divina, que ya se cernía sobre nuestras cabezas, y en las que hablando del amor divino hacia los hombres, solía cortar la oración sagrada por las lágrimas y la emoción?” “Recuerdo, entre otras, aquellas en la que comentó la escena de Jesús con la Samaritana, junto al pozo de Jacob: *Si scires donum Dei*. En tales momentos no era un hombre, era un serafín, haciéndonos saborear el don de la Eucaristía” (45).

Poco antes del Alzamiento Nacional —cuenta un testigo presencial— en un sermón que predicó en Ubierna, con ocasión de la gran festividad del Corpus, dejó brotar de su pecho todo un volcán de amores a Jesús Sacramentado con palabras y símiles tan enternecedores, que dejaban en las almas una suavidad indefinible y celestial. Creo que su oratoria, por lo dulcemente persuasiva, se asemejaba a la de nuestro Patrono San Francisco de Sales” (46).

(43) Gancedo Eduardo, Ms. 559, fol. 3.

(44) Crónica del curso 1935-36, Arch. C. C. A. Es un libro “Borrador” de los usados en contabilidad, rayado; encuadernación con pasta de cartón, forro negro con lomo y esquinas en papel-tela amarillo. En la pasta hay un rectángulo de fondo rojo con dibujos y cenefa en tinta oro con la palabra a letras de molde impresas “Borrador”. En su ángulo superior izquierda se ha pegado la sigla, 1-1.

Está numerado desde la página 1 a la 159. Contiene las crónicas de los años 1931 al 1936. En la página 1 pone: “Curso Escolar 1931-32.” La crónica del curso 1934-35 comienza en la página 73. En el centro de la página 108 pone “Julio”, y a lápiz, 1935; luego siguen en blanco varias páginas. También están en blanco las páginas 115 y 116. En la página 120 comienza el curso 1935-36. Desde la página 125 a la 134, todas en blanco.

La última hoja aparece pegada a la pasta y rasgada en su medio, no pudiéndose leer lo escrito en ella por faltarle una tercera parte.

(45) Domínguez Gonzalo, Ms. 548, fol. 1. vº.; García Antonio, Ms. 561, fol. 8.

(46) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 5.

“Una de las cosas que más me llamó la atención en sus últimos años (1934-1935) —cuenta don Anastasio Crescenzi— es que, en sus sermones de los domingos, se inflamaba, hablando a los teólogos” (47).

La lluvia tranquila de su palabra en Conferencias y Buenas Noches calaba hasta el fondo de los corazones. Digamos, antes de acabar este apartado, una palabra sobre las segundas. Habla don León Cartosio: “Era esmeradísima su preparación para contar en las Buenas Noches los sueños y visiones de San Juan Bosco, vistiéndolos del lenguaje más puro y más apropiado para impresionar la imaginación de los jóvenes y sacar el mayor fruto de la eficacia educativa de estos admirables sueños para sus almas” (48). “Conocía perfectamente —añade don Tobías Hernández— las Memorias Biográficas de Don Bosco. Con muchísima frecuencia nos narraba en el patio episodios de la vida de nuestro Santo Padre. En vacaciones dedicaba una hora entera a leernos sueños de Don Bosco, y éstos eran muchas veces el tema de su predicación y de sus obras de teatro” (49).

C) *Sus conferencias*: “Estuve en contacto íntimo con él, por razón de mi cargo —escribe don Máximo Gallego, catequista en aquel entonces— y puedo asegurar que su preocupación constante era conseguir que los estudiantes de Teología fuesen verdaderamente santos, sacerdotes de verdad” (50).

Las conferencias semanales las preparaba con esmero, lo mismo que las pláticas dominicales y las Buenas Noches. No se les escapó a los teólogos este detalle ejemplar: “¡Cómo se preparaba y cuánto gozaba al darnos esas conferencias y qué acento ponía en sus palabras al tratar de ciertos temas. Eran tan interesantes que siempre ansiábamos sus enseñanzas y nunca llegaban a cansarnos” (51). “Las conferencias —concluye don Fernando Iglesias— eran sobrias, bien pensadas, agradables e interesantes” (52).

La materia de las mismas, como es lógico, fue varia, predominando las de carácter ascético y pedagógico (53).

Nos place insertar en el apéndice de la obra un juicio sobre el carácter y contenido de estas conferencias, estudios realizados por don Salvador Bastarrica, profesor de Ascética y Mística del Seminario Teológico Salesiano de Salamanca y por don Andrés Sopena, también sa-

(47) Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 6.

(48) Cartosio León, Ms. 534, fol. 1 vº.

(49) Hernández Tobías, Ms. 574, fol. 4.

(50) Gallego Maximino, Ms. 557, fol. 1; Villalva José, Ms. 667.

(51) Azpeleta Félix, Ms. 518.

(52) Iglesias Fernando, Ms. 581, fol. 1.

(53) Dio también clase semanal de arte sacro, con proyecciones, charlas sobre Grupos de Evangelio, sobre Acción Postescolar... Sardón Antonio, Ms. 666; Iglesias Fernando, Ms. 581, fol. 1-2; Crónica en diversas páginas, 17, 21, etc.

Como anécdota graciosa referimos ésta que nos envía don Antonio Ureña, Ms. 673: “Durante la Semana Santa nos daba conferencias con proyecciones. Al hablar de la Pasión se conmovía hasta el punto de derramar lágrimas, que él trataba de ocultar. Como le viera llorar cierto teólogo, abierto de genio, le dijo: Pero señor Director, no llore usted más por la muerte del Señor, ¿no sabe que el Domingo resucita?”

lesiano, catedrático de Pedagogía en la Universidad Pontificia de la misma ciudad.

Es evidente que la redacción de dichas conferencias que hemos recibido, y que presentamos, no puede garantizar la exactitud textual de cada una de sus palabras; sí en cambio el pensamiento, fielmente recogido por teólogos que tenían el empeño laudable de hacer acopio en sus libretas de los sabios y prácticos consejos de su venerado Director.

“Eran conferencias —afirma don Juan Corbella— resumidas y sabrosamente comentadas por nosotros, como las de don Marcelino, nuestro hoy venerado Arzobispo. Eran hombres que “formaban escuela”. Pidamos al Señor que nos envíe hombres de esta talla” (54).

D) *El teatro*: Para no caer en inútiles repeticiones, anotaremos en este lugar tan sólo el carácter formativo que, en orden al ideal sacerdotal, encerraban, y el vivo interés que despertaban sus producciones o adaptaciones literarias (55).

Ante todo, ¡mérito singular! don Enrique hacía gustar el arte de las tablas a sus estudiantes de teología. Por su seria dedicación a los estudios, apreturas de exámenes, privaciones de merecidos recreos u otras circunstancias semejantes “siempre ha sido espinoso —dice don Antonio García— el reparto de papeles entre teólogos. Fuera de media docena de incondicionales o profesionales, los demás han ido a las tablas “forzados” moralmente. Así lo hemos visto durante varias épocas y aún ahora creo que sucede algo parecido. Tal lo encontró don Enrique, y le sucedió lo que no podía por menos de suceder: varios aceptaron los papeles y salieron a la escena a regañadientes.

Al terminar el año escolar, la situación había cambiado por completo. ¿Razón? Las tablas se habían convertido en cátedra, donde don Enrique se pasaba las horas enseñando un gesto, una palabra, el acento, con la misma seriedad con que daría una clase de Historia o de Ascética. Al fin se trataba, en la mayoría de los casos, de llevar al ánimo del espectador la ciencia teológica de nuestros clásicos.

Todos tenían algo que aprender, desde el apuntador hasta las comparsas y esos personajes anodinos de una sola palabra, que suelen equivocar, llegado el momento oportuno, por falta de ensayo.

Y nada digamos del aparato escénico, tan esmeradamente preparado por tramoyistas y electricistas, a costa de ingenio, ahorros pecunia-

(54) Corbella Juan, Ms. 541.

(55) “De las obras de don Enrique, de unas se poseen originales, de otras, no. Las que yo envié de la Pasión son originales, escritas por don Enrique a máquina, con el título de la portada a mano, de su puño y letra: “*Divinos Misterios*”, en la parte superior; y en el medio del cuadernillo: “*Resurrección—Emmaus—En el Cenáculo—Ascensión*”, con alguna corrección, también de su puño y letra. Pero recuerdo haber tenido todos los Divinos Misterios en un solo tomo, que supongo era el verdadero original; por haberlo prestado, lo perdí para siempre.

«*Nobleza contra doblez*», histórico, está escrito por el mismo don Enrique, me refiero a la materialidad del escrito; pero es un arreglo de otro clásico en que sale doña María de Molina, según pude colegir de una conversación tenida con él, en el año mismo de su muerte.” (García Antonio, Ms. 561, b.)

rios y horas quitadas al sueño y descanso. Todo lo compensaba el éxito de la representación" (56).

Las obras, que proponía para representar y que personalmente ensayaba, eran de carácter formativo, sacerdotal o apostólico. Así lo dice, entre otros don Serafín García: "Representamos un Auto Sacramental de Lope de Vega, adaptado por él al público presente. Tenía predilección por estas obras y no regateaba medios ni gastos para su éxito perfecto. Estudiaba los caracteres de sus teólogos, repartía él mismo los papeles y acudía incluso a comprobar la preparación escénica" (57). "Me dejó —dice don Máximo Palao— un drama escrito por él; yo lo copié. Era de carácter misionero, y su título "Oro, oro, oro". Gracias a esta copia que guardé, se publicó en Sarriá, allá por el año 1944. ¡Lástima que en el año 1936 se perdieran otros muchos de sus escritos que, si se hubiesen publicado, hubieran hecho mucho bien!" (58). "El afán de don Enrique era dotar a la Editorial de la Ronda de Atocha de unas obras teatrales propias, a fin de que tuviera una vida semejante a la de Sarriá, y trabajó mucho en este sentido" (59).

"¿Tenían aceptación estas composiciones literarias del Siervo de Dios? "Sus obritas —dice don Pablo Baraut— no demasiado técnicas, eran sin embargo, muy espirituales y delicadas" (60).

"Pocos salesianos habrán hecho tanto y tan concienzudamente para moralizar el teatro y para dotar a nuestra Galería de obras estrictamente religiosas" —añade don Antonio García.

Para ciertos sujetos adolecían de vitalidad las obras de don Enrique, reparo gravísimo en escritos destinados a la representación. Pero permítaseme una pregunta: ¿Cómo gustaban tanto en vida del autor y siguen gustando donde se representan, más o menos bien copiadas? (61).

A afirmar esta idea viene don Vicente Rodríguez: "Pude oír sollozar de sentimiento a gentes sencillas del campo en San José del Valle con la representación de sus obras " (62). La Crónica de la casa, el 12 de febrero de 1936: "Hoy, Aniversario de la Coronación de S. S. Pío XI. Celebramos la fiesta con toda solemnidad. En la velada los aspirantes pusieron en escena tres cuadros bíblicos originales del Sr. Director, con alusiones al Primado de San Pedro. Gustaron muchísimo. Otro éxito para el teatro religioso".

En las Navidades del año 1934: "Día 29. Certamen de cánticos de Villancicos entre los aspirantes. Presidió el Sr. Inspector. El premio se

(56) García Anontio, Ms. 561, fol. 11.

(57) García Serafín, Ms. 564; Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 4 vº, 3; Rodríguez Vicente, Ms. 647. Este último añade que el Siervo de Dios aprovechaba algún entreacto para, desde el escenario, hablar a los jóvenes, o a los cooperadores. Y termina: "Creo que don Enrique, en cuanto a la escena, influyó mucho y muy favorablemente en las generaciones que le conocieron."

(58) Palao Máximo, Ms. 623, fol. 2.

(59) Iglesias Fernando, Ms. 581, fol. 1 vº.

(60) Baraut Pablo, Ms. 520.

(61) García Antonio, Ms. 561, fol. 8-9.

(62) Rodríguez Vicente, Ms. 647.

lo llevaron los de primer curso. Ellos representaron el dialoguito "Sin madre", y los otros cursos "Bienaventurados los pobres" sobre la infancia de Jesús, ambos originales del Sr. Director".

Y más adelante: "Días 23, 24, 25 de abril de 1935: Fiestas solemnísimas de San Juan Bosco con la asistencia de los Srs. Inspectores. Fue al final de éstas cuando se estrenó la obra original de don Enrique "Don Bosco conspira", la que más gustó a todos".

Y el 16 del mismo mes: "Teólogos y niños. —dice la Crónica— van a Atocha a ver los Cuadros de la Pasión, obra de nuestro Sr. Director. Gustaron muchísimo".

En la fiesta de la Purísima del año 1934: "La velada salió bastante bien. El Sr. Director tuvo un número: "El pintor de la Inmaculada" (Murillo), y lo ilustró con proyecciones. Otro número fue "La Puente del mundo", Auto Sacramental de Lope de Vega, adaptado por el Señor Director, y que gustó muchísimo". Y como apostilla: "Señal de que no es tan aburrido, como a veces se cree, el teatro religioso".

Nos parece bien terminar este juicio sobre el teatro religioso de don Enrique con las palabras de don León Cartosio: "Con el mismo intento de proporcionar composiciones teatrales, acomodadas a fiestas religiosas y Veladas, en Institutos y colegios de religiosos, transformando las tablas en una amena instrucción y educación religiosa y moral, tradujo del italiano piezas dramáticas. En estas traducciones brilla el esmero con que perseguía el alto fin que se proponía" (63).

HOMBRE DE GOBIERNO

Los estudiantes de Teología, desde los primeros momentos, creyeron en el acierto de la elección de don Enrique para Director de Carabanchel.

No escaseaban ni eran pequeñas las dificultades: "Cuando comenzó a actuar —dice don Antonio García— vióse en él al hombre de tacto exquisito y prudente en su trato con unos y con otros.

Las circunstancias habían obligado a los superiores a juntar, en una sola, dos casas moralmente distintas, Estudiantado Teológico y Aspirantado. El ajuste fue violento. Entre los mandos de una y otra comunidad hubo cierta tirantez, velada, si se quiere, pero, al fin, tirantez". Hasta aquí don Antonio, testigo presencial de los hechos... (64).

En efecto: Los aspirantes habían hasta entonces disfrutado de una limpia, bien orientada y, sobre todo, propia casa en la Carretera del Paseo de Extremadura, con un personal para ellos, enteramente libre en sus decisiones y entregado de lleno a la formación de sus alumnos.

(63) Cartosio León, Ms. 534, fol. 1-2.

(64) García Antonio, Ms. 561, fol. 4.

De golpe se sienten turbados en su serena paz con aquel cambio, desplazados por los bachilleres que, procedentes de Carabanchel, les cedían su casa para tomar posesión de aquel colegio que ellos, los aspirantes, con indecible ilusión habían estrenado, trasladados de Astudillo (Palencia) una mañana de agosto del año 1927.

Bien pronto los emigrados se vieron acometidos en Carabanchel por una angustiosa sensación de vacío y de abandono. ¿Qué representaban ellos en un Centro de altos estudios? ¿No les reservaría la suerte una habitual desconsideración, un trato de excesiva inferioridad, poco más que de criados ante los hijos mayores de la Congregación?

El curso 1933-1934 fue, por tanto, de reajuste y trabajosa adaptación. Nos consta que el choque con la nueva realidad afectó a alguna vocación y que, a la llegada de don Enrique, en el curso siguiente, no se había extinguido aún el descontento (65).

Don Enrique, pues, afrontó la situación con valentía, la mirada puesta en Dios.

Será de máximo interés para nuestros lectores consignar aquí, si quiera sea a grandes trazos para no perdenos en detalles, los rasgos característicos de su actuación con los teólogos primero y con los aspirantes después. Resulta evidente que la línea de conducta por él seguida con ambas comunidades hubo de ser muy semejante. Preferimos, sin embargo, distinguir, por la ventaja de quedar así más patente su continua solicitud por todas.

a) *Su gobierno con los teólogos*: Lo podemos compendiar en muy pocas palabras: suavidad, caridad y comprensión, no exentas de fortaleza. Algunos detalles:

La cocina es el gran estómago de una comunidad, sea religiosa o familiar. De su buen funcionamiento, sin excesos ni defectos, dependen la efectividad en el trabajo, el buen humor e incluso, no pocas veces, los avances o retrocesos en la misma vida espiritual.

Algunos rumores desfavorables habían circulado entre el elemento estudiantil sobre su insuficiente alimentación para sostener el peso de los estudios y satisfacer el saludable apetito de una juventud vigorosa.

Pues bien, "la pregunta que hizo a todos los teólogos —dice uno de ellos— en la primera cuenta de conciencia que recibió, fue ésta: "¿Qué te parece de la comida?" Detalle que captó la común simpatía (66).

A quienquiera que requiriese sus servicios le atendía con la máxima prontitud. Al obrar de este modo, cumplía un propósito que había formulado siendo clérigo trienal. Le ocurrió que, al llegar a un colegio y preguntar por el Director, le tuvieron de plantón nada menos que dos horas. Y él decidió: "Jamás permitiré que suceda nada semejante a nadie, si de mí depende" (67).

(65) Para más detalles, García Antonio, Ms. 561, fol. 4-5; Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 5.

(66) Medina Pacífico, Ms. 605, fol. 1 vº.

(67) Domínguez Gonzalo, Ms. 548, fol. 1-2.

Había adquirido una paciencia y dominio de sí mismo sin límites.

Cuenta su sobrino, don Fortunato Sáiz, el siguiente hecho: "Siendo yo teólogo, fui testigo de una escena muy desagradable, y fue la insubordinación y el descaro de un pobre estudiante, que se atrevió a pedir cuentas al Director, faltándole al respeto.

Quise intervenir, llevado del gran afecto que a don Enrique tenía, como a familiar y superior mío; más él, adivinando mi intención, me impuso silencio con un gesto. Dejó al súbdito desahogarse y cuando luego nos encontramos solos, tío y sobrino, me dijo estas palabras: "¿Cómo querías que perdiese en un momento, con un arranque de genio e imposición tajante de mi autoridad, el fruto de tantos años de trabajo?" (68).

Era tolerante con las opiniones de los demás —escribe don Eduardo Gancedo—: "Se hablaba delante de él de nuestras Obras del Tibidabo, en Barcelona. No sé por qué defendí yo las diocesanas de la catedral de la Almudena de Madrid. Mis oyentes, en un ímpetu de fervor salesiano, intentaron hacerme callar, cual a un heterodoxo. En cambio don Enrique, manteniendo su calma habitual, quiso enterarse de mis puntos de vista, y: "Sigue, sigue..." me dijo.

Con este detalle nimio indico que el Siervo de Dios dejaba hablar, manifestar las propias opiniones, ganándose, con éste su sensato y pedagógico proceder, nuestra confianza filial.

Se le respetaba y amaba como se respeta y ama a un padre. Puede decirse que su personalidad se impuso a todos, no tanto por la ciencia, cuanto por la bondad, que llegaba a toda suerte de detalles, como el de pasear con frecuencia en el patio con los teólogos" (69).

Se interesaba sobre todo por la salud de los hermanos: "A mí me envió a los baños —cuenta don Lorenzo Martín— y a algún otro también. En cierta ocasión le expuse que no me sentía llamado al sacerdocio. El pensaba de distinta manera. Siempre me oyó con gran paciencia, y a fin de que lograra expulsar aquellas ideas de la cabeza, me mandó durante tres al colegio de Salamanca, proporcionándome así, con un agradable y activo trabajo entre muchachos, saludable descanso psicológico" (70).

"No recuerdo en qué año —refiere don Máximino Gallego— padecí una grave enfermedad de erisipela; pero lo que sí sé es que estuve muy molesto unos días con fiebre alta.

Recibía los cuidados solícitos del coadjutor salesiano don Juan Cordera, mártir el año 1936, y tampoco escasearon los del buen director, que se desvivía para que nada me faltara.

Su bondad no tuvo límites. Procuraba alejar de mi mente toda

(68) Saiz Fortunato, Ms. 636, fol. 1-2.

(69) Gancedo Eduardo, Ms. 539, fol. 1-2.

(70) Martín Lorenzo, Ms. 602, fol. 1 vº.

preocupación: "No piense en las clases —me decía— Yo buscaré uno que le supla". Y ese uno era el bueno de don Anastasio.

A fin de que estuviese entretenido, llevó a mi habitación la radio; me entregó alguna de sus obritas con el ruego de que las leyera, indicándole luego todo aquello que necesitaba corrección. Me prometió, sin yo pedirlo, conseguir permiso del Sr. Inspector para enviarme a la casa de San José del Valle, lugar de mi última residencia antes de que la Obediencia me destinara a Carabanchel, en la que había pasado, y él lo sabía, años muy felices, para allí reponer, mediante una alegre convalecencia, mis fuerzas quebrantadas. Así era de bueno y paternal don Enrique" (71).

"Estudiaba yo —cuenta don José Campoy— el tercer año de teología, y cierto día me sentí bastante mal de salud. Ignoro las causas de aquella mi enfermedad, que se exteriorizó en calenturas muy fuertes y en vómitos. Llamado el médico, hízome un ligero reconocimiento. Era a la sazón enfermero el Sr. Codera, hombre simpático, gracioso, parlanchín, que para todos y cada uno tenía su frase y anécdota. Pues bien, en aquella coyuntura, para entretenerme y hacer más llevadera mi enfermedad, me iba describiendo una corrida de toros, celebrada en Barbastro, y en la que él había intervenido como torero, antes de su ingreso en la Congregación. En esto llegó nuestro querido Director y, viéndome sin ganas de oír conversaciones y sí con deseos de descansar, invitó al Sr. Codera a dejarme solo. Don Enrique, con muy breves palabras, levantó mi espíritu, animándome a sufrir por Dios las molestias de aquella seria enfermedad, que llegó incluso a privarme del conocimiento y a quitarme el control sobre las mismas funciones fisiológicas. Al día siguiente, supe que don Enrique había pasado junto a mí toda la noche, ayudando al Sr. Codera en los menesteres más humildes. Sólo permanecí en la enfermería dos días. ¿Cómo curé tan pronto? Lo ignoro, pero éste es el hecho" (72).

No se crea que esta bondad del Siervo de Dios iba desprovista, en ocasiones, cuando el caso lo pedía, de una necesaria energía: "Supo corregir —dice don Antonio García— y cortar ciertas críticas entre el elemento estudiantil de Teología; pero siempre supo también endulzar la reprensión, de manera que nunca dejó heridas, resentimientos ni que-mazones en el corazón" (73).

"Ocurrió en efecto, por aquel entonces, un hecho que no dejó de levantar cierta polvareda, y fue la dimisión de un teólogo, no definitiva sino temporal, con una interrupción impuesta en sus estudios: "Sale —relata la Crónica de la casa— para Z el estudiante don X, obligado por los superiores a suspender sus estudios de Teología. Se habla y se comenta mucho esta salida entre los compañeros" (74).

(71) Gallego Maximino, Ms. 557, fol. 1-2.

(72) Campoy José, Ms. 532, fol. 2.

(73) García Antonio, Ms. 561, fol. 4-5.

(74) Crónica, Arch. C. C. A.

Don Adrián Merino añade: "Llamó mucho la atención su marcha. Pidieron los teólogos a don Enrique les diera alguna explicación sobre el hecho, y el Siervo de Dios habló en público" (75).

Y la Crónica: "Día 1 de mayo: Conferencia del Sr. Director. Dice una palabra sobre la marcha de don X., para salir al paso de habladurías". ¿Cuál sería esa palabra? Es evidente que una elemental norma de prudencia le vedaría ser más explícito: "Si el sembrador —dijo— que tanto ha trabajado en su campo, luego se encuentra sin cosecha, ¡qué honda pena experimentará!; pues a nosotros nos ha sucedido lo mismo: se ha procedido despacio, con deliberación, con las debidas consultas, y así ha tenido que ser".

"Quince días después —sigue la Crónica de la casa— una tarde llega el Sr. Inspector para continuar la Visita Inspectorial (Canónica) que hubo de ser interrumpida. En las "Buenas Noches" hizo un comentario a la salida de don X., e insistió en la necesidad de atender a la propia formación y a adquirir el verdadero espíritu religioso: formación de la conciencia, disciplina y observancia religiosas, obediencia...

Otro caso semejante ocurría el año siguiente (76). Los teólogos comprendían perfectamente que don Enrique, a pesar de su generoso y comprensivo corazón, se veía, como superior, en la dura necesidad de actuar en ocasiones con justo rigor, por no desobedecer a los dictados de la propia conciencia y traicionar los intereses sagrados de la Congregación y de la Iglesia.

Incluso en normas de menor transcendencia, pero dictadas y reglamentadas ya, exigía el cumplimiento del deber: "Mi padre —dice don José Riesco— en cierta ocasión me proporcionó un periódico con un discurso de José María Gil Robles. La lectura de diarios estaba prohibida en el Teologado. Al enterarse don Enrique, me llamó la atención, dándome los consejos apropiados.

Tampoco dejaba salir con facilidad de casa. Vino mi padre de Salamanca y le pedí permiso para acompañarle por Madrid: "Mira, me dijo, nuestra vida debe desenvolverse aquí. Dile a tu padre que ya no más; vete. "Y eso que don Enrique a mi padre no negaba nunca nada" (77).

Estas exigencias del deber no aminoraban la estima y adhesión plena de los teólogos a su Director: "Yo estuve —afirma don José Lizarralde— los dos cursos con él en Carabanchel, y puedo atestiguar que todos los teólogos sentían gran veneración hacia su persona. Uno de ellos me llegó a decir: "Es el hombre más grande que he conocido toda mi vida" (78). "Nos quería a todos —confirma don Antonio Sardón el anterior testimonio— como a hijos, y nosotros le queríamos y respetábamos como a un padre. Reinaba entonces en el Estudiantado un am-

(75) Merino Adrián, Ms. 607, fol. 1 vº.

(76) No lo reproducimos por su semejanza con el relatado.

(77) Riesco José, Ms. 634, fol. 4-5.

(78) Lizarralde José, Ms. 591, fol. 5.

biente encantador y auténtico espíritu de familia. Bien quedó éste demostrado durante las fiestas navideñas, al ofrecerse todos los teólogos espontáneamente para organizar y tomar parte activa en las tradicionales veladas, que nos tuvieron santamente entretenidos a lo largo de aquellas jornadas hogareñas (79).

b) *Su gobierno con los aspirantes*: “A pesar de haber obtenido este triunfo moral con los teólogos —dice don Antonio García— como si sólo fuese superior de ellos, no se vaya a creer que descuidara un momento del día a sus aspirantes. Tan convencidos estaban éstos de que el Sr. Director les quería y amaba de verdad y pensaba siempre en ellos, que llegaron a figurarse que solamente vivía para ellos” (80).

Don Antonio Ureña insiste en la misma idea: “Sobre todo cuidaba con esmero de los aspirantes, los cuales le amaban como al más tierno de los padres” (81).

“Yo fui asistente de comedor de los muchachos aspirantes —nos refiere don Vicente Ríos— cuando don Enrique era Director. Un día me preguntó cómo comían los niños, y yo le contesté que mal.

—“Bueno, bueno— me respondió. Nunca hemos de olvidar que los aspirantes son una porción escogida de la Congregación”.

A los dos días me volvió a llamar:

—Y ahora, ¿qué tal comen?

—Ahora, bien, le respondí.

En dos días había cambiado todo” (82).

Extremaba, sobre todo, sus delicadezas con los enfermos. “Un muchacho de los mayorcitos cayó enfermo con una afección al pecho. Aparte del plan curativo recetado por el doctor, don Enrique le prescribió un régimen de tal abundancia, que el hecho llamó la atención de no pocos hermanos: “Ahora es, les contestó, cuando se ha de procurar sacarlo a flote, a fin de que luego no se convierta en carga para la Congregación y en un miembro inútil de la misma. Gastemos hoy en alimentos lo que mañana habría que gastar en medicinas con menos fruto” (83).

Se preocupaba seriamente de los estudios de sus aspirantes: “En medio de tantas ocupaciones, aún le quedaba tiempo para pasarse por las clases, sobre todo cuando se hacía algún repaso general; para interesarse minuciosamente por las notas obtenidas, no sólo por los teólogos, sino también por los niños, y llamar a unos y a otros a su despacho para animar a los más retrasados. Le gustaba que los aspirantes hiciesen buen papel delante del Director. Sabía asimismo premiar generosamente su aplicación y animar a todos al cumplimiento del deber. En los

(79) Sardón Antonio, Ms. 666.

(80) García Antonio, Ms. 561, fol. 5.

(81) Ureña Antonio, Ms. 673.

(82) Ríos Vicente, Ms. 635, fol. 1.

(83) García Antonio, Ms. 561, fol. 6.

exámenes se mostraba muy paciente con los retrasados. Antes de despedir a un niño por corto de inteligencia, había que apurar todos los recursos, pues aseguraba que, durante su larga estancia con los bachilleres, había podido comprobar que muchachos, suspendidos en el colegio, superaban más tarde las anteriores dificultades y obtenían títulos académicos. Y añadía: "Así como en los bachilleratos se dan clases extraordinarias a los retrasados o "colistas", con el fin de disminuir el número de los suspensos, así se ha de obrar, y con más amor, con los que han de sucedernos en los trabajos y actividades de la Congregación".

Y aún hizo más, pues obtuvo del Sr. Inspector que se quedasen con él tres teólogos durante las vacaciones veraniegas, mientras los restantes se desparramaban por los demás colegios de las Inspectorías, para dar clase a los nuevos alumnos que iban llegando, preparándoles así a un buen comienzo de su primer curso, a la par que se procedía a eliminar a los que no ofrecían fundadas esperanzas de aprovechamiento en los estudios.

Modalidad suya fue el acortar en un año los estudios de aquellos muchachos más preparados que, por su edad e inteligencia, se hallaban en condiciones de superar victoriosamente las correspondientes pruebas, sin merma en su formación espiritual e intelectual. El éxito que acompañó a esta experiencia no pudo ser más halagüeño, pues los siete que pasaron curso fueron los primeros de la clase al año siguiente. De ello pueden dar fe varios de los interesados, que viven con nosotros y que nada tienen que envidiar a los mejor formados.

¡Cómo se estudiaba entonces —continúa el tan citado don Antonio García con cierta nostalgia de tiempos ya muy pasados— y qué bien se sabía alternar el trabajo intelectual asiduo con veladas, teatros, concursos de todas clases y premios a la buena conducta y aplicación!

Estas distracciones tenían siempre su buena propaganda preparatoria, dirigida a profesores y alumnos, con la que don Enrique lograba entusiasmar a unos y otros: "Si sois buenos, decía a sus jóvenes, yo os prometo un paseo a la Sierra, y además en coche. Don Bosco nos mandará el dinero". Y así fue, pues no para una sino para dos excursiones envió Don Bosco dinero suficiente. Se lo anunció públicamente y ¡los paseos se dieron!

Empleó con gran éxito el sistema de los decuriones, tan recomendado por nuestro Fundador y tan olvidado en los colegios, llegando a ser prácticamente innecesarios los asistentes salesianos. Nadie en estudio levantaba la cabeza del libro" (84).

Era aún mayor el cuidado y celo de don Enrique en la formación espiritual de sus hijos.

A ellos hemos aludido ya en otra parte. Consignemos aquí algún testimonio más: "Era cosa corriente —dice don Arsenio Fernández— el

(84) Ibid.

que los aspirantes frecuentáramos su despacho para dirigirnos espiritualmente con él. Lo hacía a las mil maravillas.

Es de advertir que a muchos de ellos los sostuvo en la vocación, al borde mismo del precipicio abierto por el abandono a que quedaron reducidos, a raíz del brusco cambio de residencia", ya anteriormente descrito. Daba conferencias a los cursos superiores y ¡qué bien orientaba! Las Horas Santas, termina, eran muy frecuentes y, en vez de leídas, predicadas magníficamente por él: Sé positivamente que también a los teólogos les hizo mucho bien con ellas. Durante su directorado hubo en la casa mucha piedad" (85).

No han podido olvidar los aspirantes de entonces la intimidad de sus coloquios con el director y el interés particularísimo que éste se tomaba por ellos: "Cuando había problemas especiales —dice uno de ellos— después de invitar a rezar y a poner en práctica remedios profundamente psicológicos: "Mañana —añadía— en el momento de levantar la Sagrada Hostia en la Elevación, pensaré en lo que me has expuesto. Eran esos actos preciosos de preocupación por nosotros y de nuestros problemas los que le ganaban nuestra admiración y afecto: Pensará... en mí... el Sr. Director... en la elevación". ¿Podía darse algo más íntimo y consolador?

Hasta entonces nadie había penetrado en mi interior con deseo estudiado de construir. Fue él quien empezó a enseñarme planes de vida cristiana con Jesús y María, y eso que tenía yo entonces doce años.

Existía entre nosotros la persuasión de ser cada uno preferido o amado por él de manera singular. Tal era el interés que mostaba por nuestros problemas personales y los signos de benevolencia con los que a cada uno favorecía.

Amaba entrañablemente la virtud de la pureza y se afanaba por que ella reinara constantemente en el corazón de sus hijos: "Ya entonces, a pesar de mis pocos años, aprecié el valor de sus charlas sobre la virtud angélica. Nunca oí hablar de ella tan a lo Don Bosco y con tanta frecuencia. Parecía constituir una obsesión suya" (86).

"En uno de los sermones dominicales, al hablarnos de un antiguo alumno suyo del colegio de Salamanca, que había tenido la desgracia de perder la inocencia, por culpa de un mal compañero, llegaron a brotar las lágrimas de sus ojos" (87).

"Nos encantaba hablando de esta virtud y sobre todo cuando narraba sueños de don Bosco. Muchas veces lo vi llorar de emoción en el púlpito cuando hablaba de la pureza. Su afán era que no se cometieran en casa pecados. Y nosotros, sin que él nos lo indicara, hacíamos novenas en grupos con esta intención" (88).

(85) Fernández Arsenio, Ms. 554.

(86) Alonso Francisco, Ms. 508, fol. 9-3-8-4.

(87) Rodríguez José Miguel, Ms. 643.

(88) Hernández Tobías, Ms. 574, fol. 5.

Tal vez que barruntaba el buen padre los peligros en que se verían envueltos sus queridos hijos cuando el recio y devastador vendaval de la Revolución sacudiese con fuerza brutal, pretendiendo ajar en unas horas, las delicadas y fragantes flores de su regalado vergel. Tal vez presentía incluso el martirio de algunos de ellos.

"Un día —cuenta don José Arteaga— hablando con él yo en su despacho, sacó dos rosas de un cajón y me preguntó de improviso: "¿Cuál te gusta más, la blanca o la roja?" Yo me quedé cortado y no sé por cual me decidí. Pero lo que más me impresionó fue que don Enrique se quedó pensativo mirando al Crucifijo. Por entonces había traducido él unas Estampas de Martirio, que impresionaron a todos, pues se presentía ya persecución" (89).

Sabía el Siervo de Dios aunar maravillosamente, en su diario contacto con los jóvenes aspirantes, la honda preocupación por el desarrollo espiritual de sus almas con la serena paz y contagiosa alegría, que debe reinar en todo colegio salesiano, sobre todo en las Casas de Formación.

"Siempre que podía, y lo hacía con frecuencia, estaba en el patio con nosotros. Nuestro gozo mayor era el verle jugar con los teólogos o con los aspirantes mayores partidos de frontón" (90).

"Recuerdo su entusiasmo en el juego de la pelota vasca. A veces presidía, en mesas preparadas al efecto, los partidos; otras jugaba él mismo. Hubo campeonatos muy reñidos entre aspirantes y teólogos; no faltaban alguna vez refrescos y premios para los vencedores" (91).

"Nos hacía (a base de juegos, campeonatos, concursos de canto y declamación, etc...) tan gratas las vacaciones veraniegas, que sentíamos pereza al marchar a nuestras casas. Aún después de obtenido el permiso, preferíamos seguir aquella vida tan movida y amena de nuestro colegio de Carabanchel" (92).

"Apenas terminaron los exámenes —cuenta don Tobías Hernández— a primeros de julio o a últimos de junio, fuimos una mañana al Cerro de los Angeles realizando en tranvía el trayecto de Carabanchel Leganés, y viceversa. En el monumento al Sagrado Corazón: la Santa Misa, plática del Sr. Director, comunión; y en el convento de las MM. Carmelitas: la Bendición Eucarística.

Después de desayunar, visita al aerodromo de Getafe.

Para la hora de comer había que estar de vuelta en casa.

El mismo mes hicimos una excursión en autobús al Pardo. Comimos en la huerta del convento de los PP. Capuchinos y en su teatro les recreamos con una sobremesa a Padres y alumnos.

(89) Arteaga José, Ms. 517. Las estampas de Martirio a las que alude el texto, se representaron precisamente el 13 de julio de 1936, día del asesinato de Calvo Sotelo, en la Velada de despedida de los que marchaban al Noviciado. Así lo afirma don Tobías Hernández, entonces aspirante. (Ms. 574, fol. 6.)

(90) Alonso Francisco, Ms. 508, fol. 6.

(91) Estévez Tomás, Ms. 553.

(92) Alonso Francisco, Ms. 508, fol. 7.

En el mes de agosto, excursión a Cercedilla. Llegamos allí, nos dieron a cada uno una bolsa y, por grupos, nos lanzamos a la Sierra todo el día.

El último paseo fue la visita a varios museos de Madrid. En aquella ocasión nos obsequió con un desayuno en Atocha don Marcelino Olaechea, obispo ya electo de Pamplona.

Nuestra alegría por todas estas delicadezas de nuestros superiores era desbordante. El señor Director, apenas terminada una excursión, nos anunciaba la fecha y meta de la siguiente" (93).

"Nos tenía al corriente—añade don José Miguel Rodríguez—de los "sablazos" que, a diestro y siniestro, iba dando con el fin de recaudar fondos para aquellas nuestras excursiones, en autobús, a la Sierra, al Pardo o a otros lugares amenos.

En las "Buenas Noches" nos informaba del éxito de sus gestiones, del dinero recaudado y de lo que todavía era menester para la realización del común deseo" (94).

"Casi todos los días, en el período de vacaciones, media o una hora antes de la comida, nos reunía el señor Director a todos los aspirantes y nos leía y comentaba los Sueños de Don Bosco con gran deleite nuestro y suyo. Por la tarde, a última hora, los días que no había paseo al campo, nuestro juego favorito era el de los escudos, un tanto militarista medieval, pues los proyectiles eran pelotas que en gran cantidad nosotros mismos fabricábamos. Era aquella diversión en interés lo que el fútbol hoy día" (95).

Nadie crea que el horario del verano se reducía a juegos y pasatiempos: "La piedad y aplicación en las clases—concluye don Tobías Hernández—eran el reflejo del ambiente óptimo que reinaba en la casa. En resumen, don Enrique vivía para nosotros, con nosotros y entre nosotros. Se desvivía por tenernos contentos.

Leyendo las Memorias Biográficas, muchas veces me ha venido el recuerdo del Siervo de Dios y me he dicho: "Así obraba él." "No dudo en afirmar que se había asimilado perfectamente el espíritu de nuestro Santo Padre" (96).

Temblaba ante la idea de que alguien pudiera desertar de las filas de la Congregación.

Don X es cocinero salesiano. "Tuve en Carabanchel serias dificultades respecto a mi vocación, pues el cocinero, jefe mío, me trataba habitualmente con excesiva dureza.

Un día, no pudiendo aguantar ya más, me presenté al señor Director y le dije:

—Me marchó a mi casa.

(93) Hernández Tobías, Ms. 575, fol. 1.

(94) Rodríguez José Miguel, Ms. 643.

(95) Hernández Tobías, Ms. 575, fol. 1.

(96) Hernández Tobías, Ms. 574, fol. 2.

Don Enrique comenzó a leerme las Memorias Biográficas de Don Bosco, y después:

—Si quieres, de rodillas te pediré que no te vayas. Tú eres el futuro cocinero de esta casa.

Mi decisión le hizo derramar lágrimas.

Todos los días bajaba a la cocina a alentarme, y todas las tardes, cuando los teólogos se retiraban al estudio, me cogía del brazo y me llevaba a pasear por la huerta.

Mi jefe, contra la prohibición de las santas Reglas, acostumbraba a fumar. No pudiendo don Enrique proceder con él autoritariamente, pues hubiera sido contraproducente, le llevaba caramelos como sustitutivos del tabaco.

El Siervo de Dios dispó, con su cariño y atenciones constantes, aquella mi crisis de vocación. Si soy ahora salesiano, es evidente que a él se lo debo" (97).

Como Don Bosco, cuidaba de aquellos hijos suyos, que un día habían de sucederle en el campo del apostolado salesiano, cual obremos ardorosos de la viña de la Iglesia.

La suerte que les preparaba la nefasta República, en los sangrientos coletazos de su efímera y vergonzosa existencia, le contristaba en extremo.

"El 17 de julio —refiere don Marcelino Talavera— paseando con él por la huerta, me decía: "¡Qué pena que todo esto se malogre por la Revolución. Sin duda es uno de los sacrificios más grandes que tendremos que hacer a Dios", y, al hablar así, lloraba como un chiquillo" (98).

Mal habían ido, en efecto, las cosas en España desde el advenimiento de la República.

Vimos ya cómo, proclamada en abril de 1931, sin cumplir aún un mes de existencia, turbas sin freno ni ley se lanzaban a una anárquica revolución con incendios de iglesias y conventos en Madrid y en otras capitales de provincias.

El bienio de Azaña se caracterizó por las huelgas y un desorden impresionante, que cada día adquiría más carta de ley.

"Es absolutamente cierto—dice don Manuel Aznar—que la República ni siquiera llegó a nacionalizarse; se dio desde los primeros momentos el arte y la maña de dividir a España en zonas incompatibles, de partirla en pedazos, a punto tal que en este país, mucho antes de 1936, más que seres insertos en una normal ciudadanía, parecíamos antropófagos políticos... impulsados por el designio de devorarnos mutuamente" (99).

(97) Ms. 591, fol. 3-5.

(98) Talavera Marcelino, Ms. 669.

(99) Aznar Manuel, "Historia Militar de la Guerra de España", Ed. Nacional, Madrid, 1958, L. I., pág. 30.

El descontento del país se exteriorizó en las elecciones generales, que tuvieron lugar el 19 de noviembre de 1933. El resultado de las mismas fue un gran triunfo de los partidos de derechas y centristas. La C. E. D. A., acaudillada por don José María Gil Robles, obtuvo ochenta y siete diputados, llegando el total de éstos en los partidos de derechas a ciento setenta y nueve, mientras los centristas alcanzaban la cifra de ciento treinta y tres de sesenta y cinco los izquierdistas.

Fue este éxito de los partidos de orden una sana reacción popular contra las violencias del Gobierno de Azaña, que no sorprendió, como cosa ya esperada, a los sectores de derecha, pero que constituyó un golpe inesperado y terrible para las izquierdas, las cuales no se resignaron a perder, quedándoles de este aplastamiento un estado de espíritu morbosos y de inquietud recelosa.

“El Debate” calificaba al éxito en las elecciones de “triunfo arrollador de las derechas”.

Sin embargo, sucedió a este triunfo una situación política extraña: las izquierdas, derrotadas en las urnas, no podían gobernar; y, por otra parte, el Jefe de la C. E. D. A. no estimaba oportuna su participación en el gobierno.

Este estado de cosas duró aproximadamente un año, hasta que el desorden y la anarquía imperantes durante los gabinetes de Lerroux y Samper decidieron a Gil Robles a intervenir. Se formó un gobierno radical-decista-agrario-liberal demócrata. La C. E. D. A. logró tres carteras, que fueron adjudicadas a Anguera de Sojo, Jiménez Fernández y a Aizpún.

La formación de este gabinete fue recibido en los partidos republicanos izquierdistas como una auténtica traición, por lo que los socialistas declararon la huelga general.

En casi toda la Península el movimiento se desarrolló con características de absoluta pasividad. Nació sin pulso, deshinchado, muerto.

La declaración del estado de guerra a toda la nación, realizada por el señor Lerroux desde el micrófono de Gobernación, bastó para dominar la situación por completo, excepto en Cataluña y Asturias, regiones que hicieron tristemente célebre la Revolución de octubre de 1934.

Comenzó el Movimiento en Cataluña el 4 de dicho mes con una huelga, que continuó los días 5 y 6.

En medio de un frenético entusiasmo de los separatistas, Companys proclamó el Estado Catalán de la República Federal Española. Poco duró, pues a las seis de la mañana del día 7, la aventura federal estaba ya completamente dominada. El General Batet se hacía cargo de las Instituciones públicas; la Generalidad, la Comisaría de Gobernación, el Ayuntamiento, la Jefatura de Policía eran rápidamente ocupadas, y se iniciaba la represión con muchísimas detenciones, procesándose al

Presidente de la Generalidad, Companys, y a sus Consejeros, suspendiéndose la prensa revolucionaria y destituyéndose a la mayoría de los Ayuntamientos de Cataluña.

Mayor gravedad, con caracteres de tragedia, revistió la Revolución en Asturias.

Cuando el Gobierno tuvo noticias de la conflagración, mandó al General Ochoa, Inspector de aquella región, que se pusiese al frente del ejército de operaciones.

El Ministro de la Guerra, señor Hidalgo, buscó el consejo y asesoramiento del General Francisco Franco, quien, desde el Gabinete del Ministerio de Gobernación, puso en juego los efectivos militares.

Creyó necesario utilizar dos unidades del Tercio y Regulares, las cuales, obedientes a su voz, llegaron con rapidez desde Marruecos a la zona rebelde.

Como fuerzas de choque, contaba la Revolución con treinta mil mineros, bajo la capitanía espiritual y política de González Peña y el brazo ejecutivo de Belarmino Tomás y Teodomiro Menéndez.

Le refriega fue extraordinariamente sangrienta. Sólo tras varias semanas de lucha incesante, pudo ser dominada la rebelión, con un total de ochocientos cincuenta y cinco paisanos muertos y mil cuatrocientos cuarenta y nueve heridos, mientras las fuerzas militares, a su vez, experimentaban en sus filas doscientas diecinueve bajas en muertos y seiscientos ventidós en heridos.

La Iglesia sintió también en sí los desastrosos efectos del odio de los sublevados, pues hubo de lamentar treinta y cuatro asesinatos de miembros suyos y la destrucción de cincuenta y ocho lugares sagrados.

Al fin, el General Ochoa logró reducir a las milicias populares, mandadas por Belarmino Tomás.

De las veintidós penas de muerte, sometidas a la deliberación ministerial, como medida de represión del movimiento anárquico asturiano, deliberación que duró más de treinta y tres horas, salieron veinte indultos. El país quedó como petrificado de espanto.

Ya el gobierno de derechas jamás logró su consolidación, pues siempre encontró una impetuosa resistencia, hasta que las elecciones de febrero de 1936 dieron el triunfo a las izquierdas (100).

El Seminario Teológico de Carabanchel vivió con intensidad la gran tragedia de España, sobre todo en el aspecto religioso, si bien las turbias olas del creciente odio revolucionario contra todo lo sagrado no llegaron a lamer las puertas de su santuario. Los jóvenes teólogos procuraban refugiarse en la piedad y el estudio, orando sin cesar, como

(100) Puede verse extensamente todo lo pertinente a la Revolución de octubre de 1934 en Montero Antonio, o. c., pág. 41-52; "Historia de la Cruzada Española", Ed. Española, s/l, s/d., página 661-673; Pla José, "Historia de la Segunda República Española", Col. "Destino", Barcelona, 1941, pág. 43-61, 267-325.

dejamos consignado en otra parte, por España y su fe religiosa, seriamente amenazadas.

Llegaron también las nefastas elecciones de febrero de 1936. A mediados de enero se había abierto la campaña electoral. La propaganda lanzada sobre el país adquirió caracteres de un loco frenesí.

El Frente Popular, engendro del comunismo, amalgamó diversos partidos, orientado e inspirado por la masonería,

Se repitió de Norte a Sur y de Este a Oeste el grito: "Reivindicamos con orgullo el 6 de octubre y sus consecuencias; y con toda la emoción del momento reivindicamos la sangre de nuestros hermanos de Cataluña y Asturias."

Esto hizo que el público entrara, ante las patrañas que cínicamente octubre, contra los supuestos "tormentos" y "crueldades", entonces practicados.

Esto hizo que el público entrara ante las patrañas que cínicamente se lanzaron a todos los vientos, en un delirio colectivo sumamente peligroso. En cambio, las derechas no lograron unirse, excepto en Cataluña y algunas otras raras provincias. Los elementos derechistas dedicaron más tiempo al acoplamiento de candidaturas que a la propaganda misma.

La campaña electoral fue en toda la Nación imponente. Tan sólo el domingo 9, día de la presentación de los candidatos, se celebraron en la península trescientos ochenta y siete actos derechistas, trescientos sesenta y uno del Frente Popular y trescientos centristas e independientes.

El 16 de febrero, fecha del primer turno electoral, la jornada en toda España transcurrió sin incidentes de importancia. A las seis, dice la Crónica de la casa, hubo Misa para las personas de fuera, que tenían que ir a formar las mesas electorales. Los clérigos, vestidos de paisano, fueron a votar y estuvieron todo el día ayudando y acompañando a votar a otras personas, sobre todo monjas" (101).

"A las monjas que se mostraban cobardes—dice don Lorenzo Martín—las instábamos a votar, hasta persuadirlas y casi obligarlas." Y añade: "Don Enrique, a pesar de lo espiritual que era, veía lo que ocurría en la tierra" (102).

"Sin embargo, nos recomendaba mucha serenidad y no era partidario de actos violentos con quienes pudieran obstaculizar nuestra acción. No quería que nos defendiéramos ni con piedras colocadas, para un posible caso de agresión enemiga, en la azotea, ni mucho menos con armas" (103).

Continúa luego la Crónica: "Día 17. En el pueblo pierden las derechas por unos doscientos votos. Llegan desagradables noticias de

(101) Crónica, Arch. C. C. A.

(102) Martín Lorenzo, Ms. 602, fol. 1 vº.

(103) Notario Manuel, Ms. 616.

triunfo de las izquierdas en toda Cataluña y hay malas impresiones del resultado en Madrid. Se aplazan los exámenes hasta el viernes" (104).

Ya anocheciendo, comenzaron a llegar a Madrid los primeros resultados. En la capital de España había triunfado el Frente Popular; lo mismo había sucedido en Barcelona y en las demás circunscripciones catalanas.

A la mañana siguiente, en algunas capitales de provincias las gentes habían invadido los gobiernos civiles, por lo que se declaró en toda España el estado de alarma.

Comienzan ya, sin interrupción, las violencias y desórdenes en pueblos y ciudades, a pesar de que Azaña, al asumir la Presidencia del Consejo, sustituyendo al señor Portela, anuncia su voluntad de paz y serenidad.

"La decepción por la derrota—dice la Crónica de la Casa de Carabanchel—aquí en el Seminario, es enorme. Cunde el desaliento y se teme la persecución violenta. El recuerdo de octubre rojo en Asturias viene a la mente. Los teólogos están aplanados y van preparando sus paquetes, por si hubiera que huir. Están en tiempo de repaso y de preparación a los exámenes, pero no pueden estudiar. Los superiores, después de consultar al señor Inspector, determinan dispensar a los clérigos de los exámenes y ponerles las notas por el curso, en vista del cariz que toman los acontecimientos.

Desde el domingo está viniendo a casa una pareja de la Guardia Civil, encargada de vigilar nuestro seminario, el convento de las Redentoristas y el del Santo Angel. Por la noche velan media docena de teólogos.

El señor Director va a hablar con el señor Inspector, y éste, en el salón de estudio, dirige la palabra a los teólogos para inspirarles confianza. Varios teólogos han ido a Madrid a buscar asilo para salesianos y niños por si hubiera que huir."

Y el día 21: "Vuelve el señor Inspector a sembrar la calma y come con nosotros."

Día 22: "Los ánimos se van serenando. Hoy, sábado, hacemos Hora Santa para pedir y reparar, pues estamos en la víspera de Carnaval."

Día 24: Dormirán en adelante los guardias en casa y vigilarán durante la noche. Les acompañarán tres teólogos."

Desde el día 17 se suceden en pueblos y capitales incendios de iglesias, robos sacrílegos, profanaciones de las Sagradas Formas y de imágenes de Santos (105).

La Crónica del día 13 de marzo, anota lo siguiente: "Hay intranquilidad en casa, pues a la hora de acostarnos se supo que en Madrid

(104) Para más detalles, cfr. Crónica, Arch. C. C. A.

(105) Para noticias más amplias sobre las elecciones de febrero, cfr. Pla José, o. c., IV, página 256-323; "Historia de la Cruzada", II, t. 9. pág. 429-449.

había incendios. Se veían desde nuestra terraza. Tres fueron los edificios incendiados: la iglesia de San Luis, la iglesia de San Ignacio, en la calle del Príncipe, y el Periódico "La Nación".

En efecto, ya el día 11, en el Puente de Vallecas, habían asaltado las turbas el convento de las Hermanas Pastoras, incendiándole en parte, lo mismo que el Colegio Parroquial y el Convento anejo, y quemado las imágenes y muebles; el día 12 habían arrojado botellas de líquido inflamable a la iglesia de San Salvador; y el día 13, el populacho impidió que los bomberos combatieran los fuegos de las localidades a las que se refiere la Crónica. La fuerza pública permaneció impasible, y el Gobierno, reunido durante todo el día, optó por permanecer en un mutismo criminal.

La Historia de España se reduce desde esta época a una simple relación de hechos de terror (106), uno de cuyos puntos álgidos lo alcanzó el 4 de mayo y cuya inserción no descuida la Crónica de la Casa de Carabanchel: "Día 4. Hoy, de nuevo incendios en Madrid. Han ardido cuatro iglesias, entre ellas las de las Hijas de María Auxiliadora de Villamil."

El día anterior, células comunistas hicieron circular la infame patraña de que unos facistas y damas de la catequesis habían repartido caramelos envenenados a varios niños de familias obreras, cinco de los cuales habían muerto ya en la Casa de Socorro de la Glorieta de Ruiz Jiménez, y otro agonizaba en el Colegio de la Paloma.

Las autoridades, lejos de rechazar la especie, se prestaron a comprobarla, lo cual era tanto como admitirla.

"A las cinco de la tarde—leemos en la "Historia de la Cruzada Española"—una manifestación tumultuosa se encamina hacia la mencionada Casa de Socorro.

El diputado Socialista, Wenceslao Carrillo, hace que una comisión de manifestantes recorra las dependencias del Centro Benéfico y, aunque se cercioran todos, inspeccionando los registros de entrada y salida, de que se trata de una criminal calumnia, suena de improviso un disparo, que en seguida se encargan de hacer creer que ha sido hecho desde la contigua iglesia de los Angeles. Son rociadas las puertas del templo, pero no arden.

Al día siguiente, en las primeras horas de la tarde, turbas obedientes a la consigna, asaltan los surtidores de gasolina de Cuatro Caminos, se apoderan del combustible y bien pronto la iglesia de San Sebastián, la capilla del Colegio del Ave María, el colegio de niños de San Vicente de Paúl, la parroquia y casa rectoral de Almenara y otro templo de la calle Garibaldi alumbran con sus llamas el ir y venir de la plebe enfurecida.

El Colegio del Pilar, anejo a la iglesia de Nuestra Señora de los

(106) Pla José, o. c. IV, pág. 318-323.

Angeles, es también incendiado. Las religiosas, que moran en el Colegio del Pilar, tienen que descolgarse de los balcones, utilizando sábanas, ante el peligro de perecer abrasadas. Arden parte de la iglesia de las Comendadores de la Plaza de Chamberí y de la de Raimundo Lulio.

Las quince profesoras del colegio de la calle de Villamil, que dan enseñanza gratuita a cuatrocientas niñas pobres, son arrastradas entre la befa de los martirizadores. Hasta aquí la Historia de la Cruzada (107).

Con el propósito de publicar más adelante la gesta heroica de martirio de las HH. de María Auxiliadora (Salesianas de Don Bosco) de la calle Villamil en la fecha que estamos historiando, entresacamos por ahora de la Crónica de los sucesos de dicha casa que obra en nuestro poder, tan sólo unas líneas: "Las piedras llovían (sobre nosotras) y rara era la que erraba en la puntería...

Un hombre alto y fornido sujetó a una Hermana por un brazo, mientras con la otra mano le lanzaba a la frente un medio ladrillo...

Al salir de un callejón, una mujer nos esperaba con un martillo en la mano... Cesaron las piedras y comenzó el ataque cuerpo a cuerpo; los hombres se dedicaban a dar patadas donde podían y las mujeres, agarrándolas por los cabellos, procuraban tirar a las Hermanas al suelo... A la Hermana Directora la arrastraron varias veces y un niño llegó a subirse sobre su cuerpo y saltarle encima. Cada vez que caíamos, llovían sobre nosotras patadas y, cuando lográbamos levantarnos, tirones de pelos, bofetones, puñetazos, etc.

No podré olvidar nunca—dice la cronista—el espectáculo de Sor J. R. en el suelo, chorreando de sangre, rodeada de una verdadera jauría que se ensañaba en ella. Me levanté del suelo y, agarrando a un hombre que la sujetaba, grité con todas mis fuerzas: "¿No ve que es una anciana? Déjela, ¡por piedad!" La contestación fue una solemne bofetada que me hizo caer de nuevo."

En escenas como éstas eran especialistas aquellas turbas, ávidas de sangre, que, envenenadas por los jerifaltes del Frente Popular, creían como dogmas de fe las inicuas mentiras. Era todo aquello el prólogo de la gigantesca tormenta que se cernía ya fatalmente sobre el cielo de España, y que dos meses más tarde había de descargar con fuerza increíble sobre la Nación entera.

Todo cuanto se haga ya a partir de este momento en el plano político, no podía consistir en otra cosa que en retrasar la hora fatal de la catástrofe. El país camina bajo el signo político de la frivolidad y de la más completa y criminal inconsciencia hacia el abismo.

Carabanchel espera, en la quietud y paz de voluntades entregadas totalmente al querer divino, la hora de Dios.

(107) "Historia de la Cruzada", vol. II, t. 9. pág. 492.

El incansable vigía, el Director del seminario, difunde e irradia en torno a sí la más envidiable serenidad.

Los testigos lo aseguran: "Sabía aceptar los acontecimientos personales y políticos, viendo en ellos la mano de Dios que los dirigía" (108).

Y aún más: "Nos recomendaba compadecer a nuestros enemigos, los cuales obraban—decía—más por ignorancia y por engaño que por maldad." Nos citaba el pasaje evangélico de San Juan, 16, 1-4: "*Esto os lo he dicho para que no os escandalicéis. Os echarán de la sinagoga, pues llega la hora en que todo el que os quitara la vida, pensará prestar un servicio a Dios. Y esto lo harán porque no conocieron al Padre ni a mí. Pero yo os he dicho estas cosas para que, cuando llegue la hora, os acordéis de ellas y de que os las he dicho*" (109).

Si algún Director tuvo como preocupación constante la de formar a sus súbditos en un espíritu de auténtico cristianismo, que es espíritu de amor y de martirio, ése fue don Enrique.

Podía quedar tranquilo de su obra el buen superior. Todo estaba a punto de consumarse. Sus ojos de asceta contemplaban muy cercana la hora del cumplimiento del último deber. Sería éste el de dar por Cristo el testimonio de su fe, de su esperanza y de su ardiente caridad. A punto de alcanzar con su mano la palma gloriosa del martirio, tanto tiempo anhelada, está sereno, decidido. Y de sus hijos, ¿qué será?: "Hermanos—les dice—, hay que prepararse por si el Señor nos quiere mártires. El está con nosotros. No os inquietéis. Si nos llega el martirio, ¿qué mejor regalo nos puede hacer Dios?" (110).

Sus palabras no cayeron en el vacío. A los pocos días, hermoso ramillete de rosas, tintas en sangre de martirio, segadas de la tierra por manos sacrílegas, florecían en los jardines del Paraíso.

(108) Bález José, Ms. 519; Infante Rafael, Ms. 586, fol. 2; Baraut Pablo, Ms. 520; Iglesias Fernando, Ms. 581, fol. 1.

(109) Riesco José, Ms. 634, fol. 6.

(110) Rodríguez Vicente, Ms. 647.

CAPITULO XI

CAMINO DEL MARTIRIO

LOS ULTIMOS DATOS DE LA CRONICA QUE SE SALVARON DEL INCENDIO DE LA GUERRA

La fiesta más esperada, mejor preparada y celebrada con mayor entusiasmo en el Teologado es siempre la de las Ordenaciones y Primeras Misas.

El 13 de mayo de 1936 entraban los teólogos de Carabanchel en el clima suave y confortador de los Ejercicios Espirituales preparatorios de las Sagradas Ordenes.

Mientras en España y su capital soplaban vientos amenazadores y se percibían incluso las primeras descargas anunciadoras de una más furiosa tempestad, en el remanso del Seminario los teólogos invocaban, piadosos y anhelantes, luces y fuerzas del Espíritu Santo, con las notas del *Veni Creator*, para el fiel desempeño de la ardua misión sacerdotal que, dentro de breves días, a algunos de ellos se les iba a confiar.

Malos tiempos aquellos, vistos con ojos terrenos, para pedir a la perseguida Iglesia de Dios y de ella recibir la investidura sacerdotal; los mejores, para dar testimonio de Cristo.

Si alguna vez fue necesario el retiro de unos Ejercicios Espirituales para templar y enardecer los ánimos, nunca tanto como en aquella ocasión, en la que los próximos oficiales del Ejercicio de Cristo se disponían a la gigantesca aventura de sacrificar por El lo más a que un hombre puede renunciar, libertad, fama y vida y ello por el único placer de amar con plenitud y de hacer amar al que tantos, en pueblos y ciudades de la Patria, aborrecían, blasfemaban y perseguían.

Dice escuetamente la Crónica de la Casa: "Día 13: Empezamos los Ejercicios Espirituales. Predica las meditaciones nuestro señor Director.

Día 14: Llega, a las nueve cuarenta y cinco, el señor Inspector, que predica Instrucciones.

Día 19: Vienen a confesar don Tomás Nervi y don Salvador Fernández, los dos de Cuatro Caminos. Por la tarde, no hubo instrucciones por ausencia del señor Inspector. Por la mañana, hubo inversión de orden, la instrucción a las 7,15 y la meditación a las 10."

Caso rarísimo y verdaderamente excepcional en el metódico y severo curso de unos Ejercicios el de estas irregularidades en el horario, debidas, creemos, a la anormalidad reinante en la nación, con repercusiones, como es natural, en la Inspectoría, las cuales obligaban al Provincial a atender a otros asuntos que requerían una mayor urgencia.

Prosigue la Crónica: "Día 21: Ascensión del Señor. A las 5,30 nos levantamos todos. A las seis, teólogos y niños rezaron las oraciones, y éstos comulgaron. A las siete, llegaba el señor Obispo, Excmo. y Reverendísimo don Marcelino Olaechea, a la iglesia de las Hermanitas de los Desamparados, para conferir las Sagradas Ordenes. Actuaron de asistentes al Prelado el señor Inspector, don Felipe Alcántara, y el señor Director, don Enrique Sáiz. La función duró tres horas (de siete a diez). Asistieron a ella los aspirantes y ellos cantaron lo que prescribe el Pontifical. Los cursos tercero y cuarto siguieron las ceremonias con el libro de liturgia de Gubianas.

Don José Calasanz estuvo presente (1).

A las diez y minutos, el señor Obispo desayunó aquí, en casa. Acto seguido, administró la Confirmación a unas personas del pueblo y a un niño aspirante.

Nos acompañó en la comida don José Artero (2). Hubo cantos y brindis. Los actos restantes de este día están consignados en el Programa. Los clérigos estuvieron preparando adornos y colgaduras en el pórtico y comedores.

Día 22: Día de las Primeras Misas. Misa Solemne. Predicó el señor Inspector, por ausencia de don Miguel Lasaga (3). Vinieron a la Misa de diez los señores curas de la Parroquia y religiosos de algunas comunidades, los cuales no se quedaron a comer.

A las doce cuarenta llegó el señor Obispo, acompañado de don José Lasaga (4). Participaron también de nuestra mesa don Alejandro Battaini y don Alejandro Vicente, Directores del Paseo de Extremadura de Cuatro Caminos, respectivamente.

Al final de la comida, breves palabras del señor Obispo.

La función de la tarde se abrevió por tener prisa don Marcelino. Después de cenar, un rato de solaz en el jardín, que estaba bien adornado. Llamaron la atención un transparente colocado en el corredor, que representaba al señor Obispo, de cuerpo entero, y algunos otros colocados en la fachada que mira al jardín."

Y concluye así la Crónica el relato de los sucesos de tan memorable día: "Las fiestas han resultado muy bien, con el sólo inconveniente

(1) Era entonces don José Calasanz Provincial de la Inspectoría Tarraconense. Sufrió martirio por Cristo el 29 de julio de 1936.

(2) Canónigo de la S. I. C. de Salamanca y Rector Magnífico, después de la guerra, de la Universidad Pontificia de la misma localidad.

(3) Director entonces del Noviciado y Filosofado de Mohemando; fusilado por los rojos en la cárcel de Guadalajara el 6 de diciembre de 1936.

(4) Ecónomo Inspectorial en aquel entonces.

de que no termine el curso con ellas, pues faltan todavía los exámenes.”

Siguió a estos gozosos días el Triduo de María Auxiliadora, predicado por don Enrique. La solemnidad se celebró, trasladada, el 31 del mismo mes de la Virgen, pero sin procesión, pues como ya lo advierte el cronista, las circunstancias no la permitieron.

El 7 de junio festejó la Casa a su Director con solemnes funciones religiosas y recreativas.

Termina la Crónica con dos noticias. La primera de ellas: “El 10 de junio sale el señor Director para celebrar el día 14 la fiesta del misacantano don Fortunato Sáiz en su pueblo de Ubierna”; y la segunda, con fecha del 11 de julio, anuncia la llegada de los clérigos del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca don Julián Ocaña, don Ignacio Díez, don Manuel Borrajo y don José María Iglesias (5). Los últimos datos se presentan ilegibles.

Consta también en la citada Crónica que el 10 de julio, ocho días antes del Movimiento, predicó otro sermón don Enrique. Creemos que fue el último de su vida.

BANDERA BLANCA EN EL CAMPANARIO DE UBIERNA

El 10 de junio, como anota el cronista, un autocar con una veintena de muchachos aspirantes, seis salesianos, un aspirante a coadjutor y un empleado (6), enfilaba la carretera de Burgos, abandonando por escasos días la ciudad, que un mes después sería el escenario de un levantamiento antirreligioso. Vocaciones todas ellas de Ubierna y logradas por el Siervo de Dios, volvían gozosos a su pueblo natal para vivir las emociones de la Primera Misa de un hijo del pueblo, esta vez don Fortunato Sáiz, sobrino de don Enrique. Pretendía éste, con la simpática y piadosa excursión, inyectar en sus jóvenes paisanos nuevos ánimos para perseverar en el servicio del Señor bajo las banderas de la Congregación.

Llevaban bien aprendida una Misa, una obra de teatro y algún número más de su repertorio para la fiesta. Por eso, en el interior del autocar, había sotanitas, trajes, decoraciones, todo lo necesario para hacer vivir a aquellas buenas gentes de Ubierna una tan extraordinaria solemnidad.

Apenas aparecieron en el pueblo, todos salieron a recibirlos, y medio en procesión, entre vítores, emociones y lágrimas de alegría, se

(5) Todos ellos más dos, Pedro Artolozaga, que pasa inadvertido al cronista, y el Subdiácono don Carmelo Pérez, que acababa de llegar de Italia, sufrieron persecución, muriendo mártires don Carmelo, don Pedro y don Manuel, como diremos en su lugar, y en el frente don José María Iglesias.

(6) Trátase de los salesianos don Fortunato Saiz, Misacantano, sacerdote don Felipe Díez, su predicador; clérigo, don Filadelfo Arce y don Leandro Sáiz, sobrino también de don Enrique; coadjutores, don Emilio Arce y don Higinio Arce; aspirante coadjutor, don Higinio Mata y el empleado, don Juan Mata.

dirigieron a la iglesia, en la que rezaron un *Te Deum* de acción de gracias.

La fiesta fue precedida de un Triduo, predicado por don Enrique. “Se confesaron todos los vecinos del pueblo —escribe uno de los testigos— y el día 14 recibieron el Pan de los fuertes de las manos recientemente consagradas de un hijo del pueblo” (7). En la misa solemne cantó las glorias del sacerdocio don Felipe Díez, salesiano, natural de un pueblo colindante con Ubierna.

Y después... la comida y los festejos...

Pero mientras en Ubierna se celebraban estos íntimos y gozosos acontecimientos, la prensa traía noticias escalofrantes de otros bien distintos: los atropellos causados contra los católicos por los admiradores de la república atea, masónica y marxista.

Se mascaba, en ambiente de tanto desorden y vejación de la autoridad, la absoluta necesidad de un movimiento Nacional, que salvase a España de la catástrofe. Se aseguraba ya que el chispazo estaba a punto de estallar.

En Burgos, Dávila, aunque retirado del Ejército, se entendía con otros jefes del Movimiento. Un grupo de adeptos, “el Círculo de la Unión” se reunía habitualmente de tertulia en el casino. La mayoría de ellos eran militares retirados por la ley de Azaña. Desde Ubierna se desplazó a Burgos don Francisco Mata, jefe de la Guardia municipal y uno de los dispuestos al levantamiento, a enterarse por sí mismo de lo que en España ocurría. A la vuelta, sus palabras a don Enrique no fueron nada tranquilizadoras. Todo iba peor y el Movimiento estallaría de un momento a otro (8).

Amigos y familiares aconsejaron entonces al Siervo de Dios no regresar a Madrid, hasta ver en qué paraban las cosas, más él tenía su propósito hecho.

“Como yo intentara persuadirle —escribe don Felipe Díez— de que era conveniente aplazar nuestra vuelta a Madrid para librarnos de las primeras convulsiones que, sin duda, habían de ser terribles por tener los republicanos todos los resortes de la fuerza en sus manos, el P. Enrique me contestó con firme resolución: “Tú, si quieres, puedes quedarte, pero yo debo partir; es mi deber. No puedo faltar en tan críticas circunstancias de mi casa, llena toda de salesianos y de aspirantes (9).

Y a su hermano Daniel, que le instaba a permanecer un mes más en Ubierna: “Mira, Daniel, si mañana estallara el Movimiento, hoy marcharía yo para poner en salvo a mis hijos. Daría mi vida por ellos, si fuera necesario, y si Dios me quisiera mártir, ni un paso retrocedería

(7) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 8.

(8) Mata Francisco, Ms. 598, fol. 3.

(9) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 8.

ante la voluntad divina; recibiría el martirio con serenidad. Tú debes sentirte dichoso de tener un hermano mártir" (10).

A cuantas proposiciones se le hicieron de no desplazarse a Madrid por el peligro que ello suponía, dio la misma respuesta.

No se sabe si admirar más su espíritu de responsabilidad o sus ansias de martirio. No valieron, para quebrantar su férrea voluntad, ni consejos ni lágrimas. Le parecía que era más lo que podía hacer por sus personas queridas desde el cielo, con su oración, que desde la tierra con su consejo (11).

Todos, menos don Filadelfo Arce, que permaneció enfermo, regresaron a Madrid (12).

ANHELOS DE MARTIRIO.

Desde hacía tiempo estaba dispuesto don Enrique al supremo sacrificio (13); pero sobre todo en los dos años que duró su directorado con los teólogos se le hacía imposible disimular la sed que le devoraba. "Hasta hizo tema de una conferencia —atestigua uno de los estudiantes— la habitual disposición en que habíamos de mantenernos, de sufrir y dar la vida por Cristo. En sus palabras ponía tal fuego y unción, que nos hacía deseable el martirio. Quien le escuchaba quedaba convencido de que él presentía el día no lejano de su sacrificio y lo esperaba con ansia" (14).

"Con ocasión del retiro mensual del Ejercicio de la Buena Muerte, en su conferencia —dice don José Campoy— nos animaba a sufrir cuanto fuera menester en defensa de nuestra fe. Eran aquellos días de odios sociales y rencores diabólicos contra la Santa Iglesia; días aciagos de fuego y sangre, en los que recorría Madrid una ola de anarquía y revueltas masónicas. Los estudiantes de Teología estábamos realmente alarmados, esperando de un momento a otro un asalto a la casa por los comunistas del pueblo. El nerviosismo y la intranquilidad impedían el desarrollo normal del horario diario.

Pero don Enrique nos habló de tal forma, con tal unción y argumentos tales, que yo llegué a comparar sus ardientes y santas palabras a las de aquellos Pontífices de la Iglesia primitiva cuando, arengando a sus fieles, les enardecían hasta el punto de hacerles desear la muerte por Cristo, en cuya busca marchaban entonando cantos triunfales.

Desapareció el miedo en la mayoría de los teólogos. No se temía ya a la muerte; antes, al contrario, presentábase ésta como el arco triunfal y glorioso, por el que nos sería dado entrar en el cielo.

(10) Saiz Daniel, Ms. 654, fol. 1 vº; Viso Ramón, Ms. 678, fol. 2; Saiz Julia, Ms. 658, fol. 2 vº.

(11) Saiz Julia, Ms. 658, fol. 2 vº.

(12) Relac. conj. de Arce Perpetuo, Arce Florentino, Cuezva Enrique, Ms. 513, fol. 1. Estos cuentan que a la vuelta, al llegar a Buitrago, unos obreros les alzaron el puño gritando. Ellos, que iban cantando en el coche, les respondieron extendiendo la mano. Un superior les dijo que tuvieran prudencia.

(13) Aguilar José, Ms. 504, fol. 4.

(14) Linares Vicente, Ms. 589.

El santo director, don Enrique, emocionado hasta las lágrimas y quebrada la voz en su garganta, nos decía: “¿Qué mejor regalo me puede conceder Dios que el de derramar mi sangre por El, ya que El la derramó por mí?”. Recuerdo estas palabras —concluye don José Campoy— como si las hubiese escuchado ayer mismo. ¡Me impresionaron tanto!... Era la virtud de la esperanza la que le alentaba al martirio, en la plena seguridad de que, tras él, había de recibir el galardón de la gloria eterna” (15).

En esta misma idea insiste don José Riesco: “Estoy plenamente convencido de que don Enrique había pedido a Dios la gracia del martirio” (16).

En las cuentas de conciencia —añade don Filadelfo Arce— dejaba caer en nosotros este pensamiento: “Hay que prepararse por si el Señor nos quisiera mártires” (17).

“Yo no sé —escribe don Vicente Rodríguez— si don Enrique desearía o no ser mártir, pero lo que sí puedo decir es que no le debían preocupar gran cosa las circunstancias peligrosas por las que atravesábamos entonces, año de 1936, ya que, al despedirnos los estudiantes teólogos para marcharnos a las respectivas Inspectorías a pasar las vacaciones y al manifestarle nuestra preocupación por la suerte que a él le podía caber, lo mismo que a su comunidad y niños, con mucha calma nos respondió: “No os preocupéis. Dios sobre todas las cosas. El queda con nosotros. Y si nos hacen mártires, éste será un glorioso fin” (18).

Durante su corta estancia en el pueblo natal, aparte de los testimonios aducidos, dejó en sus conversaciones una siembra de pensamientos reveladores de sus deseos: “Aunque haya de morir, jamás trataré de ocultar mi profesión” (19).

Al hablarle sus paisanos de la guerra, que estaba a punto de estallar, y de las fatales consecuencias que podía traer para los religiosos, respondía: “No sufráis por mí; yo moriré mártir; y ¿puede haber gloria mayor para un hombre?” (20).

A medida que se acercaba la fecha del supremo sacrificio, iba siendo más insistente su presentimiento de que Dios le quería para El.

“Los cinco años terribles de la República habían minado su fibra robusta, —dice don Felipe Díez—. Noté que comía poco y cosas de ninguna sustancia. La carga difícil del colegio de Atocha antes, y la grave responsabilidad de la dirección de aspirantes y teólogos después, le habían debilitado en extremo.

Reunidos con él en su despacho su sobrino don Fortunato Sáiz y el que esto escribe, comentábamos los tristes acontecimientos políticos

(15) Campoy José, Ms. 532, fol. 1 vº.

(16) Riesco José, Ms. 634, fol. 6.

(17) Arce Filadelfo, Ms. 512, fol. 3.

(18) Rodríguez Vicente, Ms. 647.

(19) Rodríguez Dámaso, Ms. 639.

(20) Ibáñez Emilia, Ms. 579, fol. 1 vº.

en sentido pesimista para la Iglesia y las Congregaciones religiosas. Fue en el mes de julio. El P. Enrique cogió rápidamente la alusión y, clavando la mirada en los dos, exclamó sonriente y satisfecho: "Yo ya puedo morir tranquilo. He visto lograda una vocación sacerdotal (se refería a su sobrino Fortunato); él se cuidará de rezar por mí". Hubo unos momentos de silencio, y continuó mirándonos, siempre sonriente, como alegrándose de que no llegásemos a calar hasta el fondo su pensamiento, que, sin duda, no era otro que la idea del martirio. Faltaban cuatro días para que un pelotón de guardias llevase a cabo el asesinato de Calvo Sotelo. A los anticlericales se les revolvía la sangre con sólo ver una sotana. Yo había de partir para Barcelona y lo hice de paisano. Al darnos el abrazo de despedida el P. Enrique me dijo ya por última vez: "Recemos el uno por el otro, por si Dios nos demandase el sacrificio de la propia vida". Estas fueron las últimas palabras, que brotaron de sus labios para mí, dejándome el alma presa de intenso dolor y de los más terribles presentimientos" (21).

Una semana antes del asalto al colegio, paseando por la huerta, antes de comer, con un antiguo alumno de Atocha, seminarista, el ya anteriormente citado don Manuel Arconada, se expresaba así el buen Padre: "Hay que estar preparados para lo que venga. ¡Qué hermoso sería morir mártir!

—No piense en esas cosas, don Enrique, le replicó el muchacho.

El contestó:

—¡Quién sabe! (22).

A este mismo seminarista escribía el Siervo de Dios el 23 de mayo de 1936 la carta en otro lugar copiada, y que concluye así: "Adiós, que sigas hecho un valiente. ¡Siempre adelante! Los buenos soldados de Cristo no retroceden nunca. Es más mérito amarle cuando nos persiguen que cuando nos aplauden. Confesar a Cristo delante de los hombres para que El nos reconozca delante de su Padre celestial" (23).

ESPAÑA EN PIE DE GUERRA.

El asesinato de Calvo Sotelo, ocurrido en la noche del 12 al 13 de julio, significó el final de la Segunda República.

"Dentro de breves días —había afirmado el ilustre diputado de derechas— España va a jugar a cara o cruz su existencia". Y cuando Casares Quiroga, el jefe del gobierno, le amenazó con hacerle responsable de lo que pudiera ocurrir, respondió con valentía: "Es preferible morir con gloria a vivir con vilipendio". Desde entonces, su suerte quedó echada.

El día arriba anotado, un capitán traidor a la benemérita Guardia

(21) Díez Felipe, Ms. 546, fol. 7-9.

(22) Flores Tárrila, Ms. 555, fol. 1.

(23) Ms. 503; cfr. también, relac. de Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 2-3.

Civil, acompañado por un pelotón de guardias, ocupó la camioneta número 17 y, al filo de las tres de la mañana, se dirigió a la residencia de don José Calvo Sotelo. La Dirección General de Seguridad supo, desde el primer instante, lo que aquellos se proponían hacer. Revestidos de la autoridad que el Estado republicano había delegado en ellos, los guardias de la camioneta, pertenecientes, con algunas excepciones, a las células comunistas de Madrid, violaron el domicilio de su víctima, cortaron las comunicaciones de la casa con el exterior, arrancaron al jefe monárquico del seno de su familia, sin la menor piedad hacia la esposa y los hijos, le engañaron, dándole a entender que mientras estuviera entre agentes de la autoridad no debía temer ningún desafuero, y le afirmaron que todo se reducía a una precaución policiaca, encaminada a garantizarle la vida.

De nada le sirvió la inmunidad que, como diputado de la nación, ponía al Sr. Calvo Sotelo a cubierto de toda intervención judicial sin previa decisión de las Cortes. Entre aquellos esbirros bajó a la calle de Velázquez y fue obligado a sentarse en la camioneta.

Detrás de la víctima colocóse, por orden del capitán Condés, un criminal de profesión.

Apenas había rodado la camioneta unos centenares de metros cuando, a un signo del capitán, el pistolero, a traición y por la espalda, disparó dos tiros sobre la parte posterior del cráneo de don José Calvo Sotelo.

Cayó éste muerto en el acto. Hízose un sombrío silencio entre todos los que habían asistido al crimen, y el conductor, perfectamente advertido y adiestrado de antemano, tomó la dirección del cementerio del Este.

Allí, cuatro de los asesinos sacaron el cadáver, y lo arrojaron sobre un montón de tierra del Camposanto, diciendo, entre sarcásticos y cobardes, al sepulturero: "Ahí tienes este fiambre. Debe ser un sereno que ha muerto en la calle durante la noche".

El martirio de Calvo Sotelo repercutió dolorosamente en toda España.

La parte sana se alzó, en pie de guerra para dar fin a una situación en que la convivencia entre los españoles se había hecho imposible.

Un hombre se puso al frente de este movimiento, el General Franco, quien desde Marruecos comenzaba la nueva reconquista de España.

Los primeros días fueron de confusión y angustia. En casi todas las poblaciones se combatía sin cuartel por las calles; y en las más diversas regiones, a la sombra de la anarquía, se desataron las pasiones y se realizaron los crímenes más pavorosos (24).

Madrid cayó bajo el Gobierno rojo y en sus calles imperó el Frente Popular, autor de las más inimaginables matanzas.

(24) Aznar Manuel, o. c., t. I, pág. 61-63; "Historia de la Cruzada", vol. II t. 9, pág. 534-544.

LO QUE SUCEDIO EN CARABANCHEL.

En este barrio de Madrid, las ideas marxistas habían arraigado con fuerza.

La mayoría de sus obreros estaba encuadrada en el partido comunista y en las Juventudes socialistas. Y es que, a raíz de las elecciones de febrero de 1936, el Ayuntamiento quedó constituido íntegramente por elementos socialistas y comunistas.

En tales circunstancias, llegó la noticia del Alzamiento Nacional en Africa.

La primera medida adoptada por las autoridades rojas en todo Madrid, y por tanto, también en ambos Carabancheles, fue la de armar al pueblo.

Los cuarteles militares de Campamento, en el término de Carabanchel Alto, se alzaron contra la República en la noche del 19 al 20. En general la oficialidad de este cantón militar, encuadrada en el Batallón de Zapadores número 1, Escuela de Tiro de Infantería y Caballería, Regimiento de Artillería a caballo, etc., era afecta al Movimiento Nacional.

Estaba al frente del Batallón de Zapadores el teniente coronel Ernesto Carratalá, socialista amigo de Prieto. En previsión de los acontecimientos, dispuso que los oficiales, de quienes desconfiaba, se marchasen a su casa en vez de permanecer acuartelados. Los oficiales simulaban obediencia; pero, en vez de irse a sus domicilios se refugiaron y escondieron en el propio Cuartel, en las habitaciones de un teniente que vivía en uno de los pabellones. Cuando vieron que su jefe quería entregar las armas a las milicias marxistas, se opusieron.

Hubo una refriega que duró unos minutos. En ella murió el teniente coronel, los milicianos huyeron, y los oficiales, partidarios del levantamiento quedaron al mando del Campamento.

La noticia de que los militares de este cantón estaban sublevados contra el Gobierno de Madrid corrió por todos los rincones de la ciudad, y faltó tiempo para que milicianos, guardias de asalto, artilleros de la guarnición de Getafe se presentasen a las órdenes de Mangada, ante la verja del pabellón de Zapadores. Los militares les rechazaron. Sólo la aviación y los focos enemigos, enquistados en el mismo corazón del Campamento, lograron abatir a los héroes. Los oficiales fueron fusilados (25).

El domingo 19, Carabanchel estaba inundado de milicianos. Por la tarde, en todas las carreteras se pedía la documentación y se detenía a los que resultaban sospechosos (26).

A poco, empezaron a aparecer cadáveres por las carreteras y cami-

(25) "Historia de la Cruzada", vol. IV, t. 17, pág. 417-476.

(26) Relac. de la Madre Lucía de las Mercedes, Oblata del Convento de Carabanchel Alto, Ms. 680.

nos del término municipal, de personas de derechas de otras localidades, que habían sido asesinadas, y a los cuales robaban y profanaban hasta las mismas autoridades encargadas de enterrarlos (27).

EL SEMINARIO TEOLOGICO EN PODER DE LAS HORDAS.

Don Enrique estaba prevenido. Hizo comprar a cada salesiano el traje de paisano, que debería emplear, no mucho después, para disimular su condición y evitar una muerte más segura.

También se había preocupado de sus aspirantes. Allá por el mes de mayo o junio, había indicado a los superiores la conveniencia de enviarles a sus casas o desperdigarlos por otros centros salesianos. No lo creyeron aquellos prudente por temor a la pérdida de vocaciones tan tiernas en ambientes más difíciles (28).

Se preveía una revuelta política; pero no de tan grandes proporciones. Reinaba por doquier una muy explicable desorientación.

Los teólogos, como quedó dicho en otra parte, por haber terminado el curso en junio, unos se habían reintegrado a sus Inspectorías y otros ayudaban en los Oratorios Festivos y Colonias Escolares.

Nada de particular ocurrió dentro de los muros del Seminario el domingo 19 de julio, si bien por la noche, desde la azotea de la casa, magnífico mirador desde el que se domina la capital, pudieron ya divisarse los siniestros resplandores de algunos incendios de templos, luminarias inevitables de toda algarada popular (29).

En las "Buenas Noches" recomendó don Enrique a la Comunidad se pidiera por la Iglesia y por la paz de los espíritus, extraordinariamente agitados en toda la nación desde el asesinato de Calvo Sotelo.

Ya bien entrada la noche, se oían algunos disparos en la plaza del pueblo. Seguramente se trataba de ensayos que hacían los milicianos con las armas que les acababan de repartir.

Don Enrique no durmió. Pasó varias veces por los dormitorios de los aspirantes.

El día 20 fue de continuo movimiento y agitación en la casa. La única hora de relativa serenidad resultó la consagrada al Señor por la mañana temprano. La Comunidad, integrada por diez y ocho salesianos, hizo, como de costumbre, su media hora de meditación y asistió, juntamente con los aspirantes, a la celebración del Santo Sacrificio.

Al terminar sus prácticas de piedad, pudieron algunos salesianos contemplar desde la terraza el trágico espectáculo que ofrecía el Cuartel de Campamento. Precisamente en aquellos momentos lanzaba la avi-

(27) Cordero Salvador, Ms. 684, fol. 2.

(28) Martín Vicente, Ms. 604.

(29) Alcántara Felipe, o. c., pág. 16.

ación roja proclamas, invitando a los sublevados a rendirse al Gobierno de Madrid.

Después del desayuno, mandó el Director cerrar todas las puertas, que establecían comunicación entre el Seminario y la calle (30).

También aquella mañana comenzaron normalmente las clases.

Desde las aulas se percibía distintamente el tiroteo de Campamento y el más lejano del Cuartel de la Montaña, donde el general Fanjul con poco más de un millar de militares y falangistas, se había encerrado, negando la obediencia al Gobierno.

Un cinturón de piezas artilleras, carros de combate y morteros ha ido formándose sigilosamente al amparo de las sombras de la noche, en torno al cuartel. Un pueblo nutrido llegado de los barrios de Madrid —tal vez cuarenta mil hombres— se dispone a enfrentarse con los heroicos sitiados. También la Guardia Civil y la de Asalto se han declarado por el Gobierno Republicano.

En esto cruza el espacio un "Breguet", avión gubernamental.

Era la señal de ataque. Se intima a los sublevados la orden de rendirse. La respuesta es unánime: "El cuartel no se rinde".

Los cañones de los rojos, apostados en las calles adyacentes, comienzan a vomitar metralla y a hacer blanco sin dificultad en las paredes del gran edificio, que comienza a desplomarse. Los tiros de ambos bandos se cruzan sin interrupción.

La resistencia llega a hacerse desesperada, por lo que algunos de los defensores izan una sábana en una de las ventanas del inmueble en señal de entrega.

Era éste el momento esperado por la turba. Con un prolongado aullido, como de fiera salvaje ante la codiciada presa, se lanza la ola roja al asalto.

La escena es indescriptible. Tras las ruinas del derribado cuartel, se defienden heroicamente algunos de los soldados, mientras la mayoría cae atravesada por las balas y cuchilladas de la plebe.

Más de mil vidas costó a los milicianos su victoria.

El cuartel no se rindió; fue rendida por la imponente superioridad numérica de sus atacantes.

Con el Cuartel de la Montaña desapareció el último foco de resistencia nacional en Madrid (31).

La capital de España quedaba ya a merced de hombres sin conciencia ni ley.

Los aspirantes y salesianos de Carabanchel creían oír, en el fuego de aquella batalla, los pasos triunfales del Ejército salvador en su avance hacia Madrid.

Pronto se percataron de la cruel realidad. En el recreto, que siguió a la primera de las clases, sonaron unos disparos muy cercanos.

(30) Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 1.

(31) "Historia de la Cruzada", vol. IV, t. 17, pág. 434-467.

El Sr. Catequista, don Félix González, ordenó a los muchachos se encerrasen todos en sus clases respectivas.

La alarma cesó, pues resultaron ser tiros aislados, sin objetivo; por lo que comenzó, a su hora, la segunda clase. La puerta del aula, en la que don Carmelo Pérez, recién llegado de Italia, explicaba la lección de francés, permaneció de intento o casualmente abierta.

A poco, uno de los alumnos advirtió que por la parte familiarmente llamada de "Casas Viejas", comenzaba a salir humo. Ni tiempo tuvo de comunicar la noticia a su compañero del pupitre inmediato, porque sonó de improviso un disparo muy cercano. Cundió el pánico: unos se echaban al suelo; otros acudían, presurosos y nerviosos, a cerrar las ventanas, mientras el tiroteo se extendía por todos los alrededores del edificio.

Permanecieron estos alumnos todavía cinco o diez minutos en la clase. Los de las otras habíanse reunido ya en el zaguán situado delante del despacho del Sr. Prefecto. Allí andaba solícito don Juan Castaño, repartiendo dinero a superiores y alumnos.

Los sacerdotes y clérigos se habían despojado de la sotana. En torno a cada uno de ellos, se formaban grupos de aspirantes, unos llorando, rezando otros, e inquietos todos por saber en qué iría a parar todo aquello.

De vez en cuando se aunaban todas las voces para rezar en común (32).

¿Cómo se verificó el asalto? Cedamos la palabra a una miliciana que tomó parte activa en él (33).

"Vivía yo, dice, en el Paseo de Delicias y pertenecía al Ateneo de Luca de Tena, partido político de la C. N. T.

Nos citaron los jefes en el cine Legazpi con el objeto de entregarnos las armas. La reunión se prolongó toda la noche, pero nos marchamos sin ellas.

A la mañana siguiente, nos colocaron a cuatro chicas en la plaza de Luca de Tena para cachear a la gente.

A última hora de la tarde, una muchacha comunista me dijo que tenía en su casa un revólver, pero que no lo sabía manejar. Le rogué me lo cediera, y así lo hizo. Ocurría esto el sábado, día 18. El lunes, a las siete de la mañana, nos avisaron desde el Ateneo que los PP. Capuchinos disparaban desde su iglesia. Allí nos lanzamos seis compañeros, ellos con fusiles y yo con el revólver prestado. Todo resultó una farsa. Los Capuchinos estaban diciendo la Misa con la iglesia casi repleta de fieles. Tan pronto nos vieron, muchas personas se escaparon asustadas.

(32) Hernández Tobías, Ms. 575. b, fol. 1-2.

(33) Esta miliciana nos concedió permiso para publicar su nombre. No lo hacemos por delicadeza. Depurada a su tiempo por los tribunales de la auténtica España, vive tranquila su vida de fervorosa católica. Cfr. Ms. 671, fol. 1.

En esto llegaron tres comunistas y se hicieron cargo del local. Nosotros nos volvimos al Ateneo. Allí nos tenían preparada una nueva misión, la de acudir con presteza a los Carabancheles que, según se nos dijo, se habían sublevado. Cuando llegamos a Carabanchel Bajo, oímos rumores de que el colegio Salesiano del Alto se defendía con armas. Cargamos entonces en un coche cuatro latas de gasolina y, con muy poca munición, acudimos allí seis compañeros, todos jóvenes, y yo.

En la plaza del pueblo de Carabanchel Alto, oímos los disparos, que efectuaba la Guardia Civil desde detrás de la iglesia del Asilo de Ancianos, y hacia allá dirigimos nuestros pasos. Registramos capilla, sacristía, torreón y campanario, y a nadie ni nada descubrimos.

Al cruzar luego la plaza para ir al colegio Salesiano, hicieron fuego desde una de las casas vecinas e hirieron a uno de mis compañeros, al que hubimos de montar en un coche y llevarle al Hospital Militar. Los restantes nos acercamos al colegio.

Otros muchos milicianos, quizás unos cien, se hallaban situados delante de la puerta principal. Estaba ésta cerrada, lo mismo que las otras dos colindantes. Tres milicianos habían alcanzado ya la punta superior de la central; otro, pegada su persona a la cerradura de una de las pequeñas, se disponía a disparar contra ella para hacerla saltar. Yo misma le advertí del peligro que corría su vida, y se retiró.

Entonces uno de los compañeros me invitó a rodear con él la casa buscando la entrada que da a la huerta. Nos siguieron otros ocho, a quienes yo ni siquiera conocía. Se trataba de alcanzar la puerta que da acceso a los jardines de los patios y al depósito del agua. Dicha puerta era de madera. La rociamos con gasolina y prendimos fuego en ella.

Acudieron en seguida algunos de dentro con cubos de agua. Yo disparé contra uno de ellos, pero explotó el cañón del fusil y quedé herida en un ojo, del que comenzó a brotar la sangre.

Los compañeros me condujeron a una casa vecina para hacerme una cura de urgencia. Creyeron que me había alcanzado una bala, disparada desde el colegio; por lo que, enfurecidos, comenzaron a hacer abundantes descargas contra el edificio, a fin de consumir el asalto."

Hasta aquí la miliciana.

Mientras tanto en el zaguán anterior a la prefectura, entre dos fuegos, permanecían los asaltados.

Las descargas no cesaban. Sentían romperse los cristales, y también los gritos e imprecaciones de los que les cercaban por el jardín de entrada. Todos esperaban verlos de un momento a otro avanzar por el oscuro pasadizo que comunica la portería con el zaguán, y lanzarse sobre ellos.

Don Félix González, pedía una boina para cubrirse la coronilla. "A vosotros no os harán nada, decía el buen Catequista para levantar los ánimos de sus queridos aspirantes; a mí me matarán". Sin embargo, estaba sereno.

En esto apareció don Enrique, vestido con traje de paisano.

Exhortó a todos a no temer y a confiar en María Auxiliadora: "No obstante, por si a alguno lo llamara el Señor, arrodillaos". Les hizo rezar el acto de contrición y les dio la absolución (34), y la bendición de María Auxiliadora (35).

A todo esto, el tiroteo arreciaba. Los disparos se efectuaban ya dentro de la casa. No podía la Comunidad permanecer por más tiempo en aquel lugar, sin correr el riesgo de ser alcanzada por las balas.

Don Enrique, con paso resuelto, se encaminó a la portería con un pañuelo blanco en la mano, y gritó de modo que le pudiesen oír los tres o cuatro milicianos que estaban en el jardín: "¡Paz, paz!".

Una descarga cerrada, de la que milagrosamente salió ileso el valiente Director, acogió sus palabras. Aún no había llegado su hora.

—"No hay paz para vosotros", respondieron los milicianos; y continuaron disparando.

—"¡Paz, siquiera para los niños!", insistió don Enrique. "Si queréis sangre, aquí estamos nosotros, aquí estoy yo; pero respetad a esos jóvenes, que son inocentes".

Entonces los asaltantes hicieron alto el fuego y obligaron a la comunidad a salir de su precario refugio con los brazos en alto (36).

De los tres o cuatro forajidos que se habían situado en el jardín, uno apuntaba con su fusil hacia una ventana del segundo piso, en la cual debió ver alguna sotana, cuya reaparición esperaba para disparar contra ella.

Siguió a lo dicho un cuadro trágicamente cómico. Los milicianos comenzaron a abrazar a los muchachos, queriéndoles, con aquellas muestras de afecto, infundir confianza. "No tengáis miedo, les decían, que sois nuestros hermanos". Si lo eran, pero ni los que lo decían lo creían, ni los que les escuchaban hacían caso porque era bien distinta de lo que exige la hermandad su conducta.

Todas las amenazas de aquellos milicianos iban dirigidas contra "los que les tenían engañados".

Mientras tanto, fuera, esperaba el grueso de la chusma, impaciente por entrar. Pedía a gritos la llave de la puerta. Y ninguno de los detenidos recordaba dónde podía haber quedado.

Los asaltantes excogitaron entonces un medio brutal para remover el enojoso obstáculo. Dieron marcha atrás a un camión... La cerradura ante tamaño empujón saltó violentamente.

Apenas se hubo retirado el vehículo, avanzó sobre la indefensa comunidad un abigarrado pelotón de hombres, provistos de las más varia-

(34) En el momento de la absolución algunas balas botaron en el pasillo. Un momento antes, don Enrique había dicho: "Ya tal vez no nos veamos nunca." Mandó que si alguno tenía alguna navaja la tirase. (Relac. conj. de Cuezva Enrique, Arce Florentino, Arce Perpetuo, Ms. 513, fol. 2.)

(35) Hernández Tobías, Ms. 574, fol. 1; Ms. 575, b, fol. 2 vº; Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 1.

(36) Hernández Tobías, Ms. 575, b, fol. 2 vº; Rodríguez José Miguel, Ms. 643; Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 1.

das armas y extraños uniformes: fusiles, pistolas, escopetas, trabucos; unos vestían mono azul, otros iban en mangas de camisa. El sudor, el cansancio, la sed de sangre, que se dibujaba en sus semblantes; todo ello contribuía a formar un conjunto tétrico, digno de un aguafuerte goyesco. Los cuatro del jardín tuvieron que gritar a los que atropelladamente invadían la entrada del Seminario a fin de contenerlos. Si en aquel momento hubiese sonado un sólo disparo, nadie podría adivinar la tragedia que se hubiera desarrollado. Tan exaltados estaban los ánimos.

Continuaban, mientras tanto, las víctimas con los brazos en alto.

Don Enrique, en posición la más suplicante, pidió una vez más clemencia para los niños. Ya los milicianos les habían separado de sus educadores, de algunos de ellos para siempre.

A continuación, empujó el populacho a los religiosos hacia la puerta derecha, con la intención de fusilarlos allí mismo (37).

Y como suele ocurrir en las revueltas populares, donde todos quieren mandar, ser jefes, las órdenes de unos no parecían bien a los otros, y cada uno quería imponer la suya.

Intimaron al Director la entrega inmediata de las armas que hubiera en casa, midiendo el tiempo, con sádica teatralidad, reloj en mano, bajo la amenaza de fusilamiento, si no se efectuaba dicha entrega antes de que la manilla marcase el número por ellos prefijado.

Don Enrique les respondió que ninguna arma se guardaba en el colegio. No le creyeron; y por ello le condujeron al salón de actos, a su habitación, a la capilla y demás lugares, donde sospechaban habían de encontrarlas, bien ocultas. A todo esto no cesaban de apuntarle con sus pistolas.

La contrariedad de aquellos hombres, al verse defraudados en sus deseos, no tuvo límites. Les parecía imposible que estuvieran totalmente desarmados aquellos "frailes" (38).

Entretanto los demás salesianos, apostados junto a la pared, esperaban ansiosos a su amado Director, que al fin apareció y se unió a sus hijos.

Acto seguido, les mandaron entregar cuanto poseyeran. Ascendía todo su caudal a 15 pesetas por individuo, las mismas que el Sr. Prefecto, les repartiera poco antes. No quisieron quedarse los milicianos con tan ridícula cantidad; sí, en cambio, con los relojes y carteras.

Mientras se efectuaba este vil despojo, llegaron algunos del populacho gritando: "Matadlos, matadlos". Se oyó sin embargo, entre el imponente griterío, una voz que decía: "No, no les matéis. Llevadlos al Ayuntamiento, donde podrán declarar las muchas cosas que saben y que a nosotros nos interesan" (39). Les creían seguramente complicados con los militares de la guarnición sublevada en Campamento (40).

(37) Dfiez Ignacio, Ms. 547, fol. 1; Gallego Maximino, Ms. 556, fol. 1.

(38) Dfiez Ignacio, Ms. 547, fol. 1 v⁹.

(39) Ibid.

(40) Ocaña Julián, Ms. 618, fol. 1.

Y les condujeron al Ayuntamiento, pero no a todos. Un grupo de milicianos y milicianas, no satisfechos de la anterior infructuosa búsqueda de armas, obligan ahora al Sr. Prefecto, don Juan Castaño, a guiarles en su recorrido por los diversos locales del colegio, tercios en su afán de buscar tan codiciado como inexistente cuerpo del delito.

Resultó este registro una repetición de la anterior escena que tuvo como protagonista a don Enrique. Se encaminaron primero a la enfermería. Allí el grupo se dividió en dos: un par de milicianos permaneció junto al detenido, mientras los demás proseguían su inspección, no sin antes advertir a los otros disparan, al instante, sobre el salesiano, si de algún otro local de la casa llegaba a ellos el sonido de algún tiro. Tan convencidos estaban de que todavía había en el colegio frailes escondidos...

A solas ya con los dos forajidos, don Juan se atrevió a dialogar con uno de ellos.

—¿“Cómo hacéis esto con nosotros, siendo así que los salesianos nos dedicamos a educar a la juventud pobre, y tal vez nos hayamos sacrificado por vosotros mismos o por alguno de vuestros hijos?”.

Ante tan inesperada pregunta, quedó mudo el interrogado. Tal vez hasta entonces, en medio de aquella trágica agitación, ni por las mientes se le había pasado la verdad que encerraban las palabras del salesiano.

Esbozó el pobre hombre un gesto de sorpresa y luego balbuceó estas disculpas: “Sí, sí... si todos fueran como ustedes... pero, de todos modos, el obrero está demasiado explotado... sólo viven los ricos...”.

Un odio inextinguible a la religión tenía envenenadas sus almas. Allí mismo lanzaron violentamente contra el suelo, barbotando palabras irreverentes, una pequeña escultura, que representaba a la Sagrada Familia y que pronto, acertaron a encontrar.

Condujeron después al detenido a la capilla. Allí había quedado don Anastasio Crescenzi, todavía vestido de sotana, al cual nada le dijeron.

En la sacristía toparon con un muchacho, el vendedor de periódicos, que engullía con avidez las formas y se bebía con fruición el vino destinado al Santo Sacrificio (41).

Se les ocurrió entonces llevar a don Anastasio a la sacristía, obligándole a abrir todos los armarios hasta que se convenciesen de que allí no se ocultaba nada de lo que ellos buscaban. Pidióles permiso él para subir a su habitación y vestirse de seglar y tomar lo indispensable para el forzoso éxodo que pronto se le iba a urgir. No quisieron acceder los milicianos a tan justa petición; antes bien, asiéndole cada uno de un brazo encañonándole con sus pistolas, le condujeron lentamente camino del Ayuntamiento, a donde había llegado ya el resto de la comunidad.

(41) Castaño Juan, Ms. 536, fol. 1-2; Ms. 537, fol. 1; Ms. 538, fol. 3.

Doloroso “viacrucis” para el buen salesiano, fundador del colegio, su lenta marcha por aquellas calles, copiosamente regadas con sus sudores apostólicos.

La sotana, de la que no le dejaron desprenderse, venía a ser el símbolo de su labor sacrificada y desinteresada.

Y siguiendo a don Anastasio, preso también, iba don Juan Castaño, a quien sus verdugos, en un impulso de sanguinario instinto, decidieron llevar a Carabanchel Bajo para allí definitivamente acabar con él.

Era táctica corriente entre aquellos malhechores que los detenidos fueran ejecutados por personas pertenecientes a células comunistas de otras localidades distintas del lugar mismo del asesinato. Así podían las autoridades rojas alegar, con más facilidad, como pretexto, su ignorancia y sorpresa, ante cualquiera que pretendiera inculparlos. Conforme a esta criminal maniobra, solían ambos Carabancheles cambiarse las víctimas.

A duras penas, y debido únicamente a haberse conquistado la confianza de uno de sus custodios, logró don Juan ser llevado también al Ayuntamiento (42).

Al llegar a este punto, reanudamos la historia, antes interrumpida, del asalto al colegio, narrada por la miliciana, que tan activamente participó en ella. “Afortunadamente la herida que, al disparar contra los salesianos recibí en el ojo, no revistió gravedad especial. Por eso, tras una ligera cura realizada en una de aquellas viviendas cercanas al Seminario, nos encaminamos de nuevo mis compañeros y yo a la puerta principal, ya totalmente abierta.

Entramos. Reinaba dentro el desorden más imponente. Se destrozaba cuanto se encontraba. Era aquella una furia desatada.

Junto a la puerta estaban los salesianos, detenidos. Alguien propuso llevarlos al Comité; otros pedían su inmediato fusilamiento en los jardines mismos de detrás del edificio:

“No atropelléis, —dijo uno—. No a todos, sino al responsable”.

El que así hablaba era un muchacho del mismo Carabanchel. Quisieron luego prender fuego a la casa con las dos latas de gasolina, que aún les quedaban. Yo les dije que no era conveniente hacerlo, pues podíamos tener pronto precisión del edificio para montar en él un hospital.

Apoyaba estas mis razones otro compañero, del que aseguraría era de derechas. Tenía él sumo interés en que no se hiciera destrozo alguno. Alegaba en defensa de su oposición que todo era bueno y valía dinero; que en día no lejano tendrían necesidad del edificio para en él albergar niños necesitados. Se llamaba este muchacho Juan; no recuer-

(42) Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 1. Al revisar él la relación de su propia odisea, añadió el detalle de que uno de los que le acompañaban le tranquilizó, diciendo: “Don Anastasio, no tema usted nada mientras esté yo aquí.”

Cfr. también, Castaño Juan, Ms. 538, fol. 3. Añade que cerca del Ayuntamiento tuvo que soportar los insultos e injustas recriminaciones de una miliciana, la cual aseguraba haber visto a los salesianos defendiéndose con las armas. A ella unió su voz y gesto airado un guardia municipal, afirmando que los frailes habían disparado desde el colegio y matado a su mujer.

do su apellido; quizá no lo supe nunca. Era maestro, y había llegado de Barcelona para hacer unos cursillos en Madrid. No sé cuándo ni cómo se unió a nosotros en el Ateneo.

Pues bien; cuando todos nos agolpábamos en los jardines del Seminario, en máxima confusión y escandaloso desorden, él se dirigió, solo, a la capilla. ¿A qué? Con bastante fundamento podría afirmar que a sumir las hostias. Tengo pruebas para creerlo. En otra ocasión y en parecidas circunstancias, hizo lo propio en la iglesia de las Angustias de Madrid. Llegó al altar mayor, sacó del Sagrario el Copón y fue tomándose las formas; luego se purificó labios y dedos con el agua del vasito, que para esta ceremonia suele haber junto al tabernáculo. Por cierto, acercóse en aquel momento otro miliciano y viéndole ocupado en esta operación, le dijo en tono burlesco:

—“Tendrás ahora mucha fuerza, pues te has comido muchos dioses”.

Y él serenamente le respondió:

—“Me he puesto las botas”. Expresión ambigua, de muy oportuno empleo vulgar, pero no carente de respeto en aquella coyuntura.

Días más tarde, nos fuimos a Toledo. Allí se opuso a que los milicianos se llevaran el Tesoro de la Catedral, del que se habían hecho ya cargo los anarquistas. Quince días permaneció en el lugar, guardándolo.

En 1937 me retiré de los frentes de combate porque pronto iba a tener una criatura. Estando en mi casa, vino un día Juan a verme. Me encontró limpiando los cristales, mientras en alta voz canturreaba unas coplas que en tiempos pasados aprendí en un convento de monjas y que decían más o menos así:

“Esperando en la mesa sagrada
ya está pronto el divino manjar,
el Cuerpo de Cristo, que a las almas
en sustento se da”.

Al oírme, recriminó mi imprudencia, pues no estaban los tiempos para tales canciones de sabor religioso. Luego abrió un paquete y: “Mira, me dijo; se trata de cosas de iglesia, (amitos y corporales) pero no te preocupes que, al fin y al cabo, son para un angelito”. Se refería al niño, que yo pronto iba a tener. “Cuando se hagan viejos, añadió, los quemas”. Y al marcharse: “Ahora me voy al frente”. No le volví a ver ya más.

Este muchacho, que tan claras pruebas daba de ser persona religiosa, entró en la capilla del Seminario, como dije, aún antes de la escena descrita del mozalbete, vendedor de periódicos, que con dos o tres compañeros de su misma ralea, se alegraba bebiendo el vino de la sacristía.

Tanta repugnancia le causó la conducta de éstos, que, al encontrarse conmigo en el pórtico, me dijo: “Vámonos, que aquí no hay nada que hacer. Estos no tienen serenidad, (quería significar con esta pala-

bra que carecían de educación.) Y encaminamos nuestros pasos hacia el jardín.

¡Quién sabe si Dios se valió de él para evitar una profanación!

Antes de abandonar el colegio presenciábamos otro hecho desagradable. A uno que andaba con un fusil ametrallador y no lo sabía manejar, se le disparó el arma, hiriendo a uno de mis compañeros, llamado Miguel Mecazaga. Le destrozó el hueso de una pierna, por lo que hubimos de llevarle al Hospital Provincial; pero en el camino se desangró y al día siguiente se verificaba su entierro" (43).

EL EXODO DE LOS ASPIRANTES.

Mientras ocurrían estos hechos, aquellos ciento treinta aspirantes iban caminando calle arriba, bien custodiados.

La gente les miraba, unos con ojos de compasión, otros con enojo; lloraban de lástima algunas mujeres, pero tampoco faltó quien gritó a los milicianos: "No os fiéis, que estos también son hombres". Efectivamente, los había desarrollados, muy capaces de infundirles sospechas. Con los muchachos se habían mezclado dos profesores trienales, don Virgilio Edreira y don Lorenzo Martín.

El colegio de Santa Bárbara, muy poco distante del Seminario Salesiano, estaba destinado para huérfanos de los Cuerpos de Artillería e Ingenieros, dependiendo del Ministerio de la Guerra, a través del Patronato del Ejército. Aquí fueron a parar los aspirantes. Era Director del Centro don Tomás González, militar retirado por la ley de Azaña; y convivían con los muchachos algunos profesores, como el teniente Aceituno, el comandante Fajardo y el Sr. Garma.

Unos sesenta constituían aquellos días el alumnado; la mayoría estaba ya en sus casas, de vacaciones.

Este edificio había sido también tiroteado por la mañana; mas cuando la gente vio ondear en el mástil la bandera tricolor y los asaltantes se entrevistaron con el coronel, cesó toda violencia y los milicianos y gente curiosa se alejaron, sin decir ni hacer nada.

Cuando los aspirantes estuvieron reunidos en el patio, bajo los árboles para librarse de los ardientes rayos del sol, uno de sus guardianas tomó la palabra y les arengó. Entre otras cosas, les dijo con aire convencido y solemne: "Ya habéis sido liberados de las manos de esos frailes que os tenían engañados. La República os hará ciudadanos libres y se cuidará de vosotros. Se pasará aviso a vuestras familias para que vengan a buscaros".

Mientras el improvisado tribuno hablaba y repetía estos consabidos "slogans", tan en boga entre los rojos, un miliciano reparó en las medallas que visiblemente colgaban del cuello de uno de los aspirantes.

(43) Ms. 671, fol. 2-3.

Tiempo le faltó para ordenarle las arrojara al suelo y las pisara en el acto. Pero otro compañero, sin advertir apenas lo que decía y a lo que se exponía contrariando al miliciano, le aconsejó abrocharse el cuello de la camisa. No insistió el guardián, tal vez porque en aquel mismo momento daba fin el democrático orador a su solemne discurso.

Siguió a éste una forzada y semiapagada ovación, por compromiso, y también por consejo de don Virgilio, que quería, procediendo así apartar de todos males mayores (44).

Don Tobías Hernández, uno de aquellos aspirantes que bebieron hasta las heces el amargo cáliz del exilio, nos relata lo que sigue: "Pasamos luego a un patio cubierto, que por casi tres meses había de servirnos de dormitorio, sala de juego y clase.

En seguida, por orden de los empleados del colegio, comenzaron a hacer unas listas con nuestra ficha. No se cansaban de repetirnos que, al cabo de dos o tres días, estaríamos todos con nuestras familias. Lo mismo nos repetían en visitas, que nos hicieron en días sucesivos. Tan seguros estaban del triunfo. Creían que todas las batallas serían tan fáciles como nuestro asalto.

No sé si el Alcalde, socialista, hablaría con el coronel a fin de organizar nuestra estancia; lo cierto es que los milicianos pidieron nuestra ayuda, la de los muchachos más fuertes, para efectuar el traslado desde el Seminario hasta el colegio de Santa Bárbara, de nuestro equipo personal y de dormitorio.

Los que realizaron estos trabajos nos hablaban de lo que estaba sucediendo en nuestro querido colegio: quién buscaba y rebuscaba las pretendidas armas, quién descerrajaba a tiros las cerraduras de las habitaciones, mientras otros rompían o disparaban contra los cuadros religiosos, destrozaban la vajilla, tiraban la comida so pretexto de que estaba envenenada, lo cual no fue, sin embargo, obstáculo para que bebieran con avidez el vino que encontraron en la bodega. Unos querían prender fuego a todo, otros pretendían conservarlo, surgiendo a causa de estos distintos pareceres, peligrosas disputas entre ellos mismos.

De los superiores no volvimos a saber nada cierto. Al poco rato del asalto, corrió entre nosotros el rumor de que los iban a fusilar. Seguramente que algo de esto oirían los que estaban trasladando nuestro equipaje.

Hacia la una de la tarde, nos llevaron un cesto de pan y, un buen rato después, la sopa y el cocido, a medio preparar, de nuestra cocina.

(44) A este improvisado orador le volvieron a ver los aspirantes el 5 de noviembre en la calle Toledo, a raíz de la evacuación de Carabanchel. Las tropas nacionales habían conquistado Getafe y Leganés. Los cañones tronaban ya en el mismo término de Carabanchel y Villaverde. Por todas partes se veían milicianos, y la radio lanzaba llamadas angustiosas, convocando a filas a cuantos no estuvieran enrolados ya en los batallones de milicias. No vestía ahora el ardoroso tribuno de antaño, mono, ni calzaba alpargatas, ni empuñaba el fusil, sino que iba hecho un señorito. Para heroísmos bastaban los del 20 de julio. Al ver a los aspirantes les saludó sonriente, sin decirles nada, y siguió su camino. (Relac. de Hernández Tobías, Ms. 575, b, fol. 4.)

Unos se abstuvieron de comer por temor a que la comida estuviese envenenada, la mayor parte porque las escenas vividas les habían quitado el apetito.

Estábamos tan impresionados que hasta el ruido de vasos sobre las mesas se nos antojaban disparos.

Cuando nos fuimos serenando y pudimos recapacitar sobre nuestra tragedia, la pena iba sucediendo al miedo. Nunca olvidaré el aspecto de nuestro queridísimo don Virgilio, sentado en un baúl, llorando con la cara entre las manos: "¿Qué será de los superiores, de nosotros, de España?" Sabíamos que a las tres había cesado toda resistencia en Campamento.

A media tarde, de nuevo el tiroteo, tan cercano como a la mañana. Era que estaban asaltando el Asilo de Ancianos Desamparados separado del colegio de Santa Bárbara por una estrecha calle.

Desde el patio pudimos ver cómo asaltaban la tapia, se encaramaban a los árboles cautelosamente, como si se tratara de la conquista de un fortín y disparaban contra el benemérito instituto, en el que religiosas y ancianos estarían viviendo las mismas escenas que nosotros por la mañana.

El salón en que nos habían alojado más parecía una tienda de gitanos que otra cosa. Poco a poco fuimos colocando los colchones en el suelo.

Desde los amplios ventanales, ya oscurecidos, podíamos contemplar un resplandor bastante cercano. Era la parroquia de Carabanchel Bajo, que estaba ardiendo.

Por la noche, después de cenar, uno de los inspectores o encargados de la disciplina del colegio de Santa Bárbara, llamado Basilio, nos dirigió unas palabritas que fueron una inyección de aliento. Nos invitó a rezar lo que tuviéramos por norma, pero particularmente y en silencio; nos aconsejó pidiéramos por España y por nuestros superiores.

Después de esto, acostumbrados a nuestra disciplina, inmediatamente reinó un profundo silencio. Claramente se oían disparos y ráfagas de ametralladora, aunque no muy cerca. La radio de Madrid, entre otras noticias, aquella misma noche, dio también ésta: "Los niños del colegio Salesiano de Carabanchel Alto han sido trasladados en perfecto orden por la Guardia Civil al colegio de Santa Bárbara, en la misma localidad. Los padres o los familiares pueden pasar a recogerlos".

Al día siguiente, 21, después de la limpieza y antes del desayuno, Basilio, que ya era nuestra persona de confianza, nos dio algunas noticias, pocas y las que menos nos impresionaron: la parroquia del pueblo había sido profanada; nuestro colegio, convertido en cuartel de milicias; en Madrid dominaban ellos, "los rojos", y la chusma armada era dueña absoluta de la calle, sin que hubiera nada ni nadie que intentara siquiera oponerse; pero en Sevilla, Burgos, Zaragoza, Galicia, habían triun-

fado los nuestros y de diversas partes se organizaban columnas hacia Madrid.

Los aviones de Getafe y Cuatrovientos, con la bandera roja pintada en las alas, volaban sobre los campos de batalla del día anterior.

Nosotros les habíamos cogido tal miedo, que apenas los veíamos, corríamos a refugiarnos en casa.

El mismo día 21, comenzaron a llegar a nuestra nueva residencia padres, familiares y paisanos de muchos de nosotros.

Solían acompañarles algunos milicianos, entraban en el salón, preguntaban a gritos el nombre de requeridos y, sin dificultad ni formalidad alguna, excepto la baja en las listas hechas el día 20, los dejaban salir. Algunos tardaron bastantes horas en llegar a sus casas, tras numerosos cacheos y vejaciones.

En una de estas expediciones salieron don Virgilio Edreira con el aspirante Federico Cobo y don Lorenzo Martín, con un pariente suyo.

Para disimular ante los milicianos, teníamos que tratarlos como compañeros; por eso la emoción de la despedida no pudo tener su natural desahogo.

Desde este momento quedamos huérfanos de toda autoridad salesiana, muchos durante toda la guerra: los que no salimos de Madrid, por espacio de ocho o nueve meses, hasta que pudimos tomar contacto con los que se salvaron de la sangrienta turbonada.

En todos quedó siempre fija, viva y palpitante la imagen de nuestros queridísimos Superiores, y especialmente de don Enrique, que para nosotros era un don Bosco viviente.

El recuerdo de sus enseñanzas y sobre todo de su gesto paternal en el momento del asalto se grabó indeleblemente en nuestra memoria y corazón, y fue sostén para muchos en momentos difíciles y amargos. Convencidos como estábamos de que vivía sola y entrañablemente para nosotros, no dudo de que, en el momento supremo de su sacrificio, tendría un recuerdo por nosotros, sus aspirantes, dispersos como polluelos de nido destrozado y expuestos a todos los vientos de corrupción.

La primera semana del colegio de santa Barbara se nos hizo eterna. Con muy buen acierto el Coronel no nos permitió salir en todo el tiempo que pasamos bajo su dirección. Pronto nos fusionamos con los huérfanos.

Desde el patio veíamos a los milicianos y milicianas, paseando o marcando el paso en las terrazas del Seminario, o pugnando por derribar la estatua del Sagrado Corazón que mira hacia Madrid con los brazos abiertos, en ademán de querer abrazarlo. Entonces en las calles de la capital de España, como en tantas otras ciudades, ardía el fuego de desamor y odio entre El y los suyos.

El alcalde se portó bien con nosotros. Se preocupó de proveer a nuestro sustento, vestido, lavado de ropa, etc... Al principio iba al menos una vez por semana a visitarnos.

El Coronel se encargó de organizar algunas clases que nosotros seguíamos con gusto y provecho, y en cierta ocasión, reprendiéndonos porque había algunos cuya conducta comenzaba a dejar que desear, nos dijo que su ideal era podernos devolver a los Padres lo mismo que el día que nos recibió. ¡Ojalá lo hubiera podido realizar!

Pero tenía el enemigo dentro de casa. Los ordenanzas del colegio eran rojos y quisieron seguir el ejemplo de sus camaradas: hacerse dueños y señores. No sé si sería por intrigas suyas, dos inspectores, Basilio y Carmelo, con quienes habíamos intimado sinceramente, fueron detenidos y fusilados por las milicias incontroladas.

El día 3 de octubre fue detenido el Coronel y, aunque a los cuatro días volvió al colegio con gran alegría de todos, el día 11 se lo llevaron de nuevo y definitivamente.

Los ordenanzas formaron un comité presidido por uno de ellos, llamado Cándido, hombre funesto para nosotros. Un día destrozaron ante nuestra vista las imágenes y los ornamentos de la capilla. En otra ocasión mientras estábamos en el estudio, uno de ellos nos reveló el plan primitivo de asalto a nuestro Seminario: rodearlo, prenderle fuego de noche, y acabar con todos nosotros a tiros.

En Santa Bárbara permanecimos hasta el 5 de noviembre. Las tropas nacionales avanzaban victoriosas y percibimos el fuego de la batalla, que se libraba a pocos kilómetros de nosotros. La hora de la liberación se acercaba. Pero el jefe de nuestro comité la retrasó hasta el fin de la Cruzada. Veinticuatro horas antes de ser conquistado Carabanchel, nos hicieron evacuar a Madrid (45).

NOCHE INOLVIDABLE

Marchaban los salesianos hacia el edificio del Ayuntamiento, custodiados por más de doscientos hombres.

Allí mismo, en plena calle, aparecieron, de pronto, hombres cuchillo en mano dispuestos a terminar sin más con los detenidos.

Fueron los milicianos mismos los que esta vez impidieron la agresión.

Libres de aquella ola de insultos y amenazas, entraron las víctimas en el Ayuntamiento, dando con sus huesos en una sala del piso segundo, pequeña y desmantelada, sin una silla en que sentarse.

Siguió a esto un registro minucioso de sus personas. Encontráronle a don Enrique algo de dinero. Inmediatamente se lo devolvió el alcalde, protestando que ellos nada deseaban poseer de lo ajeno, pues no eran ladrones. No todos pensaban como el alcalde.

Minutos después, varios hombres armados, colocados delante de ellos, les apuntaban con el cañón de sus fusiles.

(45) Hernández Tobías, Ms. 575, b, fol. 3-7.

Don Enrique, con la entereza que le caracterizaba, les rogó depusieran las armas, pues ninguno de los suyos intentaría escapar. Respondieronle, enojados, que nada les importaba aquella firmeza y que ninguno de los detenidos saldría de allí con vida.

Mientras esto ocurría en el interior del edificio, en la calle vociferaba la multitud demandando, con insultos y blasfemias, la presencia de la codiciada presa para con sus mismas manos destrozarla.

Si bien condenados a observar un silencio absoluto, a escondidas y casi imperceptiblemente, podían cruzarse los salesianos algunas palabras, confesándose y absolviéndose mutuamente.

“Después de unas veinticuatro horas—refiere don Julián Ocaña—nos trajeron algo de comida, un bocadillo a cada uno y un botijo de agua para saciar nuestra ardiente sed. Alguno de los más jóvenes llegó a pensar que pudieran estar envenenados aquellos alimentos. Unos por esta razón y otros por la firme persuasión de que aquella misma tarde seríamos asesinados en la Casa de Campo (habíamos escuchado la conversación de los miembros del Comité rojo en la sala contigua a la que nos albergaba), nos negamos a probar bocado.

Don Enrique, a pesar de comprender nuestro estado de ánimo, nos instó a comer, diciéndonos que si el Señor quería conservarnos la vida, necesitábamos del alimento para sostenernos; y que si, en cambio, nos llamaba a dar testimonio de él, no debíamos presentarnos al martirio privados de fuerza.”

“Llegó en aquel momento un capitán de aviación, anunciándonos que la Revolución roja había triunfado y que, si no teníamos delito, nada nos ocurriría; que era el pueblo el que había triunfado y que el pueblo nos haría justicia.

Don Anastasio, vestido todavía de sotana, continuaba el rezo del Breviario, que había comenzado en la capilla. Cuando lo advirtieron los vigilantes, arrebatáronle el libro de las manos y se lo arrojaron con furia contra el suelo, mientras barbotaba uno de ellos: “Esto ya se acabó, tío cura de los diablos”.

Mientras tanto, en sala adyacente, se había constituido un comité para tomarnos declaración. Lo presidía el “camarada Jambrina”. Uno a uno, durante la noche, fuimos pasando por aquel tribunal popular. Noche triste, de calor sofocante, en constante peligro nuestras vidas... Algo así como la pasión de Cristo en el Huerto de los Olivos, renovada en sus ministros. Oíamos los disparos que se efectuaban en los alrededores y ello constituía continuo sobresalto para quienes, sin un mueble en que apoyarse, se hallaban rendidos de cansancio frente a los fusiles de sus guardianes (46).

Al día siguiente a media tarde, entre dos filas de milicianos, fueron conducidos los salesianos, atravesando toda la plaza y acompañados du-

(46) Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 1; Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 1-2; Gallego Maximino, Ms. 556, fol. 1; Ocaña Julián, Ms. 618, fol. 1; Ms. 619.

rante todo el trayecto de voces amenazadoras, soeces insultos y ademanes de puños en alto, hasta la Escuela, edificio de una sola planta, que se elevaba a la sombra de la iglesia parroquial (47).

Las invectivas más frecuentes y groseras recaían sobre don Enrique y los otros más conocidos en el pueblo por su cargo o antigüedad. A don Juan Codera le propinaron un fuerte empujón, que casi le derribó en tierra, después de haberle arrancado de las manos el santo rosario.

Llegados a la escuela, varios pudieron, sentados en los pupitres, descansar, llegando incluso a conciliar el sueño.

Nuevos sufrimientos les aguardaban en la improvisada cárcel: sustos a granel, inesperadas entradas y salidas de milicianos en la sala, con los consiguientes insultos y amenazas, hasta amagos de fusilamiento. Ni faltó un espía, que se fingió un detenido más, si bien no logró engañar la buena fe de los encarcelados.

A todo esto, iban llegando, de vez en cuando, nuevos inquilinos a compartir con los antiguos el duro suelo de la triste prisión. Así se les unió el párroco de Carabanchel Bajo que, en un rasgo de optimismo e ingenuo buen humor, concertó con don Enrique celebrar todos una gran fiesta, si se veían libres de aquel peligro, por el que estaban entonces atravesando. Dios tenía reservado a ambos el mejor regalo del martirio.

Sucedió también un hecho por demás trágico. Entraron unos milicianos en la sala, buscando a un joven, también detenido. Le hicieron salir.

A la puerta de la escuela estaba dispuesto un coche. Le invitaron a subir. Casi no había aún colocado su pie derecho en el estribo cuando empezaron a descargar sobre él golpes, acuchillándole a bayonetazos. Esta escena, presenciada por el coadjutor salesiano Sr. Ismael, trastornó su juicio. En un frenesí de locura, comenzó a dar voces, queriendo a toda costa huir de aquel lugar. Don Enrique y algunos más hubieron de sujetarle para evitar se produjera una situación difícil, pues poco hubiera costado a los guardias disparar sobre el grupo entero. Desde entonces, a los muchos sufrimientos de don Enrique y los suyos, se unió uno más, el de tener que estar pendientes continuamente de un enfermo, con accesos de locura, y en aquel momento totalmente fuera de sí. Toda la tarde, noche, y día siguiente, no abandonó don Enrique al Sr. Ismael ni un solo instante. Todos los testigos, supervivientes de la guerra, recuerdan este suceso como uno de los más tristes de aquella gran aventura de su prisión en la Escuela de Carabanchel (48).

En la calle seguía rugiendo la chusma. El jefe del Comité no sabía qué hacer. Se pedía a gritos la muerte de todos los detenidos, y eso le parecía monstruoso. ¿No sería suficiente, para acallar la sed del frené-

(47) En la actualidad, a la antigua escuela ha sustituido una churrería.

(48) Cfr. Ms. anteriores, para lo relatado y lo que en las páginas siguientes se describe. En la escuela, además de salesianos, había detenidas otras veinte personas, entre ellas siete sacerdotes seculares y algunos religiosos agustinos. (Relac. de Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 1.)

tico populacho, ofrecerle una víctima? Expuso su idea a los demás jefes del comité. Hasta los salesianos llegaban con claridad los ecos de la conversación. Se presentó entonces uno de sus sacerdotes a don Enrique, dispuesto a sacrificarse por todos. No accedió a ello el buen Padre: "Yo he de ser la víctima, contestó. Pienso, al morir, dirigir a mis verdugos tan sólo estas palabras: Yo os perdono a todos. Doy mi vida por el triunfo de Cristo" (49).

La permanencia de los salesianos en los locales de la Escuela duró desde la tarde del martes, día 21, hasta la tarde del jueves día 23.

El 21 les repartieron una cena demasiado frugal y pasaron la noche en los bancos de la clase. Al día siguiente, miércoles, a las once de la mañana, les sirvieron un poco de café como desayuno. Uno de los guardias les dijo que probablemente deberían comparecer ante otro tribunal.

El 23, permitieron a don Anastasio vestirse de paisano. Para ello hubo de comprarle don Enrique un traje.

Cuatro días llevaban ya de continuo sobresalto. El Director, atento a las necesidades de sus hijos y sintiendo en el alma la fatiga que dominaba, sobre todo, a los más ancianos, suplicó a los milicianos les trajeran unos colchones desde el colegio para así relajar algún tanto sus miembros doloridos.

Los vigilantes, casi todos del mismo Carabanchel, y conocidos de los salesianos por haber alguno de ellos pertenecido al Oratorio Festivo, accedieron a la demanda y les proporcionaron diez colchones. No los habían apenas probado, cuando un vocerío imponente los despertó sobresaltados. Cuatro descamisados penetraron en la sala, fusil en mano, mientras otros muchos se quedaban fuera, esperando. Pretendían estos asesinos sustituir a toda costa a los antiguos vigilantes y así más fácilmente realizar, a placer y sin estorbos, su inicuo proyecto. Mas éstos se negaron a marchar, sin previa orden escrita del alcalde.

No pudiendo los asaltantes lograr su intento, cargaron con los colchones, condenando otra vez así a los desdichados prisioneros a su antigua suerte: "No vais ya a necesitar de colchones; dormid sobre tarima el poco tiempo que os resta de vida".

Y después de contarlos, se alejaron jurando que volarían con dinamita la escuela y, de ser preciso, todo Carabanchel, si al día siguiente no les habían liquidado.

NO TENGAN MIEDO, SOY HERMANO DE UN JESUITA.

Hacia las cinco de la tarde del mismo día, una camioneta grande y otras dos pequeñas se detenían ante la puerta de la improvisada prisión. El ruido de sus motores alarmó a los detenidos; sintieron correr

(49) Gallego Maximino, Ms. 556, fol. 1-2.

por todo su cuerpo el frío de la muerte, pues creyeron llegada la hora suprema de su sacrificio.

Al conocer, sin embargo, la procedencia de los tres vehículos, respiraron tranquilos. La Dirección General de Seguridad acudía en su ayuda. Venía al frente del reducido convoy un teniente de asalto, el cual, entrando de improviso, y como furioso, en la sala, gritó: "Estos frailes, que salgan, pues les vamos a arreglar las cuentas". Simulacro de fobia clerical, con el fin de sacarlos de aquel lugar lo antes y lo más fácilmente posible.

Acercándose entonces a don Félix González un comunista, antiguo alumno suyo, le dijo estas palabras: "Puede estar seguro, de que si hubiésemos hallado armas en el colegio, (y para buscarlas hemos recorrido la casa entera y hasta bajado al fondo del pozo de la noria), usted sería el primero en morir con ésta (y le mostraba la pistola que tenía en la mano); pero como no las hemos encontrado, al enterarnos de que venían los del Bajo a matarles, hemos llamado a los Guardias para que los defendiesen. No queremos nosotros ser responsables de su muerte".

El teniente, jefe de la expedición, acercóse entonces a don Enrique y le habló así: "Padre, soy hermano de un jesuita; no tengan miedo, pero dense prisa, que ya suben las milicias, para matarles. ¡Aprisa! ¡Ahora mismo a los coches!". En seguida quedaron ocupadas las tres camionetas. Por orden del jefe, quedaron los detenidos colocados en el centro de ellas, mientras a los flancos les defendían los guardias enfilando el cañón de sus fusiles hacia la calle.

Era la plaza, en aquellos momentos, un hervidero de gente exaltada, y, en derredor de la escuela, se agolpaba el grueso del populacho, aún más amenazante.

Infinitas voces salían de todos los lados: "¡Mueran los traidores! ¡Que se llevan a los frailes! ¡No los dejéis escapar! ¡Disparad sobre los coches! ¡Que también los guardias son fascistas!".

El teniente intentaba gritar aún más que ellos: "Los llevamos a declarar a la Dirección General de Seguridad. Son órdenes del Ministerio, pero dentro de unas horas, los tendréis de nuevo aquí para que les impongáis la pena que se merecen. Son frailes y saben muchas cosas. Es menester que declaren. Tengo que llevármelos; respondo de ellos con mi cabeza".

En esto, se acercó al teniente un buen hombre que, con emoción contenida, le habló así: "Hace más de treinta años que están los salesianos en Carabanchel y no han hecho más que bien". La resistencia, que la chusma oponía a la partida de los coches, más que tenaz, era brutal. Y es que el Comité rojo había ya decidido celebrar juicio sumarísimo públicamente, en la plaza misma, encartando en ella a los salesianos detenidos y en la que actuarían de jueces, capítostes rojos de Carabanchel Bajo, Matadero y Puente de Toledo, que estaban a punto de llegar.

Tras el espectacular juicio, la voz del pueblo dictaría la sentencia, que sería inmediatamente ejecutada.

Lograron, por fin, con sobrehumano esfuerzo, arrancar los coches, cayeron sobre sus ocupantes, sin interrupción, insultos y amenazas con puños en alto y las más horribles blasfemias.

A los cinco minutos, unos milicianos les obligaban a parar.

Bajó rápido el teniente, pistola en mano, en tanto que los demás guardias de las camionetas dirigían al grupo sus fusiles: "Dejadnos proseguir; tenemos órdenes del Ministerio; dentro de unas horas, los tendréis entre vosotros", les gritó el jefe, con decisión y energía. Estas paradas forzosas, repetidas hasta siete veces antes de llegar al Puente de Toledo, fueron otras tantas estaciones del penoso "viacrucis", que empezaron a recorrer los pobres religiosos desde la inolvidable escuela de Carabanchel.

EN LA DIRECCION GENERAL DE SEGURIDAD.

No nos ha sido posible descubrir la causa de la providencial intervención de los guardias de asalto a favor de la comunidad de Carabanchel en tan crítica y, a todas luces, desesperada situación (50). Sin querer descartar la posible verdad de las afirmaciones hechas por el miliciano, antiguo alumno, a don Félix González en la Escuela, encontramos probable la explicación que nos da del hecho don Anastasio Crescenzi. Parece ser, que al salir don Virgilio Edreira del colegio de Santa Bárbara, a donde había sido conducido desde el Seminario junto con los aspirantes, encaminó sus pasos, sin pérdida de tiempo, al edificio de la Embajada de Italia. Allí expuso el peligro que corrían los salesianos, entre ellos dos de nacionalidad italiana. Creemos que el Cónsul interpuso ante las autoridades rojas su influencia y valimiento. Y gracias a esto, llegaban ahora ya los detenidos a las puertas de la Dirección de Seguridad.

Una vez dentro, todos se creyeron definitivamente seguros: "Ya ve, Padre —dijo el teniente a don Enrique, despidiéndose— que no todos los guardias de asalto son tan malos como los pintan. Voy a intentar hacer con otros lo que con ustedes he hecho. Recen por mí".

Eran las nueve de la tarde. Les tomaron la filiación, cenaron algo y se sintieron felices.

50) Castaño Juan, Ms. 538, b, añade otros detalles. Obra en nuestro archivo el comunicado auténtico de la Dirección General de Seguridad al Alcalde del Ayuntamiento de Carabanchel Alto, que dice textualmente: "Con referencia a su atto. escrito, fecha de hoy, relacionado con la detención de veinticinco frailes, participo a usted que los expresados individuos no deben ser entregados sino en virtud de orden escrita del Sr. Gobernador Civil o del Director General de Seguridad. Madrid, 23 de julio de 1936. El Director General (firma ininteligible) Hay un sello: "Dirección General de Seguridad. Registro salida, n.º 50.484. Sr. Alcalde Presidente del Ayuntamiento de Carabanchel Alto - Madrid. (Ms. 685.)

El Director General de Seguridad no permitió, por deferencia a sus personas, que fueran encerrados en los calabozos, ya por otra parte abarrotados; y así, pudieron pernoctar en el patio interior, incluso disponer de una pequeña habitación para descansar. Llegó la media noche de aquel jueves tan accidentado.

A la hora precisa —observa don Anastasio— (51) en que comenzaba para los salesianos un día distinto de todos los demás, el veinticuatro, dedicado a su Virgen Auxiliadora, uno de los jefes de guardia leyó en voz alta una lista, en la que venían incluidos todos los salesianos, lectura que terminó con el feliz anuncio: “Quedan en libertad” (52). De todos los corazones brotó un himno de acción de gracias a Dios y a María Auxiliadora.

Era peligroso, sin embargo, pisar la calle, y más con destino incierto, durante la noche. El Director General, había dejado encargo a sus subalternos de que a nadie dejaran salir hasta que él volviese a la mañana siguiente a presenciar nuestro éxodo.

Y así se cumplió. El día 24, por la mañana, de uno en uno fueron los salesianos saliendo a la calle a respirar, por fin, gozosos, el fresco y puro aire de la libertad. Les había antecedido su Director para buscarles un acogedor y seguro refugio.

¡Ya eran libres! Precaria libertad la que podía ofrecerles un gobierno entregado al capricho y anarquía de turbas furibundas e incontroladas!

Ardía España entera en una lucha sin cuartel; rugía en Madrid el vendaval arrollador de una persecución religiosa sin precedente en la historia patria; de los templos se alzaban imponentes llamaradas, que iluminaban, con fulgores siniestros, las orgías y crímenes de la gran ciudad; eran asaltados los conventos, desenterrados y profanados los cadáveres; derribados de sus peanas u hornacinas los santos y luego destrozados; forzados los sagrarios. Las ejecuciones estaban a la orden del día. Todos tenían derecho, cuando y donde se les ocurría, a juzgar, condenar y ejecutar la sentencia.

En la primera semana que siguió al 18 de julio, cayeron en Madrid, por Dios y por España, incontables sacerdotes, religiosos o simplemente católicos. Bastaba la mera sospecha de tratarse de un sacerdote para inmediatamente perpetrarse el execrable crimen. Las afueras de Madrid, las cunetas de las carreteras y los campos desiertos, fueron testigos de crueles escenas, ocultas para siempre al ojo avizor de la historia. La noche se alió eficazmente con la iniquidad.

Los colegios salesianos de Madrid quedaron todos, sin excepción, abiertos de par en par a la invasión de las hordas. Cada cual tuvo su

(51) Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 4.

(52) Orden de libertad que obra en la Dirección General de Seguridad: “Por orden del Alcalde de Carabanchel, fueron detenidos los Salesianos y llevados a la Dirección por el Teniente de Asalto, Sr. Juan Vidal Pons. Se les puso en libertad por no encontrar delito.”

odisea, y sus antiguos moradores corrieron a ocultarse allá donde un alma generosa les brindara amparo y cobijo, siquiera de manera provisional..., porque lo cierto es que pronto comenzó un triste desfile de víctimas... Iban cayendo los testigos de Cristo... Sin cobardías... Estaban sus almas muy llenas de Dios.

Los salesianos de Carabanchel, ahora en libertad, acababan de sufrir su primer martirio incruento..., como los de Atocha, como los de Estrecho... A varios de ellos les depararía el Señor otro más glorioso.

“Mirad que el horizonte de España se nubla de manera siniestra”, había dicho don Marcelino Olaechea el jueves de la Ascensión de aquel mismo año a los teólogos por él consagrados ministros del Mártir del Gólgota y a la comunidad entera de Carabanchel. “Las potestades infernales van a desatarse y cosa posible es que alguno de vosotros haya de rubricar con sangre su fe.”

La historia se encargó de decir lo restante. Un breve pero sublime capítulo cerró para la tierra el curso de muchas vidas fecundas.

La Providencia quiso prolongar unos meses el destierro de su Siervo, dilatando la hora del encuentro con Aquél por quien suspiraba de continuo.

Aceptó la voluntad divina y se entregó totalmente a la asistencia amorosa y paternal de los que le habían sido encomendados.

“Vosotros me decís que busque un lugar más seguro—respondería más tarde a personas que por él se interesaban—para salvarme de los que me persiguen; pero la verdad es que el padre debe cuidar de sus hijos, velar por ellos y correr, si es preciso, su misma suerte” (53).

(53) Flores Társila, Ms. 535, fol. 1.

CAPITULO XII

EL MARTIRIO

EN LA PENSION LOYOLA

Al amanecer del día 24, doña Társila Flores, esposa del señor Arconada, guardia empleado en la Dirección General de Seguridad, se presentó en la misma, con su hijo Manolo (1), en busca de don Enrique.

Fue ella la que le condujo a la pensión "Loyola", sita en la calle Montera, 10, cuya dueña, doña Avelina del Hierro, recibió con exquisita caridad tanto al Director como a sus dieciocho salesianos, dos aspirantes y un empleado, todos de la Casa de Carabanchel, menos el empleado, que era de Atocha.

Cuando esta Comunidad, tras las penosas vicisitudes ya descritas, pudo, por fin, reunirse en la hospitalaria mansión, de todos los labios brotó un himno de gracias al Señor, que tan singularmente los había protegido. Y mientras las cocineras activaban la preparación de la comida, hicieron todos juntos la meditación.

Se instalaron más tarde en las diversas habitaciones como pudieron, con incomodidad, tanto que algunos de ellos hubieron de dormir en el suelo.

Un día, don Enrique les habló así: "El Señor nos ha querido mucho y ha permitido que lleguemos hasta aquí; pero, como desconocemos lo que han de durar las presentes circunstancias y, además, al ser tantos, estamos más al descubierto del enemigo, concedo permiso a todos aquellos que en Madrid tengan familiares para que se acojan a su hospitalidad; los demás quedarán aquí conmigo" (2).

Don Anastasio Crescenzi y don Angel Cantamesa, italianos, se dirigieron a la Embajada Italiana, donde se les recibió cordialmente.

(1) El seminarista a quien don Enrique dirigió la carta citada en la nota 23 del capítulo precedente.

(2) Díez Ignacio, Ms. 547, fol. 3.

Se encontraron allí con más de doscientos refugiados de su misma nacionalidad.

Unos días después, se les unía don Alejandro Battaini, Director del colegio del Paseo de Extremadura.

El día 6 de agosto, un barco zarpaba desde el puerto de Valencia con dirección a Génova, donde, tras una travesía feliz, pudieron desembarcar, sanos y salvos, cayendo más tarde en los brazos de los superiores mayores de Turín, quienes les esperaban con ansiosa inquietud (3).

Los demás componentes de la comunidad fueron repartiéndose por la capital y alrededores, quedándose con don Enrique seis salesianos, dos aspirantes y otros dos empleados (4).

Era sumamente expuesto carecer en aquellas circunstancias de documentación. Ello les movió a procurarse con rapidez cédulas personales. Ofrecían éstas muy poca defensa, pero era lo único que podían conseguir.

Al correr de los días, otros componentes de la dispersa comunidad se hicieron con carnets ciertamente más eficaces, de los diversos partidos políticos de las izquierdas, mediante influencias de amistades; pero aun así les resultaba difícil pasar desapercibidos ante la ininterrumpida labor de vigilancia y singular perspicacia criminal de los agentes de la autoridad roja, que no cesaban de recorrer calles, pensiones, edificios públicos y casas particulares, olfateando, con singular instinto, la presa codiciada.

Las cédulas personales disimulaban la condición religiosa o sacerdotal de sus portadores. Quién figuró como profesor, quién como estudiante o artesano (5).

El 28 de julio les deparó un serio sobresalto. La policía dio con ellos. Un grupo de milicianos y milicianas de la Unión General de Trabajadores (U. G. T.) del radio de Chamberí, penetró en la pensión. Al punto, quedaron todos detenidos, menos don Maximino Gallego, a quien una oportuna enfermedad le retuvo en el lecho.

Los inesperados visitantes comenzaron su "meritoria" labor de servicio a la República, devorándose la comida preparada para los detenidos.

Sobre la mesa de su habitación había dejado don Enrique un escrito con el historial de los acontecimientos vividos por él y los suyos en los últimos días desde el asalto a la Casa de Carabanchel. Con avidez se lanzaron los milicianos sobre los papeles. Los leyeron. Ni una palabra contra sus perseguidores. "Pues no nos tratan mal", comentaron éstos.

Dos coches esperaban en la calle. A poco, la caravana enfilaba hacia la Puerta del Sol. Al llegar a la Carrera de San Jerónimo, un frenazo.

(3) Crescenzi Anastasio, Ms. 542, fol. 4-5.

(4) Fueron estos don Juan Castaño, don Maximino Gallego, don Juan Codera, don Carmelo Pérez, don Manuel Borrajo y don Pedro Artolozaga; los aspirantes, don Tomás Gil de la Cal y don Higinio Mata; el empleado don Juan Mata, primo del anterior, y otro criado que más tarde ocasionaría no leves molestias al Director.

(5) Don Enrique figuró como Profesor. El número de la Cédula, 109965.

Se había terminado la gasolina de uno de los coches. Ante él, y rodeándolo, un remolino de gente armada y de público curioso.

—¿Quiénes son estos?—preguntó alguien.

—Son los mismos que iban ayer disparando desde un “Mercedes” verde—se le ocurrió decir a uno. Y en mala hora, pues, a renglón seguido, sentenció un tercero:

—A estos se les liquida aquí mismo.

El griterío del público que siguió a estas palabras cortó el aliento de las pobres víctimas, que, en el coche, esperaban ansiosos el fin de la aventura.

“Yo tenía a mi lado, junto a la ventanilla, a un miliciano, con un aspecto de criminal que helaba la sangre”, dice un testigo. Angustiosa situación. “Sólo Dios por nuestro Ángel de la Guarda, nos podía librar de ella. Una oración silenciosa brotó de nuestros labios. Y Dios nos escuchó.” Un coche vacío frenó en aquel instante allí cerca. Recogió a los detenidos y los condujo a la Dirección General de Seguridad. Permanecieron en ella dos días (6).

“Ya estuvieron aquí hace poco—se decían los agentes— ¿Para qué encerrarlos, si ya les concedimos la libertad?” Y les despidieron (7).

“Don Enrique—refiere don Juan Castaño—se había puesto desde un principio en las manos de Dios, preparado a morir, si era su voluntad. Durante todos estos acontecimientos le acompañó una gran presencia de ánimo; fue admirable y ejemplar su serenidad” (8).

A pesar de los peligros que a toda hora le acechaban, procuraba el Siervo de Dios estar al tanto de cuanto sucedía a los demás salesianos, dirigiéndoles con sus consejos y ayudándoles por sí mismo o por los suyos.

En el número 13 de la calle de San Bernardo, pensión Abella, habíanse refugiado varios muchachos internos del colegio de la Ronda de Atocha con su Director, don Ramón Goicoechea, y los salesianos don Rufino Encinas y don José María Sabaté.

Víctima de los malos tratos, por parte de los milicianos que invadieron la Casa de Atocha y de su espíritu de responsabilidad, perdió el dominio de sus facultades mentales y ocasionó con ello no leves molestias a don Rufino y don José María, quienes, después de cuidarle con cariño de hijos, se vieron obligados a encerrarle en un sanatorio, donde a poco entregaba el ejemplar salesiano su preciosa alma al Señor.

Fue don Enrique el primero en llevar a la pensión Abella la triste noticia de su muerte, y con la noticia el bálsamo de su palabra consoladora.

(6) Castaño Juan, Ms. 537, fol. 2. Ms. 536, fol. 2; Cfr. también para más detalles el Ms. 538, b.

(7) Existe una ficha en el Archivo Central de la Dirección General de Seguridad, 11848—73, en la que consta la afiliación completa del Sievo de Dios y que termina así: “Presentados por los agentes don Tomás Rumbo Sánchez y don Fidel González Mayoral, a requerimiento de las milicias del Radio Chamberí por ser religiosos”. Otra semejante obra en Causa General del Ministerio de Justicia, Estado, Letra A. Relac. n.º 22, y n.º 45 de la relación.

(8) Castaño Juan, Ms. 536, fol. 3.

“Nos ponderó mucho—relata don Rufino—las virtudes de nuestro llorado Director; también nos aconsejó estar dispuestos y preparados al martirio, pues podía ser esa la voluntad del Señor. Sus palabras delataban el incontenible deseo que animaba su corazón de ser mártir de Cristo. Y eso era lo que pretendían al visitarnos, tanto él como sus súbditos de Carabanchel, don Virgilio y don Codera, estusiasmanos con la idea del martirio” (9).

Sabemos que en ésta o tal vez en otra posterior visita, que realizó don Enrique a la pensión Abella, suplicó a la dueña la admisión en la misma de algún salesiano recién liberado de la cárcel, sin pan ni hogar. No pudo acceder la dueña a la demanda, pues los huéspedes llenaban ya por completo las habitaciones de la casa. Don Enrique marchó afligido por la negativa (10).

No nos han llegado noticias de ninguna otra salida suya a la calle durante los días que pasó en la pensión Loyola, pero allí mismo se le escondía el peor enemigo, un doméstico, descontentadizo y atrevido, que, en su afán de mayor libertad, se desprendió del resto de la comunidad, no sin antes exigir al Director cierta cantidad de dinero que decía le era absolutamente necesario. Don Enrique le respondió que no lo tenía. Insistió el criado. El superior, no sabemos cómo, algo encontró y se lo entregó.

Desde la calle no cesó de molestar al Siervo de Dios, sobre todo con sus reiteradas exigencias de dinero. Una de las veces le pidió mil pesetas para comprarse un carro y dedicarse a vender fruta.

“Iba escoltado—dice don Maximino Gallego—por otros milicianos que defendían su causa. Decían que, habiéndolo dejado nosotros desamparado, necesitaba montar un negocio para poder vivir y que, siendo ricos, era justo que accediéramos a tan razonable petición. ¿Ignoraban acaso que habíamos sido expulsados de nuestra casa y sin recursos condenados a una suerte incierta?

Un día llegó el desgraciado criado a amenazar a su bienhechor: “Si no me da dinero, vendré con otros milicianos y le llevaremos” (11).

El asunto iba tomando mal cariz. Todo aquello comprometía seriamente a don Enrique. No podía en momento alguno sentirse seguro, por lo que la más elemental prudencia le aconsejaba un rápido cambio de domicilio. Lo contrario hubiese rayado en una suicida temeridad.

Pensó y se decidió.

Algún tiempo antes, habíanse trasladado desde Loyola a la pensión Nofuentes, en la calle de Puebla, 17, don Carmelo Pérez, don Pedro Artolozaga, don Manuel Borrajo y los hermanos Mata, siendo caritativamente acogidos por doña Beatriz del Hierro, hermana de doña Avelina.

(9) Encinas Rufino, Ms. 550.

(10) Sabaté José María, Ms. 651.

(11) Gallego Maximino, Ms. 556, fol. 1-2; relac. conj. de Hierro Avelina del, Hierro Beatriz del, Flores de Arconada Társila, Ms. 577, fol. 2.

No encontrando lugar en dicha pensión, don Juan Codera, don Pablo Gracia y don Tomás Gil, previa inteligencia de doña Beatriz con la dueña de la pensión Vascoleonesa, fueron recibidos por ésta en el piso inmediato inferior. Aquí llegó don Enrique, tras una detención simulada, llevada a cabo por su amigo Arconada, guardia, como dijimos, empleado en la Dirección General de Seguridad. Convino proceder así para evitar ulteriores sospechas y prevenir peligros que le amenazaban, sobre todo por parte del pedigüño criado (12).

EN LA PENSION VASCOLEONESA. ALEGRÍA EN EL DOLOR

Nuevamente juntos. En aquellas dos pensiones de la calle de Puebla vivían todos unidos el aleteo sublime de un mismo ideal. Solamente rompían la unión material las viejas paredes del edificio.

El Director y los suyos respiraban un mismo ambiente de subido fervor. Aquél se encargaba de alimentarlo con su vida santa, sus exhortaciones y pláticas. El dolor los unía aún más. Su vida en ambos pisos trascurría paralela. Don Enrique seguía siendo el superior y padre de todos. El y ellos constituían un oasis de espiritualidad en el corazón de un Madrid, revuelto y encrespado por el fuego del odio. El padre conversaba todos los días con sus hijos de ambas pensiones, los animaba, irradiaba su paz y serenidad en torno a ellos.

Atendía a cuantos, de casa y de fuera, le pedían consuelo y dirección espiritual: "Cuando me enteré de que se reunía con otros compañeros y salesianos más jóvenes en una habitación para orar—nos refiere don Joaquín Sáinz Crespo, sacerdote secular de Andite de Tajuña—, solicité acompañarles. Con todo sigilo y fervor, rezábamos todos los días el Santo Rosario. El P. Enrique, con gran espíritu y entrega de ánimo, nos alentaba a sobrellevar con paciencia aquella nuestra vida de continuos sobresaltos. Su afabilidad nos atraía y convidaba a confesarnos frecuentemente con él. ¡Qué alientos recibíamos entonces para aceptar con resignación cristiana todo, incluso la misma muerte por Cristo" (13).

"Uno o dos días antes de su detención definitiva—relata otro testigo—me confesé con él. Me refirió que la conducta de Tomás Moro, aceptando la muerte antes que traicionar los intereses de Dios, le había dado materia de meditación aquel día. Me recomendó la virtud de la prudencia, pero sin temor excesivo a la muerte. Me animó al martirio, recordándome que los martirios de entonces eran más soportables que los de los tiempos primitivos. Sé que de igual suerte hablaba, por ejemplo, al señor Codera y a Pablo Gracia. A mí me impresionó mucho su actitud, me pareció un gran santo" (14).

(12) Relac. conj. de Hierro Avelina, Hierro Beatriz, Flores Társila, Ms. 577, fol. 1-3.

(13) Sáinz Crespo Joaquín, Ms. 660.

(14) Echevarría Francisco, Ms. 549.

“Le visité el 8 de agosto de 1936—escribe don Alejandro Vicente—y le encontré muy dispuesto al martirio. Se había entregado totalmente a la voluntad de Dios” (15).

Tres días antes de su muerte decía don Enrique a una religiosa: “Tenemos que prepararnos porque nuestro martirio es certísimo” (16).

La lectura espiritual, no sabemos si diaria, hecha en común era de ocasión. Lenta y devota resonaba la voz del superior en medio del reducido cenáculo. Era la palabra de Cristo, que brotaba de sus labios, llenando el ambiente de suave unción espiritual.

“El Evangelio, según expresión de Chesterton, es un manantial de alegría”.

En las páginas mismas de la Pasión del Señor se respiran una bondad y dulzura que llegan hasta el fondo del alma, inundándola de gozo: *Pero yo volveré a veros y vuestro corazón exultará y nadie podrá arrebataros vuestro gozo.*”

Don Enrique les leía con frecuencia estos pasajes evangélicos, sobre todo aquel de San Juan: *En verdad, en verdad os digo que vosotros lloraréis y el mundo se regocijará; vosotros os acongojaréis, pero vuestra congoja se tornará en gozo.* Y después de la lectura, los comentarios sabrosos y las piadosas consideraciones que iban brotando de su encendido corazón.

El Siervo de Dios tuvo la suerte de convivir, como ya dijimos, en la misma pensión con el sacerdote don Joaquín Sáinz. Dios le deparó el inmenso consuelo de recibir repetidas veces el sacramento de la penitencia, pues dice el aludido testigo que “se confesaban mutuamente” (17).

Escenas muy semejantes a las de los primeros cristianos, perseguidos a muerte por los emperadores romanos y, por ello, ocultos en las entrañas de la tierra.

“En verdad, en verdad os digo que yo no comprendí hasta entonces todo el fervor y todo el heroísmo de los cristianos de las catacumbas”, ha dicho un testigo presencial de la vida de los cristianos en el Madrid rojo del año 1936 (18).

La gracia divina y el potente auxilio de la Madre de Jesús bajaban sin cesar sobre las almas. Era como una inundación de vida divina la que corría a través de aquellos miembros perseguidos del Cuerpo Místico de Cristo.

Tampoco faltaban en la fervorosa comunidad sus ratos de recreación y honesto esparcimiento: “Todos los días—dice doña Beatriz del Hierro—subía don Enrique a mi casa, y allí se entretenía con los demás jugando a las cartas, a fin de hacerles más llevaderos aquellos

(15) Vicente Alejandro, Ms. 676.

(16) Serafina de la Asunción, Ms. 667.

(17) Sáinz Crespo Joaquín, Ms. 660.

(18) Izaga Ojembarrena, G. A. de: *«Los presos de Madrid»*, Madrid, 1940.

días. Seguían, clandestinamente y con interés, los avances de los Ejércitos nacionales" (19).

Todos los salesianos de Madrid estaban presentes en sus desvelos. Todos le preocupaban. El dolor de los Hermanos era también el suyo. Experimentaba honda tristeza cuando llegaba a sus oídos la detención de alguno de ellos.

A las detenciones seguían los martirios. En muchas ciudades de España iban cayendo, víctimas de su amor a Cristo, uno hoy y mañana otro, sin cesar, religiosos salesianos. Y entre ellos también sus estudiantes teólogos, los mismos que un par de meses antes oían, con fervorosa emoción, de labios de su buen Director, aquellas palabras que eran a la vez aviso y aliento: "Estemos preparados por si el Señor nos quiere mártires."

Don Felipe Hernández Martínez en Barcelona y don Honorio Hernández en Ronda, daban testimonio de su fe los días 27 y 28 de julio, respectivamente, valientes, sin claudicaciones, fieles hasta el fin. Así los había querido don Enrique. No olvidaron su lección.

El 24 de agosto volaba al cielo el alma de don Félix González. Gran devoto de María Auxiliadora, recibía en un día consagrado a Ella la palma del martirio. Era don Félix el Catequista de los aspirantes de Carabanchel, salesiano cien por cien, bueno como pocos, sencillo y jovial. Un antiguo alumno del colegio de la Ronda de Atocha le descubrió a los milicianos. Religioso, sacerdote... ¿Qué más se requería para asesinarle? Duro golpe para su Director la cruel noticia.

Pronto se sucedieron otras, igualmente tristes. El 9 de septiembre, yacía en el camino de Maudes, de la Comisaría de Cuatro Caminos, el cadáver del teólogo Teódulo González. Según un testigo de oídas, la denuncia partió de un muchacho de Carabanchel Alto. Los milicianos, provistos de la orden correspondiente, se encargaron de hacer lo restante, no oponiéndoles el mártir resistencia alguna.

Más tarde corría igual suerte Federico Cobo, aspirante que había terminado el tercer curso de latín. Del colegio de Huérfanos de Santa Bárbara, a donde le habían llevado los milicianos juntamente con los demás compañeros aspirantes, pasó a vivir al domicilio de su hermana Cristina, en Madrid, juntamente con Esteban, otro hermano suyo salesiano, de edad madura.

El 22 de septiembre, los milicianos invadían la casa armados de pistolas.

—Pidan ustedes—se atrevió a insinuarles la hermana—informes a la vecindad, y verán cómo mis hermanos no ofrecen peligro alguno, pues no se mueven de aquí.

—No hace falta—replicaron ellos—, pues son frailes. Todos los frailes están encerrados en las cárceles, y no vamos a dejar a éstos en libertad...

(19) Hierro Beatriz del, Ms. 577, fol. 3.

Ese mismo día padecían el martirio en la Puerta de Hierro. Al siguiente día, podían contemplarse sus cadáveres en el depósito judicial de la calle de Santa Isabel.

Tres días antes de su detención, debió también oír don Enrique la triste nueva de la muerte de don Virgilio Edreira.

Tan gran influjo ejerció este buen salesiano como educador entre sus aspirantes que, a pesar del tiempo transcurrido, recuerdan éstos, con entusiasmo y admiración, al profesor piadoso, apóstol infatigable y propagandista incansable de las Misiones.

Gran corazón, amaba a todos, incluso a los mismos enemigos del nombre cristiano: "Cierto que están envenenados, pero, en el fondo, son buenos", decía a su hermano Francisco, cuando rugía sobre España la nefasta tormenta, precursora de su propio martirio.

Siempre se le encontró dispuesto a dar la vida en defensa de la fe. Preguntábase en cierta ocasión un alumno qué pensaba él de la cruel persecución que ya empezaba a barruntarse. "Somos soldados de Cristo—le respondía don Virgilio—decididos a luchar por la causa de nuestra santa Religión. "Ser apóstol o mártir acaso mis banderas me enseñan a ser". Lo peor que podemos hacer en estas circunstancias es acobardarnos." Bien había aprendido, también él, en la escuela de su Director, la sublime lección del amor a Cristo.

Cuando las milicias asaltaron, el 20 de julio, la casa de Carabanchel, don Virgilio, disfrazado lo mejor que pudo, acompañó, inadvertido de los milicianos, a los niños aspirantes al colegio de Santa Bárbara, al mismo tiempo que los demás Hermanos eran conducidos al Ayuntamiento del pueblo.

Como en aquel lugar corría grave riesgo su vida, fue acogido por doña Cristina Cobo en su domicilio de la calle de San Lorenzo, 10, viviendo de este modo en compañía de los hermanos Cobo. La vecindad le acogió con desagrado por creerle fraile.

Su actividad desde un principio fue intensa y continua. En mangas de camisa y la estrella comunista al pecho, como un perfecto miliciano, iba y venía, enterándose de todo cuanto sucedía y llevando noticias a los superiores, jugándose la vida, por atender a los Hermanos, con alegre despreocupación. Visitó cuantas veces le fue posible a los aspirantes que, por no tener familia en Madrid, continuaban en el colegio de Santa Bárbara; se preocupó de los que ya habían sido recogidos por los familiares o amistades. Recorría pueblos en busca de comida para los salesianos.

Desconocemos sus contactos con don Enrique durante los trágicos meses que precedieron a la muerte de ambos. Hemos de suponer que fueron muy íntimos, pues sólo don Virgilio podía en aquellas circunstancias acallar de algún modo la intensa preocupación de aquél por la suerte de sus aspirantes.

Los vecinos no perdían de vista al valiente salesiano, lo que le

obligó a cambiar de casa, yéndose a vivir con su hermano Francisco, hasta que, reconocido como religioso a causa de sus visitas al colegio de Santa Bárbara, fue detenido y conducido a la checa de la calle del Marqués de Riscal, donde sufrió cruel martirio (20).

¡Pobre don Enrique! Aquellos a quienes tanto amaba iban cayendo uno a uno. ¿Tardaría aún mucho en llegar su hora?

No se exponía al peligro ni tampoco lo temía. Permanecía de continuo en casa. Un día, sin embargo, salió y entró en una barbería. “Yo había ido a verle—refiere doña Társila Flores—y tuve que esperarle. Cuando regresó, le pregunté:

—¿Por qué sale usted, don Enrique? ¿No ve que le buscan?

Y él me contestó:

—¿Qué quieres? Tenía tanto pelo y tanta barba... Ya sé que me conocen y que me buscan. Precisamente al salir de la barbería me saludó un muchacho: “¿Qué tal, don Enrique? ¿Cómo está?”

Tal vez—añade doña Társila—no fue esa la pregunta del chico, sino esta otra: “¿Dónde está?, mas no recuerdo exactamente el dato” (21).

Desde la pensión en la que se hallaba sometido a forzoso encierro, derramaba siempre que podía los tesoros de su exquisita caridad.

“Recuerdo perfectamente a don Enrique—asegura don Alfredo Bárcena Azcona, huésped también de doña Beatriz Ibarreche—. Me asistió noches enteras en una enfermedad tipo hepático que sufrí por aquellos días” (22).

Por medio de los coadjutores don Juan Codera y don Pablo Gracia y del aspirante Tomás Gil, menos conocidos que él y con una presentación externa menos propicia para atraer la atención de las milicias, enviaba auxilios de ropa a los encarcelados (23).

Un día, estos buenos salesianos no volvieron. La sobria relación de la dueña de la pensión Vascoleonesa dice así: “Según los libros de la pensión, Juan Codera, Tomás Gil de la Cal y Pablo Gracia salieron de esta casa el 25 de septiembre de 1936 y no regresaron más” (24). ¿Qué había ocurrido?

Don Juan Codera era intrépido y entusiasta. Formado en la escuela del Director, pero tal vez no tan prudente, anhelaba el martirio.

En cierta ocasión, un Hermano coadjutor le refería los detalles de la detención de los salesianos de la Comunidad de Estrecho, el 19 de julio; la saña con la que algunas mujeres de la barriada se lanzaron contra los indefensos y pacíficos religiosos, clavándoles sus uñas en el rostro hasta hacerles sangrar. Al oír este relato, exclamó, con envidia,

(20) Los martirios antes descritos pueden verse en “Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización de los Siervos de Dios Enrique Sáiz Aparicio y otros cuarenta y un compañeros de la Congregación Salesiana”, Madrid, 1936, artículo 108, 129, 114, 125.

(21) Flores Társila, Ms. 555, fol. 2.

(22) Bárcena Alfredo, Ms. 521.

(23) Hierro Beatriz del, Ms. 577, fol. 3.

(24) Ibarreche Beatriz, Ms. 580, fol. 2.

el señor Codera: "Lo mío, lo que yo he sufrido hasta ahora, no llega todavía a ser martirio. ¡Aún no he derramado sangre!"

Las visitas que efectuaba a los presos, unas por deseo de don Enrique y otras por su propia cuenta, no dejaban de entrañar serios peligros. Yo mismo recuerdo haberle aconsejado tuviera más prudencia y se expusiera menos.

"No os preocupéis; si me matan, muero mártir", solía responder.

El Señor se lo llevó el 25 de septiembre, juntamente con Tomás Gil, mientras realizaban la acostumbrada obra de misericordia (25).

Desconocemos las circunstancias de su martirio. Lo que sí parece probable, a juzgar por diversos testimonios que hemos recibido al respecto, es que él o su compañero, sometidos tal vez a tortura, declararon el domicilio de los salesianos refugiados en la calle Puebla, 17 (26).

Un día—refiere Don Juan Castaño— no recuerdo la fecha, se fue por la mañana a visitar al señor Inspector, don Felipe Alcántara, que se hallaba detenido con los demás salesianos de Mohernando en la cárcel de Ventas. A mediodía vino a mi pensión a comunicarme la noticia de la entrevista. Añadió que, por la tarde, pensaba volver al mismo lugar para, desde unos montículos colindantes con la cárcel, divisar a los demás cuando estuviesen todos en el patio. Aquello era una clara imprudencia. No le debieron convencer mis razones. A la tarde se encaminó a Ventas con su compañero. No regresaron. Al siguiente día comenzaban las detenciones de los salesianos escondidos en las pensiones de la calle de Puebla" (27).

Los milicianos habían olfateado la presa. No sólo dos; todos habían de morir. Habían averiguado que la dueña de la pensión Nofuentes era católica. ¿Qué habían de ser aquellos que en su casa se hospedaban?

Finale de septiembre. El clima moral de Madrid era insoportable. Don Enrique rezaba. A más inmoralidad, a más rebajamiento social, a mayores crímenes, mayor fervor en la oración y vida más santa. Las cuentas del Rosario se desgranaban diariamente entre sus dedos. Los Misterios Gozosos y Dolorosos se sucedían... en espera del próximo disfrute de los Gloriosos. Alternativas de luces y de sombras. Pero en el alma, una invasión de claridad.

CINCO VICTIMAS MAS

El 1 de octubre, a las siete de la tarde, se vio sorprendida la pensión Nofuentes por la desagradable visita de dos milicianos que dijeron ser policías.

(25) Cfr. "Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización...", artículo 122-124.

(26) Bárcena Alfredo, Ms. 521.

(27) Castaño Juan, Ms. 536, fol. 2. Las detenciones a que se refiere don Juan Castaño tuvieron lugar cinco días más tarde, es decir, el 1 de octubre. Sin embargo, es muy posible que la policía roja comenzara sus actuaciones antes, como parece colegirse de alguna relación (cfr. M. 577, fol. 3).

Iban preguntando por una religiosa, Sor Regina de los Angeles.

Al no hallarla, persuadidos de que las personas, que en aquel albergue moraban, eran de ideología contraria a la suya, las sometieron a un minucioso interrogatorio.

Al afirmar la dueña de la pensión tratarse de estudiantes y obreros, y confesar los primos Mata que estaban al servicio de los salesianos, exclamaron los milicianos: "¡Vaya carota de fraile!" y, durante el interrogatorio a que fue sometido el Sr. Lieneres que en la pensión vivía con sus hijos, comentaban: "¿Cómo no van a ser curas si en los armarios tienen pantalones negros?" (28).

En aquel preciso instante, llegaban a aquella mansión dos criadas acompañadas de Sor Serafina de la Asunción. Se habían metido, sin darse cuenta, en la misma boca del lobo.

Los dos comisarios comprendieron que la hermana de doña Beatriz daba refugio en su pensión de la calle Montero a un grupo no menor de sospechosos.

Llamaron por teléfono a la pensión Loyola. Se les oyó decir: "Las chicas estan aquí... También ahí haremos un registro." Y así ocurrió más tarde.

Entraron entonces otros dos milicianos, los cuales concluyeron su investigación con estas palabras: "Nada, nada, nos los llevamos a todos, pues aquí no hay más que curas y falangistas".

Acompañados de los cuatro milicianos descendieron hasta el portal de la casa: la dueña de la pensión, dos religiosas, los dos criados, los tres salesianos y los dos primos Mata. En la calle les esperaba un coche.

— "Suban ustedes", ordenaron los milicianos.

Doña Beatriz se negó resueltamente a obedecerles, prefiriendo la muerte al clásico "paseíto".

— "Llevadla andando". Tan sólo don Carmelo, don Juan y don Higinio Mata subieron al fatídico coche, que les condujo directamente al lugar de su martirio.

Cuando el sol moría sobre la ciudad, comenzaban ellos a vivir la vida que nunca acaba.

Don Carmelo había escrito en su libreta de Noviciado estas líneas: "Estate pronto a vivir y morir como Dios quiera. Ofrécele tu vida, dispuesto a perderla donde y cuando El quiera".

Sólo Dios sabe dónde, cómo y cuándo ocurrió el hecho. Pero su siervo estaba vigilante y decidido.

Los demás, a pie, fueron conducidos al Ateneo Libertario, sito en la calle San Roque, 9, donde permanecieron cinco mortales horas, y luego a la tristemente célebre checka de la calle de Fomento, 9 (29).

(28) No era cierto que los tuviera, pues asegura sor Serafina de la Asunción que no poseían más pantalones que los puestos; en cambio sí se habían surtido de alguna ropa interior después de su salida de Carabanchel. Dice dicha religiosa que don Pedro Artolozaga vestía traje marrón claro y Manuel Borrajo, gris oscuro, con raya fina. (cfr. relac. de Beatriz del Hierro, Ms. 577, b. fol. 1-2.)

(29) *Ibid.*

Esta checa oficial dispuso del derecho absoluto de vida y muerte sobre toda la población de Madrid, facultades que le estaban plenamente reconocidas por el Gobierno del Frente Popular y por la Dirección General de Seguridad, que tenía sus delegados fijos en la checa.

Según manifestaciones hechas por alguno de los miembros de dicha checa ante el Consejo de Guerra que los juzgó, en ella tanto la libertad como la condena a muerte dependían con frecuencia del simple capricho o de la simpatía o antipatía personal, y las actuaciones referentes a cada detenido no ocupaban más de una cuartilla de papel.

Después de comparecer el detenido ante el Tribunal, éste le interrogaba entre insultos y amenazas, que tenían por objeto arrancar la confesión de creencias religiosas o ideas políticas, cuya existencia daban los interrogadores por cierta, soliendo recurrir, a fin de sorprenderle y desconcertar al detenido, cuando las violencias empleadas no bastaban, a mostrarle de lejos una tarjeta que uno de los "jueces" sacaba del cajón de la mesa, tratando de hacer creer a la víctima que era su propia ficha encontrada en uno de los múltiples ficheros ocupados a los partidos políticos enemigos del Frente Popular.

Acabado el interrogatorio y con él el "juicio", sin que se hubiera dado al detenido medio alguno de defensa, el "Tribunal" resolvía. Tres eran los acuerdos que se tomaban: libertad, asesinato o cárcel.

Los acuerdos de asesinato se hacían constar en la hoja correspondiente por medio de la letra inicial "L", como en el caso de libertad efectiva, pero con la diferencia de agregar a dicha "L" un punto, signo ortográfico que servía de contraseña para el inmediato asesinato del detenido, que era entregado con esta finalidad a alguna de las brigadillas.

Estas brigadillas, constituídas por un jefe, a quienes se llamaba "responsable", y cuatro individuos, estaban específicamente dedicadas tanto a las detenciones y registros como al cumplimiento de los asesinatos acordados por cada "Tribunal".

Cada partido político u organización sindical, integrante del Frente Popular, se hallaba representado en la checa por varios grupos o brigadillas.

Cuando la tarea que pesaba sobre estas brigadillas resultaba excesiva, se recurría también para los asesinatos a los milicianos de turno de guardia, que prestaban sus servicios en el edificio de la checa...

Puede establecerse en muchos millares el número de condenados por el Comité de Investigación Pública y ejecutados por sus agentes y milicianos, con la aprobación y asistencia de la Dirección General de Seguridad roja, que facilitaba a la "checa" los ficheros y relaciones de antecedentes que a la misma pudieran interesar para sus actividades de persecución" (30).

(30) Causa General, o. c., pág. 99-102.

Cuando llegaron los detenidos de la calle Puebla a este funesto lugar, doña Beatriz preguntó a los milicianos por don Carmelo y los primos Mata:

—¿Les habrán dado de comer?

—A esos, respondieron los milicianos, los han llevado los comunistas y nada necesitarán ya.

Sabemos que don Carmelo, antes de subir al coche, escribió una nota para su madre, que vivía en Galicia, y se la entregó al Sr. Lieneres

Don Pedro y don Manuel fueron sometidos a repetidos interrogatorios. En uno de ellos, al declarar su lugar de nacimiento, Bilbao y Orense respectivamente, insistieron los milicianos: “¿Cómo estáis en Madrid? ¿Qué sois?

—Somos estudiantes.

—Tú eres falangista. (A don Pedro.)

—Yo no sé lo que es eso.

—Sí, sí, tú eres fascista.

Nos consta que don Pedro temblaba de miedo. Don Manuel estaba sereno (31). El mismo misterio que envuelve a tantas ejecuciones perpetradas por checas autónomas —funcionaban más de doscientas en Madrid— ha impedido el esclarecimiento de las circunstancias del martirio de los cinco detenidos en la pensión “Nofuentes”. Mas la causa de esta detención no pudo ser otra que la fobia antirreligiosa de los enemigos de Cristo, como puede colegirse de la frase de los milicianos a la portera de Puebla, 17: “Esto está lleno de frailes” (32).

Días después del martirio de don Pedro y don Manuel, doña Beatriz, ya en libertad, preguntaba al que en aquella horrible noche ejerció el oficio de juez en la checa, por ellos y por los otros sacerdotes detenidos el mismo día en la pensión de su hermana Avelina. El juez se contentó con responder: “Eran curas. No le conviene hacer indagación alguna sobre su paradero” (33).

Los cadáveres de don Pedro y don Manuel, aparecieron el 3 de octubre, en la carretera de Andalucía y en el kilómetro 10 de la carretera de Castellón, respectivamente, siendo inhumado el primero en el cementerio de Vallecas y en el de la Almudena el segundo.

A don Pedro se le encontró un papel escrito por sus asesinos: “Pedro Ortolozaga *ficista*». A él, que en un día de fervor, escribió en su libreta de Noviciado, “Pedí al Señor me diese la muerte antes de que yo le ofenda” (34).

(31) Hierro Beatriz del, Ms. 577, b. fol. 3.

(32) Hierro Beatriz del, Ms. 577, b. fol. 4.

(33) Hierro Beatriz del, Ms. 577, b. fol. 3.

(34) Respondo de la certeza de estas palabras de don Pedro Artolozaga, leídas por mí en su libreta de Noviciado con motivo de mis trabajos de investigación. La libreta ha desaparecido. Igualmente, de las palabras de don Carmelo Pérez transcritas más arriba: «*Estáte pronto a vivir y morir...*»

“SI ME AMASEIS OS ALEGRARIAIS SIN DUDA PORQUE VOY AL PADRE” (35).

Serían las siete de la tarde cuando ocurrió la escena, antes descrita, de las detenciones en la pensión Nofuentes.

En el piso inferior, asomado a la mirilla de la puerta, contemplaba don Enrique, con el alma destrozada, cómo descendían sus hijos camino de la muerte.

Cuando desaparecieron de su vista, exclamó: “Mañana vendrán por mí”.

Comenzaba para él, en aquel preciso momento, la noche amarga de su pasión. Como Cristo en el Huerto, su ministro fiel aceptaba resueltamente el cáliz de dolor, que le brindaba el Padre Eterno. La Cruz había tenido siempre un lugar preferido en su vida... Pero, poco a poco, esa cruz se fue agrandando. Al final toda su vida fue una gigantesca cruz. Y él se abrazó a ella.

Le aconsejaron cambiar de domicilio, e incluso personas buenas le facilitaban direcciones, mas él a todos respondía que los padres deben cuidarse de sus hijos y correr, cuando llega el momento, su misma suerte.

Es doña Beatriz Ibarreche la que nos narra la escena de la detención de don Enrique. Ella estaba presente, lo mismo que su hermana Margarita.

—La víspera —nos dice— pagó la pensión.

—¿Por qué, don Enrique, me paga usted esta noche?

—Mañana vendrán por mí.

—No sea usted pesimista.

—Sí, sí, vendrán.

Y don Joaquín Sáinz:

—Y ¿por qué piensa usted así?

Lo mismo le preguntaban los demás. El a todos respondía:

—Sí, sí, mañana”.

Eran sus palabras el eco de aquellas otras del mártir del Gólgota: «*Ved aquí llegada la hora. Vamos, que ya llegó el que me ha de entregar*» (36).

La chusma estaba fuera armada por los jefes del pueblo: «*Crucifícale; crucifícale...*» «*Heme aquí presente. Quiero hacer, oh Dios, tu voluntad*» (37).

“Aquella noche, don Enrique no se acostó. Meditaba paseando y, de vez en cuando, se asomaba a la mirilla de la puerta”.

Fue una noche de plegaria silenciosa y de espera.

“Efectivamente, al día siguiente, a las nueve de la mañana, se pre-

(35) Jn. 14, 28.

(36) Jn. 18, 1. ss.

(37) Hb. 10, 7.

sentaron dos jóvenes en la pensión. Uno de ellos le saludó con fingida amistad, dándole una palmadita en la espalda y designándole por su nombre”.

Don Enrique no perdió la serenidad habitual. Le invitaron a pasar a su habitación, y los dos penetraron tras él. A los dos minutos, uno de ellos me llevó al comedor, dice doña Beatriz, y me preguntó:

—¿Dónde tiene el dinero este fraile?

—¿Usted cree —le respondí—, que yo pregunto a mis huéspedes dónde guardan el dinero? Que conste que este señor me paga puntualmente; y que yo no sé que sea fraile.

—¿No sabe usted que es fraile? —exclamó él con sorna.

—No lo sé. Aquí él trae la documentación legal como cualquier ciudadano y tiene el nombre inscrito en la Comisaría del Distrito”.

Hemos de advertir que, desde la detención de don Juan Codera y su compañero, se había desprendido de casi todo el dinero, entregándolo a las hermanas doña Beatriz y doña Avelina del Hierro a fin de que éstas socorriesen a los salesianos necesitados.

“Desilusionado el miliciano por su plan frustrado, penetró de nuevo en la habitación del salesiano”.

Ignoramos en absoluto la conversación sostenida por ellos. Nadie presenció la escena.

“Al poco tiempo salía don Enrique, acompañado de los dos malhechores. Yo me acerqué a él para devolverle lo sobrante del cobro anterior.

—No lo necesito, me respondió con dulzura.

—Cuando usted vuelva, se lo entregaré.

—No, ya no volveré más.

Nos despidió, a mí y a mi hermana, mientras, sonriendo, repetía:

—“No, ya no volveré más”.

La puerta estaba abierta de par en par.

Entre los dos funestos visitantes, salió don Enrique irradiando paz y serenidad.

Al llegar al descansillo de la escalera, volvióse nuevamente hacia los que en la pensión quedaban y, despidiéndoles por última vez, sin jamás perder su sonrisa, avanzó, decidido.

Fue conducido al Convento de San Plácido, de religiosas benedictinas, sito en la calle San Roque, 9, y convertido entonces en Ateneo Libertario. Este había sido también la primera estación del doloroso “viacrucis” de los detenidos el día anterior en la pensión Nofuentes.

¿Dónde pasó don Enrique el resto del día 2, hasta las diez de la noche, hora en la que tuvo lugar su martirio? Lo ignoramos. Mas un detalle, al parecer insignificante, nos lleva a creer que se encontró con sus hijos en la checa de Fomento.

“Es casi cierto —afirma doña Beatriz del Hierro— que se juntaron los tres en la checa, pues es dato muy significativo el que don Pe-

dro Artolozaga, ya cadáver, apareciera calzado con los zapatos, color blanco, de su Director". ¿Se los pediría a éste para así disimular mejor su condición de religioso? Don Pedro siempre había deseado poseer aquellos zapatos. Tal vez nunca, hasta entonces, momento en el que más peligro corría su vida, se había atrevido a pedírselos a su generoso dueño (38).

Mas lo que resulta consolador en extremo es que en aquella hora de mortal angustia pudieran los jóvenes salesianos encontrar, tan al alcance de su mano, a un ministro del Señor, y precisamente a su amado y celoso director, que les absolviera.

Las tinieblas de aquella noche, 2 de octubre, presenciaron y cubrieron con sus sombras la cruel y gloriosa escena.

Por diversos puntos de la capital, aún irredenta, corrió la sangre redentora de estos tres discípulos de Cristo. La de El, la de ellos, la sangre de los perseguidos y mártires de la España entera, toda unida, estaba ya purificando y redimiendo a la Patria. ¿Cómo ocurrió el martirio de don Enrique?

Uno de sus asesinos, con aire de triunfo, relataba a dos enfermeras del Hospital Provincial de Madrid el trágico suceso: "Vengo de matar al Director de los salesianos. Me encuentro satisfecho... He de acabar con estos canallas.

Iba con nosotros en el coche como si nada le fuera a pasar. Le tiré un solo tiro para no matarle en seguida y hacerle sufrir. Entonces él exclamó: "¡Por Dios! Acabad de matarme, no me hagáis sufrir más". Entonces le pegué otro tiro" (39).

A la mañana siguiente, un antiguo alumno contemplaba su cadáver en el término de la calle Méndez Alvaro. Le reconoció perfectamente porque no estaba desfigurado. Además un pañuelo denunciaba con marca roja su nombre.

Yo le ví muerto —nos dice Héctor Martín—. El sitio es éste: al terminar la calle de Méndez Alvaro, después del túnel del ferrocarril que surte a la C. A. M. P. S. A., y al lado de los talleres generales del Ayuntamiento, en un ensanche que se abre allí.

Los porteros de estos talleres (40) fueron los que, al día siguiente, de su muerte, me dijeron: Creemos que mataron ayer a un salesiano. Ve a ver si le conoces. Cuando venía en el coche con los milicianos, le oímos decir: "¿A dónde me llevan ustedes?" Y dirigiéndose a nosotros: "Soy el director de los salesianos".

(38) Para lo descrito en las páginas anteriores, cfr. Hierro Beatriz del, Ms, 577, fol. 3-4; Flores Társila e Ibarreche Beatriz, Ms. 577. b. fol. 2-5. Los datos suministrados al Juzgado de Causa General del Ministerio de Justicia por persona desconocida, son inexactos, como consta por las comprobaciones que practico don José Burgos en el Ministerio de Justicia, Causa General, Ms. 688.

(39) "Artículos que se proponen para la Causa de Beatificación y Canonización...", art. 106. Las pruebas firmadas por Rosalía Manrique y Concepción Gallego fueron remitidas a la Sagrada Congregación de Ritos.

(40) Todas las averiguaciones practicadas para localizarlos han sido estériles. La causa es que eran muchos los que se turnaban en el servicio diario.

Me dirigí inmediatamente al lugar indicado por ver si le conocía. Cuando llegué, se me saltaron las lágrimas, y, sin necesidad de acercarme, reconocí en aquel cadáver a don Enrique.

Algunos transeúntes me preguntaron: "¿Qué te pasa? ¿Es algún familiar?".

"No, —contesté— pero soy alumno suyo".

Le habían puesto una bandera nacional, floja; la chaqueta la tenía abierta. Tenía el rostro sereno, sin señales de violencia" (41).

El Boletín Provincial de Madrid, con fecha del 23 de octubre de 1936, daba la noticia del sumario que en Alcalá de Henares "se seguía por la muerte de varias personas en el término de Vallecas, entre ellas el de otro hombre de cuarenta años, complexión regular, pelo negro con entradas, camiseta blanca con cremallera, llevando un rosario y un pañuelo con el nombre marcado en rojo de E. Sáiz".

Con los datos suministrados en el Juzgado de Alcalá y los consultados en el libro de Defunciones del Juzgado de Vallecas, se dio con el lugar de su sepultura en el cementerio de este pueblo (42).

Exhumado e identificado el cadáver el 11 de mayo de 1956, se procedió a incluir los restos, envueltos en algodones, habiendo sido previamente lavados, en una pequeña caja de zinc, numerada con el 1 y el nombre del mártir. Esta caja, como las de los otros diez mártires salesianos cuyos cuerpos pudieron identificarse, fue precintada y lacrada con el sello del Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Patriarca de las Indias Occidentales, Obispo de Madrid-Alcalá, Dr. Leopoldo Eijo Garay (43).

Tres días después, en la tarde del 14 de mayo de 1956, los gloriosos restos mortales de los once mártires de Cristo eran solemnemente trasladados, desde los cementerios de la Almudena y pueblo de Vallecas, al Seminario Teológico Salesiano de Carabanchel.

Un gran número de salesianos, Hijas de María Auxiliadora, Cooperadores, Antiguos Alumnos y alumnos de todos los colegios salesianos de Madrid, así como los familiares de los mártires y muchísimas personas amantes de la Obra de Don Bosco, participaron en el triunfal desfile, presidido por el Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Arzobispo de Valencia, Dr. D. Marcelino Olaechea.

En sus bellos ataúdes, en majestuoso silencio, desfilaron por aquellas calles, en las que un día se pidiera a voces su muerte, y por su casa

(41) Martín Héctor, Ms. 601.

(42) Sumario del Juzgado de Alcalá de Henares, número 465, 1936. En el Archivo de la Inspección de Madrid, Sec. Mártires, obra un certificado expedido por dicho Juzgado de Instrucción y firmado por Enrique Martínez Gallardo, Secretario del mismo, en el que se declara: "El cadáver a que esta certificación se refiere recibió sepultura en el cementerio de Vallecas al cuartel 7, de la C.ª de Castellón, sepultura 437-4.ª caridad chapa 287, talón 705."

La ficha de defunción consta en el Juzgado Municipal de Vallecas, registro civil, sec. 3.ª, libro 57, hoja 362. En la sec. 3.ª, libro 57, hoja 363, está la ficha de defunción de don Pedro Artolozaga.

(43) Documento notarial, firmado y sellado por don Juan Fernández Rodríguez, Ms. 686.

de Carabanchel don Enrique, don Virgilio, don Manuel, don Pedro y Federico Cobo.

Escenas de emoción indescriptible y evocadora de sublimes recuerdos. Veinte años antes, en aquella misma mansión de paz, había resonado la voz persuasiva y paternal de don Enrique ante su fervoroso auditorio de teólogos y aspirantes, animándolos al martirio. Allí mismo, él, centinela vigilante y fiel de la casa de Dios, se había ofrecido, decidido, al furor de los enemigos en un azaroso 20 de julio, año 1936, protestando con voz a la par firme y suplicante: "Paz siquiera para los niños. ¡Si queréis sangre, aquí estoy yo pero respetad a estos jóvenes!".

Algunos de aquellos jóvenes de entonces se hallaban ahora presentes, con emoción incontenida, junto a los despojos mortales de su buen Padre. Eran ya sacerdotes... Otros compañeros suyos se hallaban presentes en espíritu..., los que trabajaban incansables por las almas en otras casas de la Congregación.

Todo había pasado. Un cáliz de pasión sorbido hasta las heces. Y la muerte trócada en victoria. *¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?* (44).

"Los buenos soldados de Cristo no retroceden nunca, había escrito el mártir en aquel mismo lugar. Es más meritorio amarle cuando nos persiguen que cuando nos aplauden. Confesar a Cristo delante de los hombres para que El nos reconozca delante del Padre Celestial".

Todo se había cumplido. Los restos venerados allí estaban presentes. Eran una lección, un ejemplo.

El silencio augusto, solemne, de aquella tarde de mayo, convidaba a una provechosa meditación.

Los que le conocimos, los que tuvimos la inmensa dicha de tratarle, una y otra vez, continuamente pensábamos en él. Llorábamos su ausencia, el vacío que su marcha había dejado en nuestras almas. Pero, desde el fondo del corazón, no podíamos dejar de felicitarle. Se había salido con la suya, finamente... a lo divino.

Mucho intimó con Dios. Y este accedió a sus deseos. La gracia del martirio era un premio a su vida, a su amor. La sangre... floración de nuevas y vigorosas vocaciones... Unos ciento cuarenta teólogos, vestidos de sobrepelliz, rodeaban el cadáver... Todo había crecido... Todo era más hermoso.

Un panteón en el Cementerio de Carabanchel esperaba los venerados restos; los hermanos caídos en la lucha del trabajo diario, a los otros que sucumbieron derramando su sangre por Cristo.

Iba a comenzar la solemne procesión fúnebre, cuando el Pontífice que la presidía, alzó su voz serena, familiar, íntima. Sus palabras rezumaban cariño de padre, de hermano... Los recordó a todos, uno a uno... Recordó su fisonomía moral, los rasgos más amables, virtudes,

(44) I. Cor. 15, 53.

benemerencias... acariciando con amor la memoria de sus súbditos de pasados tiempos... Hablaba la Congregación por sus labios... No los lloraba, como Raquel a los suyos. El dolor por su partida era inmenso. Aun así, les felicitaba, se felicitaba. Se gozaba en su triunfo glorioso, definitivo.

Cuando el panteón recibió a los once héroes (45), cuando aquellas losas se cerraron de nuevo, ocultando en las entrañas de la tierra el precioso tesoro, una alegría inefable invadía los corazones de los salesianos allí presentes. Un latido de firme y confiada esperanza conmovió los corazones de todos: La Madre Iglesia ¿no glorificaría un día a aquellos sus fieles hijos?

Si es cierto que “un bel morire tutta una vita onora”, más cierto es que un martirio, sufrido por Cristo, conquista el cielo. Bautismo de sangre que purifica las almas, caridad que destruye el pecado.

Mas si el martirio resulta la coronación de una vida santa, Dios es doblemente glorificado.

Tu mismo, lector, que has seguido el hilo de esta historia, página a página documentada, puedes hablar. Nuestro biografiado se propuso en serio hacerse santo. ¿Lo consiguió? Sinceramente nosotros creemos que sí.

Así lo afirman muchos. Si algo hay de verdad, como creemos, en el dicho tan común, de que la voz del pueblo es la voz de Dios, nuestra esperanza sube de punto.

“Hace muchos años que me tocó de compañero el llorado don Enrique Sáiz. Cuando leí la historia de su muerte, no me sorprendía. Siempre abrigué la seguridad de que se entregaría con valor a la muerte antes que claudicar de su ideal. Era un perfecto religioso. Al acostarme, le rezo, seguro de que oírás desde el cielo mis súplicas” (46). “Siempre me maravilló —dice don Teódulo Espino— este santo hombre porque jamás le vi hacer ninguna cosa que llamara la atención por extraordinaria, pero creo sinceramente que lo que hacía lo realizaba con toda la perfección y de forma insuperable. Creo que muy bien puede aplicarse a este santo salesiano el «*vir justus*» de San José” (47).

Don Vicente Martín, Consejero escolástico del Seminario Teológico cuando don Enrique lo regentaba, resume así la vida del Siervo de Dios:

“1) Era un hombre verdaderamente ejemplar, que edificaba a todos en los más mínimos detalles de su vida religiosa.

a) Puntualidad en los actos de comunidad.

b) Prudencia exquisita en el gobierno de la casa y hermanos.

c) Caridad paternal para atender a todos en sus necesidades, tanto en tiempo de salud como de enfermedad.

(45) Los cadáveres que se pudieron identificar y que recibieron honrosa sepultura junto al lado de don Enrique fueron los de Pedro Artolozaga, José María Celaya, Esteban Cobo, Federico Cobo, Teódulo González, José Villanova, Salvador Fernández, Virgilio Edreira, Francisco Edreira, Manuel Borrajo.

(46) Saburido Sergio, Ms. 652.

(47) Espino Teódulo, Ms. 551.

d) Sufrido y callado, espíritu de mortificación en sus achaques corporales, que no fueron pocos: pies algo deformes a causa de los dedos; estómago, sabañones, que le tenían comido parte del pabellón auditivo.

2) Amante, como el que más, de la Regla y disciplina religiosa, inculcándola a cada paso en los teólogos, en Pláticas y “Buenas Noches”.

3) Animador extraordinario en la enseñanza del Catecismo, con premios y certámenes especiales.

4) Amante sostenedor de las vocaciones religiosas y sacerdotales.

5) Austero en la comida.

6) Decía la Santa Misa muy devotamente” (48).

“A mi padre —refiere don José Riesco— le impresionaba mucho la santidad de don Enrique. Después de la guerra, preguntaba: ¿Dónde está enterrado don Enrique? Era un santo” (49).

Un coadjutor —afirma don Ramón Viso— llegó a decirme: “Cuando tengo disgustos, intranquilidades y mis asuntos van mal, me encomiendo a don Enrique y la nube desaparece como por encanto” (50).

Una religiosa, que convivió con él durante la tragedia roja, en la misma pensión, afirma: “Yo considero a don Enrique como un hombre de gran bondad, humildad y caridad. No acertaba a desprenderse de los suyos. A todos los llevó con él. Con ellos vivía, cual gallina con sus polluelos. Además le considero mártir, y tengo una seguridad tan grande que está en el cielo, que le he compuesto una oración para invocarle privadamente” (51).

Con respeto, confianza y humilde obediencia, esperamos el fallo de la Iglesia.

Sólo ella puede juzgar y declarar, con absoluta certeza, sobre el hecho del mártirio y fama de santidad de sus hijos.

El 9 de octubre de 1956, en la capilla del Palacio Episcopal de Madrid, bajo la presidencia del Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Dr. don Leopoldo Eijo Garay, se iniciaba el Proceso Informativo para la Causa de Beatificación de los Mártires Salesianos de la antigua Inspectoría Céltica. Encabezando la lista de los cuarenta y dos testigos de la fe, el nombre de don Enrique Sáiz Aparicio. A partir de esta fecha, fueron desfilando ante el tribunal eclesiástico, constituido en el colegio Salesiano de la Ronda de Atocha, testigos de la vida y martirio de los Siervos de Dios. Desde las más apartadas regiones de nuestra Patria acudieron a la capital de España, para deponer en el Proceso, sacerdotes, religiosos y seglares, sobrellevando con generosidad, ejemplar y conmovedora, hasta con alegría, las incomodidades inherentes a tales desplaza-

(48) Martín Vicente, Ms. 604.

(49) Riesco José, Ms. 634, fol. 1.

(50) Viso Ramón, Ms. 678, fol. 3.

(51) Serafina de la Asunción, Ms. 667.

mientos, sobre todo el abandono temporal de las propias familias, negocios y quehaceres habituales.

Al proceso Informativo sucedió el de "Super non cultum" es decir, el reconocimiento exterior del Panteón, verificado por el Tribunal, y deposición de los testigos, interrogados a este efecto, sobre si en alguna ocasión se ha dado culto público a los Siervos de Dios; y el de "los Escritos", es decir, las diligencias pertinentes a la recogida de los escritos, que ha de examinar la Santa Sede.

El acto de la Clausura del Proceso Informativo Diocesano tuvo lugar en la capilla del Palacio Episcopal, repleta de familiares y amigos de los mártires y de la Obra Salesiana en sus tres ramas. Presidió esta última sesión del Proceso el Excelentísimo y Reverendísimo Sr. Patriarca, Obispo de Madrid-Alcalá, junto con el Juez Delegado Monseñor Lison Chávez, Arzobispo Titular de Metimne y los demás miembros del Tribunal.

Al frente de la representación Salesiana estaba el Excelentísimo Sr. Arzobispo de Valencia, Monseñor Olaechea; el Procurador General de la Congregación, Reverendísimo don Luis Castano, llegado de Roma expresamente para este acto; los Provinciales Salesianos de España y los Directores de los colegios de la Capital.

Al poco tiempo, las Actas del Proceso eran entregadas a la Sagrada Congregación de Ritos.

Actualmente los trabajos siguen su marcha ininterrumpida.

¿Llegará pronto la hora por todos ansiada? A Dios elevamos nuestra oración suplicante.

Y hacia ellos nuestra mirada.

Es cierto que no todos ellos son ejemplos de santidad heroica. Sí lo es que el bautismo de sangre purifica las almas.

El fuego del amor quemó las debilidades humanas.

En don Enrique hubo, creemos, algo más: una decisión..., madura reflexión. "Es preciso que me haga santo".

Una inundación de gracia divina, férrea voluntad, cooperación leal, muchas horas de sacrario, forjaron en él la santidad.

La santidad culminó en el martirio.

Su vida diaria de amor culminó en el acto supremo del amor.

Y sólo el amor triunfa, porque Dios es Caridad.

FIN

A P E N D I C E I

Estudio del Rvdo. don Salvador Bastarrica sobre las Conferencias Ascéticas del Siervo de Dios.

Hemos podido hacernos con dieciocho conferencias ascéticas del Siervo de Dios don Enrique Sáiz, correspondientes al curso 1934-35.

Son apuntes recogidos por varios teólogos mientras oían a don Enrique.

Los hemos examinado detenidamente y nos merecen este juicio: Ponen de manifiesto el desvelo del Siervo de Dios porque sus teólogos construyan en sí mismos un armazón sólido de espiritualidad sacerdotal y salesiana.

No ignora que entre sus oyentes, a pesar de la edad, hay quien por descuido en la práctica o por desconocimiento de la doctrina ascética fundamental, se encuentra retrasado espiritualmente. Por esto sus conferencias presentan un temario expuesto ordenadamente, integrado por muchos de los grandes objetos de la Teología espiritual y que se irá completando en los siguientes cursos. Esta línea queda momentáneamente interrumpida por aquellas charlas que las circunstancias imponen (cercanía de alguna fiesta, de un tiempo litúrgico de especial interés formativo, que ocasionan los diversos momentos del curso escolar) y que llevan en sí riqueza de sugerencias, que sería lamentable desaprovecharlas.

En la nítida exposición de conceptos teóricos entretenera frecuentes aplicaciones prácticas, descendiendo a detalles que revelan un conocimiento nada común de los comportamientos humanos.

Hay un tono recio, exigente, en estas charlas. Ya en una de las primeras afirmaba: "Toda actuación del Estudiantado tiene como fin formar al religioso de espíritu recto y formarlo para el porvenir". (Conf. del 14 de noviembre de 1934.) En otra: "No hay que cuidar demasiado del cuerpo ni dejar de trabajar por temor de quebrantar la salud". (Conf. del 6 de febrero de 1935.) Ante los que puedan herir con su crítica a la Congregación prorrumpe así: "A estos tales que, por ligereza o por lo que sea, se permiten tales expresiones, hay que hacerles el vacío y una guerra cruel". (Conf. del 27 de marzo de 1935.)

No olvida en ningún momento que trata de formar religiosos salesianos. Por esto el recurso frecuente a la conducta y normas de Don Bosco: "Ser salesianos consiste en retratar a Don Bosco en sí mismo." (Conf. del 14 de noviembre de 1934.) "Ser religioso salesiano consiste en reproducir en nuestros pensamientos, palabras y obras a Don Bosco." (ibid.)

No es sólo el Maestro que enseña y orienta; es también el padre que tiene sus efusiones, sus confianzas con los hijos espirituales que el Señor le ha dado y que no repara en manifestarles cuánto pesa sobre sus espaldas la preocupación de la res-

ponsabilidad: "Yo os hago esta confidencia: por mí no estaría aquí". (Conf. del 7 de noviembre de 1934.) Pide la ayuda de todos: "Cierto que los padres niegan a veces algunas cosas a sus hijos y lo mismo haré yo cuando no os pueda contentar... Yo agradeceré cuanto me indiquéis y os pido que lo hagáis así... Oiré vuestros pareceres, los consultaré con el Señor y lo que El me inspire y mi prudencia me dicte eso se hará." (ibid.)

A lo largo de estas intervenciones vemos no al conferenciante vulgar, sino al maestro de espíritu que cultiva el estudio de la Teología espiritual, que incorpora a su enseñanza aún aquello que otros tratan como de pasada. Basta fijarse en el estudio detenido y científico que hace de los diversos temperamentos. (Conf. del 27 de febrero de 1935.) Por esto nada tiene de extraño que fueran tan esperadas sus intervenciones y que aún no se haya borrado la honda impresión que produjeron en las mentes de aquellos que tuvieron la fortuna de escucharlas.

El 20 de mayo don Enrique daba su última conferencia de aquel curso. Nos place copiar unas líneas de la misma y poner fin con ellas a este nuestro breve estudio:

"Ha pasado el curso rápidamente. Dios quiera que cuanto hemos dicho sea para su gloria.

Puede ser que, en el deseo de haceros mayor bien, mis palabras os hayan molestado y hayan despertado alguna tristeza. Si ellas han servido para adelantar más en la perfección, bendito sea el Señor.

San Pablo dice a los de Corinto: *«Me alegro no de la tristeza que mi carta os haya producido, sino del cambio que esa tristeza ha despertado en vosotros»*... Nuestro deseo ha sido también el del Apóstol: Ayudaros en vuestra perfección, haceros un poco de bien, guiaros más hacia Jesucristo. Corresponde a este amor, preocupación que los superiores se imponen por vosotros...

¿Cómo se ha de hablar del Estudiantado al salir de aquí? No os lo digo por egoísmo. Ya os lo he dicho otras veces y os lo repito ahora: Con los superiores franqueza. Es un derecho y un deber manifestarles si hay algo. Fuera de ello, hay que hablar siempre bien... Si ha habido alguna falta por parte de alguno, sepamos cubrirla con el manto de la caridad. A todo esto ha de preceder una conducta ejemplar. Únicamente así podemos predisponer bien a los que han de venir, de modo que traigan la idea elevada y alta que tenemos de todo lo bueno. Manifestar el bien para honor de nuestra Congregación y ocultar el mal supliéndolo con una exquisita caridad.

Es menester antes de salir, trazarse un plan de vida para no perder en tres meses lo que hemos adelantado y conseguido en todo el curso. Lectura, exámen. Ofreceros para poder aliviar el trabajo de los demás, procurando hacer siempre el bien sin aparecer nada.

En recompensa, rezad por mí alguna Avemaría para que pueda salvar mi alma.

No os fijéis en lo que he hecho, pero fijáos, sí, y practicad lo que he dicho, que ha sido todo bueno".

APENDICE II

Estudio del Rvdo. don Andrés Sopena Alcorlo sobre las Conferencias Pedagógicas del Siervo de Dios, dadas en Carabanchel a los Estudiantes de Teología desde el 16 de enero de 1935. (Las de Acción Postescolar terminan el 24 de abril del mismo año.)

El material de estudio consiste en un cuadernillo de 24 páginas escritas a máquina, a espacio simple, apaisado, de tamaño de cuartilla que comprende "ACCION POSTESCOLAR", con fechas 16 de enero de 1935 hasta 24 de abril del mismo año.

En segundo lugar, un cuadernillo en octavo, escrito a mano, con notas de las mismas conferencias, en 36 páginas de letra menuda. A esta serie de conferencias, siguen notas sobre el CARACTER en 13 páginas, y 10 páginas del tema SICOLOGIA PEDAGOGICA.

I. Las CONFERENCIAS DE ACCION POSTESCOLAR desarrollan los temas siguientes:

- 1) Resultados desconsoladores del estado actual de la juventud formada en gran parte en colegios religiosos. (16-1-35.)
- 2) Importancia de la Acción postescolar. (23-1-35.)
- 3) Elementos de nuestra acción postescolar. (30-1-35.)
- 4) Cualidades del Consiliario. (6-2-35.)
- 5) Cómo se forma un Círculo de AA. AA., Círculo D. Savio, (13-1-35.)
- 6) Vida del Círculo. (20-2-35.)
- 7) Grupos del Evangelio. (27-2-35.)
- 8) Grupos del Evangelio (sigue el tema 7). (20-3-35.) Esta fecha debe ser errata (?).
- 9) Círculos de Estudios. (10-3-35.)
- 10) Vida Cultural. (10-4-35) y vida deportiva.
- 11) Régimen y Gobierno (Normas sobre juntas Directivas). (24-4-35.)

II. Las CONFERENCIAS SOBRE EL CARACTER:

Empiezan con la "clasificación general" de temperamentos, según Heymans, fallecido en 1930.

Sigue el análisis de cada uno de los ocho temperamentos clasificados: nervioso, sanguíneo, flemático, colérico, apasionado, sentimental, amorfo, apático.

Siguen los temas de *Psicología Pedagógica* con una introducción, y las notas de "Fisionomía general de la Evolución", y sobre la "Edad crítica". En este último tema (de los registrados en el pequeño cuaderno) presenta las causas que influyen en el modo de proceder característico de esta edad; el modo pedagógico según el cual debe ser tratado el joven; el concepto de pubertad; el modo apropiado y la persona apropiada que debe tratar el tema del misterio de la vida y que debe hacer al joven la iluminación correspondiente.

Consideraciones:

I. ACCION POSTESCOLAR

Los temas de la Acción postescolar fueron tratados "a petición de todos", "guiado por mis pocas experiencias y sobre todo por las instrucciones y consejos que recibí de los labios de don Rinaldi, don Antonio Cojazzi y otros salesianos beneméritos" (En el desarrollo cita a don Ricaldone, en el término de la Conf. segunda, por ejemplo.)

Se advierte en estas conferencias: a) *la posesión del tema*, vivida, experimentada; b) *exposición práctica* que refleja la voluntad de ser práctico; c) *clara visión de los problemas* propios del joven, del A. A., y del funcionamiento del Centro, sobre todo cuando puede éste haber recibido una orientación equivocada; d) *fidelidad a los fines* de esta clase de actividad, sin descuidar lo principal, pero teniendo también en cuenta lo secundario y agradable; e) *espíritu de unidad*, como garantía de paz y de eficacia; f) *validez actual* de principios y normas, que estamos convencidos, no han sido superados en la práctica, aunque en teoría "ha llovido" mucho desde 1935, y ha habido hasta repetidas Asambleas Nacionales. Téngase en cuenta que en la primera conferencia habla de un "Centro en cada universidad", de "un hogar universitario" para que no queden abandonados los alumnos al salir del Colegio, ya A.A. AA. a su suerte, que puede ser desastrosa; g) *Voluntad decidida* para fundar o renovar los centros en manifiesto espíritu y dirección salesiana; h) *amplitud de espíritu* "Don Bosco quería ir a la vanguardia; por tanto lo que aparezca podemos y debemos adaptarlo dentro de nuestro espíritu". (Conf. tercera en "dimes y diretes", 3.)

Es de notar que a partir de la conferencia segunda, a la exposición del tema hizo seguir la sección de "ruegos y preguntas", "dimes y diretes" que vino a añadir eficacia sobre eficacia a la ya de por sí práctica y clara y profundamente completa exposición.

II. CONFERENCIAS SOBRE EL CARACTER.

Escogió el autor más moderno —dice— Heymans, fallecido en 1930; en 1908 hizo sus primeras publicaciones, haciéndose en 1927 la edición oficial de sus obras, "Gesammelte Kleinere Schriften", Hagg, Nijoff, cuyo vol. III recoge desde la página 41 a la 414 la amplia exposición sobre su clasificación de los caracteres.

Desconocemos las fuentes de que se sirvió don Enrique para documentarse en la exposición de estos temas; pero están tratados con *seguridad y claridad*.

Su elección (de este tema) acertada, pues siempre ha sido fundamental el conocimiento del hombre en quien tiene que aproximarse al hombre, para educarlo y acompañarlo en su camino hacia la salvación. Tema por sí mismo interesante y *practicísimo* para el auditorio que con estas conferencias se encontró al día en el tema caracteriológico.

III. PSICOLOGIA PEDAGOGICA.

Se nota la base de documentación, de documentos asimilados en el estudio y en la experiencia de la vida.

Alusiones convenientes a la actuación de Don Bosco, y a la práctica del Sistema Preventivo.

Reducción a esquemas claros y sencillos, pero claramente determinantes y específicos.

Con relación a la educación de la pureza, hace alusión al tratado VII de don Gennaro, y sugiere la lectura orientadora de Mons. Toth Tihamer: "Castidad y Juventud", y "Juventud y pureza", aparte las normas de la mejor pedagogía educativa en esta materia.

FINALMENTE

De los apuntes, se deduce que el tema tratado con más completez fue el relativo a los Antiguos Alumnos. Los apuntes no destacan para los otros temas división en conferencias dadas en días diversos. Pero indudablemente, estos dos temas tienen relación con los primeros en que se hizo alusión a la realidad juvenil, a su evolución, a sus problemas; con lo que, después de establecer un estado de hecho de la juventud, el modo de organizar la asistencia al Antiguo Alumno y atender a su formación, se insiste en la adaptación individual de la formación y en el mejor modo de prevenir o solucionar el problema prácticamente acuciante de la castidad juvenil.

Corresponde a quienes tuvieron la fortuna de escuchar a don Enrique, educador y sacerdote, penetrante educador de almas sacerdotales, ambientar los apuntes esquemáticos que han servido de base a estas consideraciones.

Es de loar, en quienes solicitaron se les tratara el tema del Antiguo Alumno, el interés por conservar el fruto de los sudores vertidos en la formación de los jóvenes; y es de agradecer la ruta de luz que don Enrique señaló en sus conferencias, vigentes todavía en valor, porque tuvieron el acierto de exponer los fundamentos de la acción postescolar en medio de los Antiguos Alumnos, orientada en continuidad perfecta de la educación lograda, en el mismo espíritu salesiano, con los mismos medios, y de la manera acomodada a la nueva condición y estado del Antiguo Alumno.

Es cierto que algo puede haber cambiado. Pero no ciertamente la imperiosa necesidad de renovar actualmente el examen de conciencia sobre el estado general de los alumnos salidos de nuestros colegios y la manera cómo se enfrentan con la vida, como don Enrique hizo con valentía en su primera conferencia; ni ha cambiado tampoco la jerarquía de actividades en que hay que inspirar la vida de los centros; ni es distinta la exigencia de un claro sentido de organización en espíritu de familia, alrededor del director, como padre, pero con autoridad y como principio de unidad; ni es menos apremiante la necesidad de consiliarios adecuadamente preparados para su no tan sencillo quehacer; ni es menos necesaria la renovación de centros de horizontes y aspiraciones reducidos al mínimo, ni el cuidado de formación de los grupos de selectos.

Es cierto que la guerra española de Liberación Nacional pudo borrar tantos recuerdos. Pero resultaría interesante comprobar los resultados prácticos para quienes las oyeron y tuvieron la oportunidad de actuar en el campo de los Antiguos Alumnos, y oír el juicio que actualmente podrían merecerles a ellos y a los actuales dirigentes de nuestros centros postescolares.

777





Casa natal de don Enrique.



Ermita de Montes Claros, a cuya sombra germinó la vocación de don Enrique.



Iglesia parroquial de Ubierna, símbolo de la recia fe de un pueblo castellano.



Grupo familiar. En el centro el Sr. Daniel con su hija menor.



Casa donde transcurrió la infancia de don Enrique. Hoy se encuentra reformada en su mitad.



**Don Enrique
y su sobrino
don Fortuna-
to Sáiz, hoy
sacerdote sa-
lesiano.**



Capilla del Colegio de
María Auxiliadora de
Salamanca. Antiguo al-
tar mayor.



Fachada del Colegio de María Auxiliadora de Salamanca, campo de la
actividad apostólica de don Enrique.



Cartuja de Santa María de Montalegre. Vista aérea.



Don Enrique y su tío, el Hermano José, en la cartuja de Montalegre.



Seminario
de Carabanchel Alto.
Entrada principal.

Adios, que sigas hecho un valiente, Siempre adelante!
¡Los buenos soldados de Cristo no retroceden nunca! Es más mérito
amarle cuando nos persiguen que cuando nos ayudan. Confesar a
Cristo delante de los hombres para que El nos reconozca delante de su
Padre celestial.

Acuerdate de mí en tus oraciones . Siempre tu buen amigo

23-mayo-1936

Fragmento de la Carta dirigida por don Enrique a Manuel Arconada.



Atocha 1932. Bendición de la Bandera de María Inmaculada del Oratorio Festivo.



Traslado de los restos
del Siervo de Dios, al
cementerio de Caraban-
chel Alto. Madrid.



Despojos mortales de don Enrique, exhumados en el cementerio
de Vallecas.

